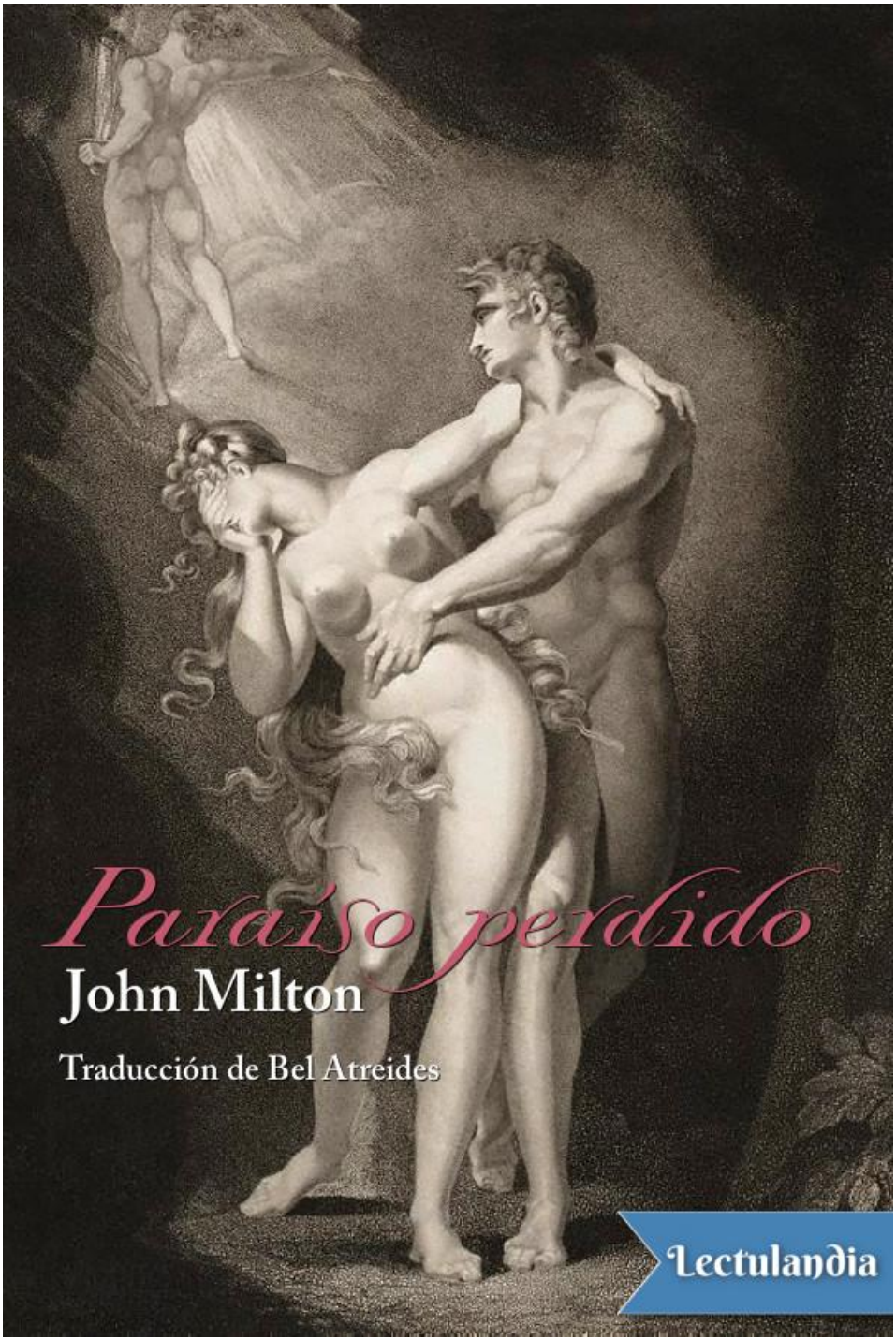

Paraíso perdido
John Milton
Traducción de Bel Atreides
Lectulandia

Paraíso Perdido es la gran épica espiritual de Occidente. Es, asimismo, el resultado del heroísmo espiritual y poético de su autor. Milton lo compuso ciego, empobrecido y acosado por sus enemigos políticos, obligado a memorizar los versos que le traían la noche y las primeras horas del alba hasta disponer de un amanuense que le liberase de los apremiantes frutos de su inspiración. Como monumental visión y representación poética de la mitología cristiana, Paraíso Perdido ha sido enarbolado por la tradición religiosa más ortodoxa, pero la turbadora heterodoxia del poema rezuma por todos sus poros a la primera mirada.

Lectulandia

John Milton

Paraíso perdido

ePub r1.0
AlNoah 07.04.14

Título original: *Paradise Lost*
John Milton, 1667
Traducción: Bel Atreides
Ilustraciones: Gustave Doré
Diseño de portada: AlNoah

Editor digital: AlNoah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

For
Iris

had dipt the wooff

Introducción

Si el imperfecto pero grandioso monumento que es el *Paraíso perdido* lo hubiera escrito alguien más ortodoxo en sus creencias políticas y religiosas, menos crítico con toda forma de autoridad, menos enfático en lo que respecta al valor y a la grandeza del individuo humano, al alcance y posibilidades del humano desarrollo; si lo hubiese escrito, digamos, un Dryden (en caso de haber podido prescindir del campanilleo de sus rimas), o un Isaac Newton (si su genio hubiese acometido la poética del verbo en lugar de la poética de las ecuaciones), o el moralista Wordsworth de la madurez, o C. S. Lewis, azote de satanistas… el gran poema épico de Inglaterra habría llegado hasta nosotros libre de la controversia que lo ha acompañado estos siglos y ya no sería más que una intrascendente reliquia literaria. Una reliquia leída todavía en algunos islotes de fundamentalismo cristiano anglosajón; una reliquia de la que todavía se citarían, aquí y allá, algunos de sus versos proverbiales o inolvidables pasajes; pero una reliquia más interesante para el historiador que para el crítico literario y con escaso arraigo en la emoción, el pensamiento y la espiritualidad del lector actual. Sin embargo, el autor del *Paraíso perdido* es Milton y eso convierte al poema en un misterio. O en una rareza, cuando menos. Porque, *¿es* posible que a Milton, el Milton monarcómaco, enemigo del trono, el cetro y la corona a los que considera atentados contra el libre desarrollo del individuo, contra la dignidad humana incluso, una verdadera forma de idolatría; el Milton que justifica en un enardecido tratado la decapitación del Estuardo; el Milton paladín de la República cromwelliana, su aliado, defensor y propagandista contra los doctrinarios continentales del antiguo

régimen… es posible que a ese Milton le complaciese la imagen de Dios como rey guerrero, un *«dux bellorum*, líder de las tropas angélicas»[1]? ¿Es posible que al Milton humanista, racionalista, le satisficiesen los argumentos de ese Dios —tan irracionales al fin y al cabo—, cuando trata de exculparse de que el mundo que ha creado le haya salido tan rematadamente mal? ¿Es posible que Milton, siempre independiente en materia religiosa, se contentase con ofrecer al mundo una visión tan canónica del cristianismo como la que parece desprenderse de una lectura desatenta del *Paraíso perdido*? Pero ¿es posible, por otra parte, que un cristiano como él, convencido y devoto aunque singular, hiciese de Satán el héroe de su poema según lo sugirió ya Dryden, contemporáneo suyo, y posteriormente los románticos? ¿Quién es el auténtico héroe de esta épica moral? ¿Satanás? ¿El propio Milton, como querría Saurat[2]? ¿Adán, como sugiere Johnson[3]? ¿Cristo, Dios Padre… como pretenden otros? ¿Era Milton del partido del diablo sin saberlo, como dice Blake[4], o, como afirma Christopher Hill[5], con conciencia de ello?

¿O debemos pensar, con Waldock, que las incongruencias que percibimos entre el Milton histórico y su *aparente* poema resultan de verse atrapado el autor por el tema que, en muchos sentidos, le estaba predestinado?[6]

Como puede verse, gran parte de las incertidumbres surgen, no de dificultades interpuestas por el poema mismo, sino del anómalo binomio que en cierto modo constituyen Milton y su *Paraíso perdido*. Pero es esta anomalía, con la indeterminación en la que sume al significado último de la obra, la que sigue infundiendo al poema una inextinguible vitalidad. Cada intento de resolverla es, en realidad, un modo de salvar el poema para las sucesivas épocas y consciencias de una cultura que, desde los tiempos de Milton, no ha hecho sino distanciarse de la experiencia religiosa y de la explicación bíblica del hombre y el mundo. En este viaje, Milton y el *Paraíso perdido* van juntos: rescatar a uno para la posteridad es rescatar al otro, porque ésta es la obra para la que Milton se preparó desde siempre y en la que puso todo lo que podía poner de sí. Pero, no nos engañemos, la intencionalidad de Milton es, en última instancia impenetrable: tratar de leer el *Paraíso perdido* en

función del Milton histórico y a Milton en función de su gran poema épico es, en buena manera, hacer que uno y otro nos lean a nosotros mismos[7]; leer el *Paraíso perdido* con este o aquel o el otro personaje como héroe del relato es hacer que cada una de estas criaturas literarias reescriba a su autor para nosotros y nos escriba incluso a nosotros mismos como lectores. El resultado de esta interacción sistémica es un nuevo *Paraíso* de lectura, una nueva transmigración del poema miltónico que nos sigue hablando en el lenguaje de nuestras inquietudes existenciales, mientras que la adaptación dramática del mismo realizada por Dryden[8], a pesar de que su brevedad la convierte en un texto mucho más apto para los hábitos de lectura contemporáneos, ha quedado atrás como una fósil curiosidad.

I

No diré que Satán sea el héroe del poema, pero sí en gran medida el responsable de que el *Paraíso perdido* siga hablándonos directamente. Más allá del debate entre sata nistas (que exaltan la figura del Ángel Caído al rango de protagonista épico) y antisatanistas (que lo condenan), lo cierto es que Satán, el Satán de los dos primeros libros del *Paraíso perdido*, encarna más que ningún otro personaje la consciencia del hombre occidental moderno. Como Satán, éste se revuelve contra su *caída* condición con la ira de su autoafirmación tajante, irrenunciable; con una curiosidad fáustica y vehemente; con un escepticismo radical como solvente contra toda verdad revelada, todo lo que no le descubran el esfuerzo y ascenso gradual de su propia mente. Como Satán, el hombre contemporáneo prefiere gobernar su propio infierno existencial que vivir aborregadamente en paraíso ajeno. Como él, es adicto al discurso de la libertad, no de la obediencia. Y soy consciente de que «hombre contemporáneo» no pasa de ser una generalidad, una entelequia, que hay muchas formas «contemporáneas» de ser «humano»; pero hablo de ese hombre cuya auto— afirmación irrenunciable —como a Satán en el «Libro VI»

con sus cañones— le lleva a ingeniar, fabricar y utilizar armas, armas de destrucción masiva o personalizada, pero armas infernales; el hombre cuya vengativa curiosidad por todo lo que no es le lleva —como a Satán en el «Libro II» con su periplo a través del Caos— a cruzar océanos de agua, de espacio, de ideas y valores, desdeñando fáusticamente el riesgo de infectar de sí mismo a otros mundos o de traer de ellos la Némesis de toda su especie; de ese hombre, en definitiva, que como Satán allí donde se encuentre explota el discurso de la libertad e independencia al que es tan adicto hasta ese punto de demagogia en que sus estandartes ideológicos se convierten en la mentira de sí mismos.

Se ha insistido en que Satán, fiero, desmedido y batallador como es, representa la encarnación de los valores marciales del héroe clásico, precisamente esos valores que Milton critica a través de su Ángel Protestante y a los que contrapone el nuevo *ethos* del héroe espiritual cristiano[9]; se ha señalado incluso su analogía con Aquiles[10]—. Pero, si Satán tiene alguna semejanza con Aquiles, no es sólo por su «sentimiento de herido mérito»[11], sino porque este *Terminator* aqueo, con su *hybris* inextinguible, es quien más se parece al hombre contemporáneo de entre todos los héroes homéricos, salvo, en algunas encomiables ocasiones, el artero Ulises. Satán, este Satán miltónico de los dos primeros libros del *Paraíso perdido*, a pesar de su escudo «largo y redondo y masivo, colgándole de los hombros cual la luna», y de su lanza «comparada con la cual el pino más enorme, talado en montes de Noruega para mástil de glorioso buque insignia, fuera caña sólo», y de todo el rechinar de las «ruedas de los broncíneos carros» de sus legiones, no mira menos hacia nuestro presente que hacia el pasado que se le atribuye; porque es el hombre moderno, al fin y al cabo, quien ha culminado la empresa satánica y suprimido «la Tiranía del Cielo», aunque sea para morar en el abismo de su finitud. En el «Dios ha muerto» nietzscheano resuena todavía el eco de las campañas del «perdido Arcángel».

Si *Paraíso perdido* debiera leerse sólo, o principalmente, como el intento por parte de Milton de superar, mediante un nuevo lenguaje y una nueva temática épicos de naturaleza espiritual, la vieja épica heroica de orden marcial y violento, asociada aquí a los Demonios,

habría que concluir que la obra es poco menos que un fracaso. A la grandeza de la épica clásica, que forma el tejido de los dos primeros libros, el autor sólo consigue oponer una mediocre y abstracta teología; y este fracaso poético pone de manifiesto la falta de vitalidad creativa de la doctrina que, aparentemente, Milton quería consagrar. No desautoriza nunca tanto un poeta a un conjunto particular de ideas como cuando pone en evidencia su esterilidad artística; y esto es, en última instancia, lo que ocurre aquí, no cuando se compara el Infierno y los Demonios con los mundos divino y humano, sino justo a la inversa. Aurobindo Ghose expresa esta idea al escribir: «No hay en ningún lugar un comienzo más magníficamente logrado que en la concepción y ejecución de su [de Milton] Satán e Infierno; en ningún lugar ha habido un retrato más poderoso del espíritu viviente de la revuelta egoísta, caído a su elemento natural de oscuridad y dolor y, sin embargo, sostenido todavía por la grandeza del principio divino del que nació, incluso tras haber perdido la unidad con él y enfrentándosele con disonancia y desafío. Si el resto de la épica hubiera sido igual a sus libros iniciales, no habría existido un poema mayor en toda la historia de la literatura y pocos habrían sido tan grandes como él»[12].

Pero, si el lenguaje y temática heroicos al estilo homérico quedan trascendidos por algo, es por un elemento que los acompaña como rasgo fundamental de la figura que encarna esos viejos valores marciales: el radical existencialismo de Satán. Ese existencialismo que se manifiesta, incluso, en el rechazo a aceptar la explicación *oficial* del propio origen porque no la corrobora su memoria y experiencia de las cosas:

> ¿Quién vio el surgir de la creación? ¿Recuerdas tú
> Que te formasen, que te diera el ser el Hacedor?
> De tiempo en que no fuimos no hay noticia,
> De ningún predecesor: nos concibió y enderezó
> Nuestra propia facultad vivífica, al cumplir el hado
> El ciclo señalado […][13]

Un existencialismo reconocible para nosotros porque el Dios al

que se enfrenta el Ángel Independiente en el *Paraíso perdido* no es el Dios de las más altas especulaciones humanas ni de las más sublimes experiencias místicas; es el mismo concepto de Dios (el Dios de la religiosidad popular, de la religión de Estado) contra el que ha debido luchar el hombre occidental moderno para llegar a ser lo que es, porque no habría podido insistir en el desarrollo de su plena individualidad sin poner en cuestión y rebelarse contra una ley heredada de las eras ancestrales de la superstición, que petrificaba los conceptos de *hombre, mundo* y *Dios* con definiciones establecidas a perpetuidad. Por más desesperada que sea su lucha contra toda forma de heteronomía, por más condenada al fracaso, ese hombre (y ese Ángel) está obligado a afirmar su individualidad, su individualidad trágica, por la propia inclinación de su naturaleza. Éste es también el nexo que une al héroe épico-trágico griego con el Satán miltónico y el hombre fáustico de la modernidad. El Milton promotor de los derechos del individuo y de la formación de la consciencia autónoma, el Milton enzarzado con pluma y panfleto y tratado contra la monarquía, la opresión y la Iglesia papista, anglicana o presbiteriana, no podía dejar de expresarse en la composición de *Paraíso perdido*, aun en el caso de que en última instancia atribuyamos el poema a la parte más devota de su personalidad. Si ese Milton libertario se expresó, no tuvo para hacerlo otra voz que la de Satán; y ése es el Milton que sigue estando vivo para nosotros. Somos herederos suyos y de las revoluciones que aplaudió o que inspiró (la inglesa, la americana, la francesa…), no del teólogo puritano que también fue.

Es mérito de los románticos haber percibido la grandeza y la trascendencia del Satán miltónico y, a través de él, haber salvado el poema para la posteridad vivificándolo de nuevo. No sin una buena dosis de ironía, el Ángel Caído se convierte con ello en el verdadero Redentor de la obra. Para el Blake del *Matrimonio del cielo y el infierno*[14], sin embargo, el Caído no fue este Ángel, sino el Mesías, que «formó un cielo de lo que le hurtó al Abismo»[15]. Para Shelley, el Diablo miltónico supera con mucho a su Dios como ente moral[16]. Pero es Mary Shelley la que, trayendo ahora al ámbito puramente humano el drama entre el Creador y su Criatura, pone más claramente de manifiesto en su *Frankenstein* y a través del

Engendro (figura mucho más satánica que adánica[17]) lo que Dios no puede responder a su hijo rebelde en el *Paraíso perdido*: «¡Maldición de Creador! ¿Por qué creaste un monstruo tan horrendo que incluso *tú* te apartaste de mí con repugnancia?»[18]. Porque así ve, al fin y al cabo, el Dios miltónico a su hijo Lucifer, como un monstruo de ingratitud y perfidia, digno sólo de burla y de tormento eternos.

Porque ¿quién es este Dios, al fin y al cabo? Es un ser cuya preocupación suprema es la propia gloria. Está tan enamorado de su gloria que no puede concebir la existencia de sus criaturas más que como un acto continuo de alabanza y de obediencia a su persona. Está tan pagado de su gloria que, puesto que se proclama la Causa Primera de todas las cosas, *teme* que se le reproche ser la causa también de la imperfección de sus criaturas. Y, porque teme ese reproche, lo primero que hace ese Dios en el poema es lanzarse a un largo discurso exculpatorio en el que trata de convencemos de que la causa del pecado de insumisión —en Ángel u hombre—, y por tanto la responsabilidad del demoledor castigo con el que responde este Omnipotente, reside en un mal uso de la libertad por parte de los seres creados:

> Pues el hombre escuchará sus tretas halagüeñas [de Satán]
> Y pronto quebrará el solo Mandamiento,
> Sola prenda de obediencia: así caerá
> Él y su infiel progenie: ¿y de quién la falta?
> ¿De quién, sino la suya? Tuvo de mí el ingrato
> Todo cuanto pudo; justo y recto yo le hice,
> Bien capaz de resistir, mas libre de caer.
> Así creé a todos los etéricos Poderes,
> Los Espíritus, los que aguantaron o cayeron:
> Libre aguantó quien aguantó, libre quien cayó.
> Sin libertad ¿qué prueba me darían, leal,
> De alianza verdadera, fe constante, o de amor,
> Si sólo lo obligado, pero no lo deseado,
> Estuviera a su alcance? ¿Qué elogio les daríamos?
> ¿Qué placer tendría yo en obediencia semejante,
> Si la voluntad y la razón (razón también es elección)

Inútiles y vanas, de autonomía exentas ambas,
Y pasivas ambas, han servido a la necesidad,
No a mí? De este modo, como era recto,
Tal se les creó y no pueden con justicia incriminar
A su Hacedor, su hechura, o su destino,
Cual si su albedrío la predestinación
Les revocase, implantada por Decreto irrefutable
O Presciencia magna: ellos mismos decretaron
Su revuelta, no yo[19].

En resumen, que este gran Ególatra supracósmico no es capaz de concebir otra libertad que la que se manifiesta en la estricta obediencia a *su* voluntad. Este fraude de Dios, con toda la mente infinita de la que presume, no ha sido ni siquiera capaz de imaginar un universo donde el hombre o el Ángel sean libres por y para sí mismos, por y para su propio disfrute, no para el deleite vanidoso de una deidad aburrida e idiota empeñada en crueles experimentos morales. Ser libre para obedecer (bajo pena de destierro y martirio) es, sencillamente, una contradicción en los términos. Y si se sugiere que debemos entender la obediencia a este Dios —de acuerdo con el método de Rafael al narrarle a Adán las guerras celestiales, «comparando formas numinosas con corpóreas»[20]— como metáfora de un concepto más abstracto, el de regirse por la ley interna de la propia naturaleza esencial, donde residen la verdadera libertad y la razón?[21] La respuesta es, primero, que ésta es una mala metáfora, poéticamente hablando, porque distorsiona su referente hasta hacerlo irreconocible; y, segundo, que tampoco así se resuelve la contradicción: porque ello implicaría que este Creador, que dice haber hecho al hombre y al Ángel libres, los ha formado, sin embargo, lo bastante ciegos como para elegir ser lo que no son, los ha sacado de fábrica lo suficientemente imperfectos ya como para preferir la servidumbre inherente a una falsa naturaleza en lugar de su auténtica naturaleza libre y perfecta. Y si se dijera, siguiendo a Calvino, que no se puede cuestionar a Dios más de lo que la vasija de arcilla puede amonestar al alfarero[22], habría que concluir que este Dios, además de infinitamente poderoso es infinitamente cruel porque no se ha limitado a fabricar

vasijas de barro insensible: ha creado seres individuales conscientes, que pagarán la afirmación de su individualidad con la consciencia de su eterno tormento. Este Dios, por tanto, no es Dios: es un diabólico Monarca Absoluto, y el único acto moral posible reside en la oposición a él y la desobediencia.

Porque hay algo que este Omnipotente, o bien no puede, o bien no quiere hacer: escribir un guión universal coherente con la infinita bondad de la que presume, es decir, con final feliz para todas sus criaturas. El *happy end* (y esta expresión es aquí miltónica, véase «Libro XII», v. 605) lo reserva sólo para los *libremente* serviles; esto es, para esos seres que, a pesar de todas las amenazas de castigo y de tormento que gravitan ominosas sobre sus cabezas, pueden simular que no perciben coerción alguna y que cumplen la voluntad del celestial tirano como si fuera la propia. En cualquiera de los dos casos, tanto si ese Dios no puede como si no quiere escribir un buen guión, la única salida para la criatura autónoma, independiente, *protestante*, es fracturar la trama de la historia allí donde pueda. Y esto lo efectúa Satán, en parte, poniendo de manifiesto con su actuación toda la incongruencia de la creación de este Dios, porque el mero hecho de que pueda actuar como lo hace ya es en sí prueba bastante de lo absurdo del universo creado y de lo limitado de las facultades conceptivas, imaginativas, incluso jurídicas, de su Hacedor: la persona de Satán es la prueba de la necesidad de la revuelta de Satán. Pero lo efectúa de manera aún más definitiva y eficaz sobre todo allí donde Milton —como si emulase al Dios de su relato, tan presto para la burla[23] como para la ira— hace de él parodia o farsa, al decir de ciertos críticos[24]. Porque, cuando esto ocurre, como en la transformación final de todos los demonios en serpientes, el tejido épico del poema, la grandeza moral que según esos mismos críticos el poema ambiciona alcanzar, se desgarra irremisiblemente y no sabemos muy bien si Milton está poniendo en ridículo a su Satán, o si es en realidad Satán quien está mofándose de la inspiración de Milton y poniendo en ridículo a su autor. No puede extrañar, por tanto, que Waldock haya comparado esa escena final de metamorfosis en los Infiernos con la técnica de las tiras cómicas o los dibujos animados?[25]

El método de los dibujos animados es permitir al villano

alcanzar una cumbre de elevada seguridad y vanagloria, y entonces derribarlo. Todo el punto consiste en derribarlo, siendo la esencia de esta técnica dar al traste con el adversario de una manera arbitraria: en resumen, por medio de algún tipo de broma […] Es una escena a la que no renunciaríamos por nada del mundo, pero tratarla (como parece que ocurre habitualmente) como si fuera, en la sobria verdad de las cosas, la conclusión y clímax de un desarrollo válido es caer, sin duda, en el absurdo crítico. Tratar de vincular una escena como ésta con lo que ocurre en los dos primeros libros de *Paraíso perdido* es intentar aunar cosas inconmensurables, pues el tipo de arte ejemplificado en este pasaje y el tipo de arte con el que comenzó la presentación de Satán no tienen, sencillamente, punto de encuentro. Pertenecen a reinos distintos del discurso. La escena es divertida y su composición extraordinaria, pero de Satán no prueba nada en absoluto.

Y no parece menos de animación el episodio en que Ithuriel roza con su lanza a Satán, que está acuclillado junto al oído de Eva en forma de sapo, y con un cómico chispazo el Demonio recobra su figura original[26]… para no hablar de las batallas celestiales descritas en el «Libro VI». Pero el comentario de Waldock habría que matizarlo en el sentido de que, si tiene razón en lo que a este tipo de escenas respecta, bien puede que el aficionado a los dibujos animados no «renunciase a ellas por nada del mundo», pero en el paisaje de *Paraíso perdido* sobran por completo.

No, el heroísmo de Satán es real: ha preferido el exilio y el tormento antes que someterse a una ley que no percibe como propia; se enfrenta a Dios poniendo de manifiesto sus incongruencias, forzándole a revelar su megalomanía, mostrando los límites de la imaginación de este supuesto Todopoderoso, los límites de su compasión, el paradójico fracaso de sus victorias militares que, siendo meros abusos de poder en quien lo puede *todo*, resultan derrotas morales. Satán parodia a su autor cuando nos sentimos inclinados a creer que Milton lo ridiculiza; y cuando no, nos hace percibir el carácter «legítimamente trágico, no risible, como Lewis querría, de su lenta degeneración desde el “Libro I” al “Libro X”»[27]. Pero ¿es la lectura satánica la que da al poema su mayor congruencia?

II

No sabemos con exactitud cuándo empezó Milton la composición de *Paraíso perdido*. Edward Phillips, sobrino y biógrafo de nuestro autor, sugiere que el poema se inició dos años antes del retorno del rey Carlos II y se terminó tres años después de la Restauración[28], lo que significaría que Milton lo compuso entre 1658 y 1663. Otros opinan que la concepción del poema tuvo lugar a mediados de la década de los cincuenta, pero que Milton no se concentró exclusivamente en él hasta el lustro de 1661 a 1666[29]. Sabemos, sin embargo, que la caída del hombre ya le preocupaba y atraía como tema poético desde muchos años antes, cuando allá por 1640 decidió escribir una tragedia con el título de *Adam Unparadized* (*Adán desparadisado*), de la que quizá el soliloquio de Satán en el monte Nifates del «Libro IV» (versos, sobre todo, 32 al 41) constituya el mismo comienzo. Sea como sea, Milton, que había tenido una desahogada infancia y juventud en lo que a necesidades materiales se refiere, que prolongó los años de su preparación intelectual tanto como la fortuna familiar le permitió hacerlo, incluyendo un viaje de instrucción por Francia e Italia entre abril de 1638 y julio de 1639, se sentía por todo ello en deuda con sus conciudadanos y asumió públicamente el compromiso de saldarla del único modo en que un autor consciente de su valía puede hacerlo, escribiendo la obra maestra que justifique tanta aparente inacción, una vida tan subjetiva:

No tengo por vergüenza yo comprometerme con cualquier cultivado lector de forma que, por unos pocos años todavía, me otorgue su confianza sabiendo que le pagaré eso que ahora constituye mi deuda, ya que se trata de una obra que no puede surgir de los ardores de la juventud, ni de los vapores del vino, como la que fluye a raudales de la pluma de cualquier vulgar Amoroso, o de la cáustica furia de un rimador parásito, ni se obtiene tampoco por invocación de la Dama Memoria y sus hijas Sirénidas, sino por plegaria devota al Espíritu eterno que puede enriquecer toda expresión y conocimiento, y envía a su Serafín con el fuego sagrado de su Altar para tocar y purificar los labios de

quien Él quiere: a esto debe añadirse lectura industriosa y selecta, observación constante, introspección en todas las artes y oficios nobles y generosos. Y mientras esto [en lo que ahora me comprometo] no se haya realizado en alguna medida, aun a expensas de mi propio peligro y coste, me niego a no alimentar esta expectación en tantas personas como estén dispuestas a arriesgar su confianza depositándola en las mejores promesas que puedo ofrecerles[30].

Siguiendo el ejemplo de los poetas épicos italianos Tasso y Ariosto, había abandonado la idea de escribir su gran obra en el latín franco de la Europa culta y la concebía en su inglés materno, aunque ello implicase (así lo parecía en aquel momento) sacrificar el número de sus lectores y apelar a un público de nivel cultural menor. Había dejado atrás, también, la idea de una épica marcial, una *Arturiada*; y en el contexto de aquella Inglaterra protestante de la Revolución, que para él no era hija de las doctrinas de Lutero y Calvino, sino de los autóctonos Pelagio (c. 354-418) y Wycliffe (1330-1384), así como el pueblo destinado a culminar la gran Reforma del cristianismo, esa épica en la que se reconociese la nación no podía ser sino una obra de contenido espiritual, un gran manifiesto de los principios de la actitud cristiana reformada.

En agosto de 1642, la Inglaterra puritana, la más irreductiblemente protestante, se levantó en armas bajo bandera parlamentaria contra su rey Carlos I Estuardo, cuya política absolutista lo había llevado a la confrontación con el Parlamento y cuyo apoyo a las impopulares reformas eclesiásticas y doctrinales de William Laud lo hacían aparecer ante sus súbditos como un monarca procatólico o incluso criptocatólico. Milton, que para entonces está cerca de cumplir los 34 años (había nacido el 9 de diciembre de 1608) se alinea claramente con los parlamentarios (los *roundheads* o «cabezas redondas», por el modo de cortarse el pelo de muchos de ellos en desprecio de las rizadas melenas nobiliarias) contra el partido monárquico (los *cavaliers*, del español *caballeros*, lo que aludía al supuesto favor de la corte hacia las costumbres católicas hispánicas). Es un periodo de ebullición de las sectas milenaristas y de las utopías apocalípticas; es un periodo en que las gentes leen la Biblia en su lengua vernácula y buscan a través de la

inspiración de las Escrituras un diálogo tan directo con su Dios como el de los antiguos profetas y patriarcas. Inglaterra se ha convertido en un nuevo Israel, elegida por Dios para preparar el Segundo Advenimiento de Cristo. Y cuando el 30 de enero de 1649 este pueblo reformado —triunfador en su guerra civil como lo fuera antaño el hebreo en las guerras de Yahveh— decapite al Estuardo, habrá derribado la institución que fue la maldición del antiguo Israel e inaugurado una era tan igualitaria como imagina que fue el periodo bíblico de los Jueces.

Milton, que saluda la ejecución del monarca con un tratado en el que justifica el regicidio[31], es nombrado secretario de Lenguas Extranjeras por el Consejo de Estado; y su primera misión propagandística será responder al librito *Eikon Basilike* («Imagen Regia») que recorre las islas y el continente como si lo hubiese escrito el monarca depuesto en vísperas de su decapitación. Milton compone *Eikonoclastes* («Destructor de imágenes»), que es una segunda ejecución —ésta en efigie, y no por ello menos odiosa a ojos de los derrotados pero acechantes monárquicos— del despreciado Estuardo. En 1652 acaba por perder totalmente la vista, siempre débil en él pero ahora agotada, dirá Milton, en su servicio a la República. Entre 1653 y 1658, el Protectorado de Cromwell hará que se realicen algunas de las aspiraciones civiles y religiosas de nuestro poeta; no todas, sin embargo, y la que más añorará será la abolición definitiva de la Iglesia de Inglaterra. Con la muerte de Cromwell en el 1658, la República comienza su precipitación hacia el colapso; en 1660 la monarquía Estuardo queda restaurada. Milton sobrevivirá ciego y proscrito hasta la segunda semana de noviembre de 1674.

La primera edición de *Paraíso perdido*, en diez libros, ve la luz en 1667 y la segunda, ya en los doce libros en que ha llegado hasta nosotros, en julio de 1674, unos pocos meses antes de la muerte del autor. Su gran obra Milton la escribió en verso blanco: el pentámetro yámbico que se usaba en las composiciones dramáticas él lo emplea por primera vez para la épica, presentándolo con una proclama que —dado el gusto de la corte por las rimas tintineantes — tiene tanto de política como de literaria:

[Este metro] consiste sólo en números apropiados, adecuada

cantidad de sílabas y variedad en el modo de transportar el sentido de un verso al otro, no en el cascabeleo de terminaciones afines, falta evitada por los doctos de antaño tanto en poesía como en la buena oratoria. Tal omisión de la rima, así pues, no debe ser tenida por defecto, aunque quizá lo parezca a oídos vulgares; sino más bien estimada como ejemplo, el primero en inglés, de la antigua libertad recobrada, para el poema heroico, contra la molesta y moderna servidumbre a la rima[32].

Lo escribe para un público «apto, aunque escaso»[33]. Pero lo escribe y lo publica en territorio y periodo hostiles, por lo que cuando menos la apariencia de la obra ha de ser tal que no reanime los rencores y resquemores de sus enemigos que, por el momento, se han olvidado del viejo *regicida* ciego. Tanto si *Paraíso perdido* se compone, como quiere Edward Phillips, entre 1658 y 1663, como si ocurre algo más tarde, ésta es una obra de los años tenebrosos de la derrota de Milton y del fracaso de la utopía cromwelliana; pero en su inspiración, que antecede en mucho a la concreción del poema, ha de haber algo también del periodo entusiasta de la Revolución y la República.

Por todo ello, la lectura más ortodoxa de la obra, la que asume acríticamente que el dios miltónico es en la consciencia del autor y en la consciencia colectiva del cristiano una apta representación (no por imperfecta menos sincera) del dios de Occidente, la que acepta los sofismas de ese dios como el modo que tiene Milton de «vindicar la Providencia Eterna y los caminos del Señor justificar ante los hombres»[34], no puede ser de ningún modo el límite de nuestro horizonte interpretativo. Es, todo lo más, el antifaz de la obra; es la inocua pero tramposa superficie que ha hecho del poema una atractiva figuración del mito cristiano para la religiosidad popular y para la religión oficial de Estado de los pasados siglos.

Quizá Milton tuvo pleno control del guión de su relato y lo que ni siquiera los intérpretes más ortodoxos del poema han podido dejar de reconocer, la imperfección del personaje de Dios Padre, obedece a diseño: es decir, es un reflejo poéticamente fiel de la imperfección de la divinidad popular, no el resultado de un inmenso fallo en la ejecución. Quizá, como propone Bryson[35]—, Milton critica a través de esta figura el concepto popular de dios

como rey guerrero, cuyo precedente sería el Yahveh de los Ejércitos veterotestamentario:

Paraíso perdido y Paraíso recuperado son el intento desesperado de John Milton de probar que Dios no es el Diablo. Al estilo del Libro de Job en sus acusaciones, las épicas mayor y menor de Milton son un modo de incriminar y rechazar al dios imaginado en términos de poder militar y monárquico. Para Milton, Dios no es el Diablo pero, al ser concebido en términos de realeza humana y de deseos demasiado humanos de poder y de gloria, Dios, escandalosa y blasfemamente, ha resultado casi indistinguible del Diablo. Milton establece este punto haciendo del Padre en *Paraíso perdido* su sublime versión artística de la execrable tendencia a concebir a Dios en términos satánicos. El Padre no es en Milton la ilustración de cómo *es* Dios, sino la crítica mordaz del modo en que, demasiado a menudo, Dios es *imaginado*… Milton escribe para re-imaginarse a Dios […]. [Su] poesía y prosa conjuntamente indican que lo que Milton intenta en su épica es algo mucho más radical que la defensa de una deidad personal. En *Paraíso perdido* y *Paraíso recuperado*, Milton está escribiendo un *Eikonoclastes* destinado a destruir, no la imagen del rey, sino la imagen del Rey. Al «justificar los caminos de Dios ante los hombres», Milton lucha por destruir la imagen de ese Dios que él presenta en la forma del Padre mientras, simultáneamente, establece las bases de una nueva imagen, concebida en términos del Hijo[36].

Pero es bien posible también que el personaje de Dios Padre no obedezca a un diseño tan preciso como el que se desprende del inteligente estudio de Bryson. Es posible que en su búsqueda poética de la «íntegra razón»[37] de las cosas, esa especie de clave superlativa que en su concepción espiritual del mundo debía ser al mismo tiempo ley cósmica fundamental, máxima figura divina, explicación del estado actual del hombre y de su lugar en el orden de las cosas, y estado de consciencia natural del humano no caído o del humano redimido, es decir, que en su intento de contemplar poéticamente la *Razón Divina*, Milton tropezase con los obstáculos puestos por la *razón emergente* y el Padre sea el resultado de forcejear con ellos[38].

El siglo XVII, en que vive y escribe Milton, es el siglo del

racionalismo emergente. Es el siglo de Descartes, Hobbes, Locke… La religión busca racionalizarse; en Inglaterra, sobre todo, con ese platonismo de Cambridge que tanta inspiración extraerá de Descartes y con el que Milton estará en contacto durante sus años de estudio en esa universidad. La filosofía, por su parte, aún no puede o no se atreve a prescindir de Dios… aunque ha empezado a musitar lo que ya no tardará en afirmar con contundencia Laplace, que aquél es una hipótesis innecesaria. Descartes, con su «pienso luego existo», ha establecido el gran principio de la experiencia fenomenológica del mundo… sólo que en ella el mundo queda reducido a una fluctuación en la *piel* de la consciencia humana y se percibe ya el vértigo del subjetivismo absoluto, de que no haya un mundo *ahí fuera*. Descartes se recobra de ese vértigo desencadenado por la duda radical de su «Meditación Primera» reponiendo —por medio de una espuria racionalización del viejo argumento ontológico de san Anseimo— a Dios en su lugar, ahora como garante (pues no puede imaginar un dios tan malicioso que busque engañarnos) de que existe una precisa correlación entre lo que la buena razón es capaz de concebir en el interior de la mente y lo que ocurre en el exterior, en la naturaleza; esto es, el dios cartesiano certifica que existe una realidad *real* y que la razón humana puede conocerla.

Este compromiso entre *razón emergente* y la religión tradicional es sintomático del periodo. En este alborecer del racionalismo, la razón, todavía demasiado insegura para prescindir de las *certezas* de la era religiosa que está dejando atrás y todavía bajo la autoritaria presión de las Escrituras, incorpora a su lienzo del mundo los viejos mitos, no sin una buena dosis de fricción que irá acentuándose a medida que la razón avance cobrando confianza en sí misma y en su propio método. Es aquí, al asumir el elemento irracional del mito veterotestamentario de la caída del hombre y pretender racionalizarlo, donde el poema de Milton choca con lo intransformable del lastre supersticioso que arrastra la razón emergente. El Padre es en *Paraíso perdido* el intento (fallido) de racionalizar ese elemento supersticioso.

Si el individualismo satánico hubiese podido satisfacer por completo a Milton, al autor le habría bastado con tratar de

conservar la grandeza trágico-épica del Satán de los dos libros iniciales durante todo el desarrollo del poema; el resultado habría sido la gran confrontación entre Pasión y Razón (una pasión flamígera y egocéntrica; una razón demasiado rígida por inmadura, justiciera y nomocéntrica) que entrevió Blake: Orc contra Urizen. Pero, por más que ese Satán nos hable a nosotros, que hemos sido testigos del zozobrar y descalabrarse del sueño de la razón y hemos visto al sueño de la razón engendrar monstruos, difícilmente podía complacer al cristiano sincero que era Milton. Milton no mira hacia el individualismo egocéntrico, agresivo y nihilista de Satán; mira hacia el individualismo cumbre de Cristo. Cristo es para él también un Dios-Razón o Razón Divinizada, pero ya no la embrionaria razón con su lastre ancestral que representa el Padre, sino la Consciencia-Verdad vista desde lejos, la cima de la Mente vista desde el pie de la montaña. Cristo es para él ese aspecto de la divinidad abstraído de la inexorabilidad del Dios-Justicia y manifestado como Amor, que trasciende incluso la razón. Es la divinidad humana y humanidad divinizada. La chispa divina que infunde su divina trascendencia al individuo fragmentado, dándole la unidad del todo. Es el «todo en todos»[39], la deposición del Cetro[40] que él mismo proclama o le hace proclamar al Padre; es el fin de la Tiranía Celestial y la perfección inmortal de la Tierra postapocalíptica. Es este Cristo, cuya voz emerge aquí y allá en *Paraíso perdido* contra una versión de sí mismo mucho más contaminada por la ideología del Padre[41], pero que se consolida sobre todo en *Paraíso recuperado*, quien resuelve de un solo golpe las inquietudes políticas, morales y epistemológicas de Milton y supone una evolución espiritual en él hacia algo que bien podría llamarse Humanismo Divino.

Éste es el humanismo que algo más de un siglo después salvaría Blake refundiéndolo con su propio Humanismo Visionario en la reencarnación literaria de Milton más ambiciosa que se ha intentado jamás. Con ella, Blake llevaría a su predecesor hasta esa cima teándrica de Consciencia que Milton había vislumbrado sólo entre las nubes desde el pie del pico que todavía tenía por escalar.

Como ya se ha dicho, la primera edición de *Paraíso perdido* apareció en 1667. Era una versión en diez libros y sin los breves «Argumentos» en prosa al inicio de cada capítulo. Éstos se

añadieron ya en la segunda impresión de la obra, en 1668. En la segunda edición de 1674, sin embargo, Milton introdujo mayores alteraciones: dividió el «Libro VII» inmediatamente después del verso 640 en lo que ahora son los libros VII y VIII; insertó tres versos iniciales en el nuevo «Libro VIII» y alteró ligeramente el cuarto verso (que correspondía al «Libro VII», v. 641 de la edición de 1667). Los libros VIII y IX de 1667 se convirtieron así en los IX y X de 1674. Dividió también el «Libro X» de 1667 inmediatamente después del verso 897 en lo que ahora son los libros XI y XII, e insertó cinco versos iniciales en el nuevo «Libro XII». Aparte de ello, introdujo en la nueva edición los siguientes versos: «Libro V», vv. 636, 638-639; «Libro XI», v. 552 y «Libro XI», vv. 585-587.

La versión utilizada aquí es la de 1674 de acuerdo con la edición de Simmons[42]. El texto en inglés de nuestra edición bilingüe es el original, no el modernizado de diversas ediciones contemporáneas. La traducción, sin embargo, no ha conservado las cursivas del texto fuente más que en el caso del topónimo hebreo *Luz* y del nombre cananeo *Peor*, a fin de que el lector los distinga de los correspondientes términos castellanos. El sistema de mayúsculas del autor (si es que puede hablarse de sistema, al fin y al cabo) tampoco se ha reproducido. He seguido, no obstante, la cuestionable política de usar las capitales para distinguir el *Cielo* en cuanto que mundo trascendental del *cielo* visible desde la superficie terrestre; la *Tierra* planetaria de la *tierra* que es región, elemento o terruño; la *Serpiente* como encarnación de Satanás del mero, pero prometedor, reptil; el *Norte* que constituye el principado de Lucifer del *norte* terrenal; el *Abismo* como inframundo opuesto al Cielo del *abismo* físico o de la idea de *abismo*; y, en general, he mantenido las mayúsculas para todas las entidades míticas o arquetípicas que desfilan por el poema, menos cuando ello pudiera conducir a peores inconsistencias.

El verso usado como apta contraparte del pentámetro yámbico original es el amétrico trocaico[43], porque ofrece la mayor flexibilidad para adaptarse a las secuencias de Milton, respetar el número de versos del texto fuente y, la mayor parte de las veces también, la estructura de las oraciones y los encabalgamientos. A raíz de la publicación de mi traducción del *Preludio* de Wordsworth,

alguna luminaria se preguntó por qué había ignorado el endecasílabo como apropiada adaptación del verso épico inglés. Las razones, además de las enumeradas, debieran de ser obvias para cualquiera que no tenga el oído poético estropeado por un concepto cartesianizante de la prosodia: en primer lugar, el endecasílabo castellano, por regla general, no tiene la misma densidad semántica que el pentámetro yámbico inglés, que llega incluso en ocasiones a estar formado por diez monosílabos: «Rocks, Caves, Lakes, Fens, Bogs, Dens, and shades of death» («Libro II», v. 621); para crear secuencias endecasílabas, por tanto, el contenido concentrado de los versos originales debe diseminarse entre dos o más líneas, perdiéndose de este modo la cualidad característicamente compacta del verso épico inglés[44]. En segundo lugar, y más importante si cabe, la «ola rítmica» que hace fluida la lectura de un poema de estas proporciones, un poema además que desdeña la rima y estructura estrófica, la transporta sobre todo la regularidad de un pie preponderante —con sus oportunas variaciones— por un paisaje de hemistiquios equilibrados, no el ejercicio hasta cierto punto pueril de embutir frases en líneas de estrictas sílabas contadas[45]. Aquí reside, en buena medida, el sentido de llamar al verso épico inglés *pentámetro yámbico* con preferencia a *decasílabo*; y por otra parte, al fin y al cabo, la épica tradicional castellana es descaradamente amétrica.

En cuanto al uso por este traductor de términos poco comunes o al borde del desuso, invito al lector a *vivir* la palabra, no como un mero elemento portador de significado, sino como una entidad sonora, emotiva y plástica, al tiempo que semántica. Las cualidades que le servían a Pound para clasificar la poesía —*melopoeia* o aspecto musical, *phanopoeia* o aspecto plástico, visual, y *logopoeia o* aspecto ideático— existen ya embriológicamente, en diverso grado, en cada término autónomo. Desde esta perspectiva, *crepúsculo* y *lubrican, oscuridad* y *oscurana*, *tormenta* y *oraje, carnicería* y *carnaje*, *mujer* y *fémina*… constituyen, holísticamente hablando, experiencias literarias distintas. Por otra parte, el recurso a estas alternativas, mucho más allá de su oportunidad o necesidad prosódica, se justifica aunque sólo sea como testimonio contra la corriente de reduccionismo terminológico que amenaza al castellano. Y no sólo

porque el común de las gentes y la vida común se hayan resignado a un capital terminológico muy limitado, fecundo en palabras comodín, sino sobre todo a causa de una extendida actitud entre las élites[46] intelectuales que querría acorazar la lengua frente al cambio, condenar expresiones con demasiada rapidez al arcaísmo y al desuso, y negar al hablante la creatividad al nivel mismo de la palabra. En parte causa y en parte consecuencia de todo ello es un uso dogmático y limitado del diccionario, que aun en la deficiente forma que reincide en darle la Academia, constituye una experiencia de lectura inolvidable cuando se contempla como depósito de intemporales riquezas.

Una sección de «Notas» al final del volumen proporcionará al lector la información suficiente para enfrentarse al permanente alarde de conocimientos mitológicos, geográficos, astronómicos y de otra toda índole que el género épico impone al autor, así como para comprender mejor (y acaso excusar) algunas de las soluciones ofrecidas por este traductor.

En el prólogo a la traducción de X. Campos del *Jerusalem* de Blake, Francisco Fernández sugiere que una traducción mala es preferible a nada. No comparto la idea en absoluto. De adolescentes, al leer las obras que se suponían monumentos del genio humano universal en las traducciones del momento, pensábamos con frecuencia que el panteón literario —otro más— existía, no por el valor artístico intrínseco de las obras y autores que lo componían, sino sólo por la pátina rancia que le habían otorgado la tradición y el *Alto Consejo Universal de Sabios Gerontócratas*. Algunos de mis compañeros de entonces, desanimados por aquéllas a perseguir después las obras originales en sus propias lenguas, siguen pensando lo mismo. Y no me extraña. Pido, así pues, anticipadas disculpas en caso de que la presente traducción pudiese causarle efecto comparable a algún infortunado, adolescente o no.

Bel Atreides
Sitges, julio de 2005

El verso[47]

La medida es el verso heroico inglés sin rima, como el de Homero en griego y el de Virgilio en latín; ya que la rima no es ni un complemento necesario ni un verdadero ornamento del poema o el buen verso, especialmente en obras extensas, sino el invento de una era bárbara para dar realce a una mísera temática y a un metro cojo; aunque, cierto, embellecida desde entonces por el uso que le han dado algunos poetas modernos famosos, establecida por la costumbre, pero causa para aquéllos de gran tribulación, estorbo y restricción a la hora de expresar muchas cosas que, de otro modo, habrían expresado mejor la mayor parte de las veces. No sin razón, así pues, algunos poetas italianos y españoles de primera línea han renunciado a la rima tanto en las obras largas como en las cortas, del mismo modo que lo hicieron tiempo atrás nuestras mejores tragedias inglesas, considerándola en sí misma algo trivial y, para cualquier oído juicioso, exenta de verdadero encanto musical. Éste consiste sólo en números apropiados, adecuada cantidad de sílabas y variedad en el modo de transportar el sentido de un verso al otro, no en el cascabeleo de terminaciones afines, falta evitada por los doctos de antaño tanto en poesía como en la buena oratoria. Tal omisión de la rima, así pues, no debe ser tenida por defecto, aunque quizá lo parezca a oídos vulgares; sino más bien estimada como ejemplo, el primero en inglés, de la antigua libertad recobrada, para el poema heroico, contra la molesta y moderna servidumbre a la rima.

Libro I

EL ARGUMENTO

El primer libro expone, en forma resumida primero, toda la temática: la desobediencia del hombre y la consiguiente pérdida del Paraíso en el que fuera ubicado. Luego toca la primera causa de esta caída, la Serpiente o, mejor dicho, Satán en la Serpiente, quien, rebelándose contra Dios y atrayendo a su bando muchas legiones de Ángeles, fue desterrado del Cielo con toda su tropa, por mandato de Dios, al gran Abismo. Acción ésta sucintamente referida, tras la cual el poema se precipita a la mitad de la historia para presentar a Satán con sus Ángeles ya caídos en el Infierno, descrito aquí no en el Centro[48] *(pues puede suponerse que cielo y tierra no han sido hechos aún, y desde luego no maldecidos todavía), sino en un lugar de oscuridad absoluta a la que mucho conviene el nombre de Caos. Aquí yace Satán con sus Ángeles en el lago ardiente, fulminado y atónito; tras cierto lapso se recupera, como de la confusión, llama al que le sigue en orden y dignidad, y departen sobre su miserable caída. Satán despierta a todas sus legiones, que hasta ese momento han yacido en la misma confusión, y éstas se alzan una vez proclamados sus números, orden de batalla y principales líderes según los ídolos más tarde conocidos en Canaán y regiones adyacentes. A éstos dirige Satán su discurso, los consuela con la esperanza de reconquistar el Cielo todavía, pero acaba por hablarles de un nuevo mundo y una nueva especie de criatura por crear, de acuerdo con una antigua profecía o rumor en el Cielo. Pues no pocos entre los antiguos Padres*[49] *opinaron que los Ángeles existieron mucho antes de esta creación visible. Para descubrir la verdad de tal profecía y decidir qué hacer en consecuencia, Satán convoca una asamblea general. Lo que emprenden sus secuaces entonces. Pandemónium*[50]*, el palacio de Satán, se alza construido de pronto a partir del Abismo: los infernales Pares se sientan allí en consejo.*

Del hombre la desobediencia, la primera, y del fruto
De aquel prohibido árbol cuyo deletéreo gusto
Trajo al mundo muerte y todos nuestros males,
Más la pérdida de Edén, hasta que un Grande Hombre[51]
Nos curó y recobró la venturosa Sede,
Canta, oh Celeste Musa, que en la secreta cumbre
Del Horeb, o el Sinaí, inspiraste a aquel pastor,

El primero en enseñar a la escogida grey[52]
Cómo Cielo y Tierra, en los comienzos,
Del Caos surgieron; o, si el monte de Sión
Te place más y el arroyo Siloé[53] que rápido
Fluía junto al oráculo de Dios, yo desde allí
Tu ayuda invoco para mi Cantar aventurado,
Que no con vuelo medio[54] quiere remontarse
Sobre el monte aonio[55], persiguiendo
Cosas no intentadas todavía en prosa o rima[56].
Y sobre todo Tú, oh Espíritu que antepones
A todo templo el corazón honesto y puro,
Instruyeme, pues Tú conoces: ya al principio
Estabas Tú presente y, con extensas alas poderosas,
Apalomado te posaste a incubar el vasto Abismo
Y lo hiciste fértil: lo que en mí es oscuro
Ilumínalo, lo que es indigno elévalo y sostenlo,
Que en la cumbre de este magno argumento
Pueda vindicar la Providencia Eterna
Y los caminos del Señor justificar ante los hombres[57].
Di primero, pues el Cielo nada oculta de tu vista,
Ni tampoco la hondura del Infierno, di primero
Qué empujó a nuestros Padres en aquel feliz estado,
Al que tanta gracia otorgaba el Cielo, a caer,
Quitándose de su Creador, e incumplir su Voluntad
Por una sola prohibición, del Mundo Amos si no.
¿Quién primero los indujo a la mísera revuelta?
La infernal Serpiente, él fue[58], cuya astucia,
Ponzoñosa de envidia y de rencor, engatusó
A la Madre de los Hombres, cuando su orgullo
Lo echó del Cielo con su hueste toda
De Ángeles Rebeldes, cuyo apoyo,
Aspirando a gloria sobre el resto de sus Pares,
Le haría —confiaba— al Altísimo igualarse,
Si éste lo enfrentaba; y con propósito ambicioso
Contra el Trono y Monarquía del Señor
Prendió en los Cielos guerra impía, batalla fatua,
Con vano intento. Lo abatió el Poder Irresistible,

Despeñándolo en flamígero trastorno desde el éter
Con horrenda ruina[59] y ardimiento
Hasta la insondable perdición, que allí morase
En cadenas de adamanto y combustión penal
Quien al Omnipotente osó retar en armas.

Nueve veces[60] el espacio que computa día y noche
Para el hombre, él con su hórrida caterva

Yació vencido, revolcándose en el ígneo Abismo
Aturdido aunque inmortal: mas su destino
Lo reserva para cólera mayor, pues la idea ahora
De la dicha malograda y perdurable daño
Lo atormenta. Sus funestos ojos mueve alrededor,
Testimonios de aflicción inmensa y desconsuelo
Mas también tenaz orgullo y odio férreo:
De una vez, con vista angélica contempla
El lóbrego escenario, arrasado y feroz,
Prisión monstruosa toda ella alrededor
Como un gran horno ardiendo, mas con llamas
Que, no luz, sino visible oscuridad ofrecen
Sólo para exhibir escenas de aflicción,
Regiones de infortunio y dolientes sombras que la paz
Y tregua evitan siempre, y nunca toca la esperanza
Que a todos viene; incesante es el martirio
Que asola esos pagos, e ígneo Magma alimentado
De Azufre siempre ardiendo, nunca extinto[61]:
Tal paraje la Justicia Eterna preparó
Para aquellos sublevados y aquí su cautiverio decretó
En total tiniebla, a su suerte abandonados,
Apartados del Señor y luz del cielo
Tres veces lo que distan centro y polo más lejano[62].
¡Qué distinto este lugar del que cayeron!
Allí a sus compañeros de desplome, al albur
De oleadas, remolinos, tempestuoso fuego,
Pronto los distingue y, revolviéndose a su lado,
A uno próximo en poder y próximo también en crimen,
Conocido luego en Palestina y llamado
Belcebú[63]. A él el Archienemigo[64]
(En el Cielo ya llamado Satanás) con verbo bravo,
Rompiendo el hórrido silencio dijo:
«Si tú eres él —¡mas cuán caído!, qué distinto
De él, quien en los Reinos de la Luz felices,
De trascendente resplandor vestido, superabas en fulgor,
Aun fulgentes, a legiones—, al que mutuo pacto,
Aunada mente y persuasiones, misma esperanza

Y riesgo en la gloriosa empresa
Me unió una vez y al que ahora me une la miseria
En ruina idéntica: ya ves qué pozo,
De qué altura hemos caído; tan potente ha resultado
Aquél del Trueno… y hasta entonces ¿quién creyó
Sus armas tan atroces? Pero no por ellas,
Ni por lo que el Víctor formidable en su furor
Pudiera aún causarnos, me arrepiento o cambio
(Si bien cambiada en lustre externo) esta mente fija
Y mayúsculo desprecio —fruto de herido mérito—
Que contender me hizo con el más potente,
Arrojando a la fiera controversia
Fuerzas incontables de Espíritus armados
A los que afligía su reinado y, prefiriéndome,
Su poder supremo con poder adverso confrontaron,
En dudosa liza en los Campos del Empíreo,
Haciéndole temblar el Trono. ¿Qué, si cejamos?
No todo está perdido; la inconquistable voluntad
Y planes de venganza, odio inmortal
Y un coraje que jamás se rinde o cede:
¿Y qué otra cosa es no estar vencido?
Esa gloria nunca su ira o su poder
Tendrán de mí. Doblarme y pedir merced
Con rodilla suplicante, y su poder deificar
Quien con terror, el de este Brazo, hace poco
Cuestionó su imperio, eso sí sería miserable;
Eso sí sería una ignominia y deshonor, aparte
De ruina, puesto que el destino impide flaquear
La fuerza de los Dioses y esta empírea substancia;
Puesto que por la experiencia de este lance
—En armas no peores, mas en previsión mejores—
Con próspera esperanza cabe disponer
Librar por maña o fuerza eterna guerra
Inconciliable contra nuestro fiero enemigo,
Que ahora triunfa y en el colmo de su gozo,
Reinando solo, es la Tiranía del Cielo».

Así habló el angélico Apóstata, aunque en dolores,

Jactándose en voz alta, dentro desgarrado;
Y así le respondió enseguida su amigo bravo:
«Oh Príncipe, oh Caudillo de incontables Tronos[65]
Que guiaste a la batalla ejército de Serafines
A tus órdenes y, con temibles destemidas
Gestas, al perpetuo Rey del Cielo apeligraste
Y pusiste a prueba su alta Hegemonía,
Ya ostentada por la fuerza, azar, o sino:
Muy bien veo y lamento el desenlace cruel
Que, con derrota triste y descalabro vil,
Nos hurta el Cielo; y toda esta hueste poderosa
Despeñada a tan horrible destrucción,
Tanta como Dioses, como Esencias Celestiales
Puedan padecer: pues mente y espíritu persisten
Invencibles y el vigor retorna pronto,
A pesar de toda nuestra gloria extinta y el feliz estado
Aquí enterrado en suplicio interminable.
¿Mas qué, si nuestro vencedor (al que ahora
Por fuerza creo omnipotente, pues no menos
Que uno así habría aplastado a nuestras fuerzas)
Nos ha dejado enteros el espíritu y el nervio
A fin de soportar crecido sufrimiento
Complaciendo de tal modo a su ira vengadora,
O por hacerle más servicio como esclavos
(Prerrogativa bélica), sean los que sean sus asuntos
Aquí, en el centro del Infierno, trabajando ya entre llamas
Ya cumpliendo sus encargos en la Hondura tenebrosa?
¿De qué nos sirve entonces el sentir
La fuerza no mermada, o nuestro eterno ser,
Si es para aguantar castigo eterno?».
A lo que con verba rauda el Archidemonio replicó:
«Caído Ángel, ser débil es miserable
En la acción o sufrimiento; pero ten por cierto esto:
Hacer un bien jamás será tarea nuestra,
Sino siempre obrar el mal nuestro deleite,
Siendo cosa opuesta a su alta voluntad,
Que resistimos. Si después su Providencia

Nuestro mal intenta transformar en bien,
Buscaremos arruinar su empeño
Y en el bien hallar los medios para el mal;
Y a menudo puede que triunfemos, y quizá
Le duela, si no fallo y consigo desviar
Sus más recónditos designios de su presagiado fin.
Pero mira, el airado Víctor ha emplazado
A sus Ministros, que la saña olvidan y el acoso
Retornando al Umbral del Cielo: el sulfúrico granizo
Arrojado tras nosotros en la exhausta tempestad
Ha aplacado el mar de fuego que al caer
Nos recibió del Precipicio empíreo, y al Trueno,
Alado en su ira impetuosa y rojo Rayo,
Acaso no le queden dardos y ahora cese
De rugir por este vasto, ilimitado Abismo.
No perdamos la ocasión, ya el desdén
Del enemigo, ya saciada furia nos la brinde.
¿Ves allí aquella lóbrega llanura, yerma y áspera,
Sede de desolación, de luz exenta
Salvo por lo que el rielar de estas llamas lívidas
Vuelve pálido y temible? Hacia allí vayamos,
Dejando la zozobra de estas olas ígneas,
A buscar reposo, si reposo puede haber ahí,
Y tras reunir a nuestras rotas huestes
Pensemos cómo desde ahora ofender mejor
Al Enemigo, o remediar la pérdida,
Cómo superar tan fiera desventura,
Qué auxilio extraer de la esperanza
O qué resolución del desespero».
Así Satán, hablando a su inmediato camarada
Con la testa levantada sobre aquellas olas, y ojos
Que al titilar ardían, y el resto de su cuerpo
En el magma prono, extendido largo y ancho
Muchas varas[66], yacía flotando, una mole tan inmensa
Como esos que las fábulas Titanes llaman,
O terrígenos, de inmensa talla, que hicieron
Guerra a Jove: Briareo o Tifón, en la caverna

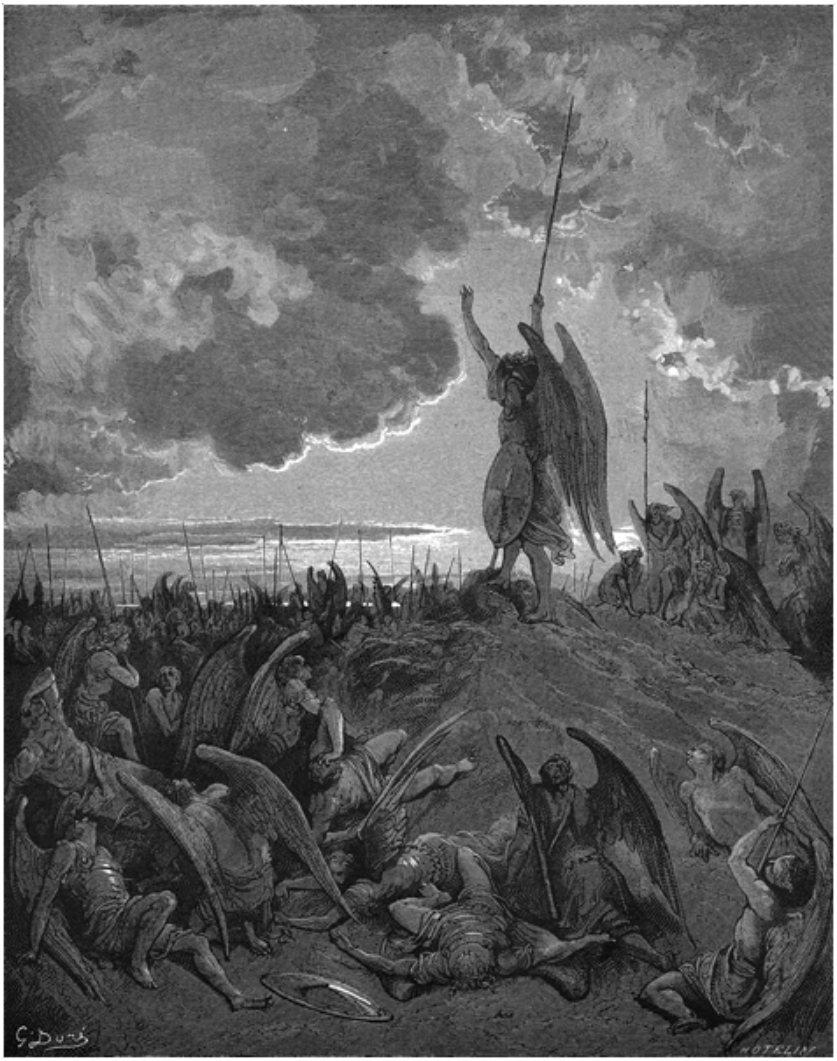
Cabe el viejo Tarso; o ese engendro acuático,
El Leviatán[67], al que Dios hizo, de todas sus creaciones,
La más grande, en las corrientes de los mares:
A éste a veces, cuando duerme entre nórdicas espumas,
El piloto de un pequeño esquife en brumas,
Lo toma por islote y, tal como cuentan navegantes,
Fijando el ancla en su escamosa piel,
Atraca en su costado a sotavento, mientras viste
El mar la noche y demora el alba deseada.
Así, inmenso en su largor, yacía el Archidemonio
Encadenado sobre aquel ardiente lago; y allí
Quedara sin alzar cabeza, si la voluntad
Y sumo asentimiento del omnipotente Cielo
No lo hubiese al fin librado a sus negras ambiciones:
Que pueda amontonar, con reiterado crimen,
Maldiciones sobre sí mientras persigue
El mal de otros, y furioso pueda ver
Cómo toda su malicia sirve sólo a la creación
De bondad ilimitada y gracia, derramadas
Sobre el hombre que él sedujo; para él mismo
Sin embargo, triple ruina, rabia y saña.
De pronto erguido, eleva de la charca
Su potente envergadura; llamas de ambas manos,
Aventadas hacia atrás, sus vértices inclinan y, rodando
En ondas, dejan en el medio un valle hirsuto.

Después, las alas extendidas, vuela
Hacia lo alto, gravitando en el aire penumbroso,
Que siente el peso insólito, hasta que en terreno seco
Pone pie, si tierra ardió alguna vez
Con fuego sólido, cual con líquido el lago;
Y era su apariencia como cuando la pujanza
De un viento subterráneo transporta un monte
Arrancado del Peloro o el flanco destrozado

Del Etna atronador[68], cuyas entrañas combustibles
Bien cebadas, concibiendo fuego
Sublimado por la furia mineral, ayudan a los vientos
Y un fondo dejan todo envuelto
En humo y en hedor: apoyo tal halló la planta
Del pie maldito. Lo siguió su camarada,
Engreídos ambos por huir del Magma Estigio
Como Dioses, por su propia fuerza recobrada
Y no por tolerancia del Poder superno.
«¿Es ésta la región, el suelo, el clima
—Dijo entonces el perdido Arcángel—, éste el sitial
Que a cambio recibimos de los Cielos, esta triste sombra
Por aquella luz celeste? Sea, puesto que aquel
Que ahora es Soberano puede declarar
Qué es lo recto: pues mejor cuanto más lejos
Del que siendo en razón igual, supremo reina por la fuerza
Sobre iguales. ¡Hasta siempre, Campos venturosos
Donde es eterno el gozo! ¡Salve horrores, salve
Mundo infernal! Y tú, profundo Averno,
A tu nuevo Dueño acoge: alguien que trae
Mente que no cambian sitio o tiempo.
La mente es su propio medio y, en sí misma,
Puede hacer del Cielo Infierno, del Infierno un Cielo.
¿Qué importa dónde, si aún soy el mismo
Y lo que he de ser, sólo menos que ése
Al que el Trueno hace superior? Aquí al menos
Somos libres; el Omnipotente por envidia
Yermo tiene este lugar: no ha de echarnos de él.
Aquí seguros reinaremos y según lo juzgo
Digno anhelo es el reinar, incluso en los Infiernos:
Mejor reinar en el Infierno que servir en el Empíreo.
¿Mas por qué dejar a nuestros fieles compañeros,
Socios y partícipes en nuestra pérdida,
Yacer así aturdidos en el lago del olvido
Sin llamarlos a tener su parte
En la mansión desventurada; o de nuevo
En armas congregados ver qué pueda recobrarse

Aún del Cielo, o perderse todavía en el Abismo?»
Así habló Satán y Belcebú le respondió:
«Caudillo de estos fúlgidos ejércitos
Que sólo el Todopoderoso derrotar podía,
Si oyen esa voz, su esperanza más segura
En apuros y temores, escuchada tantas veces
En trances, los peores, y en la cresta peligrosa
Del combate cuando rabia, en todos los ataques
Su señal más cierta, enseguida cobrarán
Inédito coraje, nuevos ánimos, aunque ahora yacen
Humillados y postrados en el lago ardiente
Como antes tú y yo, aturdidos y perplejos
(¿Y quién se extrañaría?), tras caer de tan nefasta altura».
Apenas terminara y el Demonio superior
Marchaba ya a la orilla, el pesado escudo
De etéreo temple, largo y redondo y masivo,
Echado atrás, colgándole el amplio disco
De los hombros cual la Luna, cuyo orbe
Con el óptico cristal observa el artista de Toscana
Al caer la tarde, en la cima del Fiesole,
O en Valdarno[69], descubriendo nuevas tierras,
Ríos o montañas en el globo moteado.
Su lanza, comparada con la cual el pino más enorme,
Talado en montes de Noruega para mástil
De glorioso buque insignia, fuera caña sólo,
Le sirve para apoyo de precarios pasos
Por la ardiente marga, no como aquéllos
Sobre el azur del Cielo; y el clima tórrido,
Además, lo azota fiero bajo bóveda de fuego.
Mas él lo aguanta todo hasta alcanzar la playa
Del mar en llamas, desde donde grita
A sus legiones, las angélicas figuras que, en su trance,
Flotaban numerosas como hojas otoñales en arroyos
De Vallombrosa, donde etruscas sombras[70]
Elevan sus arcadas protectoras; o los juncos esparcidos
Por las aguas cuando Orión, con vientos fieros,
La costa bate del Mar Rojo, cuyas olas desmontaron

A Busiris y su ejército de Menfis a caballo,
Cuando con traición odiosa persiguieron
A los refugiados del Gosén[71], que vieron
Desde salva orilla sus cadáveres flotar
Entre restos de los carros destrozados. Tan tupida
Y abyecta la legión yacía, cubriendo el piélago,
Bajo el hechizo de su horrendo cambio.
Él llamó tan fuerte que toda hueca hondura
Del Infierno resonó: «Príncipes y Potestades
Y guerreros, flor del Cielo, antes vuestra, disipada ahora,
Si es que aturdimiento semejante puede anonadar
A Espíritus Eternos: ¿o habéis parado aquí,
Tras el tesón de la batalla, a dar reposo
A la virtud cansada por lo calmo del lugar,
Dormitando como en valles del Empíreo?
¿O en esta abyecta pose habéis jurado
Adorar al Vencedor, que ahora contempla
Querube y Serafín a la deriva en la corriente
Con las armas y estandartes esparcidos,
Hasta que sus raudos batidores a las Puertas de los Cielos
Noten la ventaja y desciendan a humillarnos,
Así desfallecidos, o con rayos sucesivos
Nos transfijen, arrojándonos al fondo de este Abismo?
¡Despertad, en pie, o quedad postrados para siempre!».
Lo oyeron ellos y, azorados, levantaron al instante
El vuelo, como hombres que, hechos a velar
La guardia mas hallados adormidos por quien temen,
Se incorporan y se cuadran antes aun de despertar.



Y no ignoraban la afligida situación
En la que estaban, ni eran insensibles al suplicio,
Mas la voz de su Caudillo pronto obedecieron,
Incontables. Como cuando la potente vara
Del Hijo de Amrán, el día infausto de Egipto,
Señaló oscilante el litoral llamando nube opaca
De langostas, que en el viento de levante hervían,
Y sobre el reino del impío Faraón cayeron

Como noche, atenebrando el país del Nilo[72]:
Tan innúmeros los Ángeles malignos
Aleteaban bajo el domo del Infierno,
Entre fuegos en lo alto, lo hondo y rodeándolos;
Hasta que les hace seña la enhiesta lanza
De su gran Sultán marcándoles el curso
Y con diestro equilibrio aterrizan
En el firme sulfuroso, abarrotando el llano.
Una multitud que ni el Norte populoso
Volcó jamás de sus helados lomos[73] más allá
Del Rin o del Danubio, cuando su progenie bárbara
Llegó al Sur como avalancha, propagándose
Allende Gibraltar y por arenas libias.

Mas de cada escuadrón y cada banda al instante
Los cabezas y los jefes se apresuran al lugar
Donde está su Comandante, formas divinales y figuras
Que trascienden lo humano, principescas Dignidades
Y Poderes[74] que antes en el Cielo ocupaban Tronos,
Aunque de sus nombres en las crónicas celestes
No quede ya recuerdo, suprimidos como están
Por su revuelta de los Libros de la Vida.

Ni tampoco todavía les dieran nuevos nombres
Los hijos de Eva, pues no era el día en que,
Por anuencia del Altísimo y para prueba de los hombres,
Vagarían por el mundo con mentiras, falsedades,
Incitando a muchos a apartarse
De Dios su Creador y transformar
La invisible gloria de aquel que los hizo
En imagen de animal, ornado a menudo
Para ritos caprichosos plenos de pompa y oro,
Y a adorar a los Demonios cual Deidades.
Entonces conociéronlos los hombres por diversos nombres
Y en varios ídolos del mundo infiel.
Di sus nombres, Musa, como luego fueron[75],
Quién primero, quién postrero se alzó del ígneo lecho
Al llamado de su gran Emperador y, uno a uno,
Según sus méritos, a él llegaron en la yerma orilla
Mientras la promiscua turba estaba lejos.
Principales fueron los que, prorrumpiendo del Infierno
A buscar en tierra presa, osarían luego
Junto al Trono del Señor plantar sitiales,
Altares al costado de Su Altar, dioses adorados
Entre las naciones circundantes, desdeñando
Al Jehová tonante de Sión, entronizado
Entre Querubes; sí, y a menudo colocaron
En Su Templo sus capillas respectivas
Y abominaciones; y con cosas execrables
Profanaron ceremonias santas y solemnes fiestas,
Y con su negrura osaron afrentar su luz.
Primero Móloc, rey atroz pringado de la sangre
De humanas oblaciones y llantos parentales,
Cuyos atambores y timbales fuertes
Ahogaban el chillido de los niños, que servía el fuego
Al siniestro ídolo. A él los amonitas
Adoraron en Rabá y su planicie aguanosa,
En Argob y en Basán, hasta el margen más lejano
Del Arnón. Insatisfecho aún con tan
Osada vecindad, al alma sapientísima

De Salomón indujo con engaños a erigirle
Un templo justo frente al templo del Señor,
En aquel mogote del oprobio, y fue bosque suyo
El valle dulce de Hinnón, llamado desde entonces
Tofet[76] y negro Gehená, reflejo del Infierno.
Después Kemós, terror obsceno de los hijos de Moab,
Desde Aroer a Nebo y el páramo
Del Abarim meridional; en Hesbón
Y Horonaim, reino de Seón, allende
Sibma, valle exuberante en flores y viñedos,
Y en Elealé hasta la Asfáltica Laguna.
Peor fue otro de sus nombres, cuando en Sittim
Atrajo a Israel, en su avance desde el Nilo,
A ritos disipados, que pagó muy caro.
Mas desde allí extendió sus lúbricas orgías
Hasta el Monte incluso del Escándalo, rayano al bosque
De Móloc homicida —la lascivia junto al odio—,
Hasta que el buen Josías de allí al Infierno los echó[77].
Venían también con éstos los que desde el cauce limitáneo
Del viejo Éufrates y hasta el río que divide
Egipto de la tierra siria[78], usaban nombres colectivos:
Los Baalim y Ashtaroth[79], masculinos los primeros
Y los otros femeninos. Pues, según les place,
Uno u otro o ambos sexos tienen los Espíritus; tan tenue
E incompuesta es su Esencia pura,
No ligada ni trabada a miembro ni juntura,
No fundada en la frágil fuerza de los huesos,
Como la onerosa carne: en la forma que eligen,
Ya compacta o dilatada, fúlgida u oscura,
Ejecutan sus sutiles intenciones,
Realizando obras ya de amor, ya hostiles.
Por ellos la Estirpe de Israel abandonó a menudo
Su Fuerza Viva, y dejó desierto
Su altar legítimo, postrándose humilde
Ante ídolos bestiales; y por ello sus cabezas,
Humillándose lo mismo en la batalla, se rindieron
A la lanza de enemigos despreciables. Vino en tropa

Con éstos Astoreth, llamada por Fenicia
Astarté, del Cielo Reina, con sus cuernos alunados:
A su imagen esplendente, en las noches bajo el astro,
Vírgenes sidonias le brindaban votos y canciones;
No ignorada en Sión tampoco, donde ostentaba
Templo en la insultante loma, construido
Por aquel uxorio Rey[80] que, aunque de alma vasta,
Embelesado por idólatras hermosas, se hincó
Ante ídolos inmundos. La seguía Tamuz,
Cuya herida estacional en Líbano tentaba
A las mozas sirias a llorar por su destino
Con tiernas cancioncillas, todo un día de verano,
Mientras el sereno Adonis desde su nativa roca
Púrpura corría al mar, teñido —se decía— de la sangre
De Tamuz, anual herido: el cuento amoroso
Infectó con similar delirio a las hijas de Sión,
Cuyas lúbricas pasiones en el Porche santo
Vio Ezequiel, arrebatado en sus visiones,
Cuando su mirada sondeó las lúgubres idolatrías
De Judá enajenado[81]. Luego vino uno
Que lloró de veras, cuando el Arca prisionera
Mutiló su imagen bruta, manos y cabeza le arrancó
En su propio templo, en el mismo umbral,
Donde se desmoronó, abochornando a sus devotos:
Dagon es su nombre, monstruo acuático, hombre arriba,
Pez debajo; alto templo exhibía
En Azoto, y lo temía entero el litoral
De Palestina: Gat y Ascalón,
Ecrón y feudos en los límites de Gaza[82].
Rimón lo sigue, cuya sede deliciosa
Era la gentil Damasco, en las fértiles riberas
Del Abana y el Farfar, de límpida corriente.
También se mofaría éste de la casa del Señor:
Perdió un leproso un día y ganó un Monarca.
Acaz, estúpido, lo conquistó; y embaucado por aquél
Menospreció el altar de Dios y lo trocó
Por uno al sirio estilo, donde hacer arder

Sus ofrendas execrables y adorar a dioses
Que había derrotado[83]. Luego apareció
Una turba que, gastando nombres de añeja fama,
Osiris, Isis, Horus y su séquito,
Con monstruosas formas y hechizos, incitó
Al fanático Egipto y a sus sacerdotes a buscar
Sus errantes dioses en imágenes brutescas
Más que de hombres. No escapó Israel
A la infección, que con prestado oro se forjó
El Becerro del Horeb: y el rey rebelde
Duplicó el pecado en Betel y en Dan,
Equiparando su Hacedor al buey pacente,
Jehová, que en una sola noche al salir
De Egipto desfilando, igualó de un golpe
Primogénitos y todos sus balantes dioses[84].
Último llegó Belial: Espíritu más lúbrico
No cayó del Cielo, ni otro más afecto
Al vicio por sí mismo; no tenía éste templo
Ni altar que le humease; pero ¿qué otro más asiduo
En los templos, los altares, cuando el sacerdote
Se hace ateo, cual los hijos de Elí, que de violencia
Y de lascivia la mansión colmaron del Señor?
En cortes y palacios reina él también
Y en urbes opulentas, donde el ruido
Del desmadre asciende sobre torres gigantescas,
Y las ofensas y el escándalo: y al apagar
La noche la ciudad, surgirán los hijos
De Belial, ahitos de insolencia y vino.
Testigos son las calles de Sodoma y aquella noche
En Guibeá, en que una puerta hospitalaria
Expuso a la mujer aquella y evitó peor estupro[85].
Éstos fueron los primeros en poder y jerarquía;
El resto fuera largo relatar, si bien famosos:
Los dioses jonios; tales los creyó la raza de Yaván[86],
Aunque confesara posteriores a la Tierra y Firmamento,
Pretendidos padres. Y Titán, primogénito del Cielo,
Con su inmensa prole; su derecho le robó

Saturno, más reciente, que de Jove poderoso,
Hijo suyo y de Rhea, obtuvo misma suerte.
Y Jove, usurpando, gobernó. Primero en Creta
Y en el Ida fueron éstos conocidos: en la nívea cima
Del Olimpo frío dominaron la región del aire medio,
Su cielo extremo; o en la peña délfica,
O en Dodona, y por todas las provincias
De la patria dórica; o con Saturno viejo
A Campos de Hesperia huyeron sobre el Adria
Y, a través de tierras celtas, a las islas más remotas[87].
Todos éstos y otros muchos acudieron, mas con ojos
Bajos, tristes, en los cuales sin embargo
Un fulgor había de oscuro gozo —pues su líder
Encontraran, no abatido; y a sí mismos, no perdidos
En la pura pérdida— que al rostro daba de Satán
Un brillo equívoco. Mas éste recobrando pronto
El propio orgullo, con hinchada verba que ostentaba
Dignidad fingida, no substancia, levantó gentil
Su coraje desmayado y disipó sus miedos.
Luego enseguida manda que, al clamor guerrero
De trompetas y clarines fuertes, sea alzado
Su estandarte poderoso. Este gran honor lo pide
Azazel (que su derecho invoca), un Querube alto,
Que veloz del mástil fúlgido despliega
La imperial enseña[88]: brilla ésta en alto
Como bólido que desmelena el viento,
Blasonada en oro y ricas gemas,
Con seráficos trofeos y armas: mientras,
El metal sonoro exhala sones belicosos
Y la hueste universal responde alzando
Un grito que desgarra el cóncavo de los Infiernos,
Asustando a Caos y Noche anciana en su propio reino.
En un solo instante a través de aquellas brumas
Diez millares de oriflamas se levantan en el aire,
Tremolando de espléndidos colores; y con ellas
Surge un bosque colosal de lanzas, yelmos incontables
Y escudos prietos en compacta formación

De espesor incalculable. Y ya desfilan
En íntegra falange al ritmo dórico
De flautas y clarines suaves, como el que elevó
A pináculos de temple noble a los héroes de antaño
Al armarse para el combate, inspirándoles,
En vez de rabia, un valor deliberado, firme
Ante el pánico mortal, inmune a la abyecta huida;
Mas no exento del poder de apaciguar,
Con solemnes notas, tristes pensamientos y espantar
Angustia y duda y pena y daño y miedo
De mentes ya mortales o inmortales. Así ellos,
Exhalando fuerza unida y decisión,
Marcharon en silencio al son de suaves gaitas
Que sus pasos crueles sobre el suelo ardiente calma;
Y ahora, ya a la vista, se detienen: erizado frente
De largor temible y armas deslumbrantes, al estilo
De los rancios campeones, firme escudo y lanza,
Esperando la orden que el Caudillo poderoso
Quiera darles: éste, a través de las armadas filas
Lleva su capaz mirada y pronto tiene examinado
El batallón completo, su orden recto,
Sus rostros y estatura como Dioses;
Su número por fin calcula. Y ahora el corazón
De orgullo se le hincha y, duro en su poder,
Exulta, pues tras la creación del hombre nunca
Hubo fuerzas semejantes, comparadas con las cuales
Todas otras fueran como aquella infantería de pigmeos
Atacada por las grullas[89]; aunque la prole gigantesca
En Flegra[90] se sumase a la estirpe heroica
Que en Tebas combatió y en Ilión, nutrida cada parte
De Dioses auxiliares; y lo que resuena
En romance o fábula del hijo de Uther[91]
Rodeado de los paladines de Britania o Armórica[92];
Y todos los que luego, bautizados o infieles,
Justaron en Aspramonte o Montalbán,
Marruecos, o Damasco, o Trebisonda[93],
O los que envió Biserta[94] desde orillas africanas

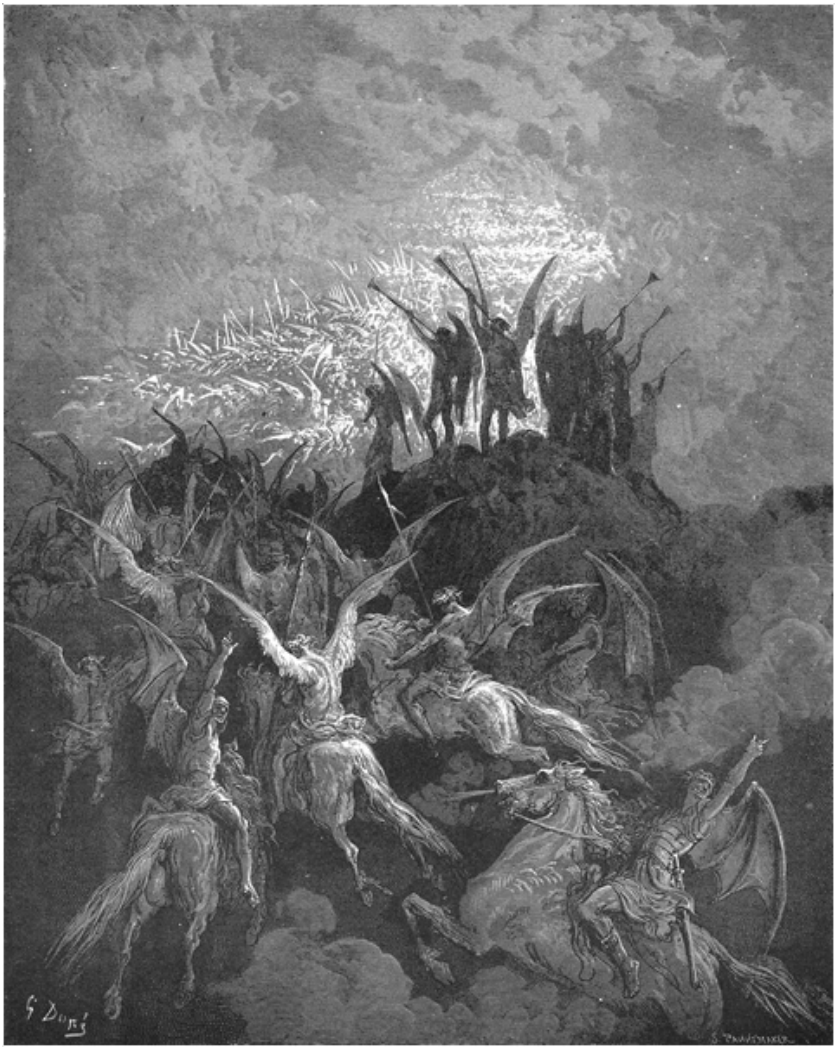
Cuando Carlomagno con sus Pares fue vencido
Cerca de Fuenterravía[95]. Tan por encima éstos
De cualquier mortal proeza, mas sumisos
A su fiero Comandante: éste sobre el resto
En figura y gesto, eminencia altiva,
Se alzaba como torre; no perdiera aún su forma
Todo su fulgor original, ni menos parecía
Que caído Arcángel, empañada la abundancia
De su gloria: como cuando el Sol amaneciente
Mira desde el horizonte a través del aire neblinoso
Falto de sus rayos, o desde el otro lado de la Luna,
En vago eclipse desastroso, un crepúsculo proyecta
Sobre medio mundo y con cambios pavorosos
Estremece a los monarcas. Aun así oscurecido,
Sobre todos brilla aquel Arcángel; mas en su faz
Hondas cicatrices ha dejado el Trueno y hay
Zozobra en su pómulo marchito, bajo frente sin embargo
De indómito coraje y un orgullo que, paciente,
Venganza atiende. Crueles ojos gasta, pero irradian
Signos de pesar y de pasión al contemplar
A sus cofrades en el crimen, seguidores más bien
(Que tan otros en la dicha viera) condenados
Para siempre ahora a un destino de dolor,
Miríadas de Espíritus privados por su falta
De los Cielos y de eternos esplendores expulsados
Por su rebelión, mas fieles a Satán
En su agostada gloria: como cuando el fuego del Empíreo
Abrasa robles en el bosque o pinos de montaña
Y, desnudo el tronco, con la copa incinerada, se alzan
Soberanos en el yermo devastado. Él ahora se dispuso
A hablar; se curvan sus columnas de ala a ala
Envolviéndolo en un arco con sus Pares:
La atención los tiene mudos.
Tres veces prueba y tres, aun a pesar del odio,
Lágrimas le brotan, que los Ángeles lloran: por fin,
Un trenzado de palabras y suspiros halla el cauce.
«Oh miríadas de Espíritus eternos, oh Poderes

A quienes sólo el Omnipotente iguala; y esa lucha
No fue deshonrosa, aunque atroz su desenlace,
Como este sitio testifica y nuestro cambio atroz
Que es odioso declarar: mas ¿qué poder del intelecto,
Al prever o presagiar aun desde simas de saber
Pasado o presente, pudo haber temido
Que una coalición de Dioses como ésta
Fuese nunca vulnerable a la derrota?
Pues ¿quién puede aún creer, tras tanta pérdida,
Que todas estas tropas poderosas, cuyo exilio
Evacuó los Cielos, no remontarán de nuevo
Por sí mismas, retomando su sede natalicia?
En cuanto a mí, testigos las legiones todas del Empíreo,
Si consejos diferentes o peligros que eludiera
Malograron nuestras ansias. No, sino que ese
Que en los Cielos reina soberano, hasta entonces
Confiado ocupara el Trono, sostenido por antigua fama,
O costumbre o beneplácito, y su regio estado
Exhibía sin recato, pero no su fortaleza,
Y ello indujo nuestro intento y produjo nuestra pérdida.
Ahora conocemos su poder; también el nuestro,
Y no provocaremos ni habremos de temer,
Si provocada, nueva guerra; es mejor
Obrar ocultamente, por perfidia o fraude,
Lo que no logró la fuerza: que al final podamos
Demostrarle a aquél que quien se impone
Por la fuerza vence a su enemigo sólo a medias.
Puede que el espacio geste nuevos mundos;
En los Cielos se decía que muy pronto
Pretendía aquél crear un orbe y plantar en él
Progenie, que en su alta estima,
Hallaría igual favor que los Hijos de los Cielos:
Allí, aun para espiar acaso solamente,
Irrumpamos al principio, allí o en otra parte:
Pues este pozo infernal no retendrá jamás
Espíritus celestes en cadenas, ni el abismo largo tiempo
Logrará sumirlos en tinieblas. Pero estos planes

Deben madurarse: paz es imposible,
Pues ¿quién piensa en sumisión? La guerra entonces,
Guerra abierta o tácita, es lo que está por decidir.»
Así habló; y, a fin de confirmar lo dicho,
Miles de espadas llameantes ascendieron de los muslos
De potentes Querubines y el destello repentino
Encendió el Infierno alrededor: coléricos bramaron
Contra el Altísimo y, las armas en el puño, fieros
Arrancaron a broqueles estentóreos clangor de guerra,
Arrojando desafío a la cúpula del Cielo.
No lejos de allí había un monte cuya cúspide temible
Eruptaba fuego y un rugiente humo; el resto era todo
Costra refulgente, signo indubitable
De que había en sus entrañas mena metalífera,
Secuela del azufre. Hacia allí con ala urgente
Voló una tropa numerosa, como pelotón
De zapadores que con pico y pala armados
Al campo regio se adelantan por cavar trincheras
O minar murallas. Los guió Mammón,
Mammón[96], el Ángel menos tieso que cayó
Del Cielo, pues incluso allí sus ojos, pensamientos,
Se inclinaban hacia el suelo, admirando más
Lo rico del celeste pavimento, su hollado oro,
Que toda cosa ya divina o santa disfrutada
En visión beatífica: también por él los hombres,
Los primeros, y por soplo suyo aleccionados,
Irrumpieron en el núcleo y con mano irreverente
Saquearon las entrañas de su madre Tierra
Por tesoros que mejor no hallaran. Pronto tuvo abierta
Su brigada, en el monte, herida amplia
Y extrajo del filón el oro. Nadie se sorprenda
Que el Infierno dé riquezas tales: ese suelo
Más merece la preciosa maldición. Y aquí, que aquellos
Dados a exaltar las cosas transitorias, fascinados
Por Babel, o las obras faraónicas de Menfis,
Sepan que los monumentos más excelsos en renombre,
Arte o fuerza fácilmente los superan

Los Espíritus malditos, que en una hora hacen
Lo que una era humana y manos incontables,
Con trabajo interminable, apenas pueden.
Cerca en la planicie, en múltiples crisoles predispuestos
Que tenían por debajo venas de fluido ígneo
Derivadas del pantano, otra multitud,
Con arte insólito, fundía la masiva mena
Separando cada cosa y la escoria desnataba de oro:
El tercero de los grupos rápido formó en el suelo
Un molde vario y del hervor de los crisoles,
Por oculta transferencia, rellenaba cada hueco;
Así en el órgano de un solo soplo el viento
Da a todos sus cañones voz y aliento.
Pronto de la tierra, como una exhalación,
Se elevó un bloque formidable, con sonido
De exquisita sinfonía y voces dulces,
Mas cual templo circundado de pilastras
Y columnas dóricas lastradas
De áurico arquitrabe; no faltaba allí tampoco
La cornisa, el friso, esculpido con relieves;
Era el techo de oro repujado. Babilonia
O el gran Cairo no emularon tal grandeza
En el colmo de su gloria, ni al dar morada
A Belus y Serapis[97], Dioses suyos, ni sitial
A sus monarcas, cuando Egipto con Asiria competía
En riqueza y lujo. La creciente mole
Fija al fin su solemne altura y las puertas al instante,
Descarando sus broncíneas hojas[98], muestran todo
Adentro: sus espacios anchos sobre el liso
Y llano pavimento. De un techo en arco
Penden por sutil hechizo múltiples hileras:
Lámparas astrales y candentes fogariles
Que, de nafta bien cebados y de asfalto, rinden luz
Como de un cielo. La urgente muchedumbre
Admirada entró; alaban la obra unos,
Otros al Artista: conocían en el Cielo
Al Arquitecto muchas torres palaciegas,

Donde Ángeles cetrados[99] ostentaban residencia
Y moraban como Príncipes, a los que el Rey Supremo
Exaltara a tal poder y diera el mando,
Acorde con su rango, de las fúlgidas milicias.
Fue su nombre pronunciado y adorado
En la antigua Grecia; en tierra ausonia
Lo llamaron Mulciber; y su caída del Empíreo
Fabularon, arrojado por el iracundo Jove
Más allá de las murallas cristalinas: desde el alba
Él cayó hasta el mediodía, hasta el fresco atardecer,
Todo un día de verano; y con el Sol poniente
Se despeñó del zénit como meteorito,
Dando en Lemnos, isla del Egeo[100]: esto cuentan,
Engañados; pues aquél con su rebelde tropa
Declinara mucho antes; y de nada entonces le sirvieran
Sus soberbias torres en el Cielo; ni escapó tampoco
Por sus máquinas, sino que fue arrojado de cabeza,
Con su industriosa panda, a construir en el Infierno.
Entre tanto los alígeros heraldos, por mandato
Del poder augusto, con inmunda ceremonia
Y sonido de trompetas a las huestes todas les anuncian
Que un solemne cónclave tendrá lugar en breve
En Pandemónium, capital suprema
De Satán y de sus Pares: sus proclamas convocaron,
De cada banda y regimiento bien formado,
A los mejores en el rango o elección; que pronto
Con su séquito de cientos y de miles en tropel
Llegaron: todo acceso rebosaba de gentío, las puertas



Y los porches amplios: sobre todo la espaciosa sala
(Cual cubierto campo donde bravos campeones
Galopando en armas irrumpían y en presencia del Sultán
Retaban a la flor de los paganos caballeros
A mortal combate o encuentro con la lanza)
Bullía atiborrada, por los aires y en el suelo,
El silbido irritándola del roce de las alas. Como abejas
En la primavera, cuando el Sol con Tauro avanza:

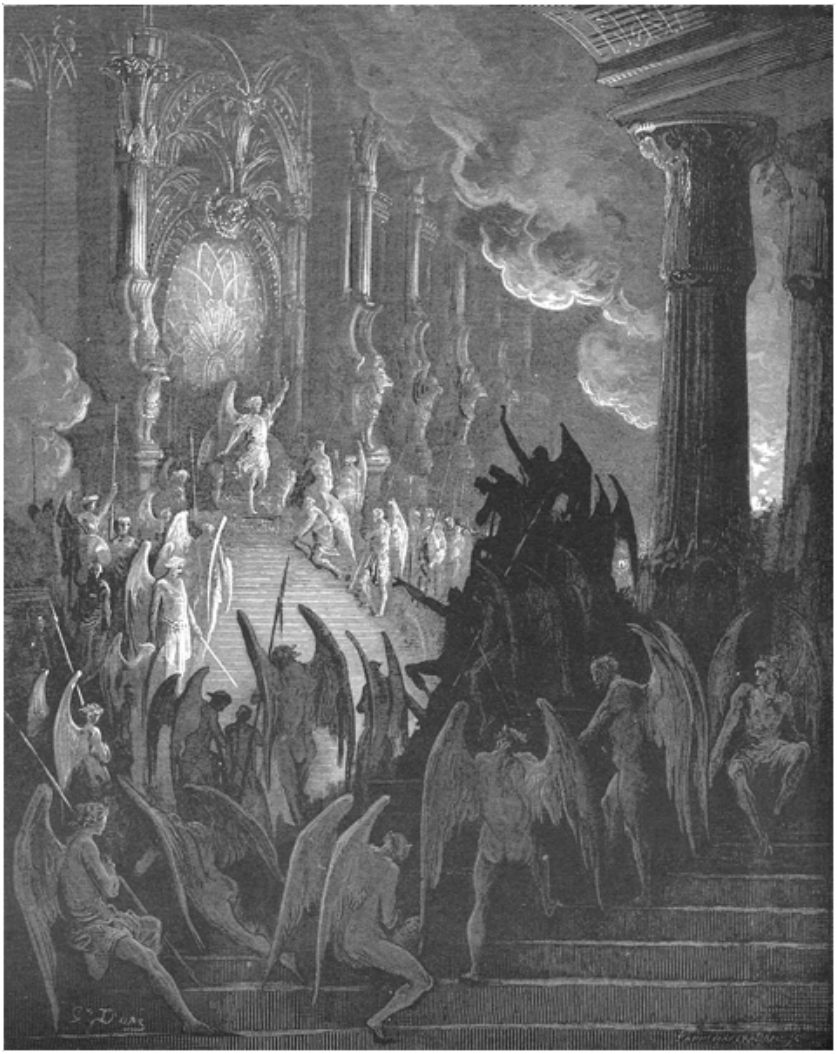
Sus cadetes numerosos sacan en enjambres
Del panal y por el fresco del rocío y entre flores,
Vienen, van, o por la tabla bien bruñida,
Arrabal de su ciudad de paja,
Con bálsamo recién lustrada, vagan y platican
De asuntos del Estado. Tan tupida pues la aérea masa
Hervía incómoda; hasta que llegó señal
Y, ¡oh portento!, los que antes parecían
Superar en estatura a los Gigantes, hijos de la Tierra,
Ahora que enanos más pequeños en espacio estrecho,
Innumerables, se apretujan; cual pigmeos
Más allá de la india cordillera, o los elfos,
Cuya juerga a medianoche al linde de los bosques,
Cerca de las fuentes, ve un labriego rezagado,
O que ha visto sueña, mientras una Luna arbitra
En lo alto y su pálida carrera hacia este mundo
Inclina: mas aquéllos, en su fiesta y danza
Absortos, con jocunda música le embrujan el oído
Y el pecho le palpita con delicia y temor fundidos.
De tal modo los Espíritus etéricos a formas diminutas
Sus figuras redujeron gigantescas y cupieron amplios,
Aunque incontables todavía, en la cámara
De aquella corte inférnea. Mas muy adentro,
Y en sus propias dimensiones soberanas,
Los Seráficos Señores y los Querubines
En cónclave secreto y apartado se reunieron:
Un millar de Semidioses en sitiales áureos,
En lugar repleto. Tras silencio breve entonces,
Y leída la proclama, comenzó el debate.

Libro II

EL ARGUMENTO

Comenzado el consejo, Satán estudia la posibilidad de arriesgarse a otra batalla para recuperar el Cielo. Algunos la apoyan, otros la desaconsejan. Se opta por una tercera sugerencia, mencionada antes por Satán: investigar si es cierta la profecía o tradición celestial relativa a otro mundo y otro tipo de criatura, igual o no muy inferior a ellos mismos, a punto de ser creados. Sus dudas acerca de quién debe asumir esta difícil misión. Satán, su Caudillo, asume en solitario la responsabilidad del viaje; es honrado y aplaudido. Terminado el consejo, así pues, el resto se ocupa de diversos modos y en diversas tareas, de acuerdo con sus respectivas inclinaciones, para pasar el tiempo hasta el retorno de Satán. Éste llega en su viaje hasta las Puertas del Infierno, las encuentra cerradas y halla asimismo quiénes las guardan; éstos se las abren al final, descubriéndole el gran Abismo entre el Infierno y el Cielo. La dificultad con que lo cruza, dirigido por Caos, el Poder de ese lugar, hacia la contemplación del nuevo mundo que Satán buscaba.

Alto en un trono de regia estampa
Que humillaba la opulencia de Ormuz y del Ind[101],
O emporios donde el Este con sobrada mano
En bárbaros diamantes, perlas, oro, a los reyes baña,
Satán en pompa se sentaba, por su mérito elevado



A aquella eminencia mala; y por desespero
Así ensalzado más allá de la esperanza, aspira
Aún más alto, insaciable en su ansia vana
De batalla contra el Cielo y, ciego a lo ocurrido,
Su arrogante imaginar así despliega:
«Potestades y Dominios[102], Dioses de los Cielos,
Pues ningún abismo puede en su pozo retener
El brío inmortal, aun sojuzgado y caído,

Y no doy el Cielo por perdido. Resurgiendo
De un declive como éste, las Virtudes Celestiales[103]
Más gloriosas y temibles brillarán
Que si jamás caídas, sin temer segunda ruina.
Yo, que primero por justicia y leyes fijas del Empíreo
Soy líder vuestro y, después, por elección,
Sumado a todo lo que en guerra o parlamento
Alcancé de mérito, me hallo ahora establecido,
Por esta pérdida de la que ya nos reponemos,
En un trono inexpugnable y no envidiado,
Concedido con entero beneplácito. Estado más dichoso
En las Alturas, dignidad mayor, despierta
Envidia en cualquier subordinado; pero ¿quién aquí
Envidiará al que su alto puesto expone,
Más que a nadie, a ser el baluarte contra el golpe
Del Tonante, y lo condena a la mayor porción
De daño interminable? Donde no hay bien
Que merezca lucha, no habrá pelea
Ni escisión; pues nadie reclama en los Infiernos
Precedencia: nadie, cuya parte sea pequeña
De presentes penas, con ambiciosa mente
Ansiará aún más. Con ventaja semejante, pues,
Para la unión, y firme fe, y acuerdo firme,
Más que puedan darse en el Empíreo, volvemos
A exigir la justa, antigua herencia nuestra,
Más seguros de triunfar que el triunfo mismo
Nos lo habría asegurado. Y por qué camino,
Si con guerra abierta o encubierta maña,
Debatámoslo ahora: hable quien consejo pueda dar».
Cesó y, próximo a él Móloc, Rey cetrado[104],
Se alzó, el Espíritu más fuerte, el más fiero,
Que luchó en lo Alto; más feroz ahora en desespero:
Al Eterno confiaba éste equipararse
En fuerza y, más que no ser tanto,
Prefería no ser nada; descartando tal cuidado,
Se libró de todo pánico: de Dios, del Infierno,
O de cosa aún peor, por lo que dijo:

«Mi sentencia es lucha abierta: de artimañas,
Inexperto, no me jacto: que las trame
Quien precise o si lo exige algún momento, ahora no.
Pues, en tanto ésos las maquinan ¿deberá el resto,
Los millones que, en pie de guerra, ávidos aguardan
La señal de reascender, quedarse aquí sentados,
Fugitivos del Empíreo, y aceptar morada
En este antro vergonzante, este oprobio, esta sombra,
La prisión que el tirano nos procura, quien impera
Por demora nuestra? No, mejor opción,
Armados ya con llamas y la furia del Infierno,
Asaltar incontenibles esas Torres de lo Alto
Y las torturas que sufrimos convertirlas en cuchillos
Contra el torturador: al ruido
De su Máquina Omnipotente[105] responderá
El Trueno Infernal, y por Relámpago que vea
Fuego Negro y el terror lanzados con la misma rabia
Entre sus Ángeles, y su propio Trono
Envuelto en Tartáreo Azufre y raro fuego,
Los tormentos que él creara. Mas quizá
Parezca duro el camino y difícil escalar
Con ala firme contra el enemigo en las alturas.
Recuerden los que tal opinan, si el narcótico
De ese lago del olvido no los ciega todavía,
Que nuestra natural tendencia es ascender
A la sede natalicia: el descenso y la caída
Son lo arduo. ¿Quién no advirtió, hace poco,
Cuando fiero el Adversario perseguía insultante
Nuestra rota retaguardia a través de los abismos,
Con qué compulsión y vuelo laborioso
Nos hundimos tanto? El ascenso, pues, es fácil.
Habrá quien tema el desenlace: ¿provocar de nuevo
Al déspota y que su ira halle modo aún peor
De destruirnos, si es que puede haber en el Infierno
Miedo a destrucción mayor? ¿Y qué podría ser peor
Que el habitar aquí, del júbilo exiliados, condenados
En este aborrecible abismo a total tormento,

Donde el dolor del fuego inextinguible
Acabará por reducirnos, sin final posible,
A vasallos de su rabia, cuando el flagelo
Inexorable y la hora de tortura
Nos emplacen al castigo? Más quebrados que esto,
¿Qué sería sino muerte y extinción?
¿Qué temer entonces? ¿Dónde cabe duda?:
Irritémoslo, que en el colmo de su ira
Nos consuma por completo, y reduzca
Esta esencia a nada, suerte más dichosa
Que ser míseros siendo eternos;
O, si la substancia que nos forma es divina ciertamente
Y no puede no existir, a este lado
No seremos menos y hemos demostrado
Que el poder nos basta para perturbar su Cielo
Y con perpetuas incursiones alarmar,
Si bien inaccesible, su fatal Estrado;
Lo que no es victoria, pero sí venganza al menos».
    Terminó ceñudo y denunciaba su mirada
Fatídica venganza, y batalla peligrosa
Para quien no fuese un Dios. Al otro lado se alzó
Belial, en gesto más gallardo y más humano;
Personaje más hermoso no perdiera el Cielo: parecía
Conformado para dignos hechos, grandes gestas:
Mas era todo falso y hueco, aunque de su lengua
El maná fluía y podía presentar la peor
Cual la mejor de las razones, confundiendo y estrellando
Los consejos más sensatos: pues su mente era vil,
Industriosa para el vicio, pero floja y timorata
Para hechos más ilustres: al oído deleitaba, sin embargo,
Y con acento persuasivo, así pues, comenzó:
    «Dispuesto a guerra abierta, oh Pares, me hallaríais,
No más parco en odio, si eso que se ofrece
Como principal motivo de inmediata guerra
No fuese lo primero en disuadirme y arrojase
Ominosa conjetura sobre todo este proyecto,
Cuando aquel que sobresale en hechos de armas,

Sin fiarse del consejo dado o aptitud
Sobresaliente, funda su coraje en desespero
Y la total disolución —único objetivo
De su esfuerzo— tras venganza atroz.
Y primero, ¿qué venganza? Torres tiene el Cielo
Que abarrota armada guardia y lo hacen
Imbatible. A menudo en honduras colindantes
Acampan sus legiones, o con ala oscura
Exploran, largo y ancho, el Reino de la Noche,
Malogrando la sorpresa. O aun si entrásemos
Por fuerza y el Infierno entero nos siguiese
En negra insurrección, por confundir
La pura Luz del Cielo, nuestro gran Rival,
Incorruptible todo él, sentado seguiría
En su Trono inmaculado y la etérica materia,
Incapaz de mancha, pronto expelería
El daño, purgándose triunfante del indigno fuego.
Rechazados de este modo, nuestra última esperanza
Es el craso desespero: hay que exasperar
Al Víctor Todopoderoso, que gaste su ira toda
Y ello nos termine: eso nuestra cura,
No ser más. ¡Qué triste cura!, pues ¿quién perdería,
Aunque lleno de dolor, este ser intelectivo,
Esos pensamientos que divagan por la eternidad,
Y mejor perecería, tragado para siempre
Por la vasta entraña de la increada noche,
Despojado de sentido y movimiento? ¿Y quién sabe,
Aun si fuese cosa buena, si el rabioso Enemigo
Puede darla o querrá hacerlo? Cómo pueda
Es dudoso; que no lo hará es cierto.
¿Acaso él, tan sabio, librará de golpe su furor
Incapaz de dominarse, o por descuido,
Otorgando a sus rivales su deseo y terminar,
En el colmo de su ira, a quienes su ira guarda
Para pena interminable? “¿Qué nos ata entonces?”
Dicen quienes aconsejan guerra, “Condenados,
Reservados, destinados como estamos al dolor eterno,

Hagamos lo que hagamos, ¿qué mayor tormento cabe,
Qué peor tormento?" ¿Es, pues, esto lo peor,
Aquí sentados, debatiendo, bien armados?
¿Y cuando huimos raudos, perseguidos y azotados
Por el Trueno turbador del Cielo, y buscamos
Protección en el Abismo? Pareció el Infierno entonces
Amparo de sus golpes; ¿o al yacer
Encadenados en el lago ardiente? Peor sin duda eso.
¿Y si el soplo que prendió esos fuegos lóbregos
Les infundiese, reviviendo, séptuple furor
Y en sus llamas nos hundiese? ¿O acaso desde arriba
La venganza suspendida otra vez armase
Su diestra roja mano[106] para el golpe? ¿Qué si todos
Sus depósitos se abriesen y este firmamento
Del Infierno vomitase cataratas ígneas,
Bárbaros horrores, amenazando desplomarse
Un día y sepultarnos. Y nosotros, mientras,
Planeando o exhortando a gloriosa guerra,
Atrapados en la ígnea tempestad, caemos
Cada cual transfijo en su roca, juego y presa
De brutales remolinos, o por siempre nos hundimos
En aquel océano hirviente, revestidos de cadenas,
Para conversar allí con perdurable queja,
Sin descanso, sin indulto, sin piedad,
Edades sin final posible? Esto sí sería peor.
Guerra, pues, abierta o secreta por igual
Mi voz rechaza; pues ¿qué puede fuerza o maña
Con aquél? ¿Quién puede confundirlo, si su ojo
Lo ve todo de un vistazo? Desde las Alturas él
Esta vana conmoción la observa y la desprecia,
No más Omnipotente para resistir nuestro poder
Que sabio para malograrnos tretas y conjuras.
¿Viviremos pues tan depravados, raza de los Cielos
Así pisoteada, así exiliada para soportar aquí
Cadenas y tormentos? Preferibles a peor suplicio:
Tal mi juicio; puesto que un destino inevitable
Nos somete y el decreto todopoderoso,

Voluntad del Víctor. Ya en sufrir o en el hacer
Nuestra fuerza es la misma, y no injusta la ley
Que así lo ordena: tal hubiésemos resuelto,
Si prudentes, al retar a enemigo tan enorme
Y en batalla de secuela tan incierta.
Me río cuando ésos tan audaces con la lanza
Y temerarios, si ella les defrauda, temen y se apocan
Ante lo que saben que les toca: soportar
Exilio o ignominia, o grilletes o martirio,
La sentencia de su Vencedor. Ahora, pues,
Tal nuestro sino; y si podemos resistirlo,
Nuestro Altísimo Rival acaso aplaque
Su despecho y, quizá, tan lejos como estamos
Nos ignore al no ofenderle, satisfecho
Con la pena impuesta; y estos fuegos virulentos
Cedan, al no avivar su hálito las llamas.
Nuestra esencia pura, entonces, superará
Los tóxicos vapores o, curtida, no los sentirá;
O cambiada al fin y al lugar aclimatada
En temple y complexión, recibirá
Cordial el fiero ardor, de daño exenta;
Este horror se hará benigno, luz la oscuridad,
Aparte de promesas que el pasar interminable
De futuros días traiga: qué azar, qué cambio
Digno de aguardarse; pues pensad
Que, si ahora en dicha pobres, no es el mal tan grande
Si mayores males no nos provocamos».
    Así Belial con verba a socapa de razón
Aconsejó innoble tregua y pacífica pereza,
No paz. Y tras él así Mammón habló:
    «Ya por destronar al Rey del Cielo
Batallemos, si batalla es lo mejor, o rescatar
Derechos que perdimos: derrocarlo a él
Esperadlo cuando el hado sempiterno ceda
Ante el Azar voluble y Caos juzgue la contienda:
Siendo lo primero vana espera, vano
Lo segundo prueba: pues ¿dónde hacer morada

En las Alturas, si a! Supremo Amo de lo Alto
No rendimos? Suponed que se apacigua
Y proclama gracia para todos, si juramos
Nueva sumisión. Decidme ¿con qué cara,
Humillados ante él, recibiríamos la coacción
De ley estricta y su Trono aclamaríamos
Con trinados himnos, a ese Dios cantándole
Forzados aleluyas, mientras él reposa señorial,
Envidiado Soberano, y su altar exhala
Aromas de ambrosía y ambrosiales flores,
Ofrendas nuestras, y serviles? Quehaceres tales,
Tales dichas, en el Cielo nos aguardan; qué tediosa
Eternidad la derrochada en homenaje, adoración
A quien odiamos. No busquemos pues,
Imposible por la fuerza, por licencia
Inaceptable, aunque en el Cielo, ese estado
De grandioso vasallaje; hallemos, más bien,
En nosotros mismos nuestro bien, viviendo
Por nosotros, aunque en este vasto yermo,
Libres, responsables ante nadie, prefiriendo
Dura libertad al yugo confortable
Del servil boato. Nuestra gloria habrá de ser,
Pues, más notable cuando de pequeñas
Creemos cosas grandes, útiles de las dañinas,
De adversas favorables, y en lugar así
Medremos bajo el mal, volviendo alivio el daño
Con esfuerzo y entereza. ¿Este mundo hondo
De tinieblas nos asusta? Qué a menudo
Entre densas, foscas nubes el Celeste Emperador
Decide residir, su gloria incólume,
Y con la majestad de las tinieblas
Endosela su Sitial; ahí profundos truenos rugen
Cuajando en rabia, y el Cielo Infierno aun parece.
Si él copia nuestra sombra, ¿no podemos imitar
Su luz cuando nos plazca? Este suelo yermo
No carece de secreto lustre, oro y gemas;
Ni nos falta la destreza o arte con que alzar

Magnificencia: ¿y qué otra cosa ofrece el Cielo?
Los tormentos que sufrimos, con el tiempo,
Puede que resulten nuestro medio; estos fuegos lacerantes,
Tan suaves como ahora fieros; nuestro temple
Se hará su temple, extirpando lo sensible
Del dolor. Todo, pues, invita
A pacíficas opciones, a fundar estable orden,
De tal modo que, aquí a salvo, demos
Cura a nuestros males, recordando lo que somos,
Dónde estamos, renunciando por completo
A toda guerra: aquí está lo que aconsejo».
Apenas terminara y un murmullo ya colmaba
La asamblea, como cuando apresan rocas huecas
La voz de vientos bravos que la noche toda
Alzara el mar, y ahora, con áspera cadencia arrullan
A marinos trasnochados cuya barca por azar,
O cuyo bote, ancla en bahía peñascosa
Tras la tempestad: aplauso semejante se escuchó
Al terminar Mammón y complació su idea,
Que decía paz; pues a un campo solamente
Más temían que el Infierno: tanto pánico
El Trueno y la Espada de Miguel[107]
Les infundiera; y no menor deseo les movía
A fundar Imperio en el submundo, que creciese,
Bien regido y madurando con el tiempo,
En opuesta emulación del Cielo.
Percibiendo esto Belcebú, segundo
Sólo ante Satán en jerarquía, con grave
Gesto alzose, y al alzarse pareció
Un Pilar de Estado; bien profundos en su frente
Había grabados reflexión y público cuidado;
Y consejo principesco en su rostro aún fulgía,
Mayestático si bien en ruinas; sabio irguiose,
Con los hombros de un atlante, bien capaces de aguantar
El peso de potentes monarquías; su mirada
Atrajo audiencia y atención serenas, como noche
O brisa del estío, mientras hablaba así:

«Tronos e imperiales Potestades, vástagos del Cielo,
Etéreas Virtudes[108], ¿o a estos títulos ahora
Hay que renunciar, cambiar estilo y llamarnos
Príncipes de los Infiernos?, porque así se inclina
El voto popular: seguir aquí y aquí erigir
Un próspero Imperio. Sí, sin duda: aunque en sueños,
Si olvidamos que el Monarca del Empíreo
Este sitio nos lo asigna por prisión, no asilo
Allende su potente brazo, por vivir absueltos
De la Celestial Jurisdicción, en nueva Liga
Apartidados contra el Trono: no, sino que ésta es
Estricta servidumbre, aunque muy remotos,
Bajo el yugo inevitable, reservado
A su cautiva multitud. Pues él, estad seguros,
En lo alto u hondo, reinará primero y último,
Rey único, y de su reino nada perderá
Por nuestra rebelión, sino que extenderá su imperio
Por el Tártaro y con Cetro Férreo aquí
Nos regirá: con el Áureo a los del Cielo.
¿A qué pues sentarnos planeando guerra o paz?
La guerra nos determinó[109], causándonos lesión
Irreparable; términos de paz, no obstante, nadie
Los buscó o prometió, pues ¿qué paz hay
Para el esclavo, más que rígida custodia,
Los azotes, y el castigo caprichoso?
¿Y con qué paz responderíamos,
Más que el odio y la discordia a nuestro alcance,
Con indómita repulsa y, aunque lenta, con venganza
Pero siempre conspirando, que al Conquistador
Le valga poco su conquista y goce poco
Infligiendo lo que, padeciendo, más sentimos?
No nos faltará ocasión, ni habrá necesidad
De invadir con riesgo el Cielo,
Cuyos altos muros no apoca ni el asalto ni el asedio,
Ni emboscadas del Abismo. ¿Qué si hallamos
Una empresa más factible? Un lugar existe
(Si la antigua profecía de los Cielos

No se engaña), otro mundo, sede venturosa
De una raza nueva, el Hombre, próxima ahora
A su creación, afín a nuestra estirpe y, si inferior
En poderes y excelencia, más querida
Por aquel que reina arriba. Tal su voluntad
Proclamose entre los Dioses, y así un voto,
Que agitó el círculo celeste entero, la aprobó.
Hacia allí tornemos nuestras mentes, indaguemos
Qué criaturas ésas son, de qué molde hechas,
Qué substancia, facultades, qué poderes
Y en dónde sus flaquezas, si mejor tentadas
Por la fuerza o sutileza: aunque el Cielo esté cerrado
Y el alto Árbitro del Cielo se apoltrone
En su propio poderío, ese sitio debe hallarse
En los últimos confines de su reino, entregado
A la defensa de sus moradores: y quizás aquí
Podamos conseguir ventaja con ataque súbito,
Ya para arrasar con fuego del Infierno
Toda su creación o hacerla toda nuestra,
Desterrando como fuimos desterrados
A sus nimios habitantes[110], o si no expulsarlos
Atraerlos cuando menos a este bando, que su Dios
Sea su enemigo y con mano arrepentida
Su Obra extinga. Tal acción superaría
La común venganza, y su gozo frustraría
En nuestra confusión: y en su zozobra
Nuestro goce resucita; cuando sus amados hijos,
Arrojados de cabeza con nosotros,
Su frágil natural maldigan, su marchita dicha,
Tan rápido marchita. Decidid si es digno intento,
O si es mejor, aquí sentados en tinieblas,
Gestar imperios vanos». De este modo Belcebú
Impartió diabólico consejo, antes concebido
Por Satán y en parte ya propuesto: pues ¿quién,
Sino el Autor de todo mal podía exhalar
Malicia tan profunda que pudriese de raíz
La humana estirpe, y el Infierno con la Tierra

Religase, lo fundiese, y todo por desprecio
Al gran Creador? Mas tal desprecio bien merece
Aumentar su gloria. El audaz proyecto
Cautivó a aquellos Delegados infernales,
El júbilo brilló en sus ojos y, unánimes,
Lo votan: por lo que la arenga aquél retoma.
«Bien habéis juzgado, bien termina el pródigo debate,
Sínodo de Dioses, y a vosotros comparables,
Grandes cosas se han resuelto que, de lo más hondo,
Otra vez nos alzarán —no importa el hado—
Acercándonos a nuestra antigua sede, aún quizá a la vista
De aquellos fúlgidos confines, donde con vecinas armas
Y oportuno ataque llegue, puede, la ocasión
De reocupar el Cielo; o habitar algún benigno clima,
Al menos, no desamparado por la bella Luz Empírea,
Seguros, que al destello del oriente rayo
Se purgue de estas brumas; y el suave aire delicioso
Sanará la cicatriz de estos fuegos corrosivos
Con su bálsamo. Mas antes ¿quién irá
En busca de este nuevo mundo, a quién juzgamos
Suficiente? ¿Quién con pies errantes tentará
El infinito opaco insondable Abismo
Y a través de oscuridad tangible encontrará
Camino misterioso, o desplegando vuelo etéreo
Sostenido por sus alas incansables
Cruzará la vasta sima y podrá alcanzar
La Isla afortunada? ¿Qué poder, qué arte
Bastará, o qué evasión segura esquivará
La estricta centinela y los puestos densos
De Ángeles vigías? Aquí precisará
De toda su cautela, no menos que este Cónclave ahora
Agudeza en el sufragio: pues en ese que enviemos
Nuestra última esperanza pesa.»
Dicho esto se sentó; y expectante se mantuvo
Su mirada, aguardando quién saldría
A secundarlo, refutarlo, o asumir
La peligrosa hazaña: pero todos se tuvieron mudos,

Ponderando el riesgo con profundos pensamientos;
Y cada cual en rostro ajeno leía el propio desaliento,
Aterrado: nadie entre toda aquella flor
De los Celímacos[111] Campeones se encontraba
Que, valiente, aceptase o se brindase en solitario
Al tremebundo viaje. Hasta que al fin
Satán, a quien ahora una gloria trascendente alzaba
Sobre todos sus cofrades, con orgullo regio
Y consciente de alto mérito, habló impertérrito:
«Oh Progenie de los Cielos, Tronos del Empíreo,
Con razón silencio hondo y reticencia
Os callan, no os desmayan: largo es el camino
Y duro, que de los Infiernos guía a la luz;
Nuestra cárcel, fuerte: esta gran convexidad de Fuego
Pronto a devorar nos cerca nueve veces
Y Portales de adamante enardecido
Nos encierran, impidiendo toda huida.
Pasados éstos, si alguien pasa, el recóndito vacío
De la Noche inesencial lo admite luego
En su anchas fauces, y con pérdida total del ser
Lo desafía, sumido en ese pozo abortivo.
Si de ahí escapa a otro mundo concebible
O región ignota, ¿qué podrá esperarle
Sino ignotas ordalías y ardua huida?
Pero mal merecería el Trono yo, oh Pares,
Y esta Imperial Soberanía, ornada
De esplendor, armada de poder, si propuesta
Reputada de importancia pública,
Por su peligro o sus escollos, me arredrase.
¿Por qué habría de asumir reales privilegios,
Por qué habría de aceptar el reino
Y rechazar la inmensa parte de peligro
Que conlleva parte igual de honores, propias ambas
De quien reina, de más riesgo aun acreedor
Puesto que exaltado sobre el resto
Alto asiento tiene? Id, pues, grandes Potestades,
Aunque caídas, el Terror del Cielo; procurad en casa,

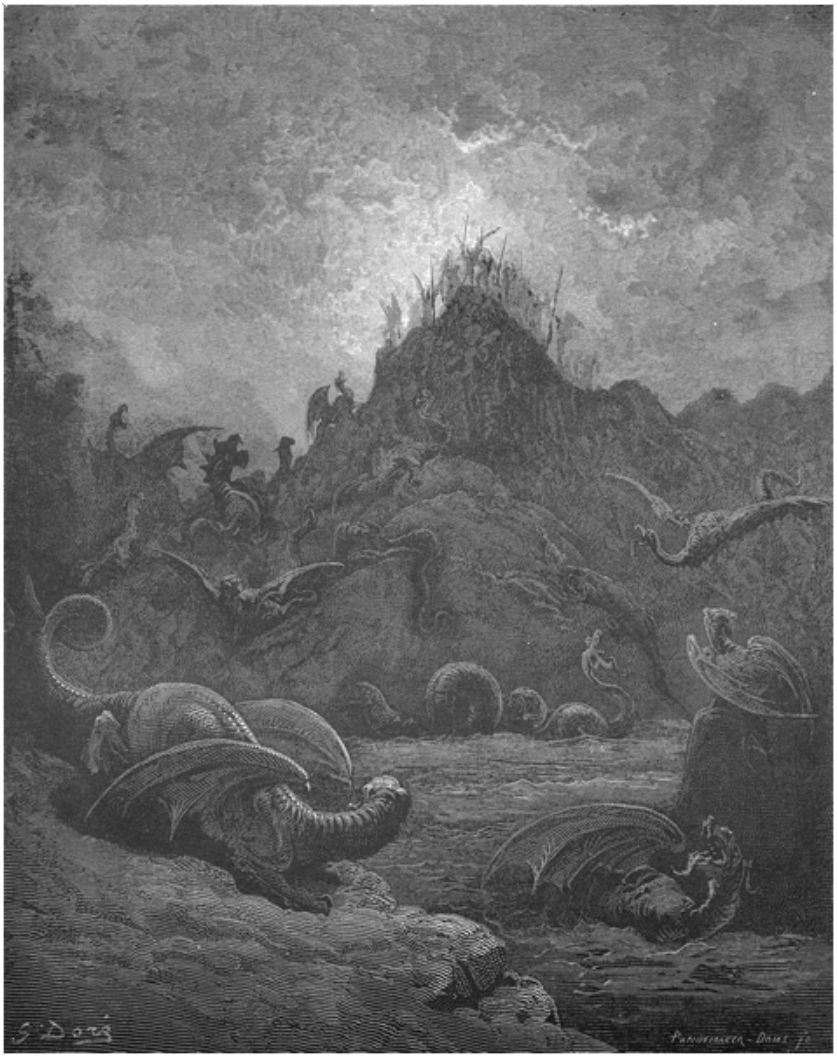
Mientras ésta sea nuestra casa, lo que más alivie
La presente desventura y el Infierno haced
Más tolerable, si es que hay cura o sortilegio
Que endulce, engañe, o mitigue el dolor
De esta fúnebre mansión: no ceje vuestra guardia
Contra un rival atento, mientras yo lejano,
Por las costas todas de sombría destrucción persigo
Libertad, y para todos: a esta empresa
Nadie irá conmigo». Dicho esto ya se alzó
El Monarca, impidiendo toda réplica:
Prudente, que azuzados por su arrojo
Otros entre los Primeros ofreciesen ahora
(Ciertos del rechazo) lo que antes han temido;
Y, rehusada así su oferta, en prestigio con él mismo
Compitieran, tras lograr barato el alto lustre
Que él con riesgo inmenso buscará. Mas ellos
No temían tanto la aventura cual su adusta
Voz: con él al pronto se levantan
Y su alzarse fue de pronto un ruido
De tronar remoto. Hacia él se inclinan
Con temida reverencia honda; y como a un Dios
Lo alaban, con el mismo culto que al Altísimo del Cielo:
Y no callaron cuánto valoraban
Que por la común seguridad la propia
Despreciase: pues no pierden los Espíritus malditos
Toda su virtud; así los hombres viles pueden presumir
De sus actos fementidos en la Tierra, que la gloria excita
O ambición secreta barnizada de fervor.
Así su equívoca consulta oscura
Terminó, con júbilo en su impar Caudillo:
Así de cimas montañosas nubes negras
Suben, mientras duerme el viento norte, y cubren
La faz de un cielo alegre; el sombrío Elemento
El paisaje oscurecido atrista, dando lluvia o nieve;
Si el Sol radiante acaso, con amable despedida,
Su rayo vespertino alarga, la campiña resucita,
Cantan otra vez las aves y balando los rebaños

Atestiguan su contento, que en monte y valle tienen eco.
¡Oh vergüenza, el hombre!, que demonio con demonio
Firme acuerdo firma, condenado; sólo el hombre,
Entre todo ente racional, disiente, aunque por anhelo
De celeste gracia: y aun si Dios proclama paz,
Viven con rencor, enemistad, contienda
Entre ellos mismos, provocando crueles guerras,
Devastando el mundo, para mutua destrucción:
Cual si (pudiendo ello inducirnos al concierto)
No tuviese el Hombre su diabólico rival,
Que día y noche espera su catástrofe.
El Estigio Cónclave así se disolvió; en orden
Emergieron los excelsos Pares del Infierno:
En medio de ellos, su Adalid grandioso; parecía
Él solo el Rival del Cielo, y no menos
El temible Emperador del Tártaro con pompa suma
Y majestad copiada del Altísimo:
Una esfera de ígneos Serafines lo rodea
Con heráldica brillante y armas erizadas.
Después, de su sesión concluida anuncian
Con trompetas regias el ilustre resultado:
A los cuatro vientos cuatro raudos Querubines
Llevan a sus bocas la sonora alquimia[112]
Explicada por voz de heraldo: el hueco Abismo
Oyó, de punta a punta, y toda la infernal Legión
Con estentóreo grito eleva fuerte aplauso.
Luego, más contentas y alentadas
Por las falsas esperanzas vanas, las cohortes
Se desbandan y, errabundo, cada uno sigue
Senda peculiar, según tendencia o triste opción
Perplejo lo conduzcan donde tregua encuentre
Para tanta desazón y el fastidio de las horas
Pueda capear hasta el regreso de su gran Caudillo.
Parte en la llanura o, con ala enérgica sublime
Por el aire, o en rápida carrera pugna,
Cual en Juego Olímpico o en Campos Pitios[113];
Parte engalla sus ardientes potros o la taina circunvala[114]

Con rueda rauda, o escuadrones confrontados forma.
Así a veces, para advertir a urbes orgullosas,
Guerra muestra el cielo atribulado y, en las nubes,
Huestes corren al combate; de las dos vanguardias
Aéreos paladines se adelantan, cruzan lanzas,
Hasta que legiones más compactas chocan:
Gestas de ambos bandos prenden la empírea cúpula.
Otros, más brutales, con inmensa cólera tifónica[115]
Arrancan rocas y montañas y cabalgan por el aire
Huracanados; el Infierno no soporta su fragor.
Como cuando Alcides con el triunfo de Ocalia
Coronándole sintió la ropa emponzoñada
Y en tormento descuajó los pinos de Tesalia,
Arrojando a Licas de la cúspide del Eta
Al mar de Eubea[116]. Otros más serenos,
Retirados a un valle silencioso, cantan
Con angélicas cadencias al son de arpas numerosas
Sus heroicas proezas y caída infortunada
Por el hado de batalla; y lamentan que el destino
La virtud someta libertaria al azar o fuerza.
Parcial su canto, cierto, mas la armonía
(¿Y qué menos si Espíritus eternos cantan?)
Suspendía el Infierno todo, arrobando
A la audiencia vasta. En discurso más templado
(La elocuencia el alma, el canto los sentidos prenda)
Aparte otros se sentaban en colina más distante,
Sumergidos en ideas elevadas y filosofar sublime
Sobre Providencia, la Presciencia, Voluntad y Destino,
El destino fijo, libre voluntad, presciencia íntegra,
Sin hallar un fin, perdidos en errantes laberintos.
Del bien y el mal porfiaban mucho,
De la dicha y la miseria última,
De Pasión y de Apatía, de gloria y de vergüenza,
Todo vana ciencia y mendaz filosofía:
Mas con sortilegio plácido lograba despistar
La angustia por un rato, y el dolor, e inducía
Falsas esperanzas, o armaba el pecho endurecido

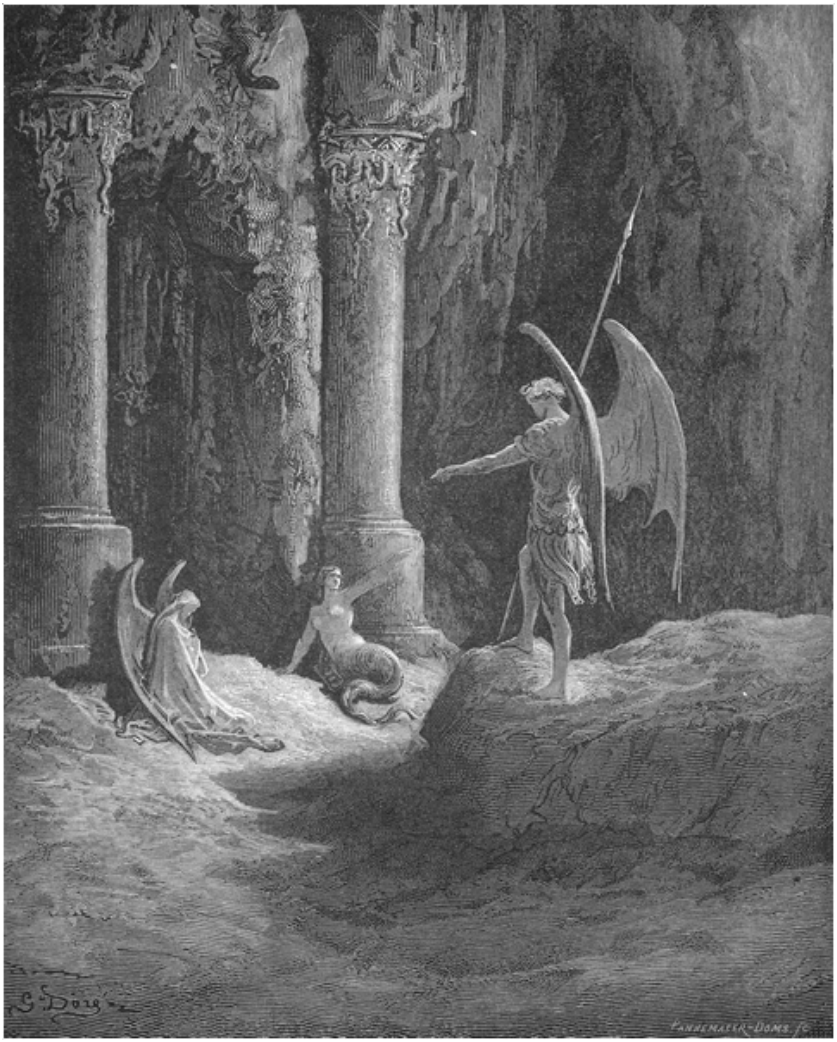
Con tenaz paciencia cual con triple acero.
Otra parte en escuadrones o sólidas mesnadas,
A aventuras corren temerarios, a explorar
El tétrico inframundo por si clima alguno
Les rindiera habitación más plácida:
Cuatro sendas siguen las alígeras columnas, por orillas
De los cuatro ríos del Infierno que vomitan
En el lago ardiente sus fatídicas corrientes:
El Estigio aborrecible, cauce de mortal desprecio,
Triste el Aquerón de penas, hondo y negro;
El Cocito, le dan nombre los lamentos fuertes
Oídos en las aguas consternadas; fiero Flegetón
Cuyo fuego torrencial inflama de ira su oleaje.
Lejos de estos cuatro, lento y silencioso,
El Leteo, río del olvido, serpentea dibujando
Su acuoso laberinto y quien bebe de él
Al instante olvida el ser y previo estado,
Olvida dicha y daño, el placer y padecer[117].
Más allá del río un helado continente
Se expande fosco y bravo, castigado por tormentas
De perenne vendaval y de granizo, que en tierra firme
No deshiela, se acumula, y parece ruinas
De vetusta mole; todo el resto honda nieve y hielo,
Un profundo abismo cual la ciénaga sirbonia,
Entre el Monte Casio antiguo y Damieta,
Que ejércitos enteros se tragó[118]: el aire seco
Quema gélido, y el frío obra como el fuego.
Allí por Furias[119] arrastrado de pies de arpía,
Todo condenado, en ciertas eras de los astros,
Termina: y por turno siente los amargos cambios
De extremos fieros, aún más fieros por el cambio;
Desde lechos de enconado fuego a matar en hielo
Su calor suave, etéreo, y ahí sufrir,
Inmóvil y transfijo, todo helado alrededor,
Periodo tras periodo, y de allí otra vez al fuego aprisa.
En barca cruzan el canal Leteo,
Adelante, atrás, que el pesar les crezca,

Y ellos quieren e intentan, al pasar, tocar
Las aguas tentadoras y perder, con nimia gota,
En dulce olvido, toda pena y daño,
Al instante todo, y tan cerca del carel;
Mas se opone el hado y para impedir la acción
Medusa[120] con terror gorgóneo guarda
El vado, y el agua por sí misma huye
Todo intento de gustarla, como huyó un día
De Tántalo[121], sus labios. Y así, avanzando
En confusión y desamparo, las mesnadas peregrinas
Con horror estremecido y ojos espantados
Descubrieron su penosa suerte y reposo
No tuvieron: más de un valle atroz y fosco
Atravesaron, y regiones dolorosas,
Muchos Alpes gélidos y muchos incendiados,
Rocas, cuevas, lagos, cienos, antros, sombras de la muerte,
Universo de la muerte que, por anatema, Dios
Creó maligno, para solo bien del mal,
Donde toda vida muere, muerte vive, y Natura engendra,
Retorcida, los monstruos y las cosas de portento,
Abominables, inefables, y peores todavía
Que los cuentos imaginan o el miedo concibió:
Hidras y Gorgonas y Quimeras[122] del espanto.



El Adversario, mientras, de Dios y el Hombre,
Satanás con mente enardecida por altísimo designio
Mueve raudas alas y hacia las Puertas del Infierno
Ensaya solitario vuelo; a ratos
Roza el litoral derecho, el izquierdo a ratos,
Ahora raspa el piélago con ala plana, luego asciende
Hasta el ardiente cóncavo en la altura.
Así en el mar se avista desde lejos una flota

Que colgase de las nubes: vientos de equinoccio
Desde el golfo la espolean de Bengala o las islas
De Ternate y de Tidor[123], de donde traen los mercaderes
Sus especias perfumadas; éstos en corriente alisia
Por el ancho Índico hasta el Cabo[124]
Contra el viento pujan en la noche, hacia el polo.
Tal en la distancia el Diablo volador: se ve al fin
El linde del Infierno hasta el hosco techo,
Y tres veces triples Puertas: tres batientes bronce,
Tres de hierro, tres de adamantina roca,
Impenetrable, empalizadas de un fuego circundante
E inconsunto. Ante las Puertas se sentaba,
A cada lado, una forma portentosa:
Una parecía mujer, y bella, hasta el cinto,
Pero terminaba inmunda, en muchos pliegues escamosos,
Vastos y masivos, una sierpe armada
Con mortal aguja; y rodea su cintura



La infernal jauría, que incesante ladra
Con cerbéreas fauces[125] anchas, provocando
Eco horrísono; mas, si quieren, estos canes trepan
Cuando algo turba su ruido, a la entraña de ella
Y ahí se encovan, aún aullando y ladrando,
Invisibles dentro. Otros menos espantosos
A Escila[126] molestaban al bañarse en ese mar
Que Calabria parte de la orilla desabrida de Trinacria;
Más benignos los que siguen a la Arpía Nocturna

Cuando, en secreto invocada y cruzando el aire,
Acude, al olor de sangre niña, a danzar
Con brujas de Laponia, mientras triste eclipsan
Sus ensalmos a la Luna. La otra forma,
Si es forma lo que forma no tenía
De miembros o junturas distinguibles,
O substancia ha de llamarse lo que sombra parecía,
Pues parecía una y otra: negra se alzaba como Noche,
Fiera cual diez Furias, como Averno tremebunda,
Y blandía un Dardo pavoroso; lo que su cabeza parecía
Portaba como sombra de corona regia.
Satán estaba cerca ahora, y de su puesto
El monstruo se adelanta con idéntica premura
Y zancada horrenda: el Infierno con sus pasos tiembla.
Al Demonio, impávido, lo asombra aquello;
Lo asombra, no lo arredra: salvo Dios y el Hijo
No hay creada cosa que le afecte o que rehuya;
Y con mirada desdeñosa, así comienza:
«¿Qué eres, cuál tu origen, execrable forma,
Atreviéndote, si cruel y horrible, a cruzar
Tu faz deforme en mi camino
Hacia esas puertas que he de atravesar,
No lo dudes, sin permiso tuyo?
Aparta o gusta tu locura y aprende,
Tartáreo engendro, a no retar a Espíritus del Cielo».
A lo que el Endriago replicó, de ira lleno:
«¿Eres tú el Ángel, tú el Traidor,
Que primero quebrantó la paz del Cielo, y la fe,
Incólume si no, y con rebeldes armas orgullosas
Arrastraste un tercio de los Hijos del Empíreo,
Conjurados contra Dios, por lo que tú y ellos,
Desterrados de lo Alto, aquí cumplís condena:
Consumir eternos días en penas y dolor?
¿Y te cuentas entre Espíritus del Cielo,
Infernal convicto, y exhalas desafío y desdén, aquí,
Donde yo, Rey, reino y, para sublevarte más,
Rey tuyo y Dueño? Vuelve a tu tormento,

Falso fugitivo, y a tu prisa da mejores alas,
Que no castigue tu demora con azote
De escorpiones, o que un golpe de este dardo
Te provoque raro espanto y un dolor que ignoras».
Así habló el lúgubre terror y su figura,
Con esta verba y amenazas, se volvió diez veces
Más atroz y más deforme: al otro lado,
Rebosando indignación, Satán se alzaba
Impávido, y como un cometa ardía
Que al gran Ofiuco[127] incendia en todo su largor
Del cielo ártico, y cuya hirsuta cabellera
Pestilencia emite y guerra. Cada uno a la cabeza
Su letal embate apunta; sus fatales manos
No pretenden otro golpe y con ceño tal
Se observa uno a otro como nubes negras
Que, cargadas con celeste artillería, rugiendo llegan
Sobre el Caspio, frente a frente quedan
Dilatando un lapso, hasta que los vientos soplan seña
De trabar su oscura pugna en el aire medio:
Tal la ira de los grandes oponentes que el Infierno
Se volvía más opaco con su ceño, tan idénticos en fuerza;
Porque sólo una vez más hallaría cada uno
Enemigo tan potente. Y ahora grandes hechos
Habrían ocurrido, y sonado su eco en todo el Tártaro,
Si la serpentosa Maga que a las Puertas
Del Infierno se sentaba y guardaba la nefasta llave
No se alzara y con grito horrible interfiriera.
«Oh Padre, ¿qué pretende —aulló— tu mano
Contra tu Hijo único? ¿Qué furia, oh Hijo,
Te posee, que diriges tu mortífero venablo
Contra la cabeza de tu Padre? Y ¿sabes por quién?
Por ese que se sienta arriba y de ti se ríe
Mientras, su sirviente, ordenándote ejecutar
Lo que su rabia (que justicia llama) quiera;
Rabia que un día os destruirá a los dos.»
Esto dijo, y a sus palabras la infame Pestilencia
Se detuvo; Satanás entonces le responde:

«Tan extraño tu clamor y tan extrañas las palabras
Interpuestas, que mi mano, de improviso
Quieta, no dirá con hechos todavía
Lo que intenta, hasta que de ti primero sepa
Qué cosa seas, con esta doble forma, y por qué,
Hallada en este valle por primera vez, me llamas
Padre y a ese Espectro Hijo llamas de mi ser.
No te conozco y nunca hasta ahora mismo
Vi apariencias más odiosas que él y tú».

La Portera del Infierno así le replicó:
«¿Me has olvidado, pues, y soy ahora
A tus ojos tan inmunda como bella otrora,
En los Cielos, cuando en la Asamblea, y a la vista
De los Serafines todos, a ti asociados
En audaz conjura contra el Rey empíreo,
De pronto un mísero dolor te sorprendió,
Te ofuscó los ojos, que bregaron en vahído
De tinieblas, mientras tu cabeza llamas densas, raudas,
Arrojaba, hasta que del lado izquierdo, bien abierto,
Semejante a ti en la forma y la fulgente faz,
Celestemente luminosa y bella, armada Diosa,
Prorrumpí de tu cabeza[128]: el asombro cautivó
A la Hueste entera de los Cielos, y asustados recejaron
Al principio, y Pecado me llamaron, y por signo
Portentoso me tuvieron; mas con tiempo
Les gusté, y con gracias seductoras me atraje
Al más adverso, a ti primero, que hallando
Con frecuencia en mí tu imagen más perfecta
Te enamoraste y tales gozos compartías
Conmigo arcanamente, que mi entraña concibió
Creciente fardo. Mientras estalló la guerra,
Y en los campos se lidió del Cielo, donde obtuvo
(Y qué menos) el Rival Omnipotente
Claro triunfo; nuestro bando, pérdida y catástrofe
Por el Empíreo entero: y cayeron ellos,
Arrojados de cabeza desde el Zénit de los Cielos,
A este Abismo, y en el general desplome,

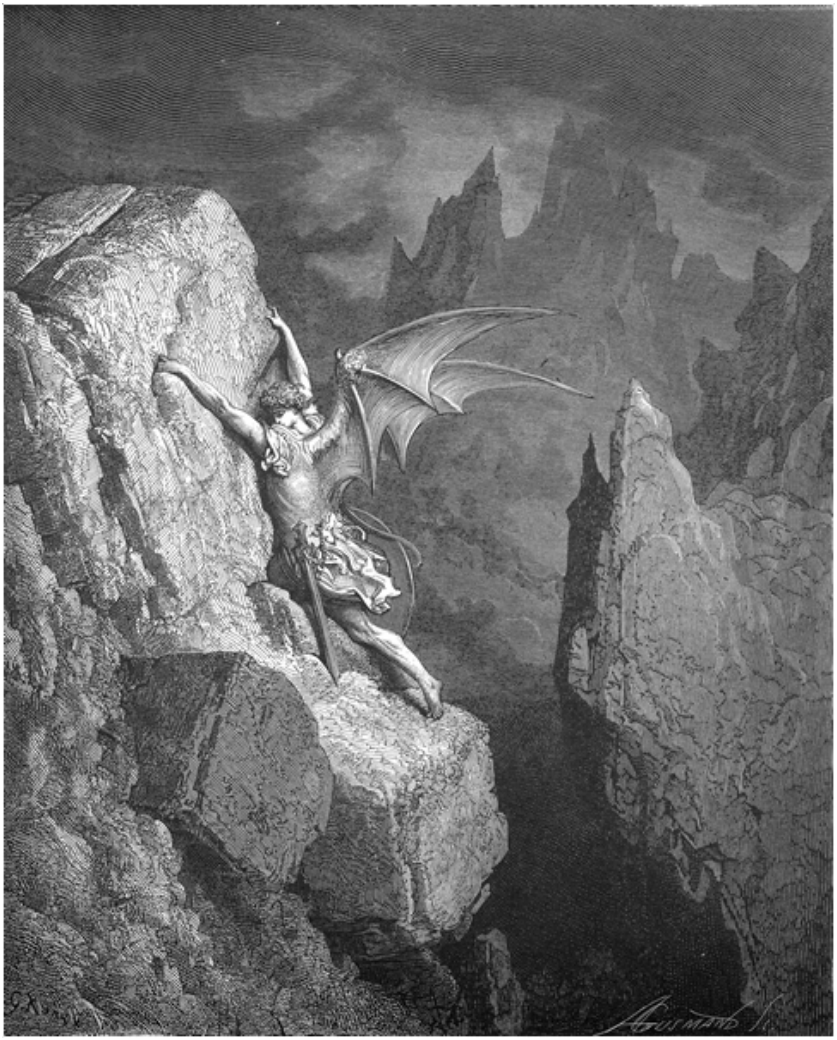
Yo también: momento en que esta Llave poderosa
A mi mano le fue dada, con encargo de guardar
Cerradas estas Puertas para siempre, y que nadie las pasara
Sin mi venia. Pensativa, me quedé aquí pues,
A solas, aunque no por mucho, hasta que mi entraña,
Por ti preñada y ahora inmensa,
Prodigiosa convulsión sintió y brutal dolor de parto.
Al fin este odioso vástago que ves,
Hijo tuyo concebido, hendió violenta senda
Desgarrándome por dentro y, deforme por el miedo
Y el martirio, toda mi figura baja
Alteró su aspecto: mas él emergió,
Mi enemigo innato, agitando su fatídico venablo,
Hecho para devastar: yo huí, "Muerte" fue mi grito;
Tembló el Infierno con el torvo nombre y suspiró
En todas sus cavernas: eco resonó de "Muerte".
Yo huí, mas él me persiguió (más picado, parecía,
Por lascivia que por rabia); mucho más veloz,
Me dio alcance, a mí su madre exhausta,
Y con forzoso inmundo abrazo
En mí engendró: del estupro concebí
Los monstruos que con grito interminable
Me rodean, como has visto, hora a hora concebidos
Y paridos cada hora, con miseria eterna
Para mí, pues cuando quieren, a la entraña
Que los hizo vuelven, y aúllan y corroen
Mis adentros, su alimento; luego, prorrumpiendo afuera
Revividos, con horror consciente me atosigan,
Que ni tregua ni reposo alguno encuentre.
Ante mí sentado en parte opuesta,
Muerte lúgubre, mi Hijo y enemigo, los azuza,
Y a mí, Progenitora suya, pronto engulliría
A falta de otra presa, si ignorase
Que su fin del mío pende. Y sabe que sería yo
Bocado muy amargo, y también su ruina
En la hora que le aguarde: tal decreta el hado.
Mas tú, oh Padre, te prevengo, evita

Su mortal saeta; no esperes vanamente
Ser invulnerable en tu armadura esplendorosa,
Aunque de empíreo temple, pues su golpe es asesino:
Salvo quien arriba reina, nadie puede resistirlo».
Concluyó ella, y el sutil Demonio aquella historia
Hizo suya pronto; manso ahora, respondió suave:
«Hija amada, puesto que me dices Padre tuyo
Y mi bello Hijo aquí me muestras, estimada prenda
De amoríos que contigo tuve Arriba, y de un goce
Que fue dulce, de recuerdo triste ahora por el cambio
Que sufrimos, espantoso, imprevisto, sabe esto:
No soy vuestro enemigo, vengo a liberaros
De esta casa oscura y triste de dolor,
A ti y a él y a toda la celeste Tropa
De Espíritus que, en nuestras justas pretensiones bélicas,
Cayeron con nosotros de lo Alto: de ellos vengo,
En misión extraña y solitaria; y, por todos uno,
Tal me arriesgo, recorriendo con pies desamparados
Este Abismo sin cimientos, y por el vacío inmenso
Busco, errabundo y por signos convergentes,
Un lugar predicho, hace tiempo ya
Creado, vasto, esférico, un lugar de dicha
En los Lindes del Empíreo, y puesta allí
Una raza de arribistas criaturas por colmar
Acaso los vacíos que dejamos, pero más lejanos,
Que al Cielo, saturado de potente multitud,
No sacudan nuevos alborotos. Sea esto, o cosa
Más secreta lo que ahora se pretende, vuelo
A descubrir y, descubierto, pronto volveré
A llevaros al lugar en que tú y Muerte
Moraréis felices, y de parte a parte inadvertidos
Volaréis silentes por el aire dúctil, de perfumes
Impregnado; pues allí seréis nutridos y saciados
Infinitamente: toda cosa vuestra presa».
Y cesó, pues ambos parecían satisfechos,
Y Muerte sonreía espeluznante, espectral, al oír
Que su hambre fiera se hartaría, y sus fauces bendecía

Destinadas a la hora buena: no menor la dicha
De su Madre mala, que así habló al Progenitor:
«La Llave del tartáreo Abismo por derecho
Y por mandato del Rey Omnipotente de los Cielos
Guardo, con precepto de no abrir
El Portal adamantino; contra toda fuerza
Muerte se halla presto a interponer su dardo,
Destemido de cualquier poder viviente.
Mas ¿qué debo yo al que esto ordena arriba
Y, odiándome, me ha precipitado
A esta lobregura del profundo Tártaro,
A quedarme aquí cautiva en oficio odioso,
Yo, del Cielo un habitante, Celinata[129],
Aquí en agonía y en suplicio perdurables,
Con terrores y clamores circundándome
De mi propia prole, que se ceba en mis entrañas:
Eres tú mi Padre, tú mi Autor, tú
Me diste el ser: ¿a quién obedecer si no,
A quién seguir? Tú pronto me guiarás
A ese mundo nuevo de fruición y luz, entre
Dioses que perviven venturosos, donde reinaré
Voluptuosa a tu derecha, como incumbe
A tu Hija y bienamada, para siempre».
Diciendo esto, del costado toma la nefasta Llave,
Instrumento trágico de todos nuestros males[130],
Y hacia los Portales repta su bestial figura.
Al instante levantó el rastrillo inmenso,
Que ningún poder estigio, salvo ella,
Pudo haber movido; luego, en la bocallave gira
El intrincado paletón y cada cierre y barra
De masivo hierro o roca sólida con sencillez
Descierra: súbitas, de par en par se abren
Con abrupto retroceso y chirriante ruido
Las Puertas del Infierno, y en sus goznes ronca
Hosco trueno que hasta la última hondura agita
Del Erebo. Ella abriolas, mas cerrarlas
Excedía su poder: quedaron los Portales tan abiertos

Que con alas desplegadas una hueste espléndida
Podía atravesarlas bajo enseñas y oriflamas,
Con caballos y con carros en difusa formación;
Así, de par en par quedaron y, cual boca de horno,
Vomitaban densos humos, rojas llamas.
A sus ojos —repentino panorama— se mostraron
Los secretos del vetusto abismo, un oscuro
Ilimitable océano sin horizonte o dimensión,
Donde el largo, ancho, alto, tiempo y sitio
Pierden su sentido, y la Noche anciana
Y Caos, los Ancestros de Natura, ejercen
Su anarquía eterna, en medio del tumulto
De incesantes guerras: confusión los fundamenta.
Pues Calor y Frío, la Humedad y Sequedad,
Cuatro fieros campeones, se disputan el dominio
Y a la liza embriónicos sus átomos arrojan;
Bajo cada insignia partidista, en sus varios clanes,
Bien ligeros o pesados, duros, lisos, lentos, raudos,
Pululan numerosos, incontables como arenas
Ya de Barca, o de Cirene[131] el suelo tórrido,
Reclutada liga de los vientos guerreantes, y peso
De sus alas más livianas. El que más adeptos tiene
Un momento impera: Caos arbitra,
Y por decisión complica la contienda
Con la que gobierna; y siguiente en el arbitrio,
Reina Azar en todo. A este Abismo delirante,
Útero de la Natura y quizá su sepultura,
No de mar ni litoral, ni de aire ni de fuego,
—Todos éstos en sus causas fecundantes
Confundidos, que por siempre así han de pelear
A menos que el Creador Omnipotente les ordene
Sus oscuros materiales por crear más mundos—
A este Abismo delirante el Demonio cauteloso,
De pie al borde del Infierno, mira un rato
Ponderando el viaje, pues no es angosto el estuario
Que ha de atravesar. No repicaba menos su oído
De sonidos fuertes y ruinosos (comparando

Grandes con pequeñas cosas) que al tronar Belona[132],
Con sus máquinas de guerra todas, cuando arrasa
Alguna capital; o menos que si la armazón
Se desplomase del Empíreo y estos elementos
Sublevados arrancaran de su eje
La constante Tierra. Por fin, alas como velas
Él despliega para el vuelo y en bullente humo
Elevándose desprecia el suelo. Muchas leguas
Sube luego y cruza bravo, cual si en nuboso asiento,
Mas fallándole esta silla pronto, cae
A una vasta vacuidad: de improviso,
Revoleando inútiles sus remos, se hunde como plomo
Diez mil brazas y hasta esta hora
Seguiría aún cayendo si, por mala suerte,
La explosión de alguna nube turbulenta,
Que preñaban fuego y nitro, no lo hubiese proyectado
Tantas millas a lo alto: esta furia se calmó,
Extinta en sirte cenagosa, que no era mar,
Ni buen terreno seco. Casi hundido él prosigue,
Brega en la tosca consistencia ya a pie,
Ya volando; ya querría vela y remo.
Como el Grifo que a través del páramo,
Con curso alado sobre monte o valle yermo,
Persigue al Arimaspo[133], que furtivo
De su alerta vigilancia le ha robado
El oro custodiado, tan ansioso este Demonio
Por fangal o risco, angostura, escarpa, zona densa o rara,
Con cabeza, manos, alas, pies prosigue su camino;
Y ya nada, ya bucea, ya vadea, o repta, o vuela:



Finalmente, un universal barullo fiero
De atónitos sonidos y de voces confundidas
A través de la oscurana hueca su oído asalta
Con vehemencia estrepitosa: hacia él avanza,
Sin temer hallar allí el Poder
O Espíritu del más profundo Abismo
Que en aquel estruendo habite y preguntarle
Dónde está la costa de tinieblas más cercana
Fronteriza con la luz; justo entonces ve de Caos

El Trono y su negro pabellón anchosamente
Desplegado en la hondura devastada; junto a él
La Noche sable ocupa el Trono, la abuela de este mundo
Y del Reino la Consorte; a su lado estaban
Orco, Hades[134] y el temido nombre:
Demogorgon. Y después Rumor y Azar,
Y Tumulto y Confusión enmarañada,
Y Discordia con millar de bocas varias.
Y Satán tornándose valiente a ellos: «Oh Poderes
Y Espíritus de este Abismo extremo,
Caos y Noche anciana, no un espía os llega,
Con propósito de descubrir o perturbar
Los secretos de este Reino: obligado vengo
A errar en este yermo penumbroso, pues mi senda
Cruza vuestro vasto Imperio hasta la luz,
Solo, sin un guía, perdido casi, busco
Qué camino lleve recto donde vuestras lóbregas fronteras
Linden con el Cielo. O si algún lugar distinto
Conquistado a vuestro feudo el Rey Etéreo
Invadió hace poco, por llegar a él
Recorro yo esta sima: dirigid mi curso.
Dirigido, no escasa recompensa
Habrá de reportaros, cuando tal región perdida,
Expulsada toda usurpación, reduzca yo
A su original tiniebla y vuestro imperio
(Fin de mi presente viaje), y de nuevo
Plante allí la enseña de la Noche anciana;
Vuestra toda la ventaja, mía la venganza».
Así Satán; y a él así el viejo Anarca[135]
Con discurso vacilante y rostro trémulo
Le respondió: «Extranjero, te conozco; sé que eres
Ese gran Caudillo Angélico que no hace mucho
Se opuso al Rey del Cielo y fue vencido.
Lo vi y oí, pues hueste tan copiosa
No escapa silenciosa por la hondura estremecida
Con derrota más derrota, ruina sobre ruina,
Confusión más confundida; y las Puertas del Empíreo

Vertieron a millones sus milicias victoriosas,
Persiguiéndoos. Aquí entre mis fronteras
Tengo residencia, si todo lo que puedo sirve
Para defender lo poco que me queda,
Mutilado siempre aún por riñas intestinas
Que el Cetro cansan de la Noche anciana: el Tártaro
Primero, vuestra cárcel por debajo inmensa;
Ahora Cielo y Tierra, otro mundo suspendido
Por encima de mi Reino, sujetado con cadena áurea
A ese lado del Empíreo que vio caer a tus legiones.
Si ése es tu camino, el final no queda lejos;
Tanto más cercano así el peligro. Ve y suerte.
Ruina, merma, estrago son mi premio».
Cesó. No se detuvo Satanás a replicar,
Sino contento, pues su mar tendría orilla pronto,
Con presteza renovada y frescas fuerzas,
Salta arriba cual pirámide de fuego,
Al bravio espacio, y a través del choque
De elementos en contienda rodeándolo
Por todas partes, labra su camino:
Más difícil y arriesgado que el de Argos[136] al cruzar
El Bosforo entre rocas contrincantes;
O cuando Ulises a babor Caribdis eludía
Y al otro lado un remolino amenazaba.
De este modo, con aprieto y denuedo cruel
Marchaba, con aprieto y denuedo él;
Mas una vez pasó, muy poco tras caer el hombre,
¡Rara Alteración! Pecado y Muerte rápido
Siguiéndole los pasos —tal la voluntad del Cielo—,
Construyeron un camino ancho y claro
Sobre el fosco Abismo, cuya hirviente sima
Mansa soportó tal puente de largura formidable,
Desde los Infiernos hasta el Orbe más remoto
De este Mundo frágil: los Espíritus protervos
Lo atraviesan sin penuria de un extremo al otro
Para seducir o castigar a los mortales, salvo a quien
Dios y buenos Ángeles, por gracia privativa, guardan.

Mas por fin ahora, el sagrado influjo
De la luz se muestra y de los muros de los Cielos
Irradia lejos hasta el seno de la Noche vaga
Una aurora trémula. Pues aquí Natura empieza,
Su orilla limitánea, y Caos recede
Como de sus obras avanzadas agresor frustrado
Con menor tumulto y menor fragor adverso;
Aquel Satán, con menos pena, y ahora con soltura,
Flota en la ola calma, por la luz incierta,
Y cual barco zozobrado llega bien contento
A puerto, aunque con obenques y poleas rotos;
O en el éter solitario, similar al aire,
Pende con extensas alas quietas, contemplando en calma
El distante Empíreo, que se expande vasto
Alrededor —acaso círculo, quizá cuadrado—,
Con torres opalinas y almenas adornadas
De Zafiro vivo, en otro tiempo patria suya;
Y justo allí, colgando de cadena áurea,
Este mundo pénsil, en tamaño como estrella
De pequeña magnitud junto a la Luna.
Hacia él, ahíto de perversa saña,
Maldito y en maldita hora, se apresura.

Libro III

EL ARGUMENTO

Dios sentado en su Trono ve a Satán volar hacia este mundo, por entonces recién creado; se lo muestra al Hijo, sentado a su diestra; predice que Satán conseguirá pervertir a la humanidad; exime a su Justicia y Sabiduría de toda imputación, puesto que ha creado al hombre libre y suficientemente capaz de resistir a su tentador; pero declara su propósito de Gracia para con él, ya que éste cayó no por su propia maldad, como Satán, sino seducido por él. El Hijo de Dios rinde alabanza al Padre por la manifestación de su propósito misericordioso para con el hombre. Pero Dios declara de nuevo que no puede otorgarse Gracia al hombre sin satisfacer la justicia divina: el hombre ha ofendido la majestad de Dios al aspirar a la Divinidad y por ello, consagrado a la muerte con toda su progenie, debe morir; a menos que surja alguien lo bastante digno para responder por su ofensa y sufrir su castigo. El Hijo de Dios se ofrece libremente como rescate por el hombre: el Padre lo acepta, decreta su encarnación, proclama su exaltación por encima de todo Nombre en el Cielo y la Tierra y ordena que todos los Ángeles lo adoren. Éstos obedecen y, cantando himnos al son de sus arpas en coro, loan al Padre y al Hijo. Mientras, Satán se posa en la desnuda convexidad del orbe más remoto de este universo[137]*, donde, errante, descubre un lugar desde entonces llamado Limbo de Vanidad. Qué personas y cosas van a parar allí volando. Desde allí llega hasta el Portal del Cielo; se le describe ascendiendo por las escaleras y se describen las aguas sobre el firmamento que fluyen desde allí: su tránsito desde allí al orbe del Sol. Encuentra allí a Uriel, el Regente de ese orbe, pero él asume primero la forma de un Ángel menor y, simulando el ferviente deseo de contemplar la nueva creación y al hombre que Dios ha emplazado allí, Ir pregunta por el lugar donde habita y Uriel le señala el camino. Se posa primero en el Monte Nifates.*

Salve Luz sagrada[138], Primogénita del Cielo,
¿O del Eterno coeterno rayo puedo,
Sin ofensa, titularte? Ya que Dios es luz
Y nunca más que en luz inalcanzada
Ha morado desde la Eternidad, moró en ti pues
Fúlgida efluxión de fúlgida esencia increada.
¿O el título prefieres de etéreo, puro manantial

Cuya Fuente quién dirá? Pues antes que el Sol,
Antes que los Cielos eras y, a la voz
De Dios, cual manto recubriste
Al mundo que surgía de aguas foscas y profundas,
Conquistado al vacío e infinitud informe.
A ti retorno ahora, y con ala más intrépida,
Huido de la charca estigia; aunque tiempo demorado
En ese oscuro viaje, mientras en mi vuelo
Por la plena o incompleta lobregura
Notas bien distintas que de lira órfica
Canté al Caos y la Noche eterna,
Instruido por la Musa Celestial a aventurarme
Al descenso tenebroso y luego a reascender
(Ardua cosa y rara), a salvo te visito nuevamente
Y siento tu fulgor vital y soberano. Mas tú
No retornas a estos ojos[139], que en vano giran
Por hallar tu penetrante rayo, sin hallar aurora:
Gota tan serena[140] extinguió sus órbitas
O los veló la turbia sufusión[141]. Mas no por ello
Dejo de buscar lugares que las Musas rondan,
Clara fuente, o arboleda en sombras, o colina al Sol,
Del amor preñado de sagrado Canto. Mas a ti,
Sión, sobre todo, y el floral arroyo
Que tus pies sagrados lava, y fluye cantaleando,
Te visito por las noches. Y no olvido a veces
A otros dos a mí en destino semejantes
(Así alcance yo su fama),
Tamiris[142] ciego y el ciego Meónides,
Y Tiresias y Fineo[143], profetas de otros tiempos.
Me nutro luego de pensares que eficaces mueven
Melodiosos números[144]: así el pájaro en vela
Canta en la oscurana y, arropado por las sombras,
Su nocturna nota entona. Con el año, pues,
La estación retorna, pero no retorna el día
Para mí, ni dulce arrimo de la tarde o la mañana,
O visión de florecer vernal, o rosa del estío,
O rebaños, hatos, o la humana faz divina:

Sombras sólo y perdurable oscuridad
Me envuelven, apartado de las sendas jubilosas
De los hombres y, por libro bello del saber,
Gozando sólo universal blancura[145]:
Las obras de Natura desgajadas y borradas,
Y cerrada a cal y canto una entrada al conocer.
Brilla tanto más, celeste Luz, en mis adentros
Y la mente irradia en todos sus poderes,
Planta ahí los ojos, toda niebla de ese espacio
Purga y desperdiga, que vea y hable yo
De cosas invisibles al mirar mortal.
Ya el Padre Todopoderoso desde lo alto,
Desde el puro Empíreo donde tiene asiento,
Entronado sobre toda altura, inclinara el ojo
Para ver sus obras y las obras de éstas a su vez:
Sobre él las Santidades todas de los cielos
Se mostraban densas como astros, recibiendo de su vista
Beatitud inexpresable. A su diestra
La radiante imagen de su Gloria se sentaba,
Su Hijo Único[146]. En la Tierra vio primero
A los dos primeros Padres, los dos únicos aún
Del género humano, en aquel Jardín afortunado,
Cultivando frutos inmortales de amor y dicha,
Dicha permanente, amor insuperable
En bendita soledad. Después Dios escrutó
El Infierno y la Sima en medio, y Satán allí,
Bordeando el muro celestial, del lado Noche,
En sublime aire oscuro, y listo ya
A descender con ala exhausta y pie dispuesto
Al desnudo Orbe de este mundo, parecido
A tierra firme, guarecida sin su firmamento,
Incierto el dónde: si en océano o en aire.
Viéndolo pues Dios desde la alta perspectiva
Que el pasado y el presente y el futuro exhibe,
A su Hijo Único, presciente, dijo:
«Único Hijo concebido, ¿ves tú qué cólera
Transporta al Adversario[147], que ni límites

Prescritos, rejas del Infierno, todas las cadenas
Apiladas sobre él, ni tampoco el vasto Abismo
Con su sima grande encierran? Tan resuelto se diría
A fanática venganza, que habrá de recaer
En su cabeza sublevada. Y ahora,
Suelto ya de todas sus prisiones, vuela
No muy lejos de los Cielos, por distritos de la luz,
Directo al mundo de creación reciente
Y al hombre ahí plantado, con propósito de acometerlo,
Si destruirlo puede por la fuerza o, peor,
Con falsas mañas pervertirlo; y así lo hará.
Pues el hombre escuchará sus tretas halagüeñas
Y pronto quebrará el solo Mandamiento,
Sola prenda de obediencia: así caerá
Él y su infiel progenie: ¿y de quién la falta?
¿De quién, sino la suya? Tuvo de mí el ingrato
Todo cuanto pudo; justo y recto yo le hice,
Bien capaz de resistir, mas libre de caer.
Así creé a todos los etéricos Poderes,
Los Espíritus, los que aguantaron o cayeron:
Libre aguantó quien aguantó, libre quien cayó.
Sin libertad ¿qué prueba me darían, leal,
De alianza verdadera, fe constante, o de amor,
Si sólo lo obligado, pero no lo deseado,
Estuviera a su alcance? ¿Qué elogio les daríamos?
¿Qué placer tendría yo en obediencia semejante,
Si la voluntad y la razón (razón también es elección)
Inútiles y vanas, de autonomía exentas ambas,
Y pasivas ambas, han servido a la necesidad,
No a mí? De este modo, como era recto,
Tal se les creó y no pueden con justicia incriminar
A su Hacedor, su hechura, o su destino,
Cual si su albedrío la predestinación
Les revocase, implantada por Decreto irrefutable
O Presciencia magna: ellos mismos decretaron
Su revuelta, no yo. Si yo la anticipé,
La Presciencia no influyó en su falta,

Que tan cierta se probara sin anticiparla yo.
Sin el mínimo impulso, pues, o sombra de hado,
Sin yo predecirlo de manera inamovible,
Ellos pecan, para sí en todo los autores
De qué juzgan y qué escogen; pues así
Los hice libres y libres deben mantenerse
Hasta que ellos mismos se esclavicen:
O tendría que cambiar su natural y revocar el estatuto
Alto, eterno, inalterable, que ordena
Para ellos libertad: ellos ordenaron su caída[148].
La primera especie por su propia sugestión cayó,
Por sí tentados, pervertidos: mas el hombre cae inducido
Por los otros: que el hombre tenga Gracia pues,
Ninguna el resto: en Justicia y en Merced,
Por los Cielos y la Tierra, brillará mi gloria,
Mas Merced dominará primera y última».
Mientras Dios hablaba, un aroma de ambrosía colmaba
Todo el Cielo y entre los Espíritus Electos y benditos
Sensación de nuevo gozo, inefable, se expandía:
Sin parangón, el Unigénito de Dios se mostraba
El más glorioso, en quien su Padre todo fulguraba
Substancialmente manifiesto y en su rostro
La divina compasión visible aparecía,
Amor sin término y Gracia sin medida;
Expresando todo ello, así él al Padre dijo:
«Oh Padre, compasiva la palabra que culmina
Tu sentencia soberana: que el hombre halle gracia;
Por lo que los Cielos y la Tierra cantarán
Tus alabanzas, con sonido innumerable
De himnos y canciones santas, y tu Trono,
Así nimbado, reverberará de loa y bendiciones.
Pues ¿habrá el hombre de perderse finalmente,
Tu criatura bienamada, de tus hijos el más joven,
Deberá caer vencido por el fraude, aunque incitado
Por su propia sinrazón? ¡Ay! Lejos de ti,
Lejos de ti, Padre, que eres juez
De todo lo creado y juzgas rectamente sólo.

¿O habrá de conseguir el Adversario así
Su fin y malograr el tuyo, su malicia
Deleitar y tu bondad hacer inútil?
¿U orgulloso retornar con su venganza satisfecha,
Si bien a su prisión, llevándose consigo
A los Infiernos la estirpe humana entera,
Corrompida por él? ¿O es que tú mismo
Tu creación abolirás y desharás por él
Lo que por gloria tuya hicieras?
De tal modo tu bondad y tu grandeza
Serían impugnadas e injuriadas sin defensa».
A lo que el gran Creador así responde:
«Oh Hijo en quien mi alma se deleita sobre todo,
Hijo de mi seno, Hijo que eres, sólo tú,
Mi verbo, mi sabiduría, mi poder causante,
Voz has dado a todo lo que pienso, todo
Como mi designio eterno ha decretado:
El hombre no se perderá completo, quien quiera vivirá,
No por quererlo él, sino por Gracia en mí
Otorgada libremente; otra vez reviviré
Sus fuerzas desmayadas, aunque revocadas y cautivas
Del Pecado, expuestas a mayúsculos deseos;
Por mí aguantado, se erguirá de nuevo
En firme suelo contra su mortífero adversario,
Aguantado por mí, que sepa cuán frágil es
Su caída condición y a mí me deba
Su entera salvación, y a nadie sino a mí.
Algunos he escogido para Gracia peculiar,
Electos sobre el resto: tal mi voluntad.
El resto oirá mi voz, y a menudo aviso
De su estado pecador y de aplacar a tiempo
A la colérica Deidad, en tanto invita la brindada Gracia:
Pues yo despejaré sus sentidos penumbrosos
Cuanto baste, y mulliré los pétreos corazones
Por que oren, se arrepientan, obedezcan.
Que a la oración, repentimiento y obediencia,
Si ejercidos con propósito sincero,

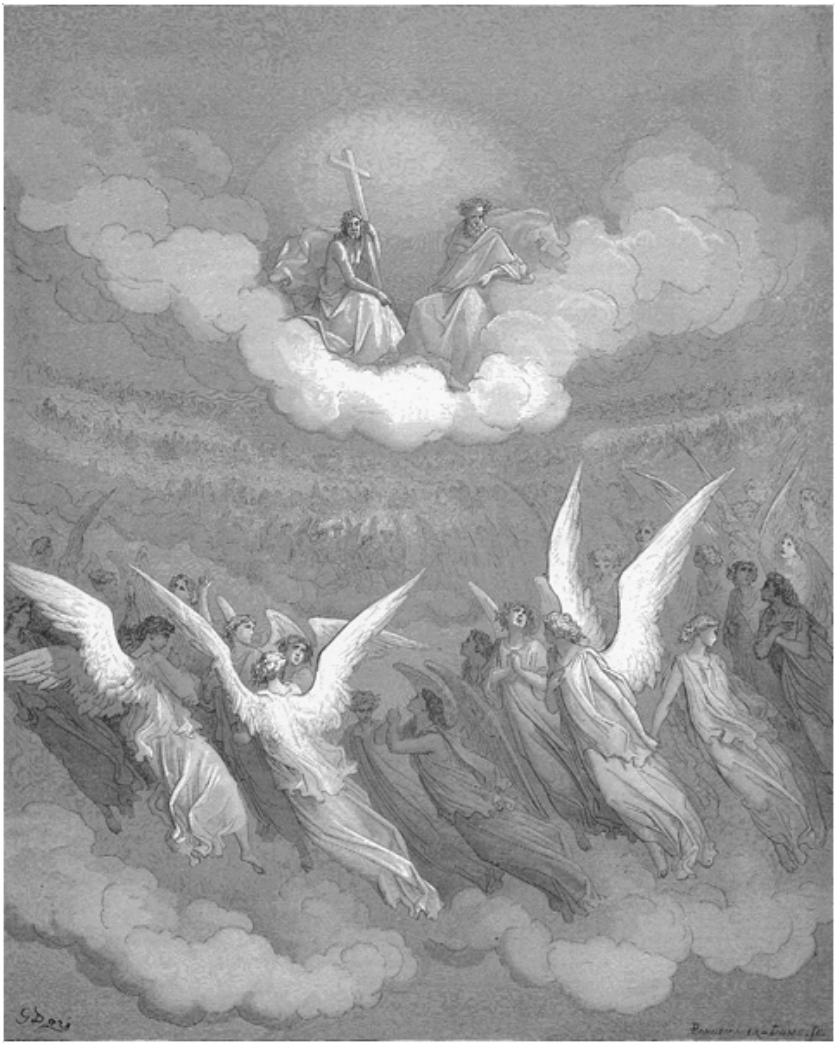
El oído no tendré remiso, ni ojo ciego.
Y pondré en su interior por guía
Mi Árbitro Conciencia, que, si escuchan,
Luz tras luz bien empleada lograrán
Y, persistiendo hasta el fin, arribarán seguros.
Tal mi larga tolerancia y mi día de Gracia:
Quienes lo descuiden y desdeñen nunca lo verán,
Sino que el duro más procaz se hará, y ciego el ciego,
Que anden tropezando y caigan más al fondo;
Y a nadie más que éstos del Perdón excluyo.
Mas todo no está hecho: transgrediendo el hombre,
Rompe infiel su vasallaje y peca
Contra la supremacía excelsa de los Cielos:
Ansioso de Divinidad, lo pierde todo;
Y para expiar su deserción no encuentra nada:
Consagrado y destinado al exterminio,
Ha de morir con toda su posteridad:
O muere él o la justicia; a menos que por él
Otro tan capaz y tan dispuesto pague
El estricto desagravio, muerte por su muerte.
Decid Celestes Potestades, ¿dónde existe tal amor?
De Vosotros ¿quién se hará mortal por redimir
Mortal delito humano y, justo, al injusto salvará?
¿Vive en el Cielo caridad tan pía?».
Inquirió, mas todo el Coro Celestial quedó callado
Y silencio hubo en el Empíreo: en favor del hombre
Ni Patrón ni Intercesor aparecía,
Y mucho menos quien tomase sobre sí
La funesta proscripción y el pago del rescate.
E irredento ahora todo el ser humano
Se perdiera, condenado a muerte y al Infierno
Por un rígido decreto, si el Hijo de Dios,
En quien la plenitud habita del amor divino,
No hubiera reanudado su muy grata mediación.
«Padre, has hablado: Gracia tenga el hombre;
¿Y no hallará la Gracia medios cuando halla senda,
El más veloz de tus alados emisarios,

Al visitar tus criaturas; y a todas llega
De improviso, no implorada, no buscada?
Feliz el hombre, si le llega así: mas él su ayuda
Nunca buscará, si muerto en el pecado y ya perdido;
Expiación de sí o apto sacrificio,
Endeudado y roto, no podrá aportar:
Heme pues aquí, yo por él, mi vida por la suya
Ofrezco, caiga sobre mí tu cólera;
Por hombre cuéntame: por él saldré
De tu regazo y esta gloria a ti cercana
Libremente dejaré; por él al fin he de morir
Contento: que la Muerte vuelque en mí su rabia toda;
Bajo su poder siniestro no por mucho
Yaceré vencido: tú me has dado posesión
De vida en mí por siempre, por ti yo vivo,
Aunque Muerte me someta ahora y sea suyo
Todo lo que pueda en mí morir; pagada ya la deuda,
No me dejarás en el sepulcro detestable,
Presa suya, ni que mi alma inmaculada
More para siempre en corrupción;
Sino que me alzaré triunfante, sojuzgando
A mi vencedor y despojándolo de su despojo;
Recibirá la Muerte entonces su mortal herida
Y caerá sin gloria, desarmada del mortal rejón.
Yo a través del aire vasto en triunfo alto
Al Infierno llevaré cautivo pese al Tártaro,
Y exhibiré sujetos los poderes tenebrosos.
Tú, contento, desde el Cielo mirarás y sonreirás,
Mientras yo por ti elevado a todo antagonista arruino:
Muerte, la postrera; su Carcasa cierra el Hoyo.
Luego, con la multitud de redimidos
Entraré en el Cielo tras ausencia larga y tornaré,
Oh Padre, a ver tu rostro, donde ni una nube
Airada quedará, sino paz, paz segura
Y reconciliación; la furia desde entonces cesará:
Sólo dicha entera, en presencia tuya.»
Terminaron sus palabras; mas su dulce aspecto

En silencio hablaba todavía, exhalando inmortal amor
Por la mortal humanidad: aparte, sumisión filial
Brillaba solamente; y cual sacrificio
Que se ofrece jubiloso, aguardó la voluntad
Del magno Padre. Honda admiración cautiva
Al Cielo: qué sentido haya en todo esto,
Adonde lleva. Pero pronto replicó el Omnipotente:
«Oh tú, en el Cielo y en la Tierra sola paz
Hallada para el hombre amenazado; ¡oh tú
Mi complacencia sola! Bien conoces cuánto quiero
Yo a mis obras, y no postrero al hombre
Aunque postrera su creación: por él te aparto
De mi seno y diestra, a fin de rescatar,
Perdiéndote un instante, la perdida raza entera.
Tú, así, el único en poderlo redimir,
A tu natura su naturaleza aúna
Y sé hombre entre hombres en la Tierra,
Hecho carne cuando llegue el tiempo, de semilla virgen,
Milagroso nacimiento: sé, en vez de Adán,
Cabeza de los hombres, aunque vástago de Adán.
Y si en él perecen todos, en ti renacerán
Cual de raíz recién brotada,
Tantos cuantos deban: pues sin ti ninguno.
Por su crimen es culpable toda su progenie;
Asignándoles tu mérito, tendrá la absolución
Quien sus actos justos o injustos abandone,
Viva trasplantado en ti y de ti reciba
Vida nueva. El hombre así —y bien justo—
Por el hombre pagará, será juzgado, morirá
Y muriendo se alzará y alzándose levantará
A sus hermanos, rescatados con su propia vida.
El Amor Celeste así al Odio Infernal subyuga,
Dando a la Muerte, y muriendo para redimir,
Tan caramente redimir, lo que el odio infernal
Tan fácilmente destruyó, y destruye todavía
En quien pudiendo aceptar la gracia la rehúsa.
Y no por descender para asumir

Naturaleza humana se envilecerá la tuya.
Pues tú, aunque entronado en dicha excelsa
Igual a Dios, y teniendo por igual
Fruición Divina, todo lo dejaste por salvar
De pérdida completa a un mundo, y por mérito,
Más que por la ley de nacimiento, eres Hijo Mío:
Más digno por bondad de serlo
Que por grande o por egregio; porque en ti
El amor desborda por encima de la gloria,
Tu humillación exaltará también contigo
A tu humanidad al Trono este.
Encarnado aquí te sentarás y reinarás,
Dios y Hombre, y de Dios y el Hombre el Hijo,
Ungido Rey universal. Todo el poder
Te otorgo, reina para siempre y tus méritos
Recauda, pues Supremo te designo:
Tronos, Principados, Potestades y Dominios
Ante ti se inclinarán, los que habitan
En el Cielo, en la Tierra o bajo Tierra en el Infierno;
Cuando escoltado en gloria desde el Cielo
Aparezcas en la altura y mandes de tu séquito
A los Arcángeles heraldos proclamar
El Tribunal terrible, al instante de los cuatro vientos
Los vivientes, y al instante los difuntos invocados
De pasadas épocas al Veredicto Universal
Se aprestarán, pues tal clamor los alzará del sueño.
Tú, en compañía de tus Santos luego, juzgarás
A hombres y Ángeles malignos: inculpados, caerán
Bajo sentencia tuya, y el Infierno ya completo
Para siempre quedará cerrado. Mientras,
Arderá el mundo, y de sus cenizas surgirán
Nuevos Cielo y Tierra donde vivirán los justos
Y, tras todas sus tribulaciones largas,
Días verán de oro, fértiles de eventos áureos,
Con Amor y Dicha victoriosos, y Verdad sublime.
Tú tu Cetro regio entonces depondrás:
De Cetro regio no habrá ya necesidad,

Dios será el Todo en Todos. Mas vosotros, Dioses todos,
Adoradlo, porque muere por lograrlo todo;
Adorad al Hijo y honradlo como a mí».
Apenas el Omnipotente terminara,
La entera multitud de Ángeles con un clamor
Inmenso cual de números sin número[149], y dulce
Como si de voces santas, expresando gozo,
Resonó en los Cielos y hosannas poderosas
Las regiones eternales inundaron: reverentes,



Ante cada Trono se prosternan
Y en solemne adoración al suelo arrojan
Sus coronas de amaranto y oro entretejidas,
Amaranto imperecible[150], flor que un día
En el Paraíso junto al Árbol de la Vida
Despuntó, mas pronto por la ofensa humana
Fue portada al Cielo, donde creció primero,
Y florece, sombra de la Fuente de la Vida,

Y allá por donde el Río del Gozo, al cruzar el Cielo,
Su corriente de ámbar entre Flores aplaya Elíseas,
Jamás marchitas, pues con ellas los Espíritus Electos
Sus radiantes bucles lían, tejidos de centella.
Ahora, esparcidas las guirnaldas, el brillante
Pavimento, que fulgiera como mar de jaspe,
Con la púrpura sonríe de rosas celestiales.
Luego, coronados otra vez, las arpas toman,
Siempre melodiosas, que les cuelgan al costado
Cual aljabas rutilantes y, con dulce preámbulo
De arrobada sinfonía, introducen
Su cantar sagrado, incitando a excelso rapto:
Voz ninguna calla, pues ninguna voz
Discuerda, armonía tal en los Cielos reina.
A ti primero, Padre, te cantaron: Todopoderoso,
Inmutable, infinito, inmortal,
Eterno Rey; a ti Autor de todo ser,
Manantial de Luz, tú, invisible
En el glorioso resplandor en que te sientas,
En el Trono inaccesible; y cuando velas
El exceso de tus rayos, y a través del aura
De las nubes como altar radiante en torno a ti,
Tu orla transparece, oscura de fulgor,
Tanto ciega al Cielo que los Serafines más fulgentes
Se allegan sólo con las alas amparándose los ojos.
A ti te cantaron luego, el primero en toda la Creación,
Hijo Concebido, Divinal Similitud,
En cuya faz conspicua, y sin nubes
Que la oculten, brilla el Padre Omnipotente,
A quien nadie puede ver; en ti impresa
La efulgencia de su gloria habita,
Trasfundido en ti su vasto Espíritu reposa.
Por ti el Cielo de los Cielos Él creó,
Con todos sus Poderes, y por ti abatió
A las ávidas Dominaciones[151]: tú el día aquel
El Trueno tremebundo de tu Padre no excusaste,
Ni las ruedas de tu carro detuviste que, flamígeras,

La estructura eterna del Empíreo estremecieron
Cuando Ángeles guerreros arrollabas, desbandados.
Vuelto ya de perseguirlos, tus Poderes[152] con aplauso fuerte
Sólo a ti ensalzaron, Hijo de la Fuerza de tu Padre,
Fiero ejecutor de la venganza contra sus rivales,
No en el hombre. A éste, caído por maldad de aquéllos,
Padre de Merced y Gracia, no lo condenaste
Con igual rigor, sino te inclinas más a la piedad:
Apenas tu Hijo Único y muy amado
Te sintió reacio a condenar al hombre, frágil,
Con igual rigor, sino inclinado más a la piedad[153],
A fin de aplacar tu ira y de zanjar la riña
De Merced y de Justicia que en tu rostro discernía,
Indiferente al Gozo en que moraba,
Tu segundo, se ofreció a morir en expiación
De la ofensa humana. ¡Oh amor inigualable!
¡Oh amor inconcebible salvo si es Divino!
¡Salve Hijo de Dios, Salvador del Hombre!
Será tu Nombre el tema fértil de mi Canto,
Siempre ya, y jamás tu loa olvidará mi arpa
Ni del loor se apartará del Padre.

Así en el Cielo, por encima de la astral esfera,
Sus felices horas en delicias empleaban y en himnodias.
Mientras, por el firme globo opaco
Del redondo mundo este, cuyo círculo primero
Aísla los brillantes orbes inferiores
Del Caos y la irrupción de la Tiniebla antigua,
Satanás, tras descender, camina: globo parecía
Desde lejos, ahora un continente ilimitado:
Yermo, bravo y fosco, bajo el ceño de la Noche
Sin estrellas y amenaza permanente de tormentas
(Caos, que ruge alrededor) e inclemente cielo,
Salvo por el lado en que el muro del Empíreo,
Aunque muy distante, una tenue reflexión captura
De aire titilante, que no hiere tanto el fuerte oraje:
Por aquí marchó el Demonio, por los campos espaciosos.
Como buitre que, criado en el Imáus[154],

Cuya nívea cordillera al Tártaro errante encierra,
Despegando de región escasa en presa
Por cebarse de la carne de corderos o caloyos
En los montes donde pastan, vuela hacia las fuentes
Del Hidaspes[155] o del Ganges, ríos de la India,
Mas se posa de camino allá en los páramos
De Sericana[156], donde el chino a vela y viento
Su carreta lleva, hecha de bambú ligero:
Así, en tan ventoso mar de tierra, el Demonio
Iba y tornaba, solitario, ávido de presa:
Solitario, pues criatura en este sitio,
Exangüe o viva, no podía hallarse,
No todavía, si bien más tarde de la Tierra
Hasta aquí arriba, como aéreos vahos,
Volaría toda cosa efímera y vana, cuando el pecado
Inculcase vanidad en las labores de los hombres:
Toda cosa vana y todo el que en vana cosa
Funda caras esperanzas ya de gloria o de perpetua fama,
O de dicha en ésta o la otra vida;
Todo el que tiene recompensa en este mundo,
La tenaz superstición y el ciego celo,
O quien busca sólo la humana aclamación,
Aquí encuentra fruto y premio, vacuos cual sus actos.
Toda obra inconclusa de Natura,
Abortiva, o monstruosa, o de híbrida rareza,
Se disuelve en tierra, vuela aquí y en vano,
Hasta la final disolución, divaga en este espacio,
No en la Luna próxima, como hay quien sueña[157]:
Esos campos argénteos probablemente los habitan
Santos transportados o Espíritus medios,
Entre el género humano y el angélico:
Aquí, de rara unión nacidos, fueron los Gigantes
Los primeros en llegar del mundo antiguo
Con sus muchas gestas vanas, aunque célebres entonces;
Arquitectos luego de Babel, en la planicie
De Sinar[158], y con vana traza aún erigirían
Babeles nuevas, si tuvieran medios.

Otros arribaron solos: el que, para ser tenido
Por un Dios, saltó contento al Etna en llamas,
Empédocles[159]; y quien ansiando disfrutar
El Elíseo de Platón saltó a la mar,
Cleombroto[160], y una larga lista más,
Embriones e idiotas, frailes y eremitas,
Blancos, negros, grises[161], con tramoya indescriptible.

Ahí los peregrinos vagan, que tanto erraron por hallar,
Muerto en Gólgota, quien vive en el Empíreo;
Y esos otros que queriendo asegurarse el Paraíso
Al morir vistieron hábitos de dominico,
O de franciscanos disfrazados aun colarse pretendieron.
Pasan éstos los planetas siete, y las fijas pasan[162],
Y esa esfera cristalina con balanza[163] que calibra
La famosa oscilación, y el primer moviente pasan;
Y san Pedro ahora en la celeste portezuela
Parece con sus llaves aguardarlos, y ahora inician
El ascenso de la empírea escala, cuando ¡mira!
Vientos fieros de través, de cada costa,
Los empujan diez mil leguas reviradas
Por atmósfera remota: pueden verse entonces
Hábitos, cogullas y capuces y esos que los visten
Rotos en jirones aventados; y reliquias, cuentas[164],
Indulgencias, y perdones, bulas y dispensas,
Hechos juerga de los vientos: todo en torbellino
El perfil trasero[165] salta de este mundo y vuela lejos,
A un limbo largo y ancho, que llamaron luego
Paraíso de los Tontos: pocos lo ignoraron
Desde entonces; mas región desierta ahora e inviolada;
Todo este oscuro globo el Demonio halló al pasar,
Y mucho caminó, hasta que un destello al fin
De luz amaneciente a prisa atrae
Su paso exhausto; y columbra, muy distante,
Ascendiendo grado a grado espléndida,
Hasta el muro de los Cielos, Estructura alta,
En cuya cima, pero mucho más magnífica,
Se veía obra regia, parecida a puerta de palacio,
Con su frontispicio de diamante y oro
Embellecida: una densidad de gemas cintilantes
El Portal prendía; en la Tierra inimitable
Por maqueta o por lápiz adumbrante.
La Escala era como aquella donde vio Jacob
Los Ángeles subir y descender, falanges
De los fúlgidos Guardianes, cuando huía de Esaú

A Padán-Aram, en campos de Luz,
Soñando por la noche bajo las estrellas,
Y al despertar clamó: «La Puerta es de los Cielos»[166].
Cada tramo encarnaba su misterio; y no siempre
Estaba allí, sino que a veces la retraía el Cielo,
Invisible, y fluía abajo un mar brillante,
De jaspe o perla líquida, por donde luego
Arribaron navegando hombres de la Tierra,
Ya soplándoles los Ángeles las velas, o volando en rapto
Sobre el lago con sus carros de corceles ígneos.
La escalera fue bajada entonces, por tentar quizá
Al Demonio con ascenso fácil, o agravar
Su triste apartamiento de las Puertas de la Dicha.
Frente a ellas por debajo, se abría,
Justo por encima del sereno Paraíso,
Un pasaje de bajada al Mundo, un pasaje ancho,
Mucho más que aquél de tiempos venideros
Al Monte de Sión y, aunque éste fue grandioso,
A la Tierra Prometida, que tanto amaba Dios;
Aquél, a fin de visitar las tribus prósperas
Portándoles mandatos de lo alto, lo cruzaban
Ángeles frecuentes de ida y vuelta, y su ojo alerta,
Desde Páneas, la fuente del Jordán,
Hasta Berseba[167], donde Tierra Santa
Toca Egipto y la costa arábiga:
Tan vasta parecía la abertura, donde límites tenía
La tiniebla cuales cercan al océano.
Satán ahora desde allí, al pie de la escalera
Que asciende con peldaños áureos al Portal del Cielo,
Mira abajo con asombro, al ver de súbito
Este mundo entero. Como un explorador
Que senda oscura y desolada apeligrado recorrió
La noche toda, y al romper el alba grata
Al fin corona un promontorio áspero
Que descubre de improviso a su mirar
La perspectiva formidable de un exótico dominio,
Nunca visto todavía, o metrópolis de fama

Con fulgentes chapiteles y pináculos ornados
Que ahora dora con sus rayos el creciente Sol:
Tal asombro cautivó, aunque tras ver el Cielo,
Al Espíritu maligno, pero mucha más envidia
A la vista de este mundo, tan hermoso.
Escruta todo alrededor, y bien podía,
Tan alto sobre el palio circular
De la sombra dilatada de la Noche: desde el punto
Oriental de Libra hasta el Astro del Vellón[168]
Que lejos guía a Andrómeda por mares del Atlántico
Y más allá del horizonte; luego de un polo a otro
La anchura abarca y, sin otra pausa,
A la región primera de este mundo salta
En precipitoso vuelo, hilando con sosiego,
A través del tornasol del aire puro, su oblicua senda
Entre innúmeras estrellas, que brillaban
Desde lejos como astros, pero mundos parecían cerca,
Otros mundos parecían, o felices islas,
Cual Jardines de la Hesperia, de antigua fama,
Campos Venturosos, bosques, valles en flor,
Triplemente gratas islas: pero quién feliz allí moraba
No esperó a saberlo. Sobre todo ello,
El Sol de oro, en esplendor igual al Cielo,
Le prendió los ojos: hacia allí su curso vira,
A través del calmo Firmamento (mas si arriba, abajo,
Por el centro, fuera de él o por la eclíptica,
Difícil es decirlo) a la Luminaria Grande,
Que apartado de tupidas, tópicas constelaciones,
A distancia requerida de su ojo señorial,
Dispensa luz de lejos. Ésas, al mover
Su danza astral en números que cuentan
Días, meses y años, hacia Su lucero todoamante,
Realizan rápidas sus giros varios o las gira,
Magnético, su rayo, que gentil calienta
El universo y en toda parte interna
Con sutil penetración, si bien oculta,
Su recóndita virtud inyecta, en el abismo incluso:

Tan magnífica la posición del Astro.
Ahí se posa el Demonio, una mota acaso
Que ningún astrónomo en la esfera fúlgida del Sol
A través del tubo óptico[169] vio jamás.
El lugar lo halló de inefable resplandor,
Comparado con cualquier metal o piedra;
No igual en todas partes, mas infuso por igual
De luz radiante, como hierro al rojo vivo:
Si metal, en parte oro parecía, plata en parte límpida;
Si piedra, más carbunclo, o crisólito,
Ya rubí o topacio, o las doce que brillaron
En el pectoral de Aarón[170], y la piedra incluso,
Más que vista imaginada, esa piedra
O una similar a la que aquí abajo
Tanto tiempo los filósofos en vano han perseguido,
En vano, aunque con su arte poderoso han ligado
Al volátil Hermes e invocado de los mares,
Desatado en varias formas, a Proteo viejo,
Destilando a través del alambique su nativa forma[171].
A qué asombrarse, pues, si aquí los campos y regiones
Puro un elixir exhalan y los ríos fluyen
Con caudal potable de oro, cuando con un toque virtuoso
El Archialquimista Sol, tan lejos de nosotros,
Con terrestre humor mezclado,
Gesta aquí en la oscuridad prodigios tantos
De color glorioso y raro efecto.
Aquí materia nueva que mirar halló el Demonio
Sin pasmarse, vasta perspectiva tiene
Pues la vista aquí no encuentra obstáculo, ni sombra:
Es solana todo, como cuando al mediodía
Derrama el astro rayos cenitales —ahora
Los irradia recto arriba— y ninguna sombra cae
Alrededor de un cuerpo opaco, y el aire,
Nunca tan hialino, agudizaba el haz de su visión
Hasta objetos muy distantes, por lo que enseguida
Vio de pie en el horizonte un glorioso Ángel,
Y era el mismo que en el Sol vio Juan también[172]:

La espalda vuelta, mas no oculto su esplendor.
Áurea tiara de solíferos rayos le circunda la cabeza
Y no brillan menos sus guedejas por detrás,
Cayéndole en los hombros emplumados
Y ondulando alrededor: en un gran cambio absorto
Parecía, o fijo en profunda reflexión.
Alegró aquello al impuro Espíritu, con esperanza
De encontrar quién guiase su errabundo vuelo
Al Paraíso, sede venturosa de la humana criatura:
Fin de su periplo, y de nuestros males el principio.
Pero antes piensa cómo transformar su aspecto,
Que podría acarrearle riesgo, o bien demora.
Y ahora cual neófito Querube se presenta
Y, en vez de adulto, tal cual si en su rostro
Juventud celeste sonriese, y a cada miembro
Apropiada gracia infunde: tan bien finge.
Bajo su diadema el cabello vaporoso
En las dos mejillas juega, alas porta
De irisadas plumas salpicadas de oro,
El hábito ajustado para vuelos raudos, y sostiene
Por delante de su grácil paso vara argéntea.
No se aproximó sin ser oído: el Ángel fúlgido,
Antes de tenerlo cerca, su radiante faz tornó
Captándole el ruido y al instante conoció Satán
A Uriel[173], uno de los siete Arcángeles
Que, en presencia del Señor, al Trono más cercanos,
Y a sus órdenes más prestos, son sus Ojos
Y recorren todo el Cielo, o portan a la Tierra abajo
Rápidos recados, por lo húmedo o lo seco,
Mar o continente: a éste pues Satán aborda.
«Uriel, pues tú de los siete Espíritus
Ante el Trono del Señor, gloriosamente fúlgido,
Intérprete de su gran voluntad legítima,
Eres el primero en portarla por el Cielo superior
Donde toda su progenie tu embajada atiende;
Y aquí sin duda por suprema decisión
Igual honor disfrutas, visitando con frecuencia

Como Ojo Suyo esta nueva Creación.
Un deseo indescriptible de observar y conocer
Tantas obras milagrosas, sobre todo al hombre,
Su primer deleite y objeto de favor, por quien
Todas estas obras milagrosas ha ordenado Dios,
Me trae aquí de Coros de los Ángeles,
En errancia solitaria. Dime, Serafín espléndido,
Entre todos estos Orbes luminosos dónde tiene el hombre
Su morada fija, o si morada fija no la tiene
Y vive, entre todos estos Orbes luminosos, donde quiere;
Dímelo, que pueda hallarlo y con secreto atisbo
O abierta admiración contemple yo
A quien el gran Creador ha dado mundos
Y en quien todas estas gracias ha vertido;
Y que en él y en toda cosa —cual compete—
Podamos alabar al Hacedor Universal,
Que con justicia ha arrojado los rebeldes
Al Infierno más profundo remediando el daño
Con la nueva, la feliz estirpe de los hombres,
Que mejor han de servirle: sabias son sus sendas.»
Así habló el falso fingidor, incógnito,
Pues hombre o Ángel no consiguen discernir
La hipocresía, la única maldad que marcha
Invisible, salvo sólo para Dios,
Por su anuencia, en los Cielos y la Tierra.
Y aunque vele la sabiduría, a menudo duerme la sospecha
A la puerta del saber cediendo su función
A la inocencia, mientras la bondad el mal no ve
Donde males no parecen; lo que ahora a Uriel
Engatusó, aunque del Sol Regente, y tenido
Por el más sagaz Espíritu del Cielo.
Éste al mendaz Suplantador impúdico,
Honesto como era, así le dio respuesta:
«Bello Ángel, tu deseo tiende a conocer
Las Obras del Altísimo, loando así
Al magno Obrador: no lleva pues a exceso
Que conlleve tacha, y más bien merece aplauso

Cuanto más parece exceso lo que aquí te trajo
De Mansión Empírea, y en solitario,
Para ser testigo con tus propios ojos
De lo que a otros en el Cielo basta la noticia.
Pues gloriosas en efecto son sus obras,
Place conocerlas y más aún guardarlas
Para siempre en la memoria con deleite;
Mas ¿qué mente creada puede comprender
Su número, o la sabiduría infinita
Que las alumbró velando sus profundas causas?
Yo vi cuando su Palabra esta Masa informe,
Molde material del mundo este, unificó:
La Confusión oyó su voz y el ruido fiero
Fue domado, confinada la infinita vastedad;
Habló de nuevo y la tiniebla huyó,
Brilló la Luz, surgió el orden del desorden:
Rápidos volaron los pesados elementos
Cada uno a su región, el aire, fuego, tierra, agua,
Y esta etérea quintaesencia de los Cielos
Ascendió, animada, en varias formas,
Que rodaban orbitales y estrellas se tornaron,
Incontables, como ves, y cual se mueven:
Cada una tiene su lugar prescrito, su trazado cada una;
Y el resto en círculo amuralla este universo.
Mira abajo el globo aquel que, de este lado,
Brilla con la luz refleja de esta fuente: ese sitio
Es la Tierra, la mansión del hombre; esa luz su día,
Pues sin ella, como al otro hemisferio,
La noche lo invadiría, si bien la Luna próxima
(Así se llama aquella hermosa estrella opuesta)
Trae ayuda a tiempo, y en su ciclo mensual,
Ya termine o se renueve en el cielo medio,
Con luz prestada desde aquí su faz triforme[174]
Llena y la vacía a fin de iluminar la Tierra
Y en su pálido dominio coartar la noche.
Ese punto que señalo es el Paraíso,
De Adán morada; esas sombras altas, su cobijo.

Tu camino es bien directo, a mí el mío me reclama».
Dicho esto se tornó y Satán, postrándose
—Así a un Ángel superior en el Empíreo,
Donde honor y reverencia nadie omite—
Despidiose y hacia el margen de la Tierra abajo,
Desde la eclíptica, con ilusión de triunfo,
Se arroja en presurosas espirales por el aire
Y no cesa, hasta que la cumbre toca del Nifates[175].

Libro IV

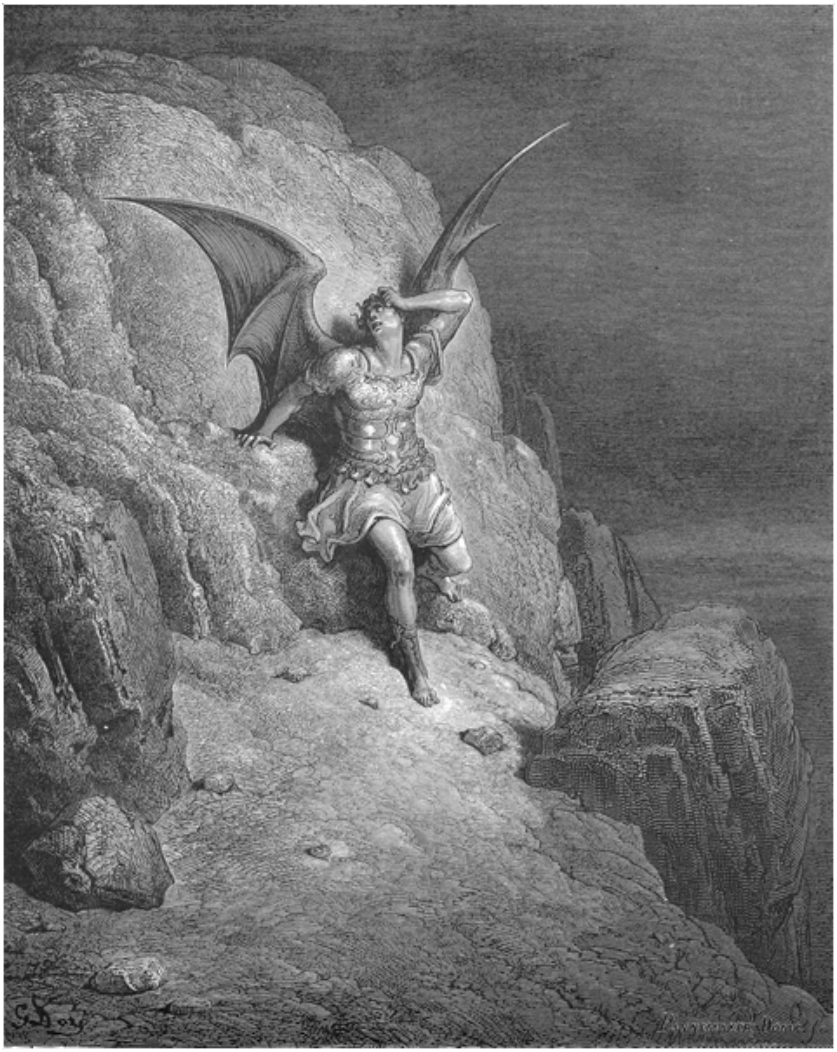
EL ARGUMENTO

Satán ahora, a la vista del Edén y cerca del lugar en que debe acometer la audaz hazaña que emprendió en solitario contra Dios y el hombre, cae en muchas dudas acerca de sí mismo y presa de pasiones, miedo, envidia y desesperación; pero, finalmente, se reafirma en su maldad, viaja al Paraíso, cuyo panorama y situación exteriores se describen a continuación, salta la cerca y se sienta en forma de cormorán sobre el Árbol de la Vida, que es el más alto del Jardín y el que mejor perspectiva le ofrece. El Jardín, descrito. La primera vez que Satán ve a Adán y Eva. Su asombro ante la excelente figura y feliz estado de aquéllos, pero su determinación a provocarles la caída. Oye su conversación, por la que se entera de que tienen prohibido comer del Árbol de la Ciencia bajo pena de muerte e intenta fundar en ello su tentación, seduciéndolos a transgredir: después se aleja de ellos por un rato a fin de averiguar más sobre su estado por otros medios. Mientras, Uriel desciende en un rayo de Sol y advierte a Gabriel, que guarda la Puerta del Paraíso, de que un Espíritu maligno se ha escapado de las profundidades y ha pasado al mediodía por su esfera en forma de Ángel bueno de camino al Paraíso, siendo descubierto más tarde por sus gestos furibundos en el Monte. Gabriel promete hallarlo antes del amanecer. Con la llegada de la noche, Adán y Eva hablan sobre retirarse a reposar: se describe su refugio, su culto vespertino. Gabriel, al llamar a sus guardias nocturnos para la ronda del Paraíso, destina dos Ángeles fuertes al refugio de Adán, no sea que el Espíritu maligno haga daño a Adán o Eva mientras duermen. Allí lo encuentran, junto al oído de Eva, tentándola en sueños, y lo llevan, aunque reluctante, a presencia de Gabriel. Éste lo interroga; Satán responde desdeñoso, se prepara a resistir pero, impedido por un signo del Cielo, parte volando del Paraíso.

Oh aquella voz de alerta, que quien vio
El Apocalipsis fuerte oyó en los Cielos
Cuando por segunda vez vencido aquel Dragón
Descendió furioso a vengarse de los hombres,
«¡Ay de los moradores de la Tierra!»[176], que ahora,
Mientras hubo tiempo, nuestros padres fueran advertidos
Del secreto antagonista por llegar y escaparan,
Y acaso así escaparan, a su red mortal. Pues ya

Satán, ya ardiendo en rabia, descendió,
Antes tentador que acusador del hombre,
Para hacer pagar al frágil, inocente ser humano
Su derrota en la batalla y huida a los Infiernos.
Mas, si bien audaz, distante y temerario,
No se goza en su premura ni halla causa de jactancia
Al acometer terrible su designio, que ya a punto
De nacer, le bulle en su revuelto pecho
Y cual máquina diabólica[177] recula
Sobre sí; horror y dudas le distraen
Sus turbados pensamientos y le agitan de raíz
El Infierno dentro de él, pues el Infierno dentro
Trae, y alrededor de sí, y del Infierno
Cual de sí volar no puede un paso
Aunque cambie de lugar: despierta ahora la conciencia
El dormido desespero, el recuerdo amargo
De quién fue, qué es, y qué ha de ser: peor,
Pues a peores actos peores sufrimientos seguirán.
A ratos hacia Edén, que ahora ante su vista
Yace deleitable, sus dolientes ojos torna triste.
A ratos hacia el Cielo y el Sol centelleante,
Asentado ahora en su alta torre meridiana.
Y después, rumiando mucho, con suspiro empieza:
«Oh tú que, de inefable gloria coronado[178],
Miras como un Dios desde tu Imperio solitario
Este nuevo mundo; a cuya vista toda estrella
Su menguada testa esconde; a ti te hablo,
No con voz amiga, y tu nombre añado,
Oh Sol, al decirte cuánto odio yo tus rayos,
Que me traen recuerdo del estado del que caí,
Y cuán glorioso fui otrora sobre esa esfera tuya:
Orgullo y ambición me despeñaron
Pues batalla di en el Cielo al Rey del Cielo impar.
¡Y por qué! No merecía tal respuesta mía
Quien creó lo que yo era
En aquella fúlgida eminencia, y con su bien
A nadie reprendía, ni era duro su servicio.

Qué menor tributo que rendirle su alabanza,
Fácil recompensa, y darle gracias,
¡Tan debidas! Mas su bien en mí fue sólo mal
Y no gestó sino vileza; elevado tan arriba
Desdeñé la sujeción, creyendo que más alto
Me hallaría Altísimo, y en un instante repudié
La deuda inmensa de perpetua gratitud:
Tan gravoso, aún pagándola, deberla todavía;
Olvidando lo que de él aún recibía,
No entendí que una mente agradecida,
Al deber, no debe nada: más bien paga, al tiempo
Endeudada y eximida. ¿Y qué carga, pues?
Oh, si su hado poderoso me hubiese concebido
Como Ángel inferior, feliz entonces mi existencia
Sin que esperanza desmedida despertase
La ambición. ¿Y por qué no?, algún Poder distinto
Y no menor podría haberse alzado y, aunque ínfimo,
Quizá seguido yo su bando; mas Poderes grandes hay
Que no cayeron y resisten inmutables
Toda tentación de fuera o dentro.
¿Tuviste tú también poder y voluntad para aguantar?
Tuviste: ¿a quién o qué acusarás ahora
Más que al libre amor del Cielo dado a todos por igual?
Sea pues su amor maldito, ya que amor u odio,
Para mí lo mismo, me reporta mal eterno.
No, maldito tú, que en contra de su voluntad
La tuya libre decidió lo que ahora llora justa.
¡Miseria mía! ¿Cómo entonces esquivar
La cólera infinita, la infinita desesperación?
Cualquier camino es el Infierno; el Infierno yo;
Y en el pozo más profundo un pozo aún mayor
Se abre vasto todavía y amenaza devorarme,

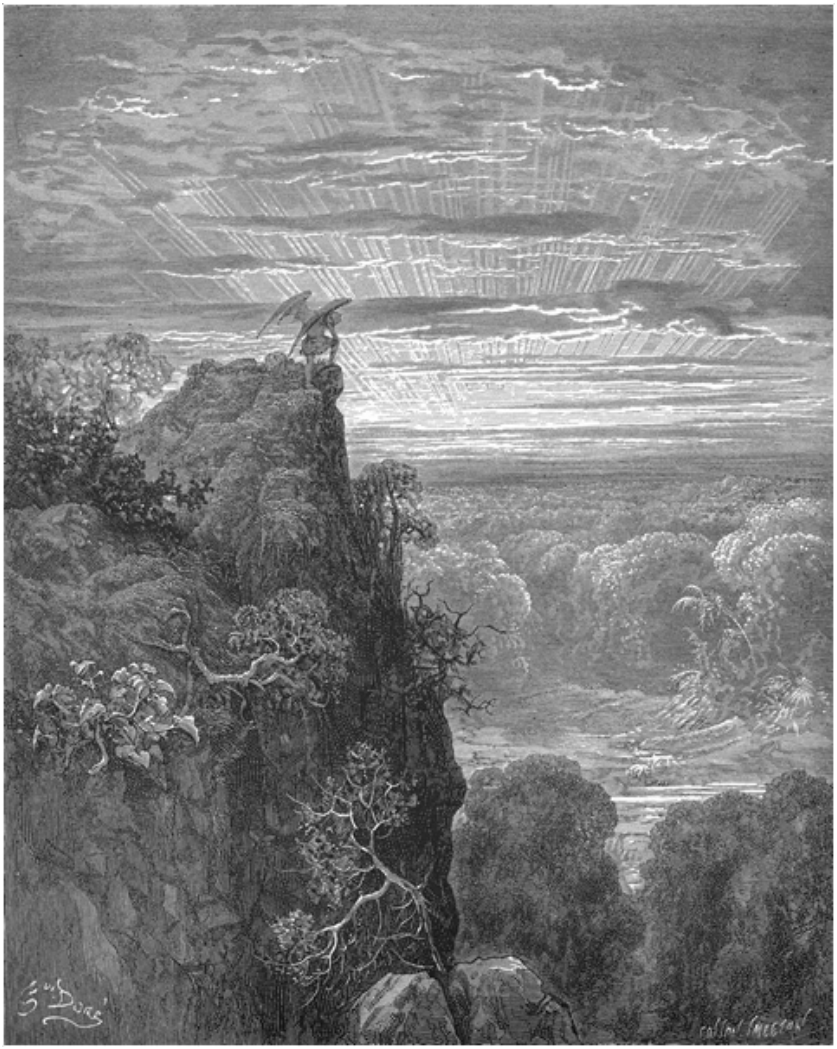


Haciendo que parezca Cielo el Infierno que padezco ya.
Cesa entonces pues: ¿no queda ni un lugar
Para la contrición, para el perdón no queda?
No sin sumisión; y tal palabra
El desdén me la prohíbe y el temor a la vergüenza
Entre los Espíritus de abajo, que seduje
Con promesas bien distintas y otra vanagloria
Que la sujeción, presumiendo de vencer

Al Todopoderoso. ¡Ay de mí!, qué poco saben
Lo carísimo que pago alarde tan banal
Y bajo qué tormentos peno en mis adentros:
Mientras ellos me veneran en el Trono del Infierno
Con diadema y cetro enaltecido,
Más abajo caigo y soy supremo sólo
En la miseria: gozos tales la ambición te porta.
Mas digamos que pudiese arrepentirme
Y obtener por Gracia mi anterior estado; pronto
Mi altura evocaría altiva idea y qué pronto
Negaría los fingidos juramentos, recusando la molicie
Votos hechos en dolor, por vacuos y forzados.
Pues jamás habrá conciliación sincera
Donde el mortal desprecio hirió tan hondo:
Lo que haría de mí mayor relapso
Y más grave la caída, pagando cara así
La corta intermisión con doble daño.
Esto sabe mi castigador; tan lejos él por ello
De otorgar, cual yo de suplicar, la paz:
De esperanza nada, pues: he aquí, en lugar
De nosotros, los proscritos, Su deleite nuevo,
La creada humanidad y para ella el mundo.
Esperanza, pues, adiós; y contigo adiós al miedo,
Adiós remordimiento: todo bien lo pierdo;
Mal, sé tú mi bien; por ti al menos
Dividido Imperio tengo con el Rey del Cielo
Y por ti acaso más de la mitad gobierne:
Pronto el hombre y este nuevo mundo lo sabrán».
Así mientras hablaba le enturbiaba el rostro la pasión
Mudándosela tres veces con palor de envidia, ira
Y desconsuelo, que le ajaba la prestada faz[179]
Y denunciaba su falsía, si ojo había que observase.
Porque mentes celestiales de desmanes tan abyectos
Se hallan libres siempre; y percatándose enseguida,
Toda turbación sumió en externa calma,
Artífice del fraude, y fue el primero
En practicar falacia de apariencia santa,

Ocultando su maldad profunda, en venganza inscrita.
Mas no bastante practicara todavía que engañase
A Uriel, ya percatado, cuyos ojos lo siguieran
Senda abajo y en el monte asirio[180]
Lo veían deformado, más allá de lo posible
Para Espíritu dichoso: sus brutales gestos
Percibió y su loco temple, solitario cual creía,
Sin que nadie lo mirase, inadvertido.
Así prosigue y al linde llega
Del Edén, en que el gozoso Paraíso,
Ya más próximo, corona con su verde coto,
Como con rural mogote, la campestre cima
De una pina algaba, cuyos flancos muy tupidos
De profuso matorral, boscoso y bravo
Vedaban el acceso; y crecía aún más arriba
Una altura insuperable de la sombra más soberbia,
Cedro, pino, abeto y ramosas palmas,
Silvana escena, y ascendiendo sus niveles
Sombra a sombra, un teatro alzaban nemoroso
De grandiosa vista. Pero más arriba incluso de sus cimas
Emergía el muro verdecido de este Paraíso
Que a nuestro padre colectivo daba perspectiva vasta
De su Imperio abajo, todo alrededor.
Y más alta que este muro una hilera circular
De grandes árboles con los frutos más hermosos:
Fruto y flor de tinte áureo al tiempo
Aparecían, con colores gayos, irisados,
Donde el Sol sus rayos imprimía más contento
Que en bella nube vespertina, o arco húmedo[181],
Cuando Dios la tierra riega; tan precioso parecía
Aquel paisaje: y de aire puro, y más puro ahora
Su avanzar recibe, inspirando al corazón
Vernal deleite y gozo, bien capaz de suprimir
Tristeza toda, menos desespero: ahora ráfagas gentiles
Desplegando sus fragantes alas distribuyen
Los indígenas perfumes y susurran al hurtar
Los balsámicos botines. Tal ocurre a navegantes

Más allá del Cabo de Esperanza[182] y pasado
Mozambique: vientos soplan en el mar del noroeste
Que desde la costa azafranada de Arabia la Bendita
Traen sabeo aroma[183], y aquéllos complacidos
En su curso se demoran, y animado muchas leguas
Por la grata emanación sonríe el viejo Océano.
De este modo rezagaba la dulzura de la brisa
Al Demonio, del lugar la maldición,
Aunque más placía aquel olor que a Asmodeo[184]
El del pescado que, si bien enamorado,
De la esposa de Tobías lo alejó, mandándolo frenético
Desde Media hasta el Egipto, su prisión.
    Ya hasta el cerro aquel de fiera escarpadura
Satán llegara, lento y pensativo.
Pero más camino allí no vio, tan densa e intrincada,
Cual único matojo prolongado, era la espesura
Ya de arbusto o tortuosa zarza que cegaba
Toda senda para hombre o bestia que pasara.



Una Puerta sólo había, que miraba al este
Al otro lado: pero la debida entrada
El Archifelón desdeña y, ya rabioso,
De un solo, fácil salto, sobrepasa todo cerco
De montaña o muro inmenso y justo dentro
Cae de pie. Como cuando lobo al acecho,
Al que el hambre lleva a predios nuevos a cazar
Y observa dónde los pastores arredilan los rebaños,

Al ocaso en la majada, en mitad de campos resguardados,
Salta fácilmente el vallado del redil;
O cual ladrón dispuesto a desbolsar
A algún burgués adinerado, cuyas puertas sustanciales,
A cal y canto bien cerradas, no intimida asalto,
Trepa a las ventanas, o quizá por el tejado;
Así el gran primer ladrón trepó al aprisco del Señor:
Así a su iglesia desde entonces trepan viles mercenarios.
De allí evoló, y sobre el Árbol de la Vida,
Árbol céntrico, el más alto que allí crecía,
Se posó cual cormorán[185]; mas no vida verdadera
Recobró con ello: quedó la muerte maquinando
Para aquellos que vivían; tampoco en la virtud pensó
De la planta que da vida; sólo la empleó
Como atalaya: bien usada, fuera garantía
De inmortalidad. Tan poco sabe nadie,
Salvo Dios, el íntegro valor
Del bien que tiene a mano y condena las mejores cosas
Al peor de los abusos o a perverso uso.
Abajo ahora, nuevo asombro, Satanás contempla,
Ofrecida al gozo de la humana sensación,
Toda la opulencia de Natura en parco espacio,
Más incluso, Cielo en Tierra: pues bendito Paraíso
De Dios era aquel Jardín, por él plantado
Al este del Edén. Edén su línea desplegaba
Desde Haurán[186] al este hasta las regias torres
De la gran Seleucia, erigida por los reyes griegos,
O donde mucho antes edenitas habitaron
En Telasar: en este plácido terreno
Su aún más plácido Jardín fijó el Señor;
De aquel fecundo suelo hizo que surgiese
Toda clase de árbol noble para el ojo, gusto, olfato;
Y en mitad de todos ellos, prominente,
Daba el Árbol de la Vida frutos ambrosiales
De oro vegetal; y al lado de la Vida,
Muerte nuestra, el Árbol de la Ciencia ávido crecía,
Conocer del Bien pagado caro conociendo mal.

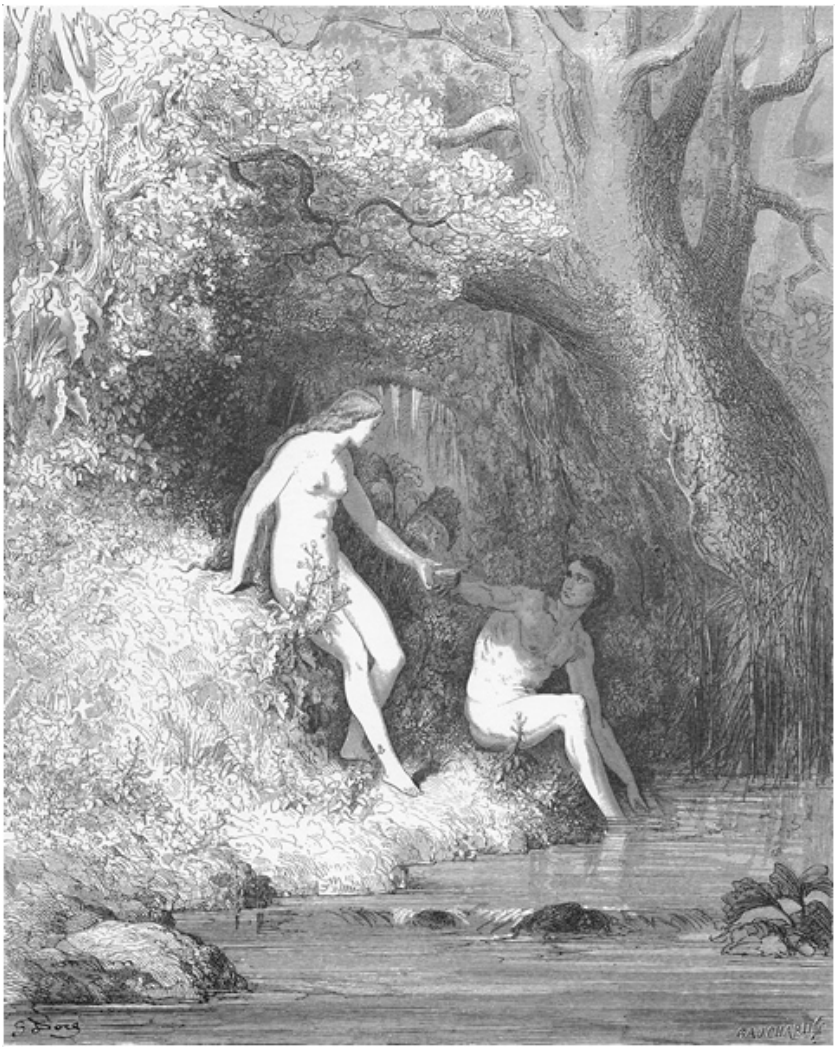
Hacia el sur cruzando Edén corría un vasto río[187]
Y, sin mudar el curso, el tupido monte
Atravesaba absorto por debajo: Dios formara
La montaña y su Jardín bien altos
Sobre aquella rápida corriente que, por venas
De porosa tierra reclamado con amable sed,
Surgía como fresca fuente y con mil arroyos
Irrigaba aquel Jardín; de allí reunido descendía
Por solana abrupta a encontrar el lecho subterráneo,
Que ahora de su fosco curso emerge
Y, dividiéndose en los cuatro ríos principales,
Corre disparejo, errando por famosos reinos
Y países numerosos cuyos nombres no diremos;
Pero sí mejor, si puede el arte referirlo,
Cómo de la fuente de zafiro los arroyos serpentinos,
Discurriendo sobre perlas fúlgidas y arenas áureas,
Con errancia sinuosa bajo sombras suspendidas,
Visitando cada planta, le llevaban néctar y nutrían
Flores dignas del Paraíso, que no arte fino producía
En parterres y curiosos vínculos, sino que la Natura fértil
Daba generosa en monte y llano y valle,
Tanto allí en campo abierto donde el Sol del alba
Calentaba, como donde sombras invioladas
Negrecían la fronda al mediodía: así este sitio
Era un rústico, feliz espacio de variado panorama;
Bosques cuyos ricos árboles lloraban aromáticas resinas,
Bálsamos; otros cuyos frutos barnizados de áurea piel
Pendían gratos: fábulas hesperias[188], si veraces,

Lo eran sólo aquí, y de sabor dichoso.
Entre éstos, pastos o llanadas verdes y rebaños
Que pastaban tierna hierba se extendían,
O palmeños altozanos, o el florido seno
De alguna vega desplegaba su muestrario,
Flor de todo tinte y, sin espinas, el rosal.
Al otro lado, umbrías grutas, cuevas,
Dan cobijo fresco; sobre ellas un mantón de vides

Tiende púrpuras racimos y gentil asciende
Exuberante; mientras, aguas murmurantes caen
Por monte abajo, se dispersan, o en un lago
En cuyo espejo se contempla hirsuta orilla
Que corona el mirto, unen sus corrientes.
Pájaros en coro cantan; aires, los vernales aires,
Exhalando olor de campo y bosque, templan
Hojas temblorosas, mientras Pan[189] universal,
Trabado en danza con las Gracias y las Horas,
La eterna primavera guía. No aquel hermoso campo
En Enna, donde a Proserpina, que cogía flores,
Ella misma flor más bella, Dis sombrío
La cogió, costándole a Ceres tanta pena
Que el mundo recorrió buscándola[190]; no el bosque plácido
De Dafne junto al río Orontes y la inspirada
Fuente de Castalia[191] a este Paraíso del Edén
Podían compararse; no aquella isla nisia
Que el río rodeaba, el Tritón, donde el viejo Cam
Llamado Amón por los gentiles y Jove libio,
Ocultó a Amaltea y su lozano hijo, Baco niño,
Donde Rhea, su madrastra, no lo viese[192];
No el monte Amara, donde reyes abisinios
Su progenie guardan, aunque existe quien lo cree
Verdadero Paraíso bajo línea etíope[193],
Donde el Nilo nace, y cercado por brillante roca
Alta todo un día de ascensión, mas muy distante
Del Jardín asirio donde aquel Demonio
Desdichado toda dicha vio, y toda clase
De vivientes criaturas, nuevas y desconocidas.
Dos más nobles en figura, erguidos, altos,
Divinamente erguidos, con honor natal vestidos
De desnuda majestad, Señores parecían de todo
Y dignos parecían, pues en sus deíficas figuras
La imagen destellaba del Creador glorioso,
La Verdad, Sabiduría, Santidad severa y pura,
Severa mas fundada en genuina libertad filial;
De ahí la genuina autoridad humana; si bien

No iguales, pues su sexo parecía desigual:
Para la contemplación y el valor formado él,
Ella para la ternura y dulce gracia bella;
Él sólo para Dios, mas ella para Dios en él:
Su hermosa frente ancha y ojo ilustre declarábanlo
Absoluto Dueño, y bucles de jacinto alrededor
De sus partidos aladares le caían viriles
Y arracimados, no debajo de sus hombros anchos.
Ella como un velo más allá de la cintura esbelta
Sus guedejas áureas portaba sin adorno,
Sueltas, mas con ondas caprichosas
Cual las vides rizan sus zarcillos, que implicaba
Sujeción, si bien pedida con gentil dominio,
Y por ella dada, y por él bien recibida:
Dada con sencilla sumisión, modesto orgullo
Y amorosa, dulce, reluctante dilación.
No esas partes misteriosas se escondían por entonces,
No había vergüenza aún, culpable o deshonesta,
De las cosas naturales, ni honor inhonorable,
Hijo del pecado: cómo habéis turbado al hombre
Con alardes, sólo alardes, de pureza falsa
Extirpando de la vida humana vida más feliz,
La sencillez y la inocencia inmaculada.
Así pasaron, y desnudos, sin hurtarse al mirar
De Dios o Ángel, pues no albergaban mal.
Así pasaron, de la mano, la pareja más hermosa
Que el abrazo del amor jamás reunió:
Adán el hombre más gallardo de los hombres,
Hijos suyos; la más bella de las Hijas, Eva[194].
Bajo una sombra que allá en el verde
Suspiraba quedo, junto a fresca fuente
Se sentaron y, tras no mayor esfuerzo
De su dulce oficio jardinero que el que bastaba
Para hacer más grato el Céfiro y el gozo
Más gozoso, y la sed y el apetito saludables
Más amables, a cenar los frutos se aprestaron,
Frutos nectarinos, que las ramas complacientes

Les rendían, sin tener que levantarse
Del ribazo que afelpaban flores damasquinas:
La sabrosa pulpa masticaron y con la corteza,
Mientras hubo sed, bebieron de las aguas rebosantes.
No faltó gentil discurso, ni sonrisas tiernas,
Ni caricias juveniles, como es propio
De pareja bella unida en vínculo nupcial,
Y a solas. Y alrededor jugando retozaba



Toda bestia terrenal, salvaje luego, de cualquier región
En páramo o foresta, bosque o cubil;
Travieso el león se encabritaba y en su zarpa
Acunaba al choto; tigres, osos, linces, pardos[195]
Trebejaban ante ellos; torpe el elefante,
Para darles alegría se afanaba todo él
Rizando la flexible trompa; cerca la serpiente artera,
Insinuante, con cordel gordiano entretejía
Su trenzada danza y ofrecía, de fatal astucia,
Inadvertida prueba; otros en la yerba
Se tendían y de pasto ahitos observaban sólo,
O rumiando se marchaban a acostarse; pues el Sol
Poniente con carrera prona ya avanzaba
Hacia Islas del Océano y, en la escala ascendente
De los cielos, astros ya surgían nocturnales.
Mas Satán mirando todavía, como antes,
Por fin triste el habla recobró:
«¡Oh Infierno! ¿Qué ven mis ojos con dolor?
Al lugar de nuestra gloria alzadas
Criaturas de otro molde, terrenales puede,
No Espíritus, mas a los fúlgidos Espíritus celestes
No tan inferiores; y mi mente los persigue
Con asombro, y podría amarlos, tanto brilla
En ellos la divina semejanza y gracia tal
Vertió la mano que los hizo en su figura.
Ah gentil pareja, poco imagináis lo cerca
Que estáis del cambio, cuando toda esta dicha
Evaporándose os librará al lamento,
Más lamento cuanto más gustéis del gozo ahora;
Par feliz, mas para tan feliz continuidad
Mal protegido, y esta alta plaza, cielo vuestro,
Mal vallada para impedir el Cielo entrada
A enemigo como éste; mas no adversario adrede,
Pues podría aun apiadarme, tan perdidos,
Aunque piedad no os tenga: alianza vuestra busco
Y recíproca amistad, tan fuerte, tan afín,
Que con vosotros moraré, o conmigo desde ahora

Ella y tú; acaso mi morada no complazca,
Como este Paraíso, vuestro gusto: mas tomadla,
Obra es del Hacedor; él me la dio, e igualmente
Liberal la otorgo yo; descerrará el Infierno
Para recibiros, sus Portales más inmensos
Y enviará a sus Reyes todos; hay espacio allí,
No como en estos parcos límites, para acoger
A vuestra prole numerosa; si no es mejor el sitio,
Dad las gracias a ese que me fuerza a desquitarme
En vosotros, inculpables, por aquel que me vejó.
Y si me ablandase yo por el candor inerme
Que mostráis (y así lo hago), pública razón y justa
—Honor e Imperio engrandecido por venganza
Al ganar el mundo nuevo—, me obliga ahora
A eso que, si no maldito, aborreciera».
Así habló el Demonio y con necesidad,
Pretexto del Tirano, excusó sus actos infernales.
Luego, desde el puesto altivo en el árbol grande,
Salta en medio del rebaño jubiloso
De aquellos animales: ahora él uno,
Otro ahora, a medida que sus formas le servían
Para ver su presa de más cerca e, inadvertido,
Sondear de la pareja todo aquello que pudiera
Por palabra o gesto señalados. A ellos, pues,
Ahora cual león les ronda con mirar de fuego,
Tigre luego, que hubiese descubierto por azar,
En un lindero forestal, jugando dos cervatos;
Y allí tendido acecha, o se alza y cambia con frecuencia
Su tendida guardia, como quien escoge el puesto
Más seguro para asirlos con un salto, en cada zarpa.
Mas Adán entonces, el primero de los hombres,
A Eva, la mujer primera, así le habla
Tornándolo la nueva lengua todo oídos:
«Consorte sola y sola parte de estos gozos,
Más querida tú que todos; es seguro que el Poder
Que nos creó, y nos dio este vasto mundo,
Infinitamente bueno es y, con su bien,

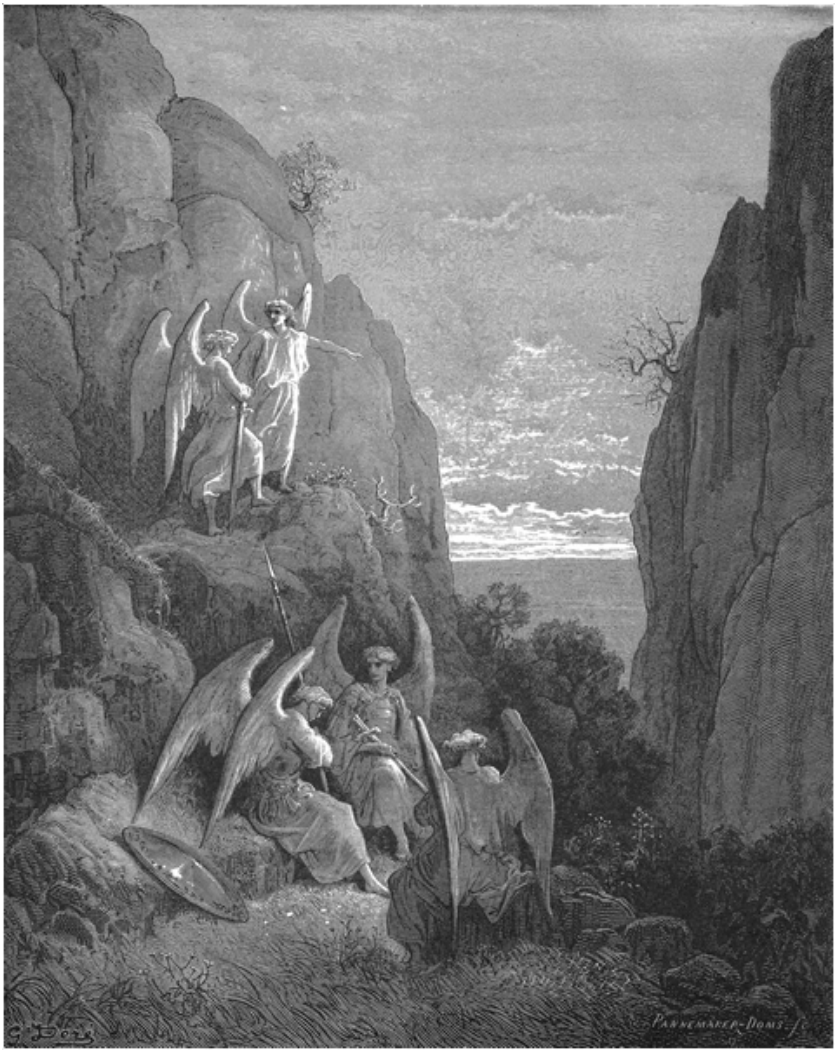
Tan liberal y generoso como infinito:
Nos alzó del polvo y nos puso aquí,
En esta inmensa dicha, sin que de su mano
Nada mereciésemos u obrar podamos
Algo que él precise, quien no exige
De nosotros más servicio que cumplir
Un solo encargo, uno fácil: de los árboles
Del Paraíso que dan fruto delicioso
Y tan variado, no probar del Árbol sólo
De la Ciencia, junto al Árbol de la Vida,
Tan próxima la Muerte crece de la Vida, sea Muerte
Lo que sea, y sin duda horrible; pues bien sabes
Que probar del Árbol Dios lo llama Muerte,
Solo signo aquí patente de obediencia nuestra
Entre tantos signos de poder y de gobierno
Que nos diera, y el dominio conferido
Sobre toda criatura que la tierra, aire, mar
Posean. No pensemos pues que es dura
Esta sola prohibición, nosotros que gozamos
Libre y ampliamente todo lo demás, y opción
Ilimitada entre múltiples deleites:
Más bien rindámosle alabanza, aclamando
Sus presentes, realizando nuestra plácida labor:
Podar, exuberantes, estas plantas y cuidar las flores,
Que si fuese fatigoso, dulce fuera junto a ti».
A lo que Eva replicó: «Oh tú, de quien
Y para quien fui hecha, carne de tu carne,
Y sin quien carezco yo de fin, mi guía
Y mi cabeza: lo que has dicho es justo y cierto.
Pues, en efecto, toda loa le debemos
Y diaria gratitud; yo sobre todo, que disfruto
Suerte aún mejor, gozándote como te gozo
Tan supremo sobre mí; en tanto tú
Consorte igual a ti no tienes dónde hallarla.
Recuerdo asidua el día aquel en que del sueño
Desperté y me hallé yaciendo reposada
Entre las flores, a la sombra, preguntándome

Quién era, dónde estaba, cómo vine, y de dónde.
No muy lejos del lugar sonido murmurante
Emergía de una cueva y aguas se expandían
En líquida planicie, allí quedando quietas,
Puras como el amplio cielo; fui allí
Con inexperta mente y me incliné
En la verde orilla por mirar el claro,
Terso lago, que a mí me parecía aun otro cielo.
Al doblarme para contemplar, opuesta,
Una forma dentro del acuático fulgor surgió
Doblándose para mirarme, me retraje,
Se retrajo; complacida sin embargo, pronto retorné;
Complacida retornó tan pronto, con miradas paralelas
De amor y simpatía; ahí fijara yo mis ojos
Hasta ahora, suspirando con deseo vano,
Si una voz no hubiese dicho: “Lo que ves,
Lo que ves ahí, criatura hermosa, es tú misma
Y contigo viene y va; mas sígueme
Que he de llevarte donde no una sombra espera
Tu llegar y tierno abrazo: ése
Cuya imagen eres tú, de él disfrutarás
Inseparablemente tuyo, a él le has de dar
Cual tú misma multitudes, y te llamarán por ello
Madre de la raza humana”. ¿Qué podía hacer
Sino seguir ligera la invisible guía,
Hasta verte, bello —cierto— y alto,
Bajo un banano? Pero menos bello, te supuse,
Y menos tierno, menos amorosamente dócil,
Que aquella imagen de acuática tersura; me torné,
Me seguiste tú gritando fuerte: “Vuelve hermosa,
¿De quién huyes? De quien huyes, de ése eres,
Carne suya, hueso suyo; para darte el ser rendí,
De mi costado, próxima a mi corazón,
Vida substancial, por que estés a mi costado
Para siempre, mi solaz inseparable y caro;
Parte de mi alma, a ti te busco y te declaro
Mi mitad”. Así tu mano amable

Tomó la mía, yo cedí, y desde entonces veo
Cómo la belleza gana con viril prestancia
Y sabiduría, única hermosura verdadera».
Esto dijo nuestra madre colectiva y con mirada
Conyugal de amor irreprochable
Y mansa entrega, medio abrazose reclinándose
En nuestro padre, medio oculto su turgente pecho
Al tocar el de él desnudo, bajo el fluido oro
De sus sueltas mechas; él, dichoso al tiempo
Por su hermosura grande y sumiso encanto,
Sonrió de amor supremo, como Jove
Le sonríe a Juno, cuando nubes preña
Que derraman flor de Mayo; y tocó su labio marital
Con besos puros. El Demonio se apartó
De envidia, mas con celos de pérfida lascivia
Los miró al soslayo y en silencio se quejó:
«¡Vista odiosa, torturante! Así estos dos,
Emparadisados en abrazo mutuo
—Edén aún más feliz—, tendrán porción
De dicha en Dicha, mientras yo padezco en el Infierno,
Donde no hay amor ni dicha y sí feroz deseo,
Entre todos los tormentos no el menor,
Que siempre insatisfecho de nostalgia se consume y duelo;
Mas recuerde yo lo que sus bocas
Destaparon; pues parece que no suyo es todo:
Ahí fatal un Árbol hay que llaman de la Ciencia
Y vedado el fruto tienen: ¿Ciencia prohibida?
Sospechoso, insensato. ¿Por qué habría su Señor
De envidiarles eso? ¿Puede ser pecado conocer,
La muerte puede ser? ¿Resisten ellos pues
Por la ignorancia, es ése su feliz estado,
La prueba de obediencia y de su fe?
¡Oh, hermoso fundamento en que erigir
Su ruina! Excitaré sus mentes
Con mayor deseo de saber y rechazar
Celosos mandamientos, inventados con el fin
De rebajar a quienes ciencia haría

Semejantes a los Dioses; aspirando a serlo,
Prueban, mueren: ¿cabe cosa más segura?
Pero antes con estricta busca recorreré
El Jardín, sin que una esquina quede investigada;
Quizá un azar me lleve a tropezarme
Con algún errante Espíritu celeste, junto a fuente
O alejado en la espesura, y de él extraiga
Lo que pueda aún saberse. Vivid mientras podáis,
Pareja venturosa todavía; gozad hasta que vuelva,
Placeres cortos, ya que largos males seguirán».
Diciendo esto, su soberbio paso con desdén tornó,
Mas con astuta discreción, y comenzó
Por bosque, yermo, monte y valle su andadura.
Mientras en la extrema longitud, en donde el cielo
Con la tierra y el océano converge, el Sol occiduo
Lento descendía y con recto aspecto[196] nivelaba
Contra el Portal oriente de este Paraíso
Sus rayos vespertinos: era éste roca
De alabastro, apilada hasta las nubes,
Bien visible desde lejos, que subía sinuosa,
Accesible desde el suelo, a una entrada alta;
Era el resto risco áspero, más voladizo
Cuanto más arriba, imposible de escalar.
Entre los pilares pétreos Gabriel se hallaba,
Jefe de la Guardia Angélica, esperando el nochecer;
Allí alrededor heroicos juegos practicaba
La inerme juventud del Cielo, mas teniendo a mano
Celestiales armaduras, los escudos, yelmos, lanzas
Tachonadas de diamantes fúlgidos y de oro.
Allí Uriel acude, deslizándose por el crepúsculo
En un rayo de Sol, raudo cual fugaz estrella
Que la noche cruza del otoño, cuando ígneos vahos
En el aire pesan, y le muestra al navegante
De qué punto del compás cuidarse
De los vientos bravos. Con premura pues aquél empieza:
«Gabriel, tu sino a ti te otorga la misión
Y estricto cargo de que en este sitio afortunado

Nada malo pueda entrar o aproximarse;
En el apogeo de este mediodía, llegó a mi esfera
Un Espíritu con celo, parecía, de saber más
De las obras del Altísimo, y sobre todo el hombre,
Última imagen del Señor: le describí su ruta,
Presurosa, y observé su curso aéreo;
Mas en el monte situado al norte del Edén,
Donde primero se posó, enseguida le noté miradas
Que, al Cielo extrañas, enturbiaba sórdida pasión.
Mis ojos lo siguieron todavía; en las sombras
Lo perdieron ya: alguno de la turba desterrada,
Temo, llega aventurado del abismo
Con repuesta inquina: tú procura hallarlo».
Y el guerrero alado así le respondió:
«Uriel, que tu perfecta vista en el círculo radiante
Del Sol donde te sientas vea tanto y tan distante
No es extraño: esta puerta nadie cruza, que eluda
La patrulla aquí emplazada; seres sólo amigos
Que descienden de los Cielos; y de allí,
Tras la hora meridiana, nadie vino: si Espíritu distinto,
Así inclinado, a propósito saltó este cerco terrenal,
Muy difícil —ya lo sabes— es frenar
Con muro corporal la espiritual substancia.
Mas si dentro del circuito de estas rondas
Ése del que hablas se halla, en una u otra forma,
Lo sabré ya cuando llegue el alba».
Tal le prometió y Uriel volvió a su puesto
En aquel brillante rayo, cuya punta ahora alzada
Le llevó por cuesta abajo al Sol, caído ahora
Más allá de las Azores; bien que el Orbe principal,
Increíblemente rápido, hubiese allí rodado,
Diurno, o esta Tierra menos rotatoria,



Con un vuelo corto al este, lo hubiese allí dejado
Ataviando de reflejos oro y púrpura
Las nubes que lo escoltan en su Trono occidental[197].
Avanzó la tarde calma todavía y el gris ocaso
Puso a toda cosa su librea sobria;
El silencio lo siguió, pues las bestias y las aves
—Al herboso lechó unas, a sus nidos otras—
Se escurrieron, todas salvo insomne el ruiseñor;

Éste su amorosa melodía cantó la noche entera;
El silencio lo gozó. Ahora el firmamento fulguró
Con vívidos zafiros: Héspero[198], que guiaba
La legión astral, marchó con brillo más potente
Hasta que la Luna en nubosa majestad,
Por fin visible Reina, desveló su luz excepcional
Echando manto plata a la oscurana.
Cuando Adán así a Eva: «Bella esposa, la hora
De la noche, y toda cosa retirada ya al descanso,
Nos recuerdan similar reposo, ya que Dios
El trabajo y el respiro, cual día y noche humanos,
Hizo sucesivos y el rocío del sueño, que oportuno
Cae ahora con narcótica y suave pesantez, inclina
Nuestros párpados; distintas criaturas todo el día
Vagan perezosas por ahí y precisan menos tregua;
Mas tiene el hombre su labor diaria ya del cuerpo
O de la mente, que su dignidad declara,
E interés del Cielo en todas sus acciones,
Mientras otros animales rondan inactivos
Y Dios no tiene en cuenta sus haceres.
Mañana, el fresco amanecer que el este raya
Con la luz naciente, debe hallarnos levantados
Y aplicados a la plácida labor: podar
Aquellas flores trepadoras y veredas verdes,
Nuestra senda al mediodía, que invade la hojarasca
Desdeñando nuestra escasa manicura y pide
Aún más manos que cercenen el voluble crecimiento.
Y así aquellas flores y resinas goteantes
Que yacen esparcidas sin concierto
Piden orden, si hemos de pasar tranquilos.
Mientras, lo quiere la Natura, nos trae la noche pausa».
A lo que Eva, de ideal belleza ornada:
«Mi Autor y Dueño, lo que mandas
Yo sin réplica obedezco; Dios así lo ordena:
Dios tu ley; tú la mía: nada más saber
Es de fémina el saber más grato, y su virtud.
Al hablar contigo olvido el tiempo,

Toda hora y todo cambio me deleita por igual.
Dulce el hálito de la mañana, dulce su romper
Con cantar de pájaros tempranos; grato el Sol
Al extender por este reino venturoso
Sus orientes rayos: por la hierba, árbol, fruto, flores,
Que cintilan de rocío; fragante la fecunda tierra
Tras benigna lluvia; y dulce es cómo llega
El manso atardecer, después la noche silenciosa
Con su pájaro solemne y esta Luna bella,
Y las gemas de los cielos, su astral cortejo:
Mas ni el hálito de la mañana al levantarse
Con cantar de pájaros tempranos, ni el surgir del Sol
En este reino venturoso, ni la hierba, fruto, flores,
Que cintilan de rocío, ni fragancia tras las lluvias,
Ni el manso atardecer, ni la noche silenciosa
Con su pájaro solemne, ni el andar bajo la Luna,
Ni los astros titilantes, nada es dulce sin ti.
Mas ¿por qué la noche toda brillan éstos, para quién
Su gloria, cuando el sueño nos cerró los ojos?».
Nuestro ancestro colectivo replicó:
«Hija de Dios y el Hombre, íntegra Eva,
Ésos su carrera concluirán, en torno de la Tierra,
Mañana por la tarde, yendo de un país por turno
A otro, aunque a naciones que aún no existen:
Para darles preparada luz se ponen y levantan,
Que la entera oscuridad no recobre por la noche
Su pasada posesión y extinga toda vida
En la natura y en las cosas. Estos fuegos dóciles
No sólo las alumbran: con calor amable
De influencia varia, templan y fomentan,
Nutren o moderan, o derraman parte
De su astral virtud en todas las especies
De la Tierra, que así la perfección mejor reciben
Del rayo más potente de este Sol.
Así, aunque ignorados en la noche honda,
Su brillar no es vano y, aun si faltase el hombre,
Público tendría el cielo y Dios sus alabanzas,

Seres espirituales a millones vagan por la Tierra
Inadvertidos, ya velemos, ya durmamos.
Todos ellos con perpetua loa Sus obras miran
Día y noche: qué a menudo desde risco
De ecoante monte o espesura hemos escuchado
Voces celestiales a los aires de la medianoche,
Solas, o en respuesta a ajenas melodías
Y cantando al gran Creador: en bandas muchas veces
Al hacer la guardia o sus nocturnas rondas,
Con celeste toque de sonido instrumental
Unidos en perfecta sinfonía, su cantar
La noche parte y nuestras mentes sube al Cielo».
Así charlando de la mano, solos, fueron
A su nido placentero; era éste un sitio
Escogido por el magno Jardinero, cuando hizo
Toda cosa grata para el hombre; la techumbre,
Muy tupida, era sombra entretejida
De laurel y mirto, y de hojas firmes y fragantes
aún más altas; ambos lados hechos
Con acanto y cada mata perfumada
Daba altura al verde muro; cada flor hermosa,
Iris de cualquier color, jazmines, rosas,
Alto alzaban sus florales testas y tejían
Su mosaico; más abajo la violeta,
Azafrán de primavera y el jacinto en rica urdimbre
Recamaban el terreno, con más tonos que con piedra
De lujoso emblema. Otra criatura aquí,
Bestia, verme, insecto, pájaro, no entraba:
Tanto su respeto por el Hombre. En refugio más umbrío,
Más sagrado y apartado, ni siquiera de ficción,
Ni Pan durmió, ni Ninfa ni Silvano,
Ni Fauno[199] lo rondó. Aquí, en recóndito cobijo,
Con guirnaldas, flores, hierbas aromáticas,
Eva desposada ornó primero el tálamo nupcial,
Y los coros celestiales entonaron himeneo:
Día aquel que a nuestro padre el Ángel conyugal,
En bella desnudez más ataviada, se la trajo,

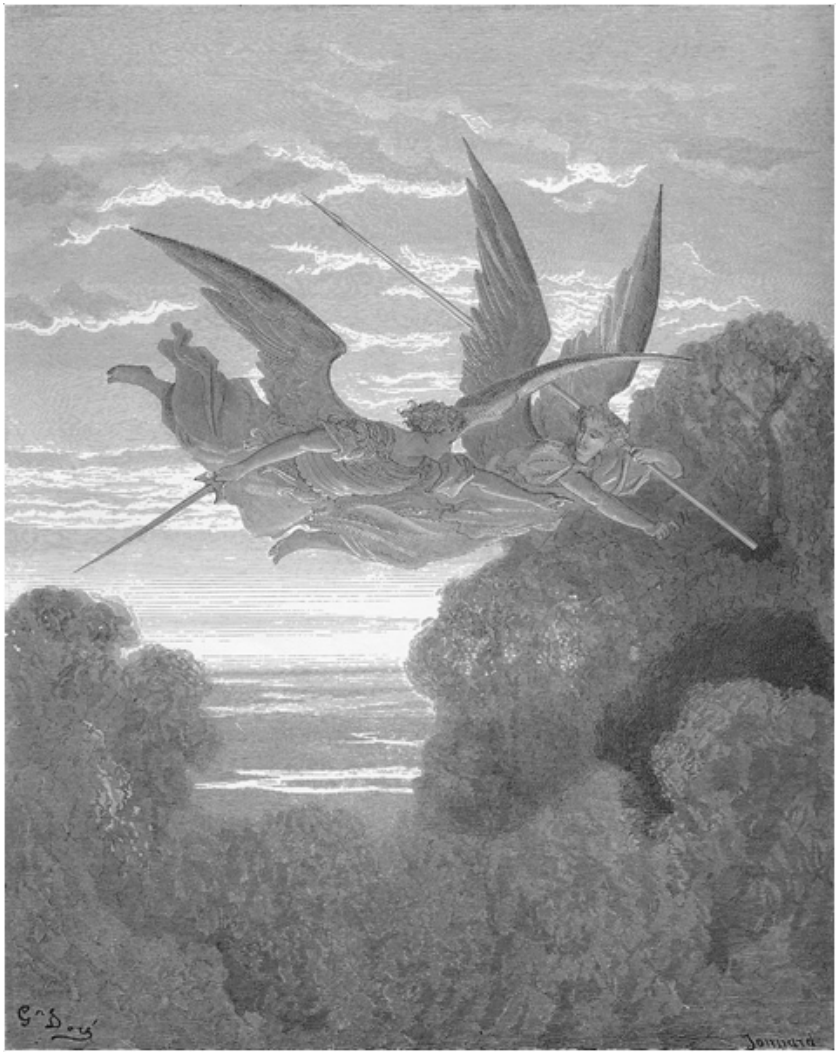
Más hermosa que Pandora[200], a quien los Dioses
Otorgaron tantos dones (demasiado parecida
En la desgracia), cuando al insabio hijo
De Jafet por Hermes entregada, cautivó
A la humanidad con su belleza, por vengarse
De uno que robó de Jove el fuego auténtico.
    Así llegados al refugio umbrío, ambos quietos,
Ambos vueltos, bajo el cielo abierto al Dios
Loaron que creó la tierra, cielo, aire y firmamento,
El que veían, el globo esplendoroso de la Luna
Y la cúpula de estrellas: «Tú también la noche hiciste,
Hacedor Omnipotente, y tú el día
Que, aplicados al trabajo señalado,
Ahora concluimos con el gozo del apoyo mutuo
Y amor recíproco, la cima de la dicha toda
Que nos has prescrito, y este plácido lugar
Demasiado grande para dos y donde a tu plétora
Partícipes le faltan, y se desploma inatendida.
Mas tú has prometido de nosotros una raza
Que la Tierra colme y con nosotros cante
Tu bondad sin límite: al despertar y cuando
Persigamos, como ahora, el don del sueño».
    Esto unánimes dijeron y sin dedicar
Más rito que la pura adoración
(Que Dios prefiere), de la mano penetraron
A la intimidad de su cobijo; y, libres aún
De los disfraces importunos que nos visten, presto
Se acostaron lado a lado. Y no ignoró, supongo,
Adán a su esposa bella, ni Eva rechazó
Los ritos misteriosos del connubio,
A pesar de lo que hipócritas austeramente dicen
Del lugar, la inocencia y la pureza,
Declarando impuro lo que Dios proclama
Puro, se lo manda a algunos y permite a todos.
Nos ordena el Hacedor multiplicarnos, la abstención
El Destructor, de Dios y Hombre el adversario.
Salve, desposado Amor, ley misteriosa, fuente real

De prole humana, sola propiedad en el Paraíso
Donde todo lo demás es colectivo.
Tú el adúltero deseo extirpaste de los hombres,
Que quedara entre las bestias, y tú por vez primera
Diste a conocer, fundadas en razón,
Las relaciones afectivas, justas, puras y leales,
Y de padre, hijo, hermano todo buen querer.
Lejos, pues, de mí llamarte obscenidad, pecado,
O creerte inapto para el sitio más sagrado,
Fuente perdurable de domésticas dulzuras,
Cuyo tálamo el presente y el pasado afirman
Impoluto, pues los santos, patriarcas lo emplearon.
Aquí el Amor sus áureas flechas usa, prende aquí
Su lámpara constante y sus alas púrpuras agita,
Reina aquí y disfruta; no con la sonrisa mercenaria
De rameras, su desdicha, desagrado, desamor,
Casual fruición; no en el amor cortés,
En danzas mixtas, carnavales, bailes a la medianoche,
Serenatas que el amante canta en agonía
A su beldad altiva, que mejor dejara desdeñoso.
Arrullándolos el ruiseñor durmieron abrazados:
Sus desnudos miembros el florido techo
Los cubrió de rosas, que repuso el alba. Descansad pues,
Par bendito y cuánto más feliz, si no buscáis
Mayor felicidad, sabiendo no saber más.

Ya la noche había medido con el cono de su sombra
Media vuelta arriba de este domo sublunar[201]
Y de su ebúrnea Puerta a la hora acostumbrada
Los armados Querubines sus nocturnas rondas
Empezaban en despliegue de guerrera formación,
Cuando Gabriel a su segundo así le dijo:

«Uzziel[202], de éstos toma la mitad y el sur orilla
Con severa vigilancia; éstos otros costearán el norte:
Al oeste confluimos». Como lenguas se dividen
De una llama: la mitad a escudo vira, a lanza la mitad[203].
De éstos a dos Ángeles Gabriel llamó, sutiles, fuertes,
Que a su lado estaban, ordenándoles:

«Ithuriel[204], Zefón, con ala pronta
Y sin dejar esquina, registrad el parque,
Sobre todo donde habitan las hermosas criaturas,
Ya dormidas, puede ahora, sin pensar en daño.
Esta tarde al declinar el Sol llegó
Quien dijo que un Espíritu infernal venía
En esta dirección (insólita noticia) huido
De la cárcel del Abismo, en misión sin duda vil:
Prendedlo, pues, allí donde lo halléis y aquí portadlo».
Dicho esto, al frente parte de sus huestes fúlgidas,
Cegando a la Luna; mas aquéllos recto fueron al refugio,
Rastreando a quien buscaban: lo hallaron



En cuclillas como sapo, junto al oído de Eva,
Viendo con su ciencia demoníaca de llegarle
A los órganos del fantaseo y fraguar en ellos
Ilusiones caprichosas, fantasmagorías, sueños;
O, si instilando algún veneno, enturbiar podía
Los espíritus vitales que germinan de la sangre pura
Como hálitos gentiles de los puros ríos, e inspirarle
Cuando menos bruscos, alterados pensamientos,

Vanas esperanzas, vanos fines, ansias desmedidas
Bien infladas de altivez, que gesta orgullo.
Ithuriel a éste, pues, en trance tal lo roza
Con su lanza, porque no hay falsía que resista
Toque de celeste temple; al contrario, vuelve
Por la fuerza a su apariencia propia: y Satán se sobresalta,
Sorprendido y descubierto. Como chispa
Que se enciende en nítrico montón, dispuesto
Para ser entonelado, almacenado por rumor
De guerra, y el negruzco grano con difuso
Y súbito destello el aire inflama,
Así saltó el Demonio recobrando su figura.
Recejaron los dos Ángeles hermosos medio atónitos
Al ver de pronto al siniestro Rey;
Impávidos, no obstante, pronto lo abordaron:
«¿Qué Espíritu rebelde de los condenados al Infierno
Viene así, escapado de prisión? Y transformado
¿Por qué sentado ahí como enemigo en guardia
A la cabeza aguardas de estos dos que duermen?».
«¿No me conocéis? —repuso aquél, ahíto de desprecio—
¿Así no conocéis al que una vez tuvisteis por tan alto
Que no osabais ascender adonde él holgaba?;
Que no me conozcáis desconocidos os delata,
Entre toda vuestra turba los más bajos; o si conocéis,
¿Por qué inquirís y empezáis superfluos
El mensaje, que acabará seguro igual de vano?»
Y al desaire con desaire respondiendo, así Zefón:
«No supongas, sublevado Espíritu, tu forma igual
O tu fulgor sin merma para ser reconocido
Como cuando estabas en el Cielo, erguido y puro;
Pues tu gloria, al cesar de ser benigno
Te dejó y ahora a tu pecado te pareces
Y al lugar de tu condena, inmundo y tenebroso.
Mas ven, pues has de responder sin falta
A aquel que nos envía y cuyo cargo es mantener
Intacto este lugar y a éstos libres de perjuicio».
Así habló el Querube y a su grave reprensión,

Severa en juvenil belleza, añadió invencible
Gracia: azorado el Demonio se quedó,
Sintiendo qué sublime es la bondad, y vio
Qué bella en su figura la virtud, la vio y penó
Su pérdida; mas sobre todo al percibir aquí,
Visiblemente, su fulgor dañado; impasible no obstante
Pareció. «Si he de contender —repuso—
Mejor con el mejor, quien manda no el mandado,
O con todos a la vez: más gloria que ganar
O menos que perder.» «Tu miedo —dijo audaz Zefón—
Nos ahorrará probar qué puede el más pequeño,
Solo, contra ti, ruinoso por ser ruin.»
Abrumado por la rabia se calló el Demonio,
Mas cual corcel fogoso refrenado, fue engallado,
Masticando su bocado férreo: pelear, partir al vuelo
Lo tenía por bien vano: un pavor de lo alto le apagaba
El ánimo, indómito si no. Ahora se acercaban
Al enclave del oeste donde aquellas guardias
Justo convergieran y formaban en reunida hueste,
Esperando nuevo encargo. A éstos su adalid
Gabriel se dirigió vibrante desde el frente:
«Oh amigos, oigo el paso de pies ágiles
Apresurados hacia aquí y vislumbro ahora
A través de aquellas sombras a Zefón e Ithuriel
Y con ellos a un tercero de aire regio,
Mas marchito en esplendor, y que parece por el paso
Y porte fiero el Príncipe de los Infiernos:
De aquí no partirá sin lucha, pienso;
Manteneos firmes, que sus ojos retan».
Apenas terminara cuando aquellos dos llegaron
Y dijeron breves quién portaban, dónde hallado,
Qué tramaba, en qué forma y qué postura acuclillado.
Con mirada áspera Gabriel así le habló:
«¿Por qué, Satán, los límites has roto puestos
A tu transgresión y perturbado el quehacer
De otros, que no admiten transgredir
Según tu ejemplo y tienen el derecho y el poder

De cuestionar tu entrada en este sitio,
Pretendiendo, tal parece, vulnerar el sueño
Y a quien diera Dios aquí morada venturosa?».
A lo que Satán con ceño desdeñoso:
«Gabriel, tenías tú de sabio fama en el Empíreo
Y tal yo te creía; mas pregunta así me deja en duda:
¿Vive acaso quien venere su dolor?
Pues hallado el modo ¿quién no huiría del Infierno,
Aun si condenado a él? Tú mismo, no lo dudo,
Y con audacia partirías a cualquier lugar,
El más lejano del dolor, en que poder cambiar
Molicie por tormento y compensar urgente,
Con deleite, el duelo: mi intención aquí.
Para ti no es argumento, pues conoces sólo el bien
Y no has gustado el mal: ¿la voluntad —refutas—
Del que nos amarra? Barras más seguras ponga
A sus Puertas Férreas, si quiere que sigamos
En la oscura reclusión: tal a tu pregunta hace.
El resto es cierto, me hallaron donde dicen;
Eso, sin embargo, no supone daño o violación».
Así Satán burlón. El Ángel militar, movido,
Con sonrisa a medias, desdeñoso replicó:
«Qué juez perdió el Empíreo de la sabiduría
Al caer Satán, que derribó la insensatez
Y ahora nos lo torna, escapado de prisión
Con graves dudas sobre si tener por sabio
Al que inquiere qué insolencia aquí le trajo
Sin licencia de sus límites prescritos en el Tártaro;
Tan sabio juzga él volar de su dolor,
No obstante, y escapar de su condena.
Juzga pues así, presuntuoso, hasta que la cólera
En que incurres por volar tu vuelo afronte
Séptuple y a azotes tu saber devuelva al Tártaro,
Que no te instruyó mejor: pues no hay dolor
Que iguale cólera infinita provocada.
Pero ¿por qué solo? ¿Y por qué contigo
No ha venido suelto el Infierno todo? ¿El dolor

Es para ellos menos daño, menos para huir,
O es que tú lo aguantas menos? Valeroso jefe,
El primero en escapar del daño, si le hubieses dado
A tu tropa abandonada causa tal de vuelo,
No serías, quién lo duda, el único evadido».
A lo que el Demonio respondió con ceño duro:
«Que yo no aguanto menos el dolor, o si lo temo,
Ángel insultante, bien lo sabes: fui tu azote
En la batalla cuando en tu ayuda raudo
Vino el Trueno en andanadas restallantes
A auxiliar tu lanza, no temida sin aquél.
Mas aún tus palabras al azar, igual que antes,
Manifiestan tu ignorancia sobre qué compete,
Tras difíciles reveses y fallidos golpes,
A caudillo fiel: no arriesgarlo todo
Por caminos de peligro sin probarlo él mismo.
Y por tanto fui el primero en emprender
El vuelo por el desolado Abismo y espiar
El nuevo Mundo, que aun en el Infierno
Tiene fama, esperando hallar aquí
Mejor morada y mis huestes afligidas
Asentar aquí en la Tierra o en el aire medio,
Aunque para poseerlo haya que probar de nuevo
Lo que tú y tu festivo ejército desafiaréis:
Más fácil os sería servir a vuestro Dios
Allá en los Cielos con himnodias a su Trono
Y a distancias practicadas arrastraros, no luchar».
Mas el angélico Guerrero pronto replicó:
«Dices pero presto te desdices; aseguras al principio
Huir por sabio del dolor y te confiesas luego espía.
No un líder: un liante bien pillado te declaras.
¿Y añadiste fiel, Satán? ¡Oh nombre,
Oh sagrado nombre profanado de fidelidad!
Y fiel ¿a quién? ¿A tu rebelde tropa?
Hueste de Demonios, apto cuerpo para testa tal.
¿Ésta pues tu disciplina y fe deudora,
Tu obediencia militar, romper tu voto

De lealtad a la aceptada Potestad Suprema?
Y tú, astuto hipócrita, que ahora te presentas
Cual patrón de libertad, ¿quién más que tú
En otro tiempo, se arrastró adulante, veneró servil
Al terrífico Monarca Empíreo? ¿Y por qué
Sino esperando derrocarlo y reinar tú mismo?
Mas advierte ahora mi consejo: ¡Vete!
Vuela allí de donde huiste: si desde ahora mismo
Dentro de estos límites sagrados apareces,
A tu pozo en el Infierno encadenado volverás
Y preso de tal modo que ya nunca más te burles
De las Puertas mal cerradas del Infierno».
Así lo amenazó, mas a amenaza indiferente
Satanás, creciéndole la rabia, replicó:
«Cuando sea tu cautivo habla de cadenas,
Arrogante Ángel limitáneo, pero antes
Carga mucho más pesada espera tú sentir
De mi brazo descollante, aunque el Rey del Cielo
Monte en tus alas y tú con tus cofrades,
Hecho al yugo, tires de sus ruedas triunfadoras
Por la ruta de los Cielos que los astros pavimentan».
Al hablar así, el angélico escuadrón brillante
Se tornaba rojo fuego y afilaban las falanges
Sus lunados cuernos, empezando a rodearlo
Con las lanzas enristradas, tan compactas
Cual trigal de Ceres ya maduro que acamase
Sus espigas aristadas hacia el lado que los vientos
Les obligan; el labriego ansioso las observa:
Teme que en la era sus gavillas promisorias
No resulten más que broza. Alerta en cambio Satanás
Y recabando toda su pujanza, se mostró expandido,
Como el Atlas inmutable o Tenerife:
Su estatura toca el cielo, y su cresta
El Horror la empluma; y no faltaba al puño
Lo que lanza parecía y aun escudo: gestas portentosas
Ahí siguieran, y no sólo el Paraíso
En esta conmoción, sino la cúpula estelar

Del cielo acaso, y elementos al completo
Al fin se hicieran ruina, desgajados y partidos
Con la furia del conflicto, si el Eterno pronto,
Para conjurar combate tan horrible,
No colgara su balanza áurea[205] allá en los Cielos,
Aún visible entre el signo de Astraea y Escorpión,
Donde todo ser creado Dios pesó primero,
Con la Tierra pénsil y redonda en aire suspendida
Como tara, y calibra ahora todo evento,
Reinos y batallas. En aquélla pone dos pesadas,
El efecto de partirse y de luchar;
Asciende rauda la final y al fiel golpea;
Percibiéndolo Gabriel, así al Demonio dice:
«Satán, tu fuerza yo conozco y tú la mía,
Ninguna propia, dadas ambas: qué absurdo pues
Jactarse, si tus armas sólo pueden lo que el Cielo
Les permita, y así las mías, aunque ahora bien capaces
De pisarte como cieno: y por prueba mira arriba,
Lee tu destino en ese signo celestial
En que eres calibrado: qué trivial, qué ligero,
Si resistes». El Demonio alzó la vista y supo
Su platillo levantado: sólo eso, mas huyó
Murmurando y, con él, las sombras de la noche.

G. Doré
J. GAVARD. SC.

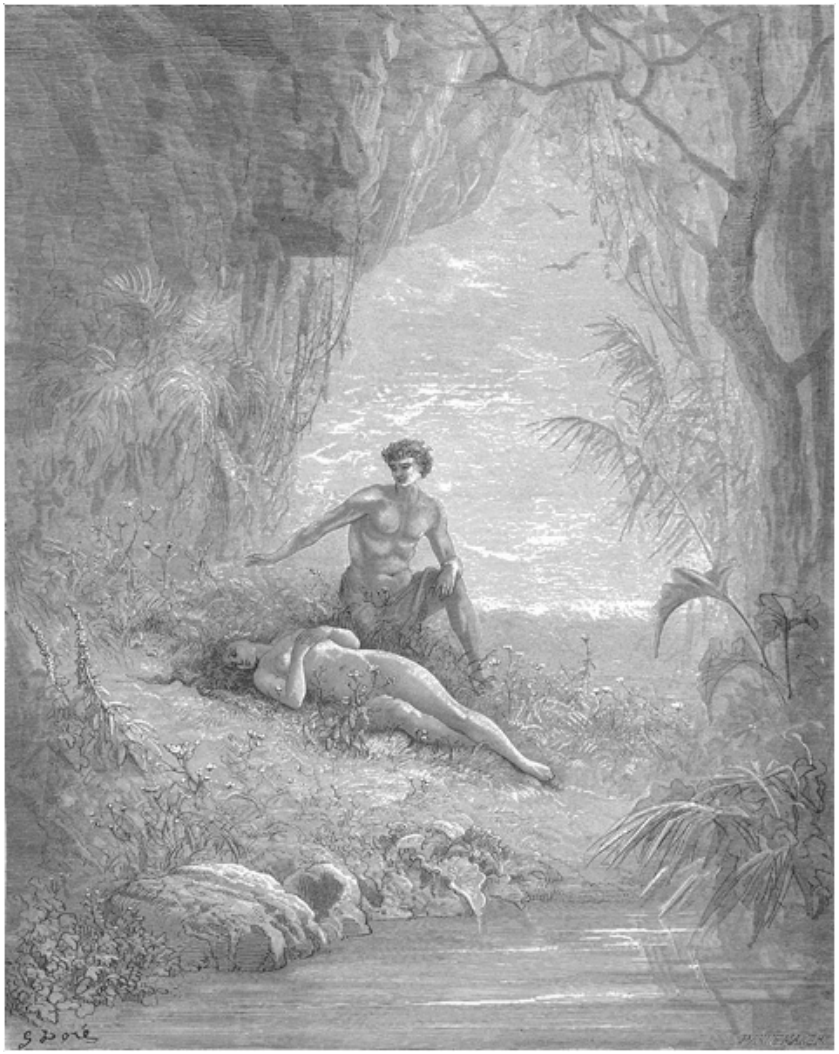
Libro V

EL ARGUMENTO[206]

La mañana se acercaba. Eva le cuenta a Adán su sueño perturbador; a él le disgusta, pero la conforta; parten a sus labores diarias: su himno matutino a la entrada del refugio. A fin de que el hombre no tenga excusa, Dios envía a Rafael para que le instruya acerca de su obediencia, su estado de libertad, el enemigo que tiene cerca: quién es y por qué es su enemigo y cualquier otra cosa que le sea de utilidad. Rafael desciende al Paraíso; se describe su apariencia; advierte su llegada Adán desde lejos, sentado a la puerta de su nidal; va a su encuentro, lo trae a su morada y lo agasaja con los mejores frutos del Paraíso, recogidos por Eva. Su conversación en la mesa. Rafael imparte su mensaje, le recuerda a Adán su estado y le habla de su enemigo. A petición de Adán relata quién es ese enemigo y por qué llegó a serlo, comenzando por su primera rebelión en el Cielo y la causa de la misma; cómo se llevó consigo sus legiones a las regiones del Norte y las incitó allí a rebelarse con él, seduciendo a todos menos a Abdiel, un Serafín que se le opuso, contradijo sus razones y después lo abandonó.

Avanzaba el Alba por el este con rosáceo paso,
Esparciendo por la tierra perla oriente,
Cuando Adán se despertó, siguiendo su costumbre,
Pues tenía el sueño tan ligero, por la pura digestión
Y los vapores blandos, temperados, que el sonido sólo
De las hojas y arroyos neblinosos, ventalle de la Aurora,
Enseguida lo ahuyentaban, y el chirrido matinal
De pájaros en cada rama. Tanto más su asombro,
Pues, al hallar a Eva aún dormida,
Con cabellos descompuestos y mejilla sonrojada
Como por descanso inquieto: apoyándose en el codo,
Alzado a medias, con miradas de profundo amor,
Se recostó sobre ella cautivado y vio
Belleza que irradiaba, ya despierta ya dormida,
Gracia peculiar; después, con voz tranquila,
Como cuando a Flora[207] Céfiro le sopla,

Tocándole la mano dulce susurró: «Despierta,
Bella mía, mi mujer, mi don reciente,
El postrero y el mejor del Cielo, mi deleite siempre nuevo.
Despierta, la mañana brilla, fresco el campo
Nos reclama, nos perdemos la alborada: el brotar
De nuestras plantas, florecer del limonar,
El goteo de la mirra, de los bálsamos
Y cómo la Natura pinta sus colores, cómo pausa
En la flor la abeja succionando líquida dulzura».



Tal susurro la despierta; mas con ojos asustados,
Abrazándose a Adán, así le habla:
«Oh único en quien mis pensamientos se reposan,
Perfección y gloria mías, qué alegría ver
Tu rostro y el tornado amanecer, pues esta noche
—Noche como ésta nunca tuve— he soñado
—Si soñé—, no como siempre, cosas tuyas,
La labor cumplida ayer, la que hacer mañana,

Sino ofensas y conflicto, que mi mente
Nunca viera hasta esta noche inoportuna; parecía
Que alguien al oído me invitaba a caminar
Con voz gentil (pensé la tuya) que decía:
"¿Por qué duermes, Eva? Ésta es la hora grata,
Fresca, silenciosa, salvo allí donde el silencio cede
Ante el ave de nocturno trino que, despierta ahora,
Extrema la dulzura de su canto pasional; ahora reina
Pletórica la Luna, y con luz más plácida
La faz asombra de las cosas; mas en vano,
Cuando nadie mira; vela el Cielo, todo ojos,
Contemplándote, ¿y a quién sino al capricho de Natura,
En cuya imagen toda cosa se complace,
Arrobada por seguir mirándote?".
Me levanté cual si llamases, sin hallarte,
Y por hallarte dirigí mis pasos luego;
Y creí pasar a solas por senderos
Que de pronto me llevaron a ese Árbol
De prohibida Ciencia: muy hermoso parecía,
Más hermoso en sueños que de día;
Y mientras lo miraba con asombro, cerca había
Uno con figura y alas como ésos de los Cielos
Que a menudo vemos; sus rorantes aladares
Destilaban ambrosía; también el Árbol él miraba;
Y "Oh hermosa planta —dijo— abundante en fruto,
¿No hay nadie que tu peso alivie y pruebe tu dulzor?
¿Ni Dios, ni hombre? ¿Tanto se desdeña el conocer?
¿O envidia, o reserva alguna, vedan degustarte?
Védelo quien quiera, que ninguno ha de privarme más
De tus presentes: ¿qué harías tú aquí, si no?".
Dicho esto no pausó, sino con brazo temerario
Arrancó, probó. Un frío horror me recorrió al oír
Palabras tan audaces rubricadas con audacia tal;
Mas él, arrebatado: "Oh divino fruto,
Dulce por ti mismo y aún más dulce así cogido,
Prohibido aquí, parece, cual si sólo apto para Dioses,
Mas capaz de convertir en Dioses a los Hombres:

¿Y por qué no en Dioses a los Hombres, pues el bien,
Cuanto más se extiende, crece más fecundo
Y el Autor recibe más, no menos, honra?
Ven, feliz criatura, bella Eva angélica,
Participa tú también, dichosa como eres
Más dichosa habrás de ser: más digna, no es posible.
Prueba de esto y, desde ahora entre los Dioses,
Diosa sé tú misma, no a la Tierra limitada:
A veces, cual nosotros, vive por los aires,
Otras sube al Cielo, por tus méritos, y ve
Qué vida ahí los Dioses tienen, y tú vívela también".
Diciendo esto vino a mí y me ofreció,
A los labios me ofreció, parte de ese fruto
Que arrancara; el sabroso aroma placentero
Tanto me avivó el deseo que, pensé,
Tenía que probarlo. Al instante yo a las nubes
Ascendí con él, y abajo contemplé
La Tierra inmensa, un extenso panorama
Y muy diverso, sorprendida de mi vuelo y cambio
A tal exaltación. De pronto,
Ya mi guía me faltaba y, creyendo hundirme,
Caí dormida; pero qué contenta desperté
Y vi que fuera sólo un sueño». Eva así su noche
Relató y así apenado respondió su Adán:
«Excelsa imagen de mí mismo y parte mía más amada,
El pesar de tus ideas, esta noche en sueños,
Me conturba por igual; no puede deleitarme
Este raro ensueño que del mal proviene, temo;
Pero mal ¿de dónde? En ti, creada pura,
No hay ninguno. Sabe, sin embargo, que en el alma
Muchas facultades hay menores que a su líder
Sirven, la razón; la fantasía, entre éstas,
Viene luego, que de todo objeto externo
Que le ofrecen vigilantes los sentidos
Crea imaginaciones, aéreas formas,
Que juntándolas y separándolas el raciocinio plasma
Todo eso que negamos o afirmamos, y llamamos

El saber o la opinión; mas luego se retira
A su aposento, cuando duerme la natura.
A menudo, ausente aquél, mimética la fantasía
Por copiarle vela; pero maljuntando sus figuras
Gesta con frecuencia chifladuras, y más en sueños,
Trastocando hechos y palabras, viejos o recientes.
De éstas en tu sueño hay algunas, yo diría,
De la charla que tuvimos ayer noche,
Mas con rara añadidura. No te atristes, sin embargo.
Por la mente ya de Dios o el hombre, puede el mal
Andar, venir, inatendido, sin dejar tras él
Estigma o culpa: por lo que confío
En que lo que soñar aborreciste en sueños
Nunca aceptarás hacer despierta.
No te desanimes pues, no pierdas ese brillo
Que resulta casi siempre más alegre y más sereno
Que el reír del alba bella al mundo amaneciente,
Y alcémonos que nuevos cometidos nos aguardan
En los bosques, fuentes y entre flores
Que ya ofrecen sus recónditos perfumes
Retenidos por la noche y guardados para ti».
Así alegró a su bella esposa y ella se dejó
Mas, silenciosa, una lágrima gentil cayó
De cada ojo, que enjugó con el cabello;
Dos preciosas gotas más, dispuestas cada una
En su presa cristalina, antes de caer,
Besolas él cual nobles signos de apacible contrición
Y pío turbamiento, que temiera haber faltado.
Todo claro así al campo se apresuran.
Mas primero, justo tras salir al aire libre
De las sombras protectoras de su techo arbóreo
Y ver el nuevo día, el Sol, que apenas levantado
Con las ruedas aún rozando[208] el borde del océano,
A la Tierra paralelo disparaba su rorante rayo
Descubriendo, vasto panorama, todo el este
Del Jardín, y del Edén los llanos venturosos,
Se postraron adorantes y empezaron

Sus plegarias, que rendían dóciles al alba
Con estilo vario, pues ni vario estilo
Ni sagrado rapto les faltaban para loa
Del Creador, en aptos sones dichos o cantados,
Espontáneos: tan súbita elocuencia
Les fluía de los labios —prosa o verso numeroso[209]—
Más melódica de lo que piden el laúd o el arpa
Para darse más dulzura. Empezaron pues así:
«Éstas son tus obras eminentes, Padre del Bien,
Omnipotente, tuyo este edificio universal
Tan milagrosamente bello; ¡tú qué milagroso pues!
Inefable, habitando por encima de estos cielos,
No te vemos, u oscuramente en estas obras tuyas
Inferiores, que declaran sin embargo
Tu bondad inconcebible y tu Poder Divino:
Hablad vosotros que diréis mejor, los Hijos de la Luz,
Vosotros Ángeles, pues a él le contempláis,
Y con cantos y corales sinfonías, días sin noche,
Rodeáis su Trono alegres, en los Cielos donde estáis;
En la Tierra uníos criaturas para loa
De quien es primero, último, es medio, y es sin fin.
Tú el más bello de los astros[210], último del séquito
nocturno,
Si mejor no perteneces a la aurora, prenda cierta
De naciente día, que coronas la mañana sonriente
Con tu fúlgida diadema: glorifícalo en tu esfera
Mientras se levanta el día, esta dulce hora de alborada.
Tú, Sol, Ojo y Alma de este Mundo grande,
Reconócelo tu Superior, entona su alabanza
En tu eterno curso, tanto al elevarte
Y al ganar el zénit, como cuando ya declinas.
Luna, que ahora encuentras al oriente Sol, ahora huyes
Con los astros fijos, fijos en el orbe en fuga,
Y vosotros, cinco Fuegos errabundos[211] que os movéis
En danza mística no sin canción: dad eco
A su alabanza, quien llamó a la Luz de la Tiniebla.
Aire, y vosotros elementos, primogénitos

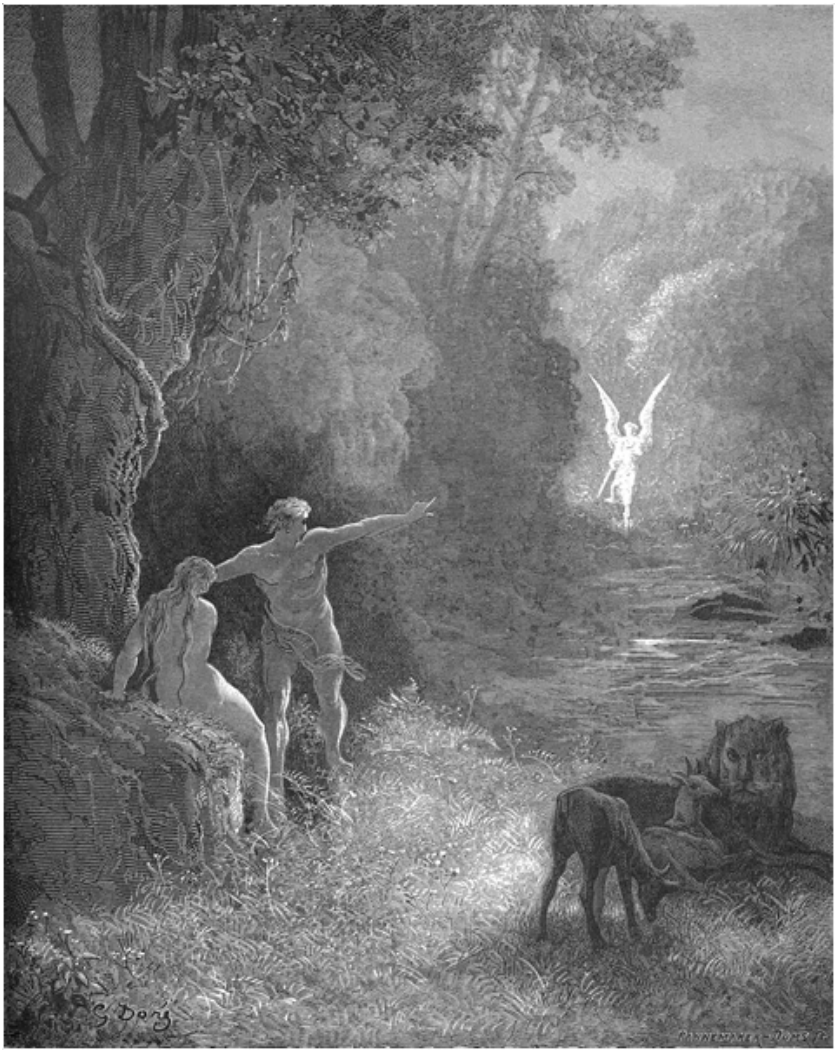
Del seno de Natura, que en cuaterno realizáis
Perpetuo ciclo, multiformes, y meráis
Y nutrís las cosas todas: que incesante vuestro cambio
Cree siempre nueva loa al Hacedor sublime.
Y vosotras, nieblas y efluxiones que subís ahora
De los lagos humeantes y los montes, grises o terrosas
Mientras no pincela el Sol con oro vuestras sedas:
En honor al gran Autor del mundo levantaos,
Ya cubráis de nubes nuestro cielo deslucido,
O reguéis con nubarradas la sedienta tierra;
Ya cayendo, ya subiendo, alabadlo siempre.
Su alabanza oh vientos, de los cuatro puntos cardinales,
Exhalad suave o fuerte; cimbread, oh pinos, vuestras copas
Junto a toda planta, en señal vibrad de culto.
Fuentes y vosotros, que al fluir cantaleáis
Con murmullo melodioso, entonad trinando Su alabanza.
Únanse las voces de las almas vivas todas: aves
Que subís cantando a la Puerta de los Cielos,
Lleven vuestras alas y canciones su alabanza;
Y vosotros discurriendo por las aguas, por la tierra,
Caminando regios o reptando humildes;
Sed testigos si yo callo, tarde o alba,
Ante monte, valle, fuente o fresca sombra,
Hechos voces por mi canto e instruidos en loarle.
¡Salve, oh Señor universal! Sé siempre generoso
En darnos sólo el bien; y si la noche
Ha amasado mal o engaño, tú dispérsalo
Cual la luz dispersa las tinieblas ya».

Así rezaron, inocentes, y pronto recobraron
Sus pensares firme paz y calma acostumbrada.
Luego a su rural trabajo matinales se apresuran
Entre dulces flores y rocíos, donde alguna fila
De frutales muy frondosos alargaba demasiado
Su ramaje consentido y exigía manos que cortasen
Infructíferos abrazos; o la vid guiaban
A casarse con el olmo; ella, desposada, enrosca
En torno a él sus brazos maritales y consigo porta

Dote —los racimos adoptados— que las hojas orna
Infértiles del árbol. Ocupados de esta forma,
Los miraba con piedad el alto Rey Empíreo,
Y a Rafael llamó, Espíritu amistoso que marchó
De viaje con Tobías y guardó sus nupcias
Con la moza de los siete esposos malogrados.
«Rafael —le dijo—, oyes tú en la Tierra qué revuelo
Satanás, fugado del Infierno por la Sima oscura,
Ha creado en el Edén y cómo ha perturbado
Esta noche al par humano, cómo busca en ellos
Arruinar de golpe a la entera humanidad.
Ve pues y, como amigo con amigo, charla con Adán
Parte de este día, allá en la fronda o sombra
En que lo encuentres, guarecido al mediodía,
Refrescándose de su trabajo con regalo
O con reposo; y habla cosas tales
Que su estado afortunado le sugieran:
La fortuna que es bien libre de querer,
Dejada a su libre voluntad; su voluntad que, libre[212],
Es mudable; y por ello adviértele que es fácil
Extraviarse confiado: háblale también
De su peligro, de quién viene, qué enemigo
Caído de los Cielos hace poco, trama ahora
La caída para otros del estado venturoso:
¿Por violencia?, no, pues ésta encontraría oposición:
Por engaño y con mentiras; dale todo a conocer,
Que pecando luego voluntario no simule
Desconcierto, alegando desaviso.»
Así habló el Eterno Padre y satisfizo
La justicia toda. No se demoró el alado Santo
Tras cobrar encargo: de entre medio de los miles
De Ardores Celestiales[213], donde estaba
Trasvelado por sus alas fúlgidas, saltó ligero
Y voló por el Empíreo; los coros de los Ángeles,
Partiéndose a su paso, dieron vía a su premura
A través de las celestes rutas, hasta alcanzar
Las Puertas de los Cielos, que se abrieron solas

Y rotaron en sus goznes áureos: tal los hizo,
Y divinamente, el Arquitecto soberano.
Desde allí, sin nube que moleste su visión
O estrella intercalada, aunque mínima, avista,
No distinta de otros globos refulgentes,
Nuestra Tierra y el Jardín de Dios, de cedros coronado
Allá en los montes. Así de noche el cristal
De Galileo observa, menos inconcuso,
Países figurados y regiones en la Luna;
Así un piloto al ver surgir, en medio de las Cicladas[214],
A Delos, Samos, cree vislumbrar
Un punto nebuloso. Hacia allí con vuelo prono
Se apresura y el vasto etéreo cielo surca
Entre mundo y mundo, el ala firme
Ahora en los polares vientos, ya con rápido viraje
Aventa el aire dúctil; hasta que en alturas
De las águilas cimeras, todo pájaro lo cree
Un Fénix: a todos les parece el ave única
Que porta sus reliquias al fulgente Templo
Del Dios Sol, volando a Tebas en Egipto[215].
Pronto ya en el risco oriental del Paraíso
Pone pie, y a su propia imagen él retorna,
La de alado Serafín: seis alas tiene, que protegen
Sus divinos lineamientos; las dos que visten
Cada hombro ancho le caían sobre el pecho
Como manto con adorno regio; dos al medio
Como franja astral el talle ciñen, abrigándole
Los muslos y caderas con dorado terciopelo
Y colores de tintura célica; los pies el tercero adumbra,
Desde cada tarso, con mallada pluma del matiz
Del firmamento. Como el vástago de Maya[216]
Sacudió sus péndolas, que en torno difundieron
Celestial fragancia. Al instante lo conocen
Las patrullas de los Ángeles guardianes,
Que honran su mensaje y rango alzándose,
Pues portador lo creen de algún mensaje alto.
Sus radiantes pabellones Rafael pasó y llega al fin

Al campo venturoso por mirrados bosques
Y perfumes florecientes, casia, nardo, bálsamo
Y una jungla de fragancias, pues Natura aquí
Se recreaba, primeriza, exhibiendo a voluntad
Su virgen fantasía, derramando su dulzura
Por encima de arte o regla, beatitud inmensa.
Arribando por el bosque perfumado a Rafael
Adán discierne, que a la puerta reposaba
De su fresco nido, mientras ya subido el Sol
Lanzaba rectos rayos férvidos por dar calor
Al núcleo de la Tierra, más que Adán precisa.
Y Eva dentro, a esta hora preparaba
Los sabrosos frutos, de ese gusto que complace
Al auténtico apetito, sin agriar el sorbo intercalado
De nectáreas libaciones, de melífera corriente
O de bayas, uvas. Mas Adán así la llama:
«Pronto, Eva, ven y mira, digna de tu vista
Entre aquellos árboles al este, qué gloriosa forma
Viene de camino, parecida a un nuevo amanecer
Al mediodía. Gran recado puede que nos traiga
De los Cielos y quizás acepte en este día
Ser huésped nuestro. Pero date prisa



Y de lo que tenga tu despensa vierte copia,
Apta para honrar y recibir al celestial viajero;
Bien podemos ofrecer a nuestros bienhechores
De sus propios bienes y dar con largueza
De lo dado largamente, donde la Natura multiplica
Su fecundo crecimiento y, despojada, se hace
Más fructífera, enseñándonos a prodigar».

Eva respondió: «Adán, de tierra molde santo

Que inspiró el Señor, despensa escasa basta
Donde siempre ya madura hay despensa en ramas;
Menos de eso que, en frugal despensa,
Gana fuerza nutritiva y disipa la humedad superflua.
Mas voy aprisa, y de cada arbusto y rama,
Cada planta y calabaza más jugosa, tales frutos
Cogeré por agradar a nuestro angélico invitado
Que confiese al verlos que, aquí en la Tierra,
Dios ha prodigado dones dignos de los Cielos».
Dicho esto con mirada presurosa se despide,
Inmersa ya en hospitalarios pensamientos:
Qué delicias escoger por deleitar mejor,
En qué orden sucesivos para no mezclar
Sabores imperfectos, no elegantes, y llevar
De un gusto a otro con el más selecto cambio;
Esto, pues, la ocupa y de cada tierno tallo
Todo eso que la Tierra, alma Madre, ofrece
En las Indias al oeste[217] o este o, en medio,
El Ponto, o costa púnica, o donde
Alcínoo reinaba, frutos de cualquier especie,
De corteza dura, piel suave, concha,
O hirsuta cáscara recoge, un tributo vasto
Que en la mesa apila pródiga. Bebida la hace
De las uvas exprimidas, mosto inofensivo,
Y aguamiel de muchas bayas, y de almendras dulces
Bien prensadas delicada crema extrae: de vasijas
Puras, aptas, para éstas no carece; luego esparce
Por el suelo rosas y yerbas no incensadas.
Mientras, nuestro Padre Primordial a recibir
A su divino huésped marcha, y sólo el séquito
Lo escolta de sus propias perfecciones,
Y completas: en sí mismo estaba su grandeza,
Más solemne que la pompa fastidiosa
De los príncipes, que con cortejo largo y rico
De caballos y muchachos que embadurna el oro
A la multitud deslumbra y deja boquiabierta.
Cerca ya de él, Adán, si no apocado,

Con sumiso trato y dócil reverencia,
Cual a superior natío, inclinándose humilde,
Dice: «Morador del Cielo, pues ningún lugar
Sino los Cielos puede contener figura tan gloriosa;
Puesto que viniendo de los Tronos en la Altura,
Esas plazas venturosas has dejado por un tiempo
Para honrar aquí las nuestras, dígnate con este
Solo par, que por obsequio soberano tiene
Este amplio territorio, a reposarte allí,
En aquella umbría, y gustar lo que el Jardín ofrece
De mejor cobijo o fruto, hasta que este resistero
Pase y, más fresco, el Sol decline».
A lo que la Angélica Virtud repuso dulce:
«Adán, por eso vine; no es tu hechura tal,
Ni la de este sitio donde moras,
Que no invite —aunque Espíritu del Cielo—
A visitarte; guía pues al resguardo de las sombras,
Que estas horas meridianas, hasta caer la tarde,
Son enteramente mías». Así al silvano nido
Llegan ellos; éste como oasis de Pomona[218] les sonríe
Cubierto de capullos y fragancias; pero Eva
Descubierta salvo de ella misma, más hermosa
Que una Dríade[219] o la más hermosa Diosa figurada
De las tres que en monte Ida contendieron nudas[220],
Se dispuso a agasajar al huésped célico. Virtuosa,
No requiere velo; no hay infirme pensamiento
Que le altere la mejilla. A quien el Ángel «¡Salve!»
Dice, el saludo santo que más tarde
A María, la segunda Eva, honraría.
«Salve, Madre de la Humanidad, de fértil seno
Que este mundo colmará de hijos más cuantiosos
Que estos frutos tan variados ofrecidos a tu mesa
Por los árboles de Dios.» Herboso lomo era
Pues la mesa, con musgoso asiento alrededor,
Y en su amplia superficie, de extremo a extremo,
El otoño se apilaba, aunque otoño y primavera aquí
Andaban de la mano. Charlan ellos por un rato,

Sin temer comida fría; cuando al cabo así comienza
Nuestro autor: «Viajero empíreo, prueba si te place
De estos dones que el Nutricio Padre —de quien
Todo bien perfecto torrencial desciende—,
Por comida y por deleite, a la tierra
Incita a dar; insípido alimento, acaso,
Para seres numinosos: sólo esto sé,
Que un Padre Celestial a todos da».
A lo que el Ángel: «Y por ello lo que da
(Cantemos siempre su alabanza), para el hombre,
Espiritual en parte, puede que lo encuentren
Los Espíritus comida grata: y comida semejante
Esos entes inteligenciales la requieren
Cual vosotros, racionales. Y ambos órdenes
En sí contienen esas facultades inferiores
Del sentido: pues ven, oyen, huelen, tocan, gustan
Y, gustando, cuecen[221] y digieren y asimilan,
Y lo corpóreo en incorpóreo tornan.
Pues comprende: lo que fue creado exige
Ser nutrido y sostenido. De los elementos
Al más puro nutre el más grosero, al mar la tierra,
Tierra y mar al aire, éste a los etéreos Fuegos[222]
Y de éstos, inferior, primero a la Luna;
De ahí en su redondo rostro tales manchas:
Son vapores no purgados, no absorbidos todavía.
Y no es que la Luna no desprenda nutrimento
De su liento continente para orbes superiores.
El Sol que a todos distribuye, toma
De ellos recompensa alimentante
Como húmedas exhalaciones, y al caer la tarde
Cena con los mares. Si los árboles del Cielo
Portan fruto de ambrosiaca vida, y las viñas
Rinden néctar; y si de las ramas cada amanecer
Melíferos rocíos aventamos para ver el suelo
Aljofarado, Dios, no obstante, ha hecho aquí
Presentes tan variados en deleites nuevos
Que podrían compararse al Cielo. Y no creas

Que a probarlos me hallarás remiso». Se sentaron pues
A las viandas y no sólo en apariencia
O niebla el Ángel, glosa muy común
De los teólogos[223], sino con avidez intensa
De hambre verdadera y digestivo ardor
De transubstanciación; lo redundante lo transpiran
Fácilmente los Espíritus; no es raro, pues,
Si por fuego de carbón el empírico alquimista
Puede convertir, o cree posible hacerlo,
Los metales más impuros en perfecto oro,
Como de la mina. Mientras, Eva a la mesa
Les servía desnuda y sus copas afluentes[224]
De licores gratos coronaba. ¡Oh inocencia
Digna del Edén! Entonces sí —si alguna vez—
Se excusaran los amores de los Hijos del Señor[225]
Por la mujer; pero en estos corazones
Un amor reinaba no libidinoso y celos
No existían, el infierno del herido amante.
    Así, tras contentar, no hartar, sus cuerpos
De manjares y bebidas, una idea súbita surgió
En Adán: que no perdiese la ocasión,
Que el gran encuentro le ofrecía, de saber
De cosas trascendentes y del ser de aquellos
Que en los Cielos moran, de excelencia que veía
Superar la propia, y cuyas formas luminosas
—Divinal fulgor— y altísimo poder de tal manera
Excedían los humanos. Su discurso precavido,
Pues, así al Ministro Empíreo dirigió:
    «Cohabitante del Señor, ahora bien comprendo
Tu favor en esta gracia dada al hombre
Bajo cuyo techo humilde te has dignado
Reposar, gustando de estos frutos terrenales,
Pábulo no de Ángeles, mas aceptado así,
Cual si mejor dispuesto no pudieras parecer
En los ágapes del Cielo. ¿Cómo, sin embargo, comparar?».
    A lo que el Jerarca alado replicó:
«Oh, Adán, un solo Omnipotente hay

De quien procede toda cosa y a él retorna,

Si no pierde la virtud; creado todo bien capaz
De perfección y todo de materia una primordial:
Dotado de distintas formas, varios grados
De substancia y, en las cosas vivas, de la vida;
Pero más acrisolada, numinosa y pura
Cuanto más cercana a Él o más proclive

A su propia esfera activa, asignada a cada una,
Hasta que al espíritu el cuerpo llega, en justa
Proporción a cada tipo. Así de la raíz
El verde tallo brota más ligero, de éste hojas
Más aéreas y, por fin, la flor brillante y consumada
Aromáticos espíritus exhala: y las flores y sus frutos,
Hechos alimento, sublimados en escala gradual,
Aspiran a espíritus vitales, animales,
Luego intelectivos, dando vida y sensación,
Y fantasía, entendimiento, del que el ánima
Recibe la razón, que discursiva o intuitiva,
Es el ser del alma; el discurso con frecuencia
Es vuestro; nuestra sobre todo la intuición,
Distintas sólo en grado, en especie iguales.
No te asombre pues que lo que Dios ve bueno para ti
No rehúse yo, sino al igual que tú lo haga
Mi substancia; tiempo llegará en que los hombres
Con los Ángeles comulguen y hallen esto
Dieta no indebida, ni pitanza muy menuda:
Y de tales nutrimentos corporales, puede,
Vuestros cuerpos se hagan al final entero espíritu,
Mejores con el tiempo y la ascensión
Etérea, cual nosotros, eligiendo a voluntad
Vivir aquí o en Celestes Paraísos,
Si se os halla obedientes y guardáis,
Inalterable y firme, íntegro el amor
De quien sois progenie. Mientras, disfrutad
La dicha que esta condición dichosa
Puede contener, incapaz de más».

Y el Patriarca de la Humanidad repuso:
«Oh Ángel favorable, comensal propicio,
Bien has enseñado qué camino puede dirigir
El conocer y, de Natura, la escala que conduce
Desde el centro al ruedo externo, por la que
En contemplación de todo lo creado,
Grado a grado, ascendemos hasta Dios. Mas di,
¿Qué era esa advertencia “Si se os halla

Obedientes"? ¿Puede pues faltarnos la obediencia
A Él, o acaso traicionar su amor,
A quien del polvo nos formó y plantó aquí,
Colmados totalmente de cualquier ventura
Que el humano anhelo busque o pueda contener?».
A lo que el Ángel: «Hijo de la Tierra y Cielo,
Óyeme bien: ser dichoso débeselo a Dios;
Que sigas siéndolo, débetelo a ti,
Es decir, a tu obediencia; en ella queda.
Ésta es la advertencia que te di, recuérdala.
Perfecto Dios te ha hecho, no inmutable;
Bueno te formó, mas perdurar es cosa
Que dejó en tus manos, dándote una libre
Voluntad, no gobernada por destino
Inextricable o rígida necesidad.
Servicio voluntario pide de nosotros,
No uno impuesto; tal servicio no halla en Él
Aceptación, pues ¿cómo, sin ser libre,
Probaría el corazón que sirve voluntario,
Si quisiera sólo lo que debe, por destino,
Incapaz de optar por nada diferente?
Yo también y toda la milicia angélica
Ante el Trono del Señor en nuestra dicha
Perduramos, como tú en la tuya, si la sumisión
Perdura: otra garantía no la hay; servimos libres
Porque amamos libres, siendo nuestra opción
Amar o no: con ello perduramos o caemos.
Y hubo quien cayó, por rebelión cayó,
Y así del Cielo hasta el más profundo Infierno;
¡Oh caída, de qué dicha en qué tormento!».
Y nuestro gran Progenitor: «A tus palabras
Bien atento, oh Instructor Divino, con más gozo
Las escucho que los cantos nocturnales
Desde montes no lejanos cuando elevan Querubines
Música estelar; y no ignoraba estar creado
Libre en acto y voluntad;
Mas que no debemos olvidarnos nunca del amor

Al Hacedor y obedecer a quien nos puso
Un mandato sólo y justo, mis constantes pensamientos
Lo afirmaban y lo dicen todavía: aunque lo que cuentas
Que ocurrió en el Cielo, mueve duda en mí
Y deseo aún más grande de escuchar, si lo permites,
La completa relación, que debe ser extraña,
De oírse digna con quietud sagrada;
Y tenemos todavía largo rato, pues el Sol acaba apenas
La mitad de su carrera y apenas ya comienza
La otra media en la gran región del cielo».
Hizo Adán así su petición, y Rafael
Tras corta pausa, asintiendo, comenzó:
«Alto tema impones, oh primero de los hombres;
Triste empeño y arduo, pues ¿cómo relatar
A mente humana las proezas invisibles
De Espíritus guerreros?; ¿cómo, sin pesar,
La caída de ésos todos, tan brillantes y perfectos
Mientras fueron fieles?; ¿cómo desvelar,
Por último, secretos de otro mundo, que quizá
Sea ilícito mostrar? Mas, para bien tuyo,
Tal se me permite y lo que el alcance excede
Del sentido humano, he de describirlo
Comparando formas numinosas con corpóreas
Según mejor las muestren, pues acaso esta Tierra sea
Sombra de los Cielos y las cosas que contienen
Se parezcan una a otra más de lo esperado.
»No era el mundo todavía y Caos reinaba fiero
Donde estos cielos ahora ruedan, donde esta tierra ahora
En su centro yace, cuando un día
(Pues el tiempo, aunque en lo eterno, si aplicado
Al movimiento, mide toda cosa duradera
Por presente, el pasado y el futuro), el día
Que el Gran Año[226] celestial culmina, la hueste empírea
De los Ángeles por regia citación llamada,
Incontable ante el Trono del Omnipotente,
Desde todo punto de los Cielos, pronto apareció
Tras sus jerarcas en columnas fulgurantes.

Diez mil miles de estandartes altos avanzaron,
Oriflamas, gonfalones, entre frente y retaguardia,
Tiemblan en el aire y de divisa sirven
A las jerarquías, órdenes y grados;
O en sus tejidos destellantes portan blasonadas
Inscripciones santas, actos de amor y celo
De recuerdo egregio. Y así, cuando en Orbes
De circuito inexpresable los Ángeles formaron,
Orbe en Orbe, el Infinito Padre,
—Junto a Él el Hijo en beatitud sumido—
Como en monte llameante cuya cumbre
Invisible hiciese el resplandor, así les habla:

»"Oídme todos los Espíritus, Progenie de la Luz,
Tronos y Dominios, Principados y Virtudes, Potestades,
Escuchad mi edicto, que es irrevocable.
He concebido en este día a quien declaro
Mi Hijo Único y en este Monte santo
He ungido a quien ahora contempláis
Sentado a mi derecha. Por Cabeza os lo otorgo
Y he jurado por mi Ser que todas las rodillas en el Cielo
Ante él han de doblarse y proclamarlo su Señor:
Bajo el reino de este gran Vicerregente
Persistid unidos como un Alma individual,
Felices para siempre. Mas aquel que le desdeñe
Me desdeña, rompe la unidad, y el mismo día,
Desterrado del Señor y la visión bendita, cae
A tinieblas absolutas, insondable sima, su lugar
Prescrito, sin posible redención, sin término".

»Así habló el Omnipotente y con sus palabras
Todos parecieron complacidos: parecía, mas no todos.
Ese día, cual otros tan solemnes, lo pasaron
Con canciones, danza, alrededor del santo Monte,
Danza mística, que aquella astral esfera
De planetas y de estrellas fijas, con sus ruedas todas,
Es la que mejor la emula: laberintos intrincados,
Excéntricos, entreverados, y que son más regulares
Cuanto más irregulares aparentan:

Y en sus mociones la divina armonía
Tanto adulza sus hermosos sones, que Dios mismo
Escucha deleitado. El atardecer llegaba
(Pues también nosotros tarde poseemos y mañana,
Para cambio placentero, no por necesarias)
Y enseguida de la danza al dulce ágape se tornan
Deseosos; en los círculos en que se hallaban,
Mesas aparecen y de súbito rebosan
Con angélico alimento; néctar fluye cual rubí,
En perla, adamante y en macizo oro,
Fruto de exquisitas viñas, que en los Cielos crecen[227].
Entre flores reposados, de capullos coronados,
Comen, beben y en afable comunión
La inmortalidad apuran y la dicha —libres
De la hartura, donde plétora jamás es demasía—
Ante el Almo Rey, que con mano pródiga
Vertía, gozándose en su gozo. Ahora,
Cuando ambrosial la noche, con sus nubes exhaladas
Desde el Monte del Señor, de donde luz y sombra
Brotan ambas, el semblante del Empíreo transformó
En crepúsculo dichoso (pues la noche allí no llega
Como negro velo) y rosáceos los rocíos a todos incitaron
—Menos Dios, de insomnes ojos— al reposo,
Por los vastos llanos, mucho más inmensos
Que esta Tierra orbicular en plano desplegada
(Tales son las cortes del Señor), la multitud angélica,
Dispersa en bandas y legiones, extendió su campamento
Cerca de vivientes ríos, entre Árboles de Vida:
Pabellones incontables, elevados de repente,
Celestiales tabernáculos, en que dormía
Oreada por los vientos, salvo aquellos que por turno
Himnos melodiosos al Trono Soberano
Alternaron sin cesar la noche entera. Mas no así veló
Satán: llamadlo de este modo, pues su nombre antiguo
No pronuncia el Cielo ya. De los primeros era él,
Si no el primer Arcángel, grande en potestad,
Favor y preeminencia, mas de envidia lleno

Contra el Hijo del Señor, el día aquel
Honrado por su magno Padre y Mesías declarado,
Rey ungido: no lo pudo soportar su orgullo
Y, ante aquella escena, rebajado se sintió.
Maldad profunda concibió así y desprecio;
Al traer la medianoche la hora penumbrosa,
Del dormir amiga y el silencio, resolvió
Con todas sus legiones levantar el campo
Y negar el culto, la obediencia, al supremo Trono,
Desdeñoso. Despertando, pues, a su segundo
De este modo, con sigilo, lo abordó:

»"¿Duermes, camarada? ¿Qué soñar los párpados
Te cierra, si recuerdas qué decreto ayer,
¡Y tan reciente!, traspasó los labios
Del celeste Omnipotente? Tú a mí tus pensamientos
Me contabas, yo contigo los míos compartía:
Ambos éramos, despiertos, uno; ¿cómo puede ya
Tu sueño disentir? Pues nuevas leyes ves impuestas;
A nuevas leyes de quien reina, nuevas mentes
En nosotros, que servimos, nuevos planes y debate
Del dudoso porvenir: más, en este sitio,
No es seguro debatir. Reúne tú,
De todas las miríadas que trajimos, las mejores;
Diles que me mandan, antes que la tenue noche
Su sombrosa nube aparte, darme prisa
—Y conmigo todos los que ondean mi estandarte—
De camino a casa, con alada marcha al Norte,
Nuestros reales, para preparar allí
Encuentro digno a nuestro Rey,
El gran Mesías y sus nuevas tropas
Que veloz por todos los cuarteles
Piensa desfilar triunfante, dando leyes".

»Así habló el falsario Arcángel, instilando
Influencia mala en el pecho incauto
De su amigo. Éste llama juntas,
O varias una a una, a las Regentes Potestades,
Bajo él regentes, y les dice (así le han dicho)

Que por orden del Más Alto, antes que la noche,
Antes que la noche ahora libre el Cielo,
El gran jerárquico estandarte tiene que partir;
La causa explica sugerida y entre medio esparce
Frases vagas y palabras envidiosas que sondeen
O mancillen la entereza; mas todos obedecen
La señal acostumbrada y la voz mayor
De su gran Potentado; pues su nombre, cierto,
En los Cielos era grande y alto el rango.
Su semblante, cual la estrella matinal que guía
Al astral rebaño, les sedujo y con mentiras
Arrastró a un tercio de la celestial milicia.
Mientras tanto el Ojo Eterno, que discierne
Los pensares más abstrusos, desde el Monte santo,
Desde Lámparas de oro que arden ante Él
De noche, sin su luz vio rebelión alzarse,
Vio en quién, cómo se extendía
Entre los Vástagos del Alba, qué legión
Se apartidaba para combatir su magno edicto,
Y sonriéndole a su Unigénito así le dijo:
»"Hijo, tú en quien veo mi propia gloria
En completo resplandor, de todo mi poder el heredero:
Ahora sobre todo nos importa estar seguros
De esta omnipotencia nuestra y con qué armas
Resolvemos preservar lo que de antiguo declaramos
Ser Deidad e Imperio nuestros, pues un enemigo
Se alza que pretende levantar un trono
Igual al nuestro en todo el espacioso Norte
Y, no contento, tiene en mente tantear
En armas qué poder, derecho son los nuestros.
Meditemos, pues, y a esta contingencia
Opongamos presto fuerzas fieles, empleándolas
A todas por defensa, no perdamos descuidados
Ésta nuestra Sede y Santuario, Monte nuestro".
»A lo que el Hijo, con sereno rostro y claro
Resplandor divino, inefable y sosegado
Respondió: "Padre poderoso, bien merecen

Tus rivales justa burla y cierta risa
Por sus vanos planes y tumulto vano;
Causa para mí de gloria, pues su inquina
Ha de ensalzarme cuando vean regio el poderío
Que me otorgas para ahogar su orgullo, y los hechos
Les demuestren si consigo subyugar
A tus rebeldes o resulto de los Cielos el peor".
»Tal el Hijo, mas Satán con todas sus legiones
Ya un camino largo recorriera alígero, una tropa
Innumerable como estrellas de la noche
O astros matinales, el aljófar del rocío, con que perla
El Sol las hojas, cada una de las flores.
Por regiones avanzaron, las regencias poderosas
De los Tronos, Serafines, Potentados
En sus triples grados: territorios a los que
Todo tu dominio, Adán, no es más que el Jardín
Si lo comparas con la Tierra entera
Y todo el mar, el globo en su conjunto
Desplegado en longitud. Y dejándolos atrás,
Los límites del Septentrión al fin cruzaron,
Y Satán llegó a su regia sede, alta en un peñón
Que refulgía desde lejos, como un monte
Sobre un monte, con pirámides y torres
De diamante en bruto y rocas de oro,
El palacio del gran Lucifer (tal nombre tiene
La estructura interpretado en el dialecto
De los hombres), que aquél, bien pronto,
Pretendiendo equipararse en todo a Dios
E imitando el Monte en que el Mesías
Fuera ungido a la vista de los Cielos,
Monte lo llamó de la Congregación;
Pues toda su milicia allí él congregó,
Fingiendo hacerlo para discutir
La magna recepción debida al Rey
Que en llegar no tardaría y, con arte calumnioso
De verdad desfigurada, de este modo les sedujo:
»"Tronos y Dominios, Principados y Virtudes, Potestades,

Si estos títulos magníficos son todavía
Más que meros títulos pues, por decreto,
Otro hay ahora que el poder entero
Toma para sí y nos eclipsa bajo el nombre
De Monarca ungido, por quien toda esta prisa,
Esta marcha a medianoche y reunión urgente aquí:
Esto es sólo para debatir de qué mejor manera,
Con qué clase de honras nuevas debe recibirse
A quien llega para recibir el homenaje de rodillas
Todavía por rendir, infame postración,
Demasiado para uno ya: duplicado ¿quién lo aguanta?,
Para uno y, además, su imagen proclamada.
Pero ¿y si ideas más bizarras levantasen
Nuestras mentes, enseñándonos a rechazar el yugo?
¿Bajaríamos la cabeza optando por doblar
Las dóciles rodillas? No vosotros, si sois
Como creo, o vosotros mismos os tenéis
Por Hijos y habitantes de un Empíreo que nadie
Poseyó; y si iguales no lo sois, libres sí
Y libres por igual: pues órdenes y rangos
No desdicen libertad, sino la afirman.
¿Quién, entonces, puede con razón o por derecho
Asumir la Monarquía sobre quienes por derecho
Son iguales suyos, si menores en poder y en esplendor,
En libertad iguales? ¿O tiene que imponernos
Ley y edicto, a nosotros que sin ley
No erramos y, más aún, ser Dueño nuestro,
Esperando adoración y degradando
Estos Regios Títulos que nos declaran
Hechos para imperio, no servicio?".
»Hasta aquí su audaz discurso fue escuchado
Sin control; mas, entre aquellos Serafines,
Abdiel, de quien ninguno superaba su fervor
A la Deidad y sumisión a sus mandatos,
Se alzó y en llama de fervor severo
Al torrente de su furia así se opuso:
»"¡Oh blasfema alegación, mendaz y altiva!

Cosas que jamás pensó escuchar el Cielo
Y de ti, ingrato, todavía menos,
En lugar tan alto por encima de tus Pares.
¿Puedes condenar acaso, con afrenta impía,
El decreto justo del Señor, jurado y proclamado,
Que ante Su Hijo único, que ostenta por derecho
Cetro regio, toda alma en el Empíreo
Ha de hincar rodilla y proclamarlo Rey legítimo
Con homenaje así rendido? ¿Es injusto, dices,
Por entero injusto, sujetar con leyes a los libres
Y a un igual dejar que reine sobre iguales,
Uno sobre todos con poder sin sucesor?
¿Darás pues leyes tú a Dios?, ¿discutirás
Con Él de libertad, con quien te ha hecho
Como eres, quien formó en los Cielos Potestades
Como quiso y su ser circunscribió?
Por experiencia, sin embargo, conocemos qué benigno
—Y de nuestro bien y dignidad
Qué próvido— es, qué lejos de su mente
Rebajarnos, qué proclive antes a exaltar,
Dichoso, nuestro estado con unión más fuerte
Bajo un líder solo. Mas aun dando por injusto
Que un igual gobierne cual monarca sobre iguales,
¿Crees que tú, si bien glorioso y grande,
O que toda Angélica Natura hecha sólo una,
Puede equipararse al Hijo concebido?, por quien
—Como por su Verbo— el Padre poderoso hizo
Toda cosa, tú incluido, y todo Espíritu del Cielo
Creó por él, en sus distintos grados de esplendor,
Y coronó de gloria, y su gloria la llamó
Tronos y Dominios, Principados y Virtudes, Potestades,
Esenciales Potestades, no eclipsadas por su reino
Sino hechas más ilustres, ya que haciéndose Cabeza
Uno es de los nuestros, tanto se rebaja:
De sus leyes hace nuestras leyes y el honor que se le rinde
Nuestro al fin resulta. Cese, pues, tu rabia impía
Y a éstos no los tientes; más bien corre a apaciguar

Al Padre airado, y al airado Hijo
Mientras tengas todavía tiempo de perdón".
»Esto dijo el Ángel fervoroso, mas su celo
Nadie secundó, pues lo tuvieron por impropio
O imprudente y personal, lo que al Apóstata
Le complació y replicó ya más altivo:
»"¿Que fuimos hechos, dices pues, y obra
De una mano secundaria, la labor del Padre
Transferida al Hijo? ¡Punto raro y nuevo!
Y doctrina cuya fuente bien quisiéramos saber:
¿Quién vio el surgir de la creación? ¿Recuerdas tú
Que te formasen, que te diera el ser el Hacedor?
De tiempo en que no fuimos no hay noticia,
De ningún predecesor: nos concibió y enderezó
Nuestra propia facultad vivífica, al cumplir el hado
El ciclo señalado: madurado brote de este
Nuestro Cielo natalicio, sus Etéreos Hijos.
Nuestra fuerza sólo es nuestra, nuestra diestra
Ha de enseñarnos gestas que pondrán a prueba
Quién es nuestro igual: entonces ya verás
Si pretendemos dirigirle súplicas
O el Trono Omnipotente circundar
Con ruegos o con guerra. Este parte,
Estas nuevas porta al Rey ungido;
Y vuela, que tu vuelo no intercepte un mal".
»Dijo, y cual ruido de aguas hondas
Un murmullo bronco sus palabras aplaudió
Alzado por la tropa inmensa; no por ello
El ardiente y destemido Serafín, que estaba solo,
En medio hostil, su réplica valiente calla:
»"Desterrado, ¡ay!, de Dios, oh Espíritu maldito
Que abandona todo bien; veo tu caída
Ya prescrita, y a esta turba desdichada envuelta
En tu fraude pérfido, contagio que propagan
Tu delito y su castigo: por lo tanto
Ya no pienses de qué modo el yugo quebrantar
De Dios Mesías: esas leyes indulgentes

No han de serte concedidas; otros estatutos
Contra ti se dictan sin posible remisión:
Ese Cetro Aureo que opugnaste
Es ahora Vara Férrea que herirá y quebrantará
Tu insumisión. Bien me aconsejas,
Pero no por tu consejo o amenazas vuelo
De estas tiendas condenadas; más bien temo
Que la cólera inminente, estallando en pura llama,
No distinga, pues espera pronto padecer
Su Trueno en tu cabeza, fuego que devora.
Quién te creó comprende entonces con lamentos,
Cuando sepas quién podría descrearte".
»Esto dijo el Serafín Abdiel, que fue leal:
Entre tantos desleales, sólo él leal;
Entre innúmeros falsarios, inmutable,
Impasible, impávida, inconquistada,
Su lealtad mantuvo, su fervor, su amor:
Ni el número de aquéllos ni su ejemplo
Le ofuscaron la verdad, la mente le cambiaron,
Aunque sola firme. Del consejo Abdiel partió:
Senda larga hizo por hostil desdén, que soportó
Soberbio, sin temer violencia alguna;
Y, con desdén devuelto, dio la espalda
A altivas torres, condenadas a inminente destrucción».

Libro VI

EL ARGUMENTO

Rafael sigue contando que Miguel y Gabriel fueron enviados a luchar contra Satán y sus Ángeles. Se describe la primera batalla: Satán y sus fuerzas se retiran bajo la protección de la noche. Satán convoca un consejo, inventa máquinas diabólicas que durante el segundo día de batalla crean cierto desorden entre Miguel y sus Ángeles, quienes, finalmente, arrancando montes, superan a las fuerzas y máquinas de Satán. Sin embargo, no acabando así el tumulto, Dios envía el tercer día al Mesías su Hijo, para quien ha reservado la gloria del triunfo. Éste, que llega al lugar envuelto en el Poder de su Padre, ordena a sus legiones quedarse quietas a uno y otro lado y, lanzándose con su Carro y Trueno en medio de sus enemigos, los persigue —incapaces de resistirse a él— hasta los Muros del Cielo, que se abren para dejarlos saltar sumidos en horror y confusión al lugar de castigo preparado para ellos en el Abismo. El Mesías retorna a su Padre triunfante.

«La noche toda imperseguido el Ángel bravo[228]
La gran pradera cruza celestial, hasta que el Alba,
Despertada por las Horas cíclicas, con rosácea mano
Los Portales abre de la Luz. Hay una gruta
En el Monte del Señor, muy cerca de su Trono,
Que la luz y oscuridad en ronda permanente
Colman o abandonan, dando a todo el Cielo
Alternancia grata, como día con su noche.
Al surgir la luz, por la otra puerta
Obsequiosa ya penetra la oscurana, hasta su hora
De velar el Cielo, aunque allí la oscuridad bien puede
Parecer aquí el crepúsculo; ahora, pues, surgía el Alba
Tal cual es en Altos Cielos, ataviada de oro
Empíreo; ante ella desmayó la noche, alanceada
Por orientes rayos. Todo el llano entonces,
Que compactos escuadrones inundaban fúlgidos,
Carros, armas como en llamas y corceles ígneos,

En un eco de fulgores, alcanzáronle la vista.
Guerra percibió, guerra en ciernes, y halló
Que ya era bien sabido lo que él creyó noticia
Por portar: contento entonces se sumó
A las legiones fieles, que lo recibieron
Con deleite y fuerte aclamación, pues uno,
De los miles que cayeran, uno sólo,
Retornaba sin perderse. Al sagrado Monte
Lo llevaron entre aplausos, presentándolo
Ante el Sitial Supremo, del que una voz
Surgiendo dulce de áurea nube se hizo oír:
»"Servidor de Dios[229], bien hecho, bien lidiaste
Tu mejor combate al sostener en solitario,
Contra la insurrecta turba, causa justa,
En palabras más potente que en las armas ellos;
Y por testimoniar Verdad has soportado
Universal reproche, más intolerable
Que violencia, pues te ha importado sólo
Tu justeza a ojos del Señor, aunque mundos
Te tuviesen por perverso. La victoria más sencilla
Pues te queda, ayudado por la hueste de los tuyos:
Retornar de tus rivales más glorioso
De lo que partiste desdeñado, sometiendo
Por la fuerza a quienes la razón por ley desprecian,
La íntegra razón por ley, y por Monarca
Al Mesías, que reina por derecho de sus méritos.
Ve, Miguel, de las Celestes Tropas príncipe,
Y tú, siguiente en militar valía,
Gabriel, guiad a la batalla a estos hijos míos
Invencibles, a mis santos conducid armipotentes
Por millares y millones en compacta formación,
Igual en número a la atea turba
Sublevada y con hostiles armas, fuego,
Asaltadla sin temor, hasta el confín del Cielo
Perseguidla, echándola de Dios y de la dicha
Al lugar de su tormento, el Tártaro,
El Pozo que, dispuesto, abre anchoso ya

Su Caos de fuego a su despeño".
»Así habló la Voz Augusta y nubes empezaron
A cubrir el Monte entero y humo a revolverse
En oscuras espirales, llamas fieras, signo
De despierta cólera. Con igual espanto la potente
Etérica trompeta resonó en lo alto
Y a su orden los poderes militantes
Que luchaban por el Cielo, en cuadro fuerte
De unidad irresistible, avanzaron en silencio,
Todas sus legiones, al sonido
De armonía instrumental que ardor heroico
Infundía, ansia de valientes gestas
Bajo líderes divinos en la causa
Del Señor y su Mesías. Y avanzan, pues,
Indisolublemente firmes: ni patente monte,
Ni cañón angosto, bosque o río descompone
Sus perfectas filas: por encima del terreno
Marchan y el pasivo aire aguanta
Su ligero paso. Como cuando todo pájaro
En formación según su especie vino al vuelo,
Al Edén llamado, a recibir de ti
Su nombre, así por muchas tierras fueron
Del Empíreo y por innúmeras provincias vastas
Diez veces el tamaño de este suelo; por fin,
Lejos en el horizonte el Norte apareció
De extremo a extremo cual región ardiente
En belígera disposición y, ya más cerca,
Erizada de los tiesos rayos incontables
De las lanzas rígidas, los yelmos densos, y escudos
Varios con emblemas arrogantes:
Las legiones de Satán apresurándose
Con frenética premura, pues pensaban
Ese mismo día, por sorpresa o con batalla,
Conquistar el Monte del Señor, y allí en el Trono
A quien su estado le envidiaba colocar, altivo
El aspirante; mas sus planes, burdos, fatuos,
Fracasaron, aunque extraño parecía

Al principio que Ángel contra Ángel guerrease
Y en lid furiosa coincidiesen quienes coincidían
A menudo en festivales para el gozo y el amor
Unánimes, cual hijos de un gran Padre,
Alabando al Eternal Progenitor. Mas el grito
De batalla se elevó y el ruido de embestida
Al cargar las tropas terminó con los reparos.
Alto en medio de los suyos, exaltado como un Dios,
El Apóstata en su carro como el Sol mostrose,
Idolo de majestad divina, rodeado
De fogosos Querubines y broqueles áureos;
Luego de su trono fastuoso descendió, pues
De hueste a hueste ya no había más que un soplo,
Intervalo atroz, y frente contra frente
Se tenía en formación terrible
De espantosa longitud. Ante la vanguardia nebulosa,
Justo al filo del combate, antes de trabarse,
Satanás con sus zancadas vastas y altaneras
Avanzó imponente, de diamante armado y oro.
Tal imagen no podía soportarla Abdiel,
Allá entre los más grandes, ávido de enormes gestas,
Y así su corazón impávido explora:

»“¡Oh Señor! que semejante calco del Altísimo
Perdure todavía, donde fe y realidad
No quedan ya; ¿por qué la fuerza y el poder
No fallan fallando la virtud, mostrándose más febles
Si insolentes, aunque de estampa inconquistables?
Fiando en la ayuda del Altísimo, el poder
He de probar de aquel cuya razón probé
Falsaria y frágil; no es sino sólo justo
Que quien vence al debatir de la verdad,
Venza por las armas asimismo: dos disputas,
Víctor por igual. Si bruta la contienda y detestable
Cuando la razón pelea con la fuerza, tanta más
Razón existe de que predomine la razón”.

»Cavilando así y del frente armado de sus Pares
Avanzándose, en mitad del campo encuentra

A su intrépido rival, más iracundo todavía
Ante tal obstáculo, y así lo desafía:
»“Engreído, ¿hallas guerra? Esperabas alcanzar
La cumbre de tu anhelo sin estorbo,
Desguardado el Trono del Señor, y su lugar
Desocupado por terror a tu poder
O a tu potente lengua. Loco, no pensar qué vano
Es alzarse en armas contra tal Omnipotente,
Que de cosas nimias puede hacer surgir sin fin
Ejércitos interminables que derroten
Tu locura; o con mano solitaria
Más allá de todo límite, de un golpe
Inasistido, puede exterminarte y sumir
A tus legiones en tinieblas. Pero ves aquí
Que no te siguen todos; hay aquellos que la fe
Prefieren, la piedad, aunque entonces
No los vieras, cuando sólo yo en tu mundo
Parecía equivocado al disentir de todos:
Mi partido ves ahora, tarde aprende pues
Que a veces pocos saben cuando miles yerran”.
»A lo que el gran Adversario, desdeñoso
Así repuso: “Mala hora ésta para ti; de mi venganza
La esperada. Tú primero has de caer,
Que vuelves de tu huida, Ángel sedicioso
A recibir tu recompensa, el primer ensayo
De esta diestra provocada, puesto que tu lengua
Inspirada en refutarme se opuso la primera
A un tercio de los Dioses, a su sínodo reunido
En rúbrica de su Deidad: pues quienes sienten
En sí el vigor divino, no han de permitir
Omnipotencia a nadie. Mas bien haces
En mostrarte ante los tuyos, deseoso de ganar
De mí una pluma[230], que tu intento enseñe
Al resto destrucción. Pauso, sin embargo
(No sea que presumas, irrefutado), por decirte así:
Al principio especulé que libertad y Cielo,
Para Almas Celestiales, eran uno sólo; pero ahora

Veo que los más servir prefieren por desidia:
Los Espíritus lacayos, hechos a la fiesta y canto;
A ésos has armado, a la filarmónica del Cielo,
Contra libertad la servidumbre,
Cual los hechos de ambos bandos probarán".
»A lo que, pronto, Abdiel severo respondió:
"Ay Apóstata, que yerras todavía y no hallas fin
A tus errores, lejos como estás de la verdad.
Injustamente insultas con el nombre
De servil a quien ordena Dios servir
O la Natura: Dios y la Natura mandan cosa idéntica
Cuando quien dirige es el más digno
Y supera a quienes rige. Servidumbre
Es servir al ignorante, al que instiga rebelión
Contra otro más insigne, como esos que te sirven,
Siendo como eres el sirviente de ti mismo;
¿Y te atreves todavía a ultrajar nuestro servicio?
Reina tú en el Tártaro, tu feudo; déjame servir
A Dios en el Empíreo y las órdenes divinas
Acatar de quien más merece acatamiento.
Mas cadenas en el Tártaro, no reinos, tú hallarás;
Mientras, retornado como dices de mi huida,
Esta cortesía en tu crestón recibe impío".
»Y diciendo esto, noble golpe alzó
Que no dejó en suspenso: rápido cayó y tempestuoso
En la cresta altiva de Satán, y ni la vista
Ni ágil pensamiento, menos todavía su broquel,
Pudieron impedir tal ruina. Diez zancadas grandes

Reculó, a la décima hincó rodilla,
Que sostuvo la maciza lanza, como si en la tierra
Vientos bajo el suelo o aguas prorrumpiendo
De costado hubiesen arrancado un promontorio,
Medio hundido con sus pinos todos. Pasmo dio
A los rebeldes Tronos, pero rabia aún mayor al ver
A su adalid caído. Júbilo colmó las nuestras
Y clamor, presagio de victoria y ansia fiera

De batalla; por lo que Miguel mandó soplar
La arcangélica trompeta: por el vasto Cielo
Resonó y las tropas fieles elevaron
Al Altísimo el hosanna. No pausaron a mirarnos
Las legiones enemigas, no fue menos la crueldad
Con que embistieron. Aumentó la furia tormentosa
Y un estruendo como nunca oyera el Cielo;
Armas al chocar con armaduras chirriaban
En terrible discordancia y frenéticas las ruedas
Rechinaban de broncíneos carros; el ruido del conflicto
Era atroz; siniestro en las alturas el silbar
De flechas ígneas en flamígeras descargas,
Que volando abovedaban los ejércitos con llamas.

De este modo, bajo cúpula de fuego, arremetieron
Ambos cuerpos principales, con tremendo asalto
Y rabia inextinguible. Todo el Cielo
Retumbó y, si Tierra hubiese habido entonces,
Hasta el núcleo fuera estremecida. ¿A qué asombrarse,
Si millones de feroces Ángeles belígeros
A cada lado peleaban y el menor blandir podía
Estos elementos, pertrechándose con el poder

De todas sus regiones?[231] Cuánto más poder, por tanto
—Hueste contra hueste innumerable—, para alzar
Tremenda combustión luchando y perturbar,
Sin destruir, su venturoso suelo patrio,
Si el Eterno Rey Omnipotente,
Desde su Bastión del Cielo no hubiese sometido
Y limitado tanta fuerza. Pues, aunque tan nutrida
Que cualquier legión aislada era comparable
A un ejército copioso, cada mano armada
Era en ímpetu legión; guiado a la batalla,
Líder parecía cada luchador, experto
En los avances, las paradas, o cambiar el curso
Del combate, cuándo abrir o bien cerrar
Las filas de la guerra cruel. Ninguno huir pensaba,
Ni siquiera en retirada, ni en hecho indigno
Que mostrase miedo; cada cual confiaba en sí
Como si en su brazo únicamente yaciese
La victoria. Gestas de perpetua fama
Acaecieron, infinitas; pues extensa y varia
Propagose aquella guerra: en terreno firme a veces
Lucha en pie, luego alzándose en vuelo poderoso
Torturaba todo el aire; todo el aire parecía entonces
Fuego batallante. Largo tiempo se extendió
Indecisa la pelea, hasta que Satán, que aquel día
Desplegó prodigios de poder y en armas
No encontrara igual, cruzando la terrible confusión
De Serafines contendientes, vio por fin
La espada de Miguel, que derribaba a cada golpe
Batallones. Con mandobles portentosos
Esgrimidos por lo alto, el temible filo descendía
Devastando. A contener tal destrucción
Satán se apresuró y opuso el pétreo círculo
De décuple adamante, su ancho escudo,
Orbe inmenso. Viéndolo acercarse
El gran Arcángel, de su empeño bélico
Cejó y, contento al esperar dar fin aquí
A la guerra de los Cielos intestina, sometido el Adversario

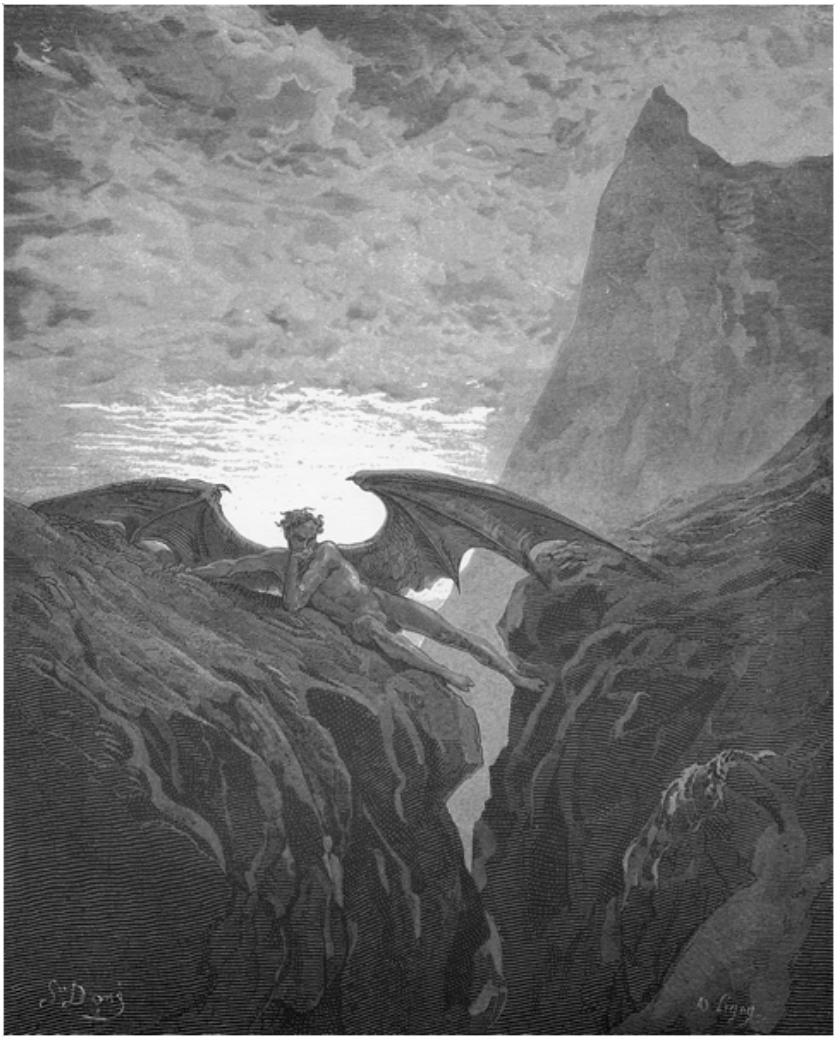
O cautivo y en cadenas, con hostil mirada
Y la cara toda enrojecida así empezó:
»“Autor del mal, ignoto hasta tu insurrección,
Sin nombre aquí en el Cielo, mas extenso ahora
En estos actos de pelea odiosa, odiosa en todos,
Aunque siendo justos culpa tuya sobre todo
Y tus secuaces. ¡Cómo has perturbado
La bendita paz del Cielo y llenado la Natura
De miseria, increada hasta el crimen
De tu rebelión! ¡Cómo has instilado
Tu malicia en miles que eran fieles
Y devotos, y ahora falsos! Mas no pienses
Trastornar aquí el Reposo Santo: pues te arroja el Cielo
De sus lindes. Sede de ventura, el Cielo
No tolera frutos de la guerra y la violencia.
¡Vete, pues! y vaya el mal contigo,
Tu retoño, al lugar del mal, el Tártaro,
Contigo y tu maldita turba; arma allí pendencias,
Antes que esta espada vengadora marque tu destino
U otra represalia del Señor, alada y repentina,
Te despeñe con dolor adicional”.
»Esto dijo el Príncipe arcangélico, al que así
Repuso el Adversario: “No imagines con el viento
De aéreas amenazas asustar a quien con hechos
No lo logras. ¿Es que has hecho huir
Al menor de todos éstos, lo tumbaste sin que se alce
Invicto? ¿Y crees más fácil negociar conmigo,
Pues esperas, por la fuerza y amenazas,
Arrojarme del lugar? No yerres, no termina así
La lucha de eso que llamáis el mal, nombrada
Por nosotros de la Gloria: vamos a ganarla
O convertir el Cielo mismo en el Infierno
De tu fábula, pues libres hemos de vivir aquí,
Si no reinar. Por tanto, de tu fuerza extrema
—Y súmale el auxilio de quien llamas el Altísimo—
Yo no huyo: cerca o lejos te he buscado”.
»La parla terminaron, ya dispuestos a pelea

Inenarrable, porque ¿quién, aun con la lengua
De los Ángeles, podría relatarla, o a qué cosas
Compararla perceptibles en la Tierra, que elevasen
La imaginación humana a semejantes cimas
De poder divino? Dioses, en efecto, parecían
Quietos o moviéndose, en estatura, armas, la moción,
Capaces de zanjar del Cielo el gran Imperio.
Ya agitaron sus espadas ígneas y en el aire
Dibujaron círculos horrendos; anchos soles sus escudos,
Destellaron enfrentados, mientras el horror
Se hacía expectación. Veloz se retiró
De lo más denso del combate cada hueste angélica
Dejando largo campo, insegura con el viento
De aquella conmoción: tal —por explicar las grandes
Por pequeñas cosas— cual si, rota la armonía de Natura,
Entre las constelaciones estallase guerra,
Y dos planetas en aspecto pernicioso[232]
De feroz oposición en medio de los cielos
Combatiesen, destruyendo sus esferas trepidantes.
Ambos a la vez, con brazo casi omnipotente,
Intentaron inminente un golpe
Que zanjase, sin pedir segundo,
Ya imposible, la contienda. No eran desiguales
En poder ni en rápida defensa; mas la espada
De Miguel, de la armería del Señor,
Tenía un temple tal que ni incisiva hoja
Ni maciza le aguantaba el filo: encontró
La espada de Satán con brusca fuerza de cayente tajo
Y partiola en dos: sin detenerse,
Con veloz viraje, penetró cortando hondo
En su diestro lado. Conoció Satán entonces el dolor,
Torciéndose convulso; tan dañina

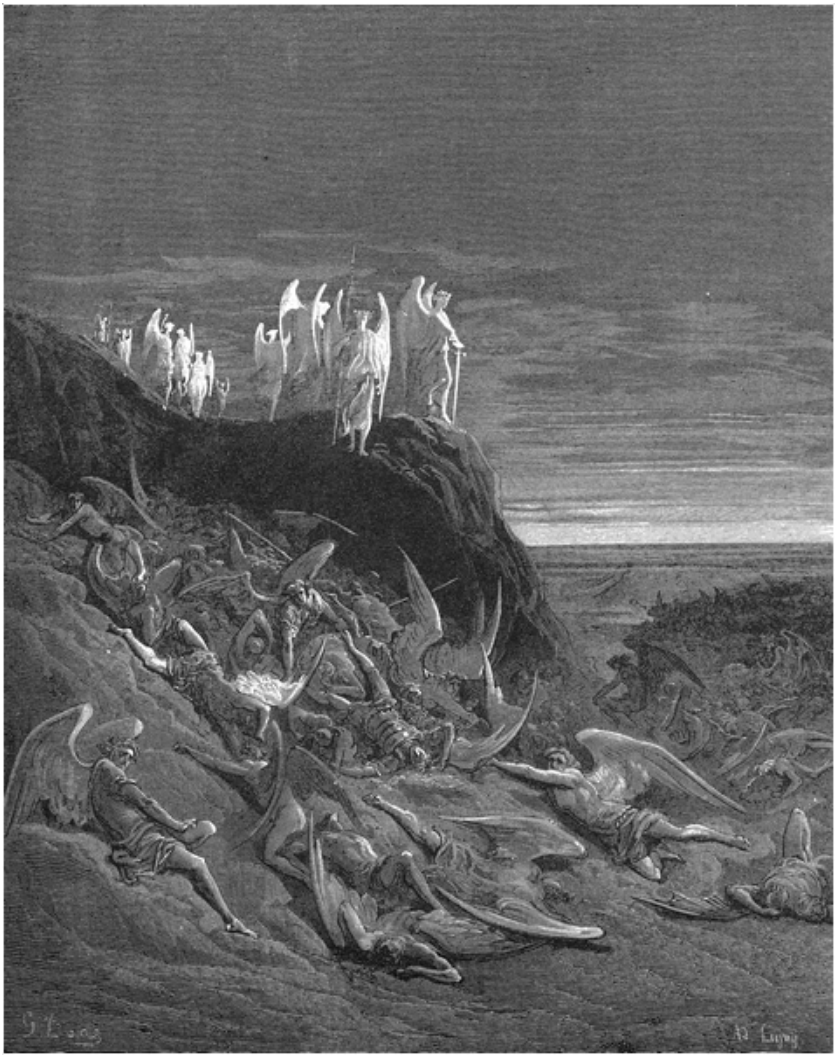
La hoja arrasadora con herida discontinua[233]
Lo tajó. La etérica substancia, sin embargo,
Pronto se cerró, indivisible, y del corte
Un humor nectáreo comenzó a fluir, sanguíneo,
Tal como Espíritus celestes pueden derramar,
Manchando toda su armadura, antes tan fulgente.
Al instante en todas partes se aprestaron a ayudarlo
Ángeles potentes, numerosos, ofreciendo
Protección, mientras otros sobre escudos lo portaban

A su carro, donde estuvo retirado
De las filas de la guerra. Ahí yació
Rabiando de desdén, de angustia y de vergüenza
Por no ser inigualable y ver su orgullo
Humillado en el fracaso, traicionada
Su confianza de igualar a Dios en fuerza.
Mas pronto se curó, pues los Espíritus que viven
Íntegros en cada parte —no cual feble el hombre
En entrañas, testa o corazón, hígado y riñones—
Mueren solamente aniquilados
Y en su líquida textura más mortal herida
No reciben que tendría el fluido aire:
Todo corazón, cabeza toda, todo oído y ojo,
Son inteligencia toda y sensación[234]
Y asumen miembros, forma, talla, o el color
Según les gusta, ralos o compactos.
»En otras partes mientras, hechos semejantes
Merecían el recuerdo: donde enérgico Gabriel luchaba
Y con cohortes fieras penetraba la profunda formación
De Móloc, Rey furente, que lanzó su desafío
Prometiendo atarlo a las ruedas de su carro
Y arrastrarlo, sin frenar sacrílega su lengua
Por el Santo de los Cielos; pero pronto,
Hasta el talle hendido, con las armas destrozadas
Y dolor desconocido huyó mugiendo. En los flancos,
Rafael y Uriel a sus rivales ostentosos,
Aunque enormes y en diamante acorazados,
Derrotaron a Asmadai y Adramelek[235], dos potentes Tronos
Que ser menos que Deidades despreciaban;
Pero planes más modestos aprendieron en la huida,
Con terríficas heridas a través de malla y lama.
Tampoco Abdiel dejó de importunar
La atea tropa, y con golpe redoblado
Abatió a Ariel y Arioch, y la violencia
De Ramiel[236] prendió e incineró.
Relatar podría de millares y sus nombres
En la Tierra eternizar, mas esos Ángeles electos

Se contentan con su fama en el Empíreo
Sin buscar halago de los hombres; la otra suerte,
Aunque en actos bélicos y de poder excelsos,
Y de fama tan ansiosos, expurgados por condena
Como están del Cielo y la memoria santa,
Déjalos morar innominados en oscuro olvido.
Pues la fuerza separada de lo justo y la verdad,
Indigna, no merece más que reprensión
Y oprobio porque, si a la gloria aspira
Es con vanagloria, y con infamia fama busca:
Que el silencio eterno sea pues su sino.
»Y ahora, aplastado su adalid, cambió el combate;
Muchas embestidas hondas provocaron
Desbandada y cruel desorden; todo el campo
Lo cubrían rotas armaduras y en montón
Yacían los volcados carros, sus aurigas
Y corceles de ígnea espuma. El resto recejaba
Extenuado con la hueste de Satán desfallecida,
Defendida apenas, sorprendido por el miedo,
Por primera vez por miedo sorprendido y daño
Huía ignominioso, a esos males empujado
Por la inobediencia pecadora y hasta esa hora
Incapaz de miedo, huida y daño.
Muy distinto albur, los Santos inviolables
En falange cúbica avanzaban, firme, entera,
Invulnerable, impenetrablemente armada:
De ventaja tan inmensa su inocencia
Les dotaba sobre sus rivales, libres de pecado,
De desobediencia como estaban; la pelea
No los fatigó, ajenos fueron al dolor
De las heridas, aunque la violencia los barría.



»Ya la noche su andadura comenzó y, arrojando
Sobre el Cielo oscuridad, impuso tregua grata
Y, al estruendo odioso de batalla, dio silencio.
Bajo la nubosa cobertura, ambas huestes se apartaron,
Vencedores y vencidos: en el área combatida,
Con sus Ángeles invictos acampó Miguel
Y puso todo alrededor sus centinelas,



Vibrantes fuegos querubínicos. Al otro lado,
Satanás con sus rebeldes se esfumó,
Retirado lejos en las sombras y, de paz exento,
Convocó en la noche la asamblea de sus Grandes;
Entre ellos, sin desalentarse, así les habló:
»“Oh, probados ya en peligro, en las armas
Confirmados invencibles, camaradas míos,
Dignos no de libertad únicamente,

Irrisoria pretensión, sino de ansias aún mayores:
El honor, dominio, gloria y el renombre,
Pues un día soportamos de dudosa lucha
(Y si un día, ¿por qué no días sin final?)
Lo que el Señor del Cielo, de más recio,
Ha enviado de su Trono en contra nuestra
Presumiendo suficiente para sojuzgamos,
Mas no es tal: así falible, se diría,
Podemos reputarlo desde ahora, aunque hasta hoy
Lo creímos omnisciente. Es verdad que, peor armados,
Cierta desventaja padecemos, cierto daño,
Hasta hoy desconocido, mas tan pronto conocido
Como desdeñado, pues hallamos esta forma empírea
Incapaz de deletérea herida,
Imperecedera y, aunque acuchillada,
Pronto restaurada y por vigor innato sana.
De perjuicio pues tan nimio fácil estimad
La solución: quizá mejores armas y más válidas,
Ingenios más violentos, en la próxima batalla,
Sirvan para darnos éxito, o peor cosecha al enemigo,
O igualar lo que produjo en la lucha diferencia,
Mas ninguna natural: si otra causa oculta
Los mostró preponderantes, mientras preservemos
Mente incólume y un sano entendimiento,
El debido examen y consulta lo expondrán".
»Se sentó; y siguiente en levantarse fue
Nisroc[237], entre aquellas Principalidades el primero;
Como alguien escapado de la lucha cruel se alzó,
Exhausto y dolorido, la armadura destrozada
Y sombrío el ceño, respondiendo dijo:
"Libertador de nuevos Grandes, líder al libre
Goce del derecho que tenemos como Dioses;
Pero duro es para Dioses, y tarea harto desigual,
Contra armas desiguales combatir dolientes,
Contra seres indolentes, impasibles; mal, sin duda,
Del que ruina seguirá. Pues ¿de qué sirven
El valor, la fuerza impares, sofocados por el daño

Que todo lo somete y hace negligente el brazo
Más potente? Del sentido del placer, quizá,
Podamos prescindir sin lamentarnos
Y vivir contentos, que es la vida más tranquila.
Pero el dolor es la miseria más completa,
De los males el peor y, si excesivo, acaba
La paciencia. Ése, pues, que invente
Cosa más brutal con que podamos ofender
A los aún ilesos oponentes, o nos arme
Con defensa equiparable, para mí merece
Tanto cuanto vale la liberación".

»A lo que Satán, con faz compuesta, replicó:
"No por inventar yo traigo lo que con justicia
Consideras, para triunfo nuestro, principal.
¿Quién entre nosotros al mirar la superficie
De este etéreo firme en el que estamos,
Este continente de espacioso Cielo, adornado
De verdores, frutos, flores ambrosiales, gemas, oro,
Tiene el ojo tan somero que examina
Todo esto sin pensar de dónde crece
Hondo bajo el suelo, materiales crudos, foscos,
De ígnea y excitable espuma[238], hasta que tocados
Por el rayo empíreo y temperados, emergen,
Tan hermosos, y se muestran a la luz del día?
Éstos, en su oscuro nacimiento, lo profundo
Ha de dárnoslos, preñados de la llama averna,
La cual, en ingenios huecos, largos y redondos,
Bien cebados, al tocar con fuego la otra boca,
Dilatada y sulfurada, desde lejos lanzará
Con ruido atronador a nuestros enemigos
Tales instrumentos de maldad que harán
Añicos y hundirán a todo el que se alce hostil,
Y todavía temerán que hayamos desarmado
Al Tonante del temido, impar Relámpago[239].
Labor no extensa nos espera: antes de la aurora
La tendremos terminada. Mientras, revivid;
Dejad el miedo; para fuerza y juicio unidos,

Nada es duro, y menos aún razón de desespero".
»Acabó y palabras tales los mohínos rostros
Encendieron, reanimando la esperanza extenuada.
El invento a todos admiró y cada cual se sorprendía
Tanto de no ser el inventor cuan fácil parecía,
Una vez hallado, lo que no encontrado supusieran
Imposible. Alguien de tu raza, acaso,
En los días por venir, si la maldad abunda,
Alguien decidido al daño, o inspirado
Por diabólica maquinación, podría concebir
Objeto semejante para azote de los hombres
Por pecar, proclives a la guerra y mutua destrucción.
Al instante del consejo al trabajo vuelan,
Nadie quiso discutir, innumerables manos
Ya dispuestas abren de inmediato ancha brecha
En el suelo celestial y ven debajo
Los principios de Natura en su cruda
Concepción; espuma nítrica y sulfúrica
Hallaron, la mezclaron y con arte fino,
Depurada y retostada, la reducen
Al más negro de los granos y la guardan luego.
Parte ocultas venas excavó (no carecía esta tierra
De algo a entrañas similar) de piedra y mineral
De que fundir sus bombas y sus máquinas
De ruina arrojadiza; parte, incentivo cáñamo[240]
Aporta, pernicioso si lo toca el fuego.
Antes de romper el día, bajo consciente noche[241],
En secreto terminaron y formaron filas,
Con callada precaución, inadvertidos.
Ahora, al surgir oriente el alba bella,
Se levanta la hueste victoriosa y a las armas llama
Con trompeta matinal; armados forman
En panoplia áurea, tropa refulgente,
Pronto preparada. Otros, desde montes aurorales,
Avizoran el entorno y batidores de ágil armamento
Baten el terreno por saber del enemigo,
Dónde acampa, si ha huido, o por luchar

Está ya en marcha o hace alto. Lo hallan pronto,
Bajo insignias desplegadas viene, lento
Pero firme batallón. Con singladura rápida,
Zofiel, el ala de los Querubines más veloz,
Volvió volando y en mitad del aire fuerte así llamó:
»“Armaos, guerreros, al combate; ahí el enemigo,
Que creímos escapado, nos ahorra en este día
Perseguirlo: no temáis su huida; hecho densa nube
Llega, y afirmada en su rostro puedo ver
Resolución segura y triste: cada cual
Se ciña bien su cota adamantina, cada cual
Se calce el yelmo, el escudo aferre circular
Portado al frente o alto, pues hoy lloverá,
Si no desbarro, no ridícula mollizna,
Sino vibrante tempestad de flechas ígneas”.
»Así les avisó, avisados ellos ya, y pronto
Coordinados, libres de la impedimenta,
Rápidos y sin barullo respondieron al clamor de alarma,
Avanzando en formación de guerra; cuando vieron,
No muy lejos, la pesada marcha de la hueste adversa
Allegándose compacta y colosal, que en cuadro hueco[242]
Remolcaba sus diabólicos ingenios, flanqueando
Cada lado con profundos escuadrones como escudo
Que la trampa camuflaban. Viéndose pausaron ambos
Un instante, pero pronto a la cabeza apareció
Satán, a quien se oyó mandar potente así:
»“Vanguardia, desplegaos a la diestra y la siniestra,
Que vean todos quién nos odia, cómo les pedimos
Paz y compostura y, con el pecho abierto,
Esperamos bien dispuestos recibirlas, si les place
Nuestra oferta y no se vuelven, pérfidos.
Mas yo lo dudo, sin embargo sea el Cielo mi testigo,
Cielo sé testigo, pues, mientras descargamos
Francos nuestra parte. Y vosotros ahí en pie,
Obrad según se os manda y tocad en breve
Lo propuesto, y bien fuerte que oigan todos”.
»Se burlaba así, en equívocas palabras, y apenas

Terminara, cuando el frente a diestra y a siniestra
Se partió, retrocediendo a cada flanco.
Nuestra vista descubrió, cosa nueva y rara,
Una triple hilera de pilares que yacían
Sobre ruedas (pues pilares parecían sobre todo,
O bien cuerpos vaciados hechos ya de roble o pino,
Sin ramaje, derribados en montaña o bosque):
Bronce, hierro, pétrea masa, si sus bocas
De hórrido orificio, vueltas vastas a nosotros
No anunciasen hueca tregua. Y detrás de cada pieza
Había un Serafín con una caña que en su mano
Tremolaba, con pináculo de fuego. En suspenso
Los miramos, nuestras mentes distraídas;
No por mucho, pues sus cañas de repente todos
Extendieron por tocar conducto angosto
Con el roce más ligero. Al instante en llamas,
Pero pronto envuelto en humo, todo el Cielo pareció,
Eructados por aquellos artefactos gargantudos
Que con rugido escandaloso el aire destriparon
Desgarrando sus entrañas, vomitando inmundo
Su diabólico atracón: encadenadas balas[243] y granizo
De balones férreos que, apuntados a los víctores,
Con furia golpearon tan impetuosa
Que ninguno, si alcanzado, resistió de pie
—Firmes como rocas, si no— y cayeron
Por millares, Ángeles rodando contra Arcángeles
Y más veloces cuantas más las armas. Desarmados,
Fácilmente cual Espíritus lo habrían evitado
Por urgente contracción o evaporándose; así,
Deshonrosa huida resultó y desbandada,
Ni ayudó tampoco abrir las densas filas.
¿Qué podía hacerse? Si embestían, el rechazo
Reiterado e indecente vapuleo
Redoblado los haría aún más indignos,
Más risibles a ojos enemigos; pues, ya a la vista,
Otra hilera de formados Serafines se aprestaba
A descargar de nuevo la andanada de sus truenos:

Y volver desbaratados era lo que más
Aborrecían. Viendo su dilema Satanás,
Así burlándose a sus camaradas les gritó:
»"Oh amigos, ¿y no vienen esos víctores soberbios?
Antes sí venían fieros y al tratar nosotros
De atenderlos bien con francos frente
Y pecho (¿y qué menos?), con propuestos términos
De acuerdo, cambian súbitos de idea,
Vuelan y caen en rara extravagancia,
Cual si danzasen, aunque para danza bien parecen
Algo peregrinos y salvajes, puede que del gozo
De la paz que les brindamos; mas supongo
Que, si oyesen nuevamente nuestros términos,
Podríamos convencerlos para pronta solución".
»A lo que así Belial, en vena socarrona semejante:
"Los términos mandados eran términos de peso,
Tema duro, oh Capitán, de fuerza lleno y tino;
Y tal cual pudimos percibirlo les distrajo a todos
Y trastornó a los más: quien lo reciba rectamente,
Debe de los pies a la cabeza soportarlo bien;
No aguantado, tiene la ventaja al menos
De mostrarnos cuándo el enemigo no anda tieso".
»Así entre ellos con frívolo talante
Se mofaban, animados ya en sus mentes
Sin dudar de la victoria, pues creían cosa fácil
Al Poder Eterno equipararse con inventos tales
Y su Trueno sometían al escarnio, y a su hueste
La ponían en ridículo, en tanto ésta
Atravesaba mal momento. Pero no fue largo,
La ira terminó por inflamarlos y les dio las armas
Apropiadas contra tan diabólica vileza.
Enseguida (mira la excelencia, el poder
Que Dios fijara en sus potentes Ángeles)
Las armas arrojaron y a los montes
(Pues la Tierra de los Cielos tiene tal diversidad:
Placer que dan los montes o los valles)
Raudos como rayos ya corrieron ya volaron

Y, zarandeando sus cimientos hasta aflojarlos,
Arrancaron las montañas con su lastre entero,
Rocas, aguas, bosques, levantándolas
Por las hirsutas cimas con las manos. Pasmo,
Ten por cierto, y pánico al ejército rebelde poseyó,
Cuando vieron pavorosas acercarse contra ellos
Las raíces de los montes vueltas del revés,
Que en la triple hilera de malditos artefactos
Luego caen, sepultando bien profunda
Su confianza bajo el peso de las moles;
Ellos mismos siguen, y reciben sus cabezas
Grandes promontorios arrojados que su sombra
Por los aires dilataban y abatían las legiones por entero.
Al daño cooperaban sus corazas, que aplastaban,
Machacadas, su substancia presa, provocándoles dolor
Inexorable y más de un grito atormentado,
Peleando largo rato bajo tierra por librarse
De prisiones tales, pues si bien Espíritus de pura luz,
Antes la más pura, ahora burdos eran por pecar.
El resto, remedando aquellas armas,
Los vecinos montes desgajaron;
Y así montañas por los aires tropezaron con montañas
Arrojadas y devueltas con furor tan espantoso
Que lucharon subterráneas las legiones, en funesta sombra,
Infernal ruido: juego popular la guerra parecía
Comparada con tumulto tal. La confusión horrible
Se sumaba a confusión y todo el Cielo ahora
Apuntaba a la hecatombe y vasta ruina.
Mas el Padre Omnipotente donde mora,
Consagrado en su seguro Santuario empíreo,
Contemplando el conjunto de las cosas, tras prever
Tal alboroto y permitirlo todo, de manera
Que su gran propósito pudiera culminarse
—Honrar a su Hijo Ungido, vengador
De sus rivales, proclamando la cesión
De todo su poder—, así a su Hijo,
Cosedente de su Trono, le anunció:

»“Efulgencia de mi gloria, Hijo amado,
Hijo en cuyo rostro lo invisible se contempla
Manifiesto del Divino Ser que soy
Y en cuya mano, lo que por Ley yo hago;
Tú, segunda Omnipotencia: dos días han pasado
—Dos días cual días computamos en los Cielos—
Desde que Miguel y sus legiones enviamos a domar
A los rebeldes; dura ha sido su pelea, como ocurre
Cuando tales enemigos pugnan bien armados.
A sus propias fuerzas los libré, y tú lo sabes:
En su creación iguales fueron hechos,
Menos eso que el pecado diferencia y que aún obra
Imperceptible, pues su sino tengo en suspensión.
Por ello en lucha eterna deben perdurar,
Indefinidamente, sin posible desenlace.
La guerra, ya gastada, hizo todo lo que guerra
Puede hacer y da ahora rienda a rabia ciega,
Con montañas como armas, lo que trae trastorno
Al Cielo y hace peligrar sus fundamentos.
Dos días han pasado, tuyo es el tercero;
Por ti lo prescribí y hasta aquí
Lo he tolerado, pues la gloria quiero tuya
De acabar contienda tan enorme: sólo tú
La puedes terminar. Virtud y gracia inmensas
A ti te he transferido, que conozcan todos
En el Cielo y el Infierno tu poder sin par
Y vean resolverse esta conmoción perversa
De manera que el más digno te proclame
De heredarlo todo, de Heredero ser y Rey
Por unción sagrada, tu derecho merecido.
Ve pues, potentísimo en el Poder del Padre,
A mi Carro asciende, guía rápidas las ruedas
Que estremecen la base celestial; tuyos mis ejércitos,
Mi Arco y Trueno, mis omnipotentes armas
Cíñete, y esta espada mía contra el muslo fuerte.
A los hijos de la oscuridad persigue, échalos
De los confines del Empíreo, al total Abismo:

Y que allí practiquen como quieran el desprecio
A Dios y su Mesías, Rey Ungido".
»Dijo, y ante el Hijo sus directos rayos
Fulguraron plenos, que en su rostro pleno recibía
Todo lo que le decía el inefable Padre;
Y así en respuesta, la Filial Deidad habló:
»"Oh Padre, oh Supremo de los Tronos Celestiales,
El Primero, Altísimo, Santísimo, Mejor,
Que buscas siempre enaltecer al Hijo,
Y a ti yo siempre, como es justo. Sea pues
Mi gloria ésta, mi exaltación y todo mi deleite:
Que tú, del todo complacido en mí, tu voluntad
Cumplida digas, pues cumplirla es mi entera dicha.
El Cetro y el Poder, tus dones, yo los tomo
Y más contento aún te los restituiré cuando al final
Tú seas el Todo en todos y yo en ti
Por siempre, y en mí todos los que amas.
Pero al que odias, yo lo odio y visto
Tus Terrores como puedo revestirme de tu Gracia:
Imagen tuya en toda cosa; y enseguida he de librar,
De tu Poder armado, a los Cielos de rebeldes,
Arrojándolos a su mansión prescrita de tormentos,
A cadenas de tiniebla y el gusano imperecible,
Pues de tu obediencia justa se apartaron
Siendo obedecerte la felicidad absoluta.
Entonces ya tus Santos depurados, de impuros
Lejos, separados, rodeando el Monte Santo,
Cantarán sus aleluyas no fingidos, himnos
De alabanza grande, y entre ellos yo el primero".
Esto dijo, doblegándose ante el Cetro, se levanta
De la diestra de la Gloria donde estaba
Y el tercer Amanecer sagrado comenzó a brillar,
Aurorando todo el Cielo. Rápido partió atorbellinado
El Carro de la Paternal Divinidad[244],
Emitiendo llamas densas, rueda en rueda, no arrastradas,
Mas de espíritu dotadas y escoltadas
Por las cuatro formas Querubínicas: y cuatro rostros

Cada cual tenía milagrosos y los cuerpos estelados
Y alas que poblaban ojos, ojos en las ruedas
De berilio, y entre medio fuegos vigorosos.
Sobre sus cabezas, un hialino firmamento
Donde un Trono había de zafiro, incrustado
De ámbar puro y colores arcoiris.
Con panoplia celestial armado por entero
De radiante Urim[245], obra de divina hechura,
Ascendió el Mesías y a su diestra la Victoria
Aquilina se sentaba; junto a él pendía el arco
Y el carcaj, que truenos contenía trifulmíneos,
Y surgía alrededor feroz exhalación
De humo y llamas cintilantes, con pavesas de terror.
Asistido por diez mil millares de sus Santos
Al combate fue: desde lejos fulgurante su llegada;
Y se vieron veinte mil (el número oí contarse)
Carros del Señor, a cada lado la mitad.
Él en alas de Querube cabalgaba formidable,
Sobre el cielo cristalino, en zafiro entronizado,
Luminoso ilimitadamente, mas primero visto
Por los suyos. Dicha inesperada les sorprende
Cuando el estandarte del Mesías brilla alto,
Signo suyo celestial portado por sus Ángeles;
Y a este liderazgo el gran Miguel reduce pronto
Todas sus legiones, esparcidas por las alas,
Formando un solo cuerpo bajo única Cabeza.
El Poder Divino su camino le prepara por delante:
A sus órdenes los montes desgajados vuelven
A su encaje cada cual: su voz oyeron y marcharon
Obsecuentes: recobró el Empíreo su faz habitual
Y frescas flores en los montes y los valles sonrieron.
Esto ven sus enemigos desdichados, mas tenaces
A la lucha conjurada predisponen sus milicias,
Insensatos, que del desespero gestan esperanza:
¿Y en Espíritus celestes cabe tanta perversión?
Mas ¿qué señales al altivo le convencen?,
¿Qué milagros rendirán al obcecado?

Más los ofuscó lo que mejor podía rescatarlos:
Pues doliéndoles su gloria, al mirarla
La envidiaron, y aspirando a su excelencia
Se rearmaron fieramente, decididos a medrar
Por fraude o fuerza e imponerse al fin
A Dios y su Mesías, o a caer
En la postrera ruina universal. Y ahora
Al combate decisivo se aprestaron, repudiando huida
O la débil retirada, cuando grande el Hijo del Señor
A su hueste toda a cada mano dijo:

»"En brillante formación aquí quedad, oh Santos,
Aquí vosotros hoy, oh Ángeles armados, descansad.
Fiel ha sido vuestra lucha y Dios la acepta,
Valerosa, destemida, en su causa justa,
Y tal cual recibisteis, realizasteis
Invencibles. Pero de esta multitud maldita
El castigo a otra mano pertenece: de Dios
Es la venganza, o de aquel a quien la encarga.
Números no exige el acto de este día,
Ni tampoco muchedumbres: sólo pues mirad
La indignación de Dios vertida por mi mano
Sobre estos indevotos. Porque no a vosotros,
Sino a mí desprecian; contra mí su envidia y rabia,
Porque el Padre, a quien en el supremo Cielo
El Poder y Gloria y Reino pertenecen,
Me ensalzó según su voluntad.
Por ello a mí me asigna su condenación:
Que cumplan su deseo de probar conmigo
En la batalla quién domina, si ellos todos
O yo solo contra todos, ya que miden todo
Por la fuerza mientras otras excelencias
Las desdeñan, no importándoles la ajena alteza:
Otra guerra pues no habré de darles".

»Así habló el Hijo y en terror cambió
Su rostro, muy severo para ser mirado
Y de rabia lleno contra tales enemigos.
Al tiempo aquellos Cuatro alas desplegaron esteladas

De terrible sombra inconsútil, y los orbes
De su Carro atroz rotaron como con ruido
De corrientes torrenciales o hueste numerosa.
A sus impíos enemigos atacó directo,
Lóbrego cual noche; bajo sus ardientes ruedas
El Empíreo inalterable trepidó de extremo a extremo,
Todo menos del Señor el Trono. Estuvo
Pronto entre enemigos, aferrando con la diestra
Diez mil truenos, que lanzó precediéndole
A infligir tormentos en las almas adversarias;
Aturdidos éstos, toda resistencia abandonaron,
El coraje entero; les caían inútiles las armas.
Sobre yelmos y broqueles y cabezas enyelmadas
Él pasó de Tronos y Querubes doblegados
Que querían las montañas arrojadas contra ellos
Otra vez, por protección contra su ira.
Y no menos tormentosas les llovían
Sus saetas de los Cuatro cuatrifrontes,
De ojos guarnecidos, y de las vivientes ruedas
Guarnecidas por igual con copia de ojos.
Un Espíritu reinaba en todos y cada ojo
Rayos emitía y disparaba fuego pernicioso
A los malditos, marchitándoles la fuerza,
Del vigor habitual drenándolos, dejándolos
Exhaustos, lánguidos, desalentados, flojos.
La mitad de su poder usó no obstante sólo;
Refrenó su Trueno porque no quería
Aniquilarlos, sino echarlos de los Cielos:
A los caídos los alzó y, cual rebaño
De carneros o hato temeroso apretujado,
Fulminados los llevó, acuciándolos
Con pánicos y furias hasta el límite,
El Muro de Cristal del Cielo que, de par en par,
Rodó hacia dentro, revelando una ancha boca
Al Abismo yermo. La monstruosa vista
Les incita a receder, mas miedo aun peor
Les urge por detrás y saltan de cabeza

Por el filo del Empíreo, mientras ira eterna
Arde en pos de ellos hasta lo insondable.
»Oyó el Infierno el ruido insoportable, vio el Infierno
A los Cielos de los Cielos despeñarse y quiso huir
Acobardado. Mas el Hado estricto hondo hincara
Sus oscuros fundamentos, fuertes los fijara.
Nueve días caen: el confuso Caos rugió,
Sintiendo en su despeño décuple trastorno

Por su bárbara anarquía, tanto aquel desastre
Lo llenó de ruinas. El Infierno al fin
Abriéndose los recibió, tragándolos a todos:
El Infierno su mansión, que fuego inextinguible
Saturaba, la morada de las penas y el dolor.

Exultó el Cielo deslastrado y pronto reparó,
Volviendo al punto en que se abriera, la mural herida.

Víctor único de la expulsión del enemigo,
El Mesías dio la vuelta a su triunfante Carro:
Por recibirlo ya sus Santos, que silentes fueran
Los testigos de sus actos absolutos,
Avanzaron jubilosos; y al moverse
Bajo sombra de ramosas palmas, cada fúlgida cohorte
Entonaba triunfos, proclamándolo glorioso Rey,
Hijo y Heredero y Soberano, quien dominio obtuvo,
El más digno de reinar. Él, celebrado, cabalgó
Triunfante por el Cielo, a las Cortes
Y hasta el Templo de su Padre poderoso, en Trono
Alto, que en la Gloria lo acogió,
Donde ahora está sentado, a la diestra de la dicha.
»Así, midiendo cosas celestiales por terrestres,
Por pedirlo tú y que puedas precaverte
Conociendo lo que ha sido, te he manifestado
Lo que fuera de otro modo para el hombre arcano:
La discordia habida, la batalla en el Empíreo
Entre Angélicos Poderes y el profundo despeñarse
De aquellos que, anhelando demasiado, con Satán
Se sublevaron, quien tu suerte envidia ahora,
Que conspira para seducirte, incitarte
A ti también a rebelión, que despojado
De la dicha puedas compartir con él
El escarmiento, la eternal miseria;
Pues sería todo su solaz y su venganza,
El ultraje al Altísimo arrojado,
Convertirte en el cofrade de sus penas.
Mas sus tentaciones no las oigas, aconseja
A tu mujer, más frágil; aprovecha el conocer,
Por este ejemplo tremebundo, qué castigo premia
La desobediencia; pues pudieron mantenerse firmes
Y cayeron: piensa en ello y teme transgredir.»

Libro VII

EL ARGUMENTO

A petición de Adán, Rafael relata cómo y para qué fue creado este mundo; cuenta que Dios, tras expulsar a Satán y sus Ángeles del Cielo, declaró su placer en crear otro mundo y otras criaturas que morasen en él. Envía a su Hijo con gloria y cortejo de Ángeles a realizar el trabajo de Creación en seis días. Los Ángeles celebran con himnos la culminación de la obra y la reascensión del Hijo al Cielo.

Desciende Urania[246] de los Cielos, si este nombre
Se te aplica justamente, cuya voz divina,
Si la sigo, por encima del Olimpo me transporta,
Más allá del vuelo de las alas del Pegaso.
Tu esencia, no tu nombre llamo; pues tú,
No de las nueve Musas, no en la cumbre moras
Del antiguo Olimpo, sino que, celígena,
Antes que montaña apareciese o fluyese fuente,
Departías con la eternal Sabiduría,
La Sabiduría hermana tuya, y con ella retozabas
En presencia del Altísimo, al que placía
Tu celeste canto. Por ti conducido
Al Cielo de los Cielos me he aventurado,
Huésped terrenal, y respirado aire empíreo
Que templaste para mí; con igual cuidado, pues,
Tórname a mi elemento natural, no sea
Que este potro volador sin rienda (como a Belerofonte
Un día, aunque desde atmósfera más baja)
Me desmonte y caiga a los campos de Alea[247],
A vagar allí errabundo, desolado.
La mitad aún queda por cantar, si más modesta
Y en el marco ya visible de diurna esfera.

De pie en la tierra, no arrobado sobre el polo,
Canto más a salvo con mi voz mortal, no ronca
O muda, aunque caído en malos tiempos[248],
En malos tiempos caído y malas lenguas,
En tinieblas, y cercado por entero de peligros,
Soledad. No solo, sin embargo, mientras tú
Visites cada noche mi reposo o al purpurar
El alba el este. Mi cantar gobierna todavía,
Urania, y apta audiencia halla, aunque escasa.
Pero aleja el desentono bárbaro
De Baco y sus bacantes, raza
De esa horda fiera que al bardo tracio desmembró
En Rhodope, donde peñas y forestas escucharon
El arrobo hasta que el clamor salvaje sofocole
Voz y arpa, y no pudo defender la Musa
A su hijo[249]. Así no falles tú a quien te implora,
Pues tú eres celestial: ella sólo un sueño.
Di, Diosa, qué siguió después que Rafael,
Afable Arcángel, exhortase a Adán
Por medio de terrible ejemplo a evitar
La apostasía, relatándole lo que ocurrió en el Cielo
A los apóstatas, que nada parecido le ocurriese
En el Paraíso a Adán o a su linaje,
—Con deber de no tocar el prohibido árbol—,
Si transgredían, desdeñando ese solo mandamiento
De tan fácil obediencia entre tanta suerte
De sabores para complacer el apetito,
Aun voluble. Él con Eva su consorte
Escuchó la historia atento y se colmó
De admiración y de hondo sentimiento al oír
De cosas tan extrañas y tan altas, cosas
Inimaginables, como el odio en las Alturas
Y la guerra tan cercana a la paz de Dios, en beatitud
Con tanta conmoción: mas pronto rechazado el mal,
Como avalancha recayó en aquéllos
De los que brotara, incapaz de mixturarse
Con la dicha. Pronto, pues, Adán las dudas

Repelió que en su pecho germinaran; y ahora
Conducido, aún sin pecado, por deseo de saber
De cosas más vecinas —cómo comenzó
Este mundo perceptible de la tierra y cielo,
Cuándo y para qué creado, por qué causa;
Qué, ya dentro o fuera del Edén, fue hecho
Anterior a su memoria—, como alguien que su sed
Apenas aplacara aún observa la corriente
Cuyo líquido murmurio nueva sed le excita,
Procedió a interrogar así a su celeste huésped:
«Grandes cosas, llenas de milagro al escucharlas,
Tan diversas de este mundo, hoy nos has mostrado,
Oh divino intérprete, enviado por merced
Desde el Empíreo para precavernos
Oportunamente de eso que podría devastarnos
Ignorado, y que no alcanza el conocer humano;
Por ello al infinito Bien le debemos
Gratitud imperecible y su advertencia
Recibimos con solemne intento de observar,
Inmutablemente, su suprema voluntad, cuyo fin
Nosotros somos. Pero, ya que has accedido
Complaciente, para darnos instrucción, a hablar
De eso que trasciende mente terrenal y sin embargo
Nos incumbe (como cree la Altísima Sabiduría),
Dígnate ahora descender un tanto y relatar
Lo que acaso no debamos menos conocer:
Cómo comenzó este cielo que observamos
Tan lejanamente alto, ornado de movientes fuegos[250]
Incontables, y esto que produce o colma
Todo espacio, el aire circundante, universal,
Que abraza esta tierra floreciente; qué motivo
Impulsó al Creador, en su quietud sagrada
De la Eternidad, recientemente, a construir
Allá en el Caos; y empezada la obra, di
Cuándo absuelta[251], si es que puedes revelar
Lo que no por tantear secretos preguntamos
De su eterno Imperio, sino por mejor

Magnificar sus obras, cuanto más las conozcamos.
Y a la gran Luz del Día aún le queda mucho
Por cubrir de su declive, suspendida en las alturas
Por tu voz, pues tu potente voz escucha
Y más se atardará por escucharte relatar
Su gestación, y el emergente nacimiento
De Natura de la hondura inaparente.
O si el Astro Vespertino con la Luna
A oírte se apresuran, traerá consigo nuestra noche
El silencio, y por oírte el sueño velará;
O podemos ahuyentarlo hasta que tu Canto
Se termine y despedirte antes del alba».
Así a su ilustre huésped le rogó Adán,
Y así el divino Ángel respondió gentil:
«Esta petición que con cautela me requieres
Tenia pues: aunque obras todopoderosas
¿Qué palabra o lengua serafínica podrá narrarlas,
O qué humano corazón ha de entenderlas?
Lo que alcances, sin embargo, y mejor te sirva
En gloriar al Hacedor y darte
Dicha grande no ha de silenciarse:
Esta comisión he recibido de los Cielos,
Responder a tu deseo de conocimiento
Dentro de unos límites; más allá abstente
De inquirir y no imagines penetrar
Las cosas no manifestadas, pues el invisible Rey,
El único omnisciente, las veló en la noche,
Ignoradas para todos en la Tierra o Cielo:
Suficiente queda aparte que indagar y conocer.
Pero el saber es cual comida y no menos necesita
La templanza en el deseo, conocer
En qué medida lo podrá la mente contener:
Pues el exceso oprime en otro caso, y pronto torna
En locura la sapiencia, como en viento el alimento.
»Sabe, pues, que tras caer del Cielo Lucifer[252]
(Este nombre dale, más brillante un día
Entre los Ángeles que esa estrella entre los astros)

Con sus fúlgidas legiones a través de los abismos
Hasta su lugar y retornar el magno Hijo
Victorioso con sus Santos, el Omnipotente
Eterno Padre desde el Trono contempló
Su multitud y al Hijo le habló así:
»"Por fin ha caído el envidioso, que creyó
Rebeldes como él a todos y, con su asistencia,
Esta excelsa fortaleza inaccesible, el sitial
De la Deidad Suprema, desposeyéndonos,
Confió en arrebatarnos y al engaño
A muchos arrastró, que ya no están aquí.
La inmensa mayoría se mantiene, veo,
En sus puestos: populoso aún retiene el Cielo
Número bastante para henchir sus reinos,
Aunque vastos, y acudir a este alto Templo
Con servicio conveniente y solemnes ritos.
Mas por que no se goce del perjuicio
Ya causado, habiendo despoblado el Cielo
(Con lo que creyó dañarme), puedo reparar
El detrimento —si es tal perder a esos
Que a sí mismos se perdieron— y crearé en un instante
Otro mundo y, de un hombre, raza innúmera
De hombres que no aquí, sino allí residan,
Hasta que por grados meritorios elevados
Se abran ellos mismos al final camino
A las Alturas, bajo larga sumisión probados,
Y la Tierra se haga Cielo, y Tierra el Cielo,
Un solo Reino: dicha y unidad sin término.
Mientras, amplios habitad, Poderes de los Cielos;
Y tú mi Verbo, Hijo concebido, a través de ti
Y por ti obraré: habla y que tu palabra sea.
Mi Espíritu envolvente y mi Poder contigo
Mando. Parte al vuelo y al Abismo ordena,
Dentro de los límites fijados, ser un cielo y tierra,
El Abismo ilimitado, pues yo soy quien llena
Lo infinito, y no vacíos los espacios.
Aunque yo incircunscrito me retire

Y no manifieste mi bondad, que es libre
De actuar o no, necesidad y azar
No me alcanzan: lo que quiero es Hado".
»Así habló el Altísimo, y a lo que dijo,
Su Palabra, la Filial Deidad, efecto dio.
Inmediatos son los actos del Señor, más rápidos
Que el tiempo o la moción, mas al oído humano
No se puede sin proceso oral contárselos,
Contárselos según noción terrena.
Triunfo grande hubo y júbilo en los Cielos
Cuando esto declaró la Omnipotente Voluntad;
Cantaron glorias al Más Alto, buena voluntad
A los futuros hombres, paz en sus moradas;
Gloria a ese cuya justa ira vengadora
Arrojara a los infieles de su vista
Y de las mansiones de los justos; a él
Gloria y alabanza, cuya ciencia ha ordenado
Bien crear del mal, y en vez
De Espíritus malignos raza superior llevar
A su vacante espacio, difundiendo desde allí
Su bien a mundos y eras infinitas.
Así cantaron los angélicos Jerarcas; entre tanto el Hijo,
En su gran expedición, ahora apareció
Ceñido por la omnipotencia, coronándole fulgor
De majestad divina, de sapiencia y de amor
Inmensos, y con todo el Padre en él fulgiendo.
Alrededor del Carro innúmeros fluían
Serafines y Querubes, Potestades, Tronos
Y Virtudes, los Espíritus alados, los alados carros,
De los arsenales del Señor, en donde hay de antiguo,
Entre dos broncíneos montes[253], miles preparados
Para augusto día, ya con sus arneses,
Equipaje celestial, y ahora aparecieron
Espontáneos —el espíritu vivía en ellos—
Por seguir a su Señor. El Cielo abrió de par en par
Sus Puertas perdurables —armonioso son
De áureos goznes que se mueven— por dar paso

Al Rey de Gloria, que en su Verbo poderoso
Y su Espíritu, a crear venía nuevos mundos.
En celeste firme se tuvieron y desde el margen
Contemplaron el Abismo vasto inmensurable,
Tan violento como el mar, oscuro, yermo, fiero,
Trastornado desde el fondo por furiosos vientos
Y olas bravas cual montañas que asaltasen
El altor del Cielo, confundido el centro con el polo.
»"Silencio, arrebatadas olas; y tú, Abismo, paz
—La Omnífica[254] Palabra dijo— cese la discordia".
»No pausó, sino en alas de Querubes
Elevado, en paterna gloria cabalgó
Entrando lejos en el Caos y el mundo no nacido,
Pues el Caos oyó su voz. Su cortejo entero
Lo siguió en brillante procesión por ver
La Creación y los prodigios que obraría.
Detuvo entonces férvidas las ruedas y su mano
Asió el compás de oro, preparado
En el taller eterno del Señor, con que circunscribir
El Universo y todo lo creado:
Un pie centró girando el otro alrededor
Por la profundidad oscura y vasta,
Y dijo: "Llega tú hasta aquí, aquí tus límites;
Sea ésta tu circunferencia justa, oh Mundo".
Dios así creó el cielo, así la tierra,
La materia informe y lo vacío: honda oscuridad
Cubría los Abismos: mas, en la acuosa calma,
Sus alas en suspenso incubadoras extendió el Espíritu
E infundió vital virtud y calidez vital
Por toda la fluida masa, mas precipitando al fondo
La infernal escoria fría, negra y tartárea,
Opuesta a toda vida. Unió entonces, conglobó
Las cosas semejantes, separando el resto
Y dispersándolo; entre medio urdió el aire,
Y la Tierra en equilibrio céntrica colgó.
»"Haya Luz", dijo Dios, y de inmediato Luz
Etérea, la primera de las cosas, quintaesencia pura,

Brota del Abismo y desde su nativo oriente
Su andadura comenzó a través del aire penumbroso,
Esferada cual radiante nube, pues aún el Sol
No era, y ella en nubloso tabernáculo
Viajó entre tanto. Vio Dios la Luz cual cosa buena,
Y la Luz de la Tiniebla por el hemisferio
Separó: llamó al día Luz, a la noche Oscuridad.
Y tuvo así mañana y tarde el Día Primero.
Y no pasó incelebrado, sin canciones
De los Coros celestiales, cuando vieron la tiniebla
Exhalar por vez primera Luz Oriente:
Día del nacer de cielo y tierra. Júbilo y clamor
El hueco orbe universal colmaron,
Y tocaron sus doradas arpas elevando himnos
Al Señor y a sus creaciones, Creador lo proclamaban,
La primera tarde, la primera mañana.
»De nuevo dijo Dios: "Haya un firmamento
Entre las aguas, que separe
Aguas de las aguas". E hizo Dios
El firmamento, expansión de líquido aire puro,
Transparente, elemental, en círculo
Difuso hasta la última convexidad
De este ruedo grande: partición segura y firme
Que las aguas de debajo de las aguas superiores
Parte: pues, así como la tierra, Dios el Mundo
Sobre calmas aguas circunfusas erigió, en un ancho
Cristalino océano, y el ruidoso desgobierno
Del Caos puso lejos, pues los rábidos extremos,
Si contiguos, bien podían perturbar entera la estructura:
Y cielo así llamó al firmamento; y de la tarde,
La mañana, el Coro celebró el Segundo Día.
»La tierra estaba ya formada, mas del seno todavía
De las aguas, inmaduro embrión latente,
No surgía; sobre el rostro todo de la tierra
Vasto océano fluía, aunque no ocioso: con su cálido
Humor prolífico su globo entero temperaba
Fermentando a la Gran Madre, por que concibiese,

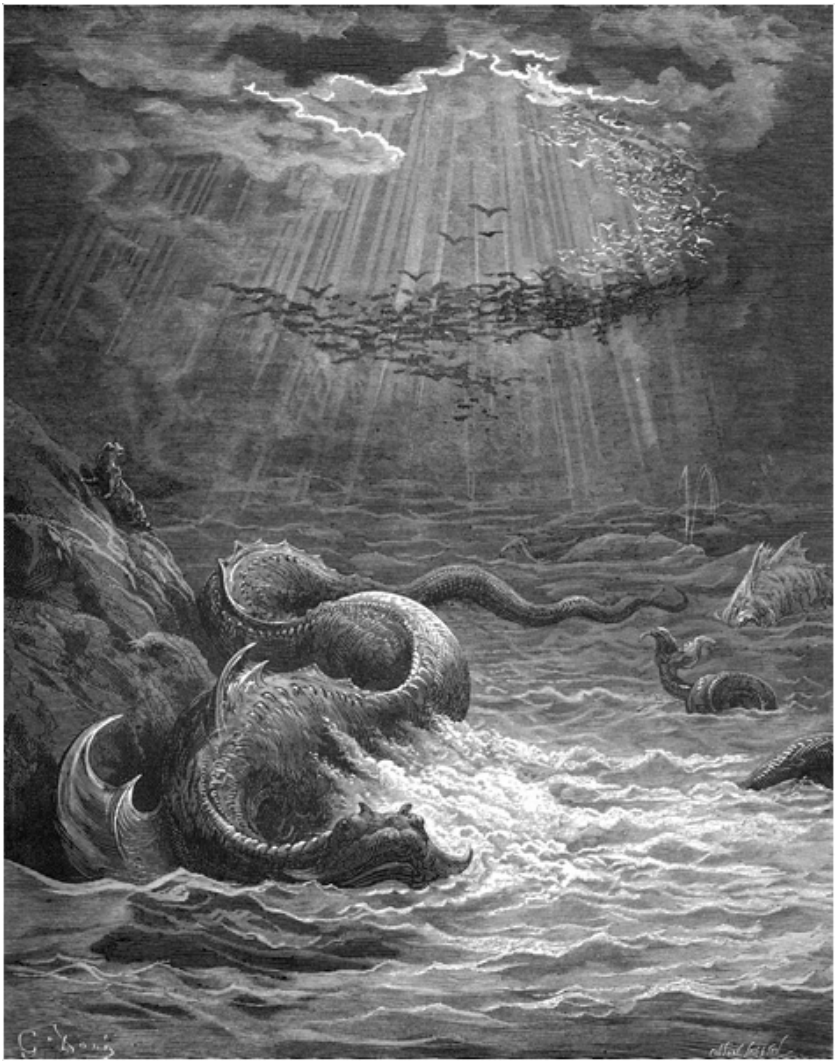
Y saciándola de genésico rocío. Y Dios dijo:
“Únanse las aguas bajo el cielo ahora
En sólo un sitio y que surja suelo seco”.
Y al instante las montañas formidables
Emergieron y desnudos, anchos lomos elevaron
A las nubes, y sus cimas a los cielos ascendieron.
Y tanto cual los montes túmidos se alzaron
Se abajó una hueca hondura, anchosa y deprimida,
Lecho muy capaz de aguas: éstas pronto allí
Corrieron con precipitosa dicha, conglobándose
Cual gotas sobre el polvo en tierra seca;
Parte en muro de cristal se yergue, o ímpetu
De olas: tal moción imprime el gran decreto
A la rápida avalancha, cual ejércitos al toque
De trompeta (pues de ejércitos ya oíste),
Tropa a su estandarte, tal la acuosa turba,
Ola atropellando a ola, donde vía hallaban:

Si empinada, con arrobo torrencial; si plana,
Con suave remolino. Y ni roca o monte las frenaban:
Ellas bajo el suelo o con rodeo amplio
Avanzando serpentinas, encontraban el camino
Y en el limo aguado íntimos canales esculpían:
Fácil, antes de que Dios secase el suelo todo,
Menos dentro de esos cauces donde ríos ahora
Corren, y perpetuos portan húmedo cortejo.
Al seco continente, tierra, y al gran recipiente

De las aguas congregadas mar los llama.
Y vio que era bueno y dijo: “Dé la tierra
Hierba verdeciente, hierba gestadora de semilla,
Y árboles frutales que den fruto por familias:
Su semilla germinante yace en tierra”.
Apenas lo hubo dicho cuando la desnuda tierra
Hasta entonces nuda y yerma, fea e inadornada,
Generó la tierna hierba, cuya fronda engalanó
Su faz universal de plácido verdor; y luego
Plantas de diversa hoja, que de pronto florecieron
Desplegando sus colores y alegrándole
El seno con aromas gratos. Y brotadas éstas,
Enseguida florearon densas vides racimosas, y reptó
La henchida calabaza, se irguió la espiga
Por legiones en los campos; aún la mata humilde añade
Y el arbusto crespo enmarañado. Últimos
Se alzaron, como en danza, los solemnes árboles
Y sus ramas extendieron con copioso fruto, o yemas
Como gemas[255]. Altos bosques las montañas coronaron,
Céspedes los valles y los lados de las fuentes,
Las ribas las corrientes. Esa tierra ahora
Cielo parecía, un lugar que Dioses habitaran
O con gusto recorrieran, complacidos de rondar
Sus santas frondas: aunque Dios aún la tierra
No regara y hombre que el terruño arase
No existía, de la tierra ya rorante niebla
Se levanta y baña todo el suelo y cada
Planta de los campos, que antes de salir de tierra
Dios hiciera, y cada hierba antes de crecer
En verde tallo. Dios vio que era bueno,
Y la tarde y alba el Tercero de los Días cantan.
»De nuevo el Todopoderoso habló: “Haya luces
Altas en la vastedad del cielo que dividan
De la noche el día; y que sean las señales
De estaciones y de días y de años recurrentes;
Y que sean luminarias como yo lo ordeno,
Con misión allá en el firmamento de los cielos

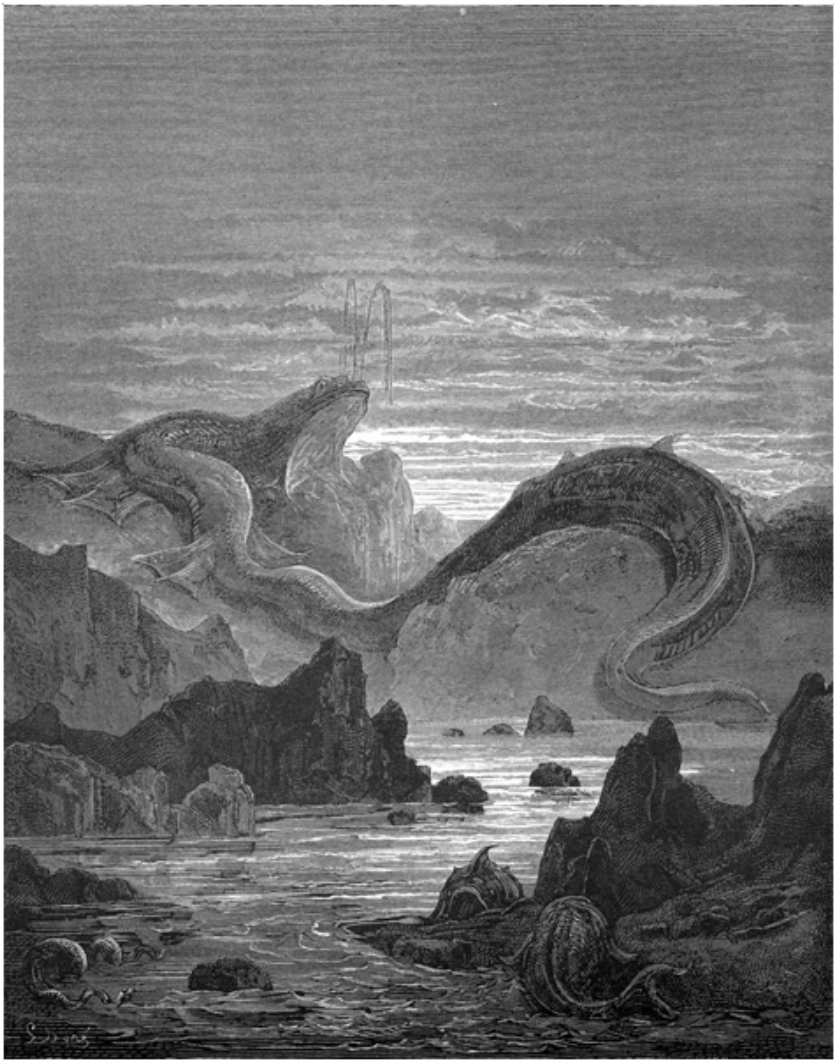
De a la Tierra darle luz”; y fue así.
E hizo Dios dos grandes luces, grandes por su uso
Para el hombre, que el día gobernase la mayor
Y alterna la menor la noche; y estrellas hizo,
Y las prendió en el firmamento de los cielos,
Que la Tierra iluminasen, el día gobernasen
En su vicisitud, y la noche gobernasen,
De tinieblas separando luz. Vio Dios,
Al revisar su magna Obra, que era buena:
Pues de los celestes cuerpos él primero el Sol
Como esfera poderosa lo formó, sin luz primero,
Aunque de molde etéreo; después formó la Luna
Orbicular, y toda magnitud de estrellas,
Y sembró de densos astros el cielo como un campo:
De Luz tomó la parte más inmensa,
Trasplantada de su templo nebuloso, y la emplazó
En la solar esfera, hecha permeable para recibir
Y embeber luz líquida, y firme para retener
Los haces de sus rayos: gran palacio ahora de Luz.
Acudiendo ahí como a su fuente,
Otros astros toman luz en urnas áureas
Y ahí sus cuernos el Planeta Matutino[256] dora;
Por tintura o reflexión aumentan ellos
Su pequeña propiedad, si bien la humana vista
Los percibe muy remotos y con mengua.
Primero en su este la gloriosa Luminaria apareció,
Regente diurnal, y todo el horizonte alrededor
Vistió de rayos fulgurantes, jubilosa al recorrer
Su longitud por la gran vía celestial: la gris
Aurora, y así las Pléyades, danzaron ante él
Vertiendo dulce influjo. Menos fúlgida la Luna,
Pero opuesta en el oeste paralelo, fue prendida
Por espejo, que del Sol tomara luz su rostro lleno,
Pues de luz distinta nada requería
En aquel aspecto[257]; y aún guarda esa distancia
Hasta la noche: en el este luego su hora es de brillar,
Girando en el gran eje de los cielos, y su reino

Con mil astros más pequeños tiene independiente,
Con millares de millares que surgieron por entonces
Tachonando el hemisferio. Por primera vez ornadas
De radiantes luminarias que salían y cesaban,
Grata tarde y alba grata coronaron el Día Cuarto.
»Y Dios dijo: “Que las aguas gesten
Reptiles con prole en abundancia, ánima viviente;
Y las aves vuelen por lo alto, con sus alas
Desplegadas en el franco firmamento”.

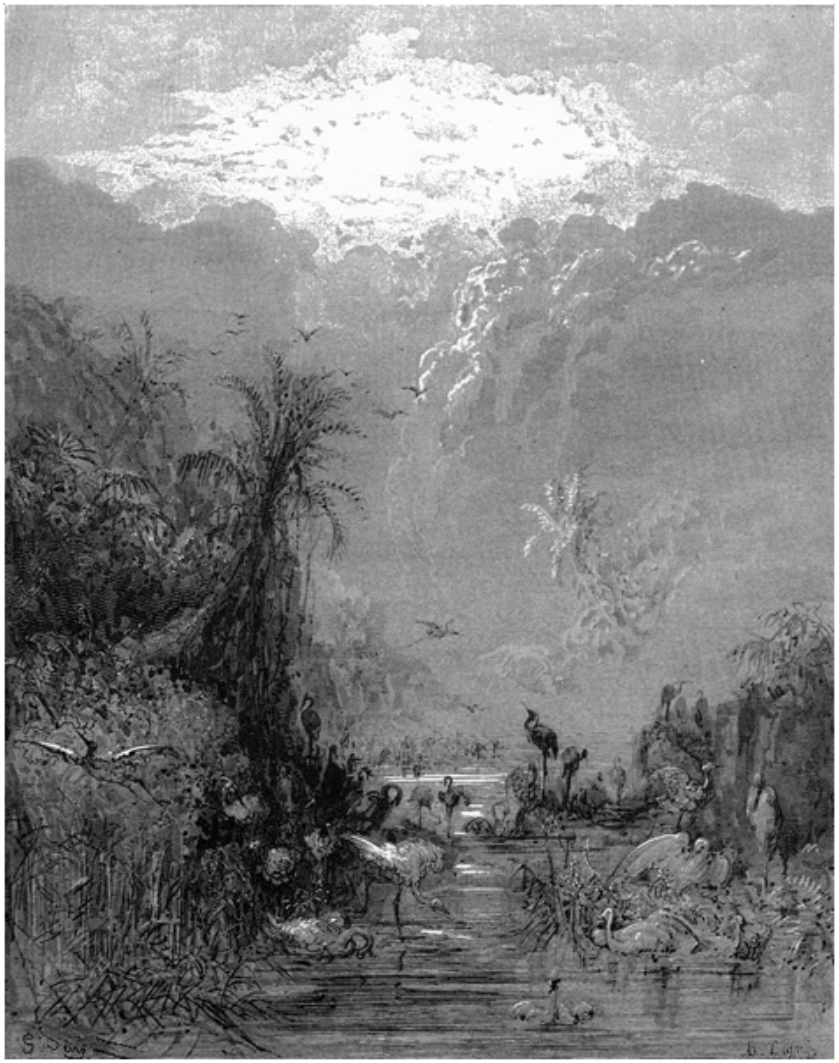


Y Dios creó titánicas ballenas, y cada
Ánima viviente: las reptantes, que prolíficas
Las aguas generaron por familias,
Y las aves voladoras por especies;
Y vio Dios que era bueno, y bendíjolas diciendo:
“Sed fructíferas, multiplicaos, y en los mares
Y los lagos y las rápidas corrientes inundad las aguas;
Y multiplíquense las aves en la tierra”.

Al instante los canales y los mares, calas y bahías,
Bullen de cardumen incontable, peces
Que con sus aletas, sus escamas esplendentes,
Fluyen bajo la ola verde, en majales que a menudo
Amontañan lo profundo: huraños unos, en pareja
Los demás, las algas pacen y por bosques vagan
De coral, o bien jugueteando —rápido destello—
Al Sol undíferas camisas muestran (oro las salpica),
O en perladas conchas cómodos aguardan
Su húmedo alimento, o debajo de las rocas su comida
Acechan, prieta la armadura. La foca en aguas calmas
Juega y el delfín cimbrado. Peces colosales
Con pesado bamboleo y moción enorme
Atempestan el océano: ahí el Leviatán,
La más inmensa criatura viva, en el piélago
Estirado cual peñón, ya duerme o nada
Y parece tierra en movimiento; y sorbe
Por sus branquias, o su boca escupe, todo un mar.



Mientras, las templadas cuevas, costas y marismas
Prole numerosa incuban, que del huevo pronto,
Reventándolo con natural fractura, surge
Incurtida la nidada; mas pelechan pronto
Y ya bien emplumadas, remontando el aire espléndido,
Desprecian con un grito el suelo en nube
Acumuladas. La cigüeña ahí y el águila,
Por riscos y en las copas de los cedros, nidos forman.



Aves hay que vuelan separadas la región; más sabias,
Otras colectivas en figuras el camino acuñan,
Sabedoras de estaciones, y planean
Sus aéreas caravanas sobre el mar, volando
Altas, y con ala mutua sobre tierras avivando
El vuelo. Así dispone la prudente grulla
Su éxodo anual, portada por los vientos; flota el aire
Cuando pasan, aventado por innúmero plumaje.

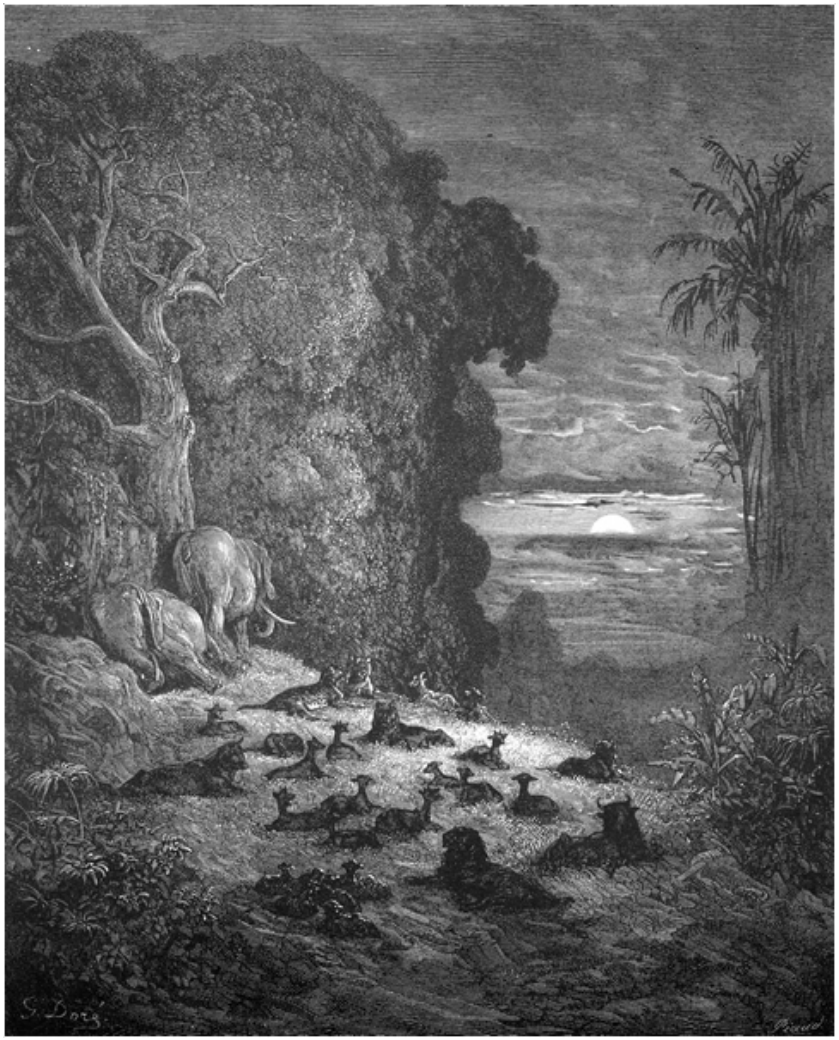
De rama en rama pájaros menores con sus cantos
Alborozan las forestas y despliegan alas pinceladas
Hasta el ocaso, y ni entonces el roncal solemne
Calla el trino, pues la noche entera entona suave trova.
Otros en argénteos lagos y en los ríos bañan
Su afelpado pecho. Con cimbrado cuello el cisne,
Bajo el manto de sus alas fabuloso, boga
En majestad con pies remosos; pero éstos a menudo
Dejan la laguna y elevándose con tiesas plumas
Ganan la mitad del cielo; otros por el suelo
Marchan firmes: el crestado gallo cuyo pífano da voz
A las horas silenciosas, y ese otro cuyo porte bello
Es ornamento y que pintan tonos floreados
De arco iris y estelíferos ocelos[258]. Las aguas pues
De peces llenas y de pájaros los aires,
La tarde y la mañana el Quinto Día consagraron.
»El Sexto y el postrer de la Creación surgió
Con arpas vespertinas, matinales, cuando dijo Dios:
“Dé la tierra ánima viviente por especies,
Reses y reptantes cosas, bestias de la tierra
Cada cual según su especie”. Y la tierra obedeció
Y, abriendo súbita su fértil seno, dio de sí
Incontables criaturas, formas ya perfectas,
Con sus miembros y maduras: y salieron del terruño
Como del cubil la fiera que lo habita
En su bosque fiero, matorrales, zarzas, cueva.
Entre árboles se alzaron por parejas, caminaron:
El ganado por los campos y los prados verdes:
Unos raros, solitarios; otros hay que en recuas
Pacen juntos y surgieron en profusos hatos.
Los campizales ya parían res, ya medio aparecía
El león rojizo, braceando por librar
Sus ancas: salta luego como suelto de atadura
Y rampante agita la melena pinta; la onza,
El leopardo, el tigre, como el topo
Emergen y la tierra triturada lanzan por detrás
Amontonada; el venado rápido perfora el suelo

Con ramosa testa; de su molde el Behemoth[259]
Apenas extraído, el más grande de la tierra, yergue
Su potencia; ya lanosos y balando los borregos
Crecen como plantas; mas ambiguos entre el mar
Y continente, el fluvial caballo[260] y escamoso cocodrilo.
A la vez surgió lo que se arrastra por el suelo,
El insecto y el gusano: unos sus ágiles ventalles baten
Como alas, sus minúsculos precisos lineamientos
Ya en todas las libreas del orgullo del verano
Con sus motas de oro y púrpura, azur y verde;
Estos otros como línea extienden su largura
Y con trazo sinuoso el suelo rayan: no son todos
Pequeñeces de Natura; los hay de especie serpentina,
De largor inmensa y corpulencia, adujados
En anillos culebrosos y con alas añadidas. La primera
Fue frugal la hormiga, previsora del futuro:
En recinto parco ancho corazón posee,
Y modelo —acaso luego— de justicia equitativa,
En sus tribus populares agrupada
De plebeyas gentes. Enjambrada apareció después
La abeja, que alimenta a su marido zángano
Exquisita y construye sus celdillas céreas
Con depósito de miel. Innúmero es el resto;
Tú te aprenderás sus caracteres; nombres les darás
Que no merecen repetirse. Y no desconocida
La serpiente, la alimaña más sutil del campo,
Colosal a veces, de ojos insolentes
Y terrífica melena hirsuta, aunque no nociva
Para ti y obediente a tu llamada.
Ahora el cielo fulguró en inmensa gloria, y giró
Con el impulso que la mano del Primer Moviente
Imprimió a su curso. Sonrió la Tierra engalanada
Y supremamente bella; en el aire, agua, tierra,
Vuelo, nado, marcha, de ave, pez y bestia,
Abundaban, mas el Sexto Día todavía no acabara.
Faltaba aún la obra culminante, el fin
De todo lo ya hecho: una criatura que, no prona,

Bruta, cual las otras criaturas, sino con santidad
Dotada de razón, pudiese levantar
Su envergadura y tiesa, con la faz serena,
Gobernar al resto, de sí consciente,
Y magnánima por ello para el trato con el Cielo,
Mas capaz de gratitud al descender su bien,
Y allí su corazón, su voz, sus ojos
Dirigir con actitud devota, para adorar
Y celebrar al Dios supremo, que la hizo preeminente
Entre todas sus creaciones. Y así el Omnipotente
Padre Eterno (porque ¿dónde falta su
Presencia?) de este modo a su Hijo, audible, dijo:
»"Hagamos ahora al hombre a nuestra imagen,
Semejanza nuestra, y que impere
Sobre el pez y el ave de los mares y los aires,
Y las bestias en los campos, y la tierra toda,
Y sobre cada cosa reptadora que en el suelo repta".
Esto dicho, te hizo a ti, Adán, a ti, oh Hombre,
Polvo de la tierra; y sopló en tu rostro
El aliento de la vida. A su propia imagen
Te creó, a la imagen del Señor
Precisa, y fuiste tú un alma viva.
Te creó varón, mas hizo hembra a tu consorte,
Que fundaseis raza, y bendijo luego al hombre:
"Creced, multiplicaos y colmad la Tierra —dijo—
Sometedla, e imperad por todas partes,
Sobre el pez del mar y el ave de los aires
Y cada cosa viva que camina por la tierra".
Dondequiera que te hiciera, pues ningún lugar aún
Se distingue por el nombre, luego, como sabes,
Al Jardín te trajo delicioso, este parque,
Ya poblado por los árboles de Dios,
Para el gusto y la mirada deliciosos por igual;
Y, liberal, te dio por alimento todo fruto grato
—Toda suerte hay aquí de todo el Mundo—,
Variedad sin fin. Mas del árbol que gustado
Da del bien y el mal la ciencia, de ése

Abstente; pues el día que lo pruebes, mueres.
Muerte es la pena impuesta, ¡cuida!,
Y gobierna tu apetito bien, no sea que el Pecado
Te sorprenda, y su oscuro servidor la Muerte.
Terminó aquí Dios, y todo lo que hiciera
Contempló, y vio todo enteramente bueno.
Así la tarde y alba el Sexto Día culminaron:
Mas no antes de dejar el Creador su Obra,
Aunque no cansado, y tornar a las alturas,
Al Cielo de los Cielos, su morada excelsa,
Para contemplar su nuevo mundo desde allí,
Este complemento de su Imperio, cómo se veía
Desde el Trono, cuán hermoso, cuán propicio,
Cuánto respondía a su Idea grande. Cabalgó a lo alto,
Escoltado por aclamaciones y el sonido
Melodioso de arpas a millares entonando
Angélicas cadencias; y la tierra, el aire
Resonaron (tú te acuerdas, pues lo oíste),
Y los cielos, todas las constelaciones repicaron;
Los planetas en sus puestos a la escucha se tuvieron,
Mientras la brillante pompa ascendía jubilosa.
“Abríos Puertas sempiternas —entonaban—
Abre, oh Cielo, tus vivientes Puertas; deja entrar
Al gran Creador, que ya de su Obra torna
Excelente, sus Seis Días de creación, un mundo;
Abríos y desde ahora, asiduas; porque Dios
Visitará frecuente las moradas de hombres justos,
Complacido, y con sólito intercambio
Sus alados mensajeros allí les enviará,
Con recados de superna gracia.” Tal cantaba
El glorioso séquito ascendiendo. Él por el Empíreo,
Que abrió de par en par sus Puertas fúlgidas,
Dirigió la marcha a la Casa Eterna del Señor
Por una vía anchosa, cuyo polvo es oro
Y por pavimento tiene estrellas, las estrellas
Cual las ves en la Galaxia, esa Vía Láctea
Que en la noche ves girar: espacio salpicado

Por el polvo de los astros. Y en la Tierra ahora
Fue la tarde séptima en Edén: el Sol
Se puso y un crepúsculo del este vino
Anunciando noche. A esa hora al Monte Santo,



Pináculo del Cielo, Trono del Imperio
Del Señor, fijado firme para siempre y recio,
La Filial Deidad llegó y se sentó

Con el gran Padre, pues también él fuera,
Invisible, sin moverse (este privilegio
La Omnipresencia tiene), y la obra decretó,
Autor y fin de toda cosa; y reposando
De la obra ahora, consagró y bendijo el Día Séptimo
Pues reposó ese día de su obra toda,
Aunque no en silencio santo: tuvo el arpa
Quehacer y no reposo, la solemne flauta
Y el dulcémele, y todo órgano de fina nota,
Y los sones todos de la cuerda o hilo de oro
Produjeron suaves tonos, mixturados con la voz,
Coral o unísona. Y en nubes el incienso
De áureos incensarios ocultaba el Monte.
La Creación cantaban y los seis días de trabajo:
"Grandes son tus obras, Jehovah, infinito
Tu poder; ¿qué idea ha de medirte, o qué lengua
Relatarte? Más grandioso ahora a tu retorno
Que al vencer a los rebeldes; a ti tus truenos
Te ensalzaron ese día: mas crear es cosa
Más grandiosa que lo creado destruir.
¿Quién podría rebajarte, Rey potente, o restringir
Tu Imperio? Fácilmente repeliste
La orgullosa tentativa y miras vanas
De los Ángeles apóstatas, que impíos planearon
Apocarte y apartar de ti la multitud
De tus devotos. Mas quien busca
Rebajarte sirve, contra sus propósitos,
Para hacerte revelar mayor poder: su mal
Empleas tú, creando un bien más grande.
Contemplad el nuevo mundo, otro cielo
A la Puerta de los Cielos, a la vista alzado,
En claridad hialina, el cristalino mar;
De tamaño casi inmenso, con estrellas
Numerosas y quizás un mundo cada estrella
A poblarse destinado: pero tú conoces
Sus periodos. Y entre éstos la morada de los hombres,
La Tierra sobre el circunfuso océano,

Su bellísima mansión. Feliz el hombre triplemente,
Y los hijos de los hombres, pues los prima Dios así,
Creados a su imagen, por que moren en la Tierra
Y que lo adoren, y regir a cambio
Todas sus creaciones, el mar, el aire, el continente
Y extender la raza de los fieles
Santa e íntegra: felices triplemente si comprenden
Su ventura y perseveran firmes".
»Así cantaban, y el Empíreo repicaba
De aleluyas: de esta forma el Sabbath se guardó.
Y tu demanda considera satisfecha: inquiriste
El comienzo de este mundo y orden de las cosas,
Y qué se hiciera previo a tu memoria en el principio,
A fin que la posteridad, por ti informada,
Pueda conocerlo. Si algo más te incumbe,
Que no exceda la mesura humana, dilo ahora».

Libro VIII

EL ARGUMENTO

Adán pregunta acerca de los movimientos celestiales, se le responde ambiguamente y se le exhorta a inquirir cosas más dignas de conocerse. Adán asiente y, todavía deseoso de retener a Rafael, le cuenta lo que recuerda desde su propia creación, su emplazamiento en el Paraíso, su conversación con Dios acerca de la soledad y la adecuada compañía, su primer encuentro y sus nupcias con Eva. Su coloquio seguidamente con el Ángel, que, tras repetir sus advertencias, parte de allí.

El Ángel concluyó y voz tan deliciosa
A Adán dejó en los oídos, que por un rato
Lo creyó hablando todavía, y presto estaba aún a oírle;
Luego, cual recién despierto, respondió reconocido:
«Qué agradecimiento bastaría, qué compensación
Podría yo ofrecerte, divinal historiador,
Que con largueza tanta has aplacado
Esta sed que tuve de saber, dignándote,
Condescendiente y amistoso, a relatar
Noticias insondables para mí, y que oigo así
Sobrecogido, mas con gozo y, como es debido,
Admirándome la gloria del altísimo
Creador; persiste alguna duda, sin embargo,
Que tu sola aclaración podrá satisfacer:
Al contemplar este orden bello, este mundo
Que componen Tierra y cielo, y calibrar
Sus magnitudes —esta Tierra, mota, grano,
Átomo, si comparada con el firmamento
Y todas sus estrellas numerosas, que parecen orbitar
Espacios impensables (porque tal indican
Sus distancias y su rápido retorno
Diurnal) meramente para ministrar la luz

Alrededor de nuestra opaca Tierra, este punto,
Día y noche (toda su admirable ronda
Infecunda por demás)—, al meditarlo me pregunto
Cómo la Natura, austera y sabia, pudo perpetrar
Desproporciones tales, creando
Con superflua mano tantos cuerpos nobles,
Tan inmensamente grandes, para este solo uso,
O así parece, e imponer a sus esferas
Incansables giros, día a día
Repetidos, mientras esta Tierra sedentaria
(Que podría recorrer circuito más pequeño),
Por aquéllos atendida más ilustres, logra
Su objetivo sin la mínima moción y obtiene,
Por tributo de periplo tan enorme, hecho
A incorpórea rapidez, su luz y su calor:
Premura tanta que medida elude».

Esto dijo nuestro padre, y por su rostro parecía
Deslizarse a intrincados pensamientos ponderosos.
Apartada de la vista, Eva al percibirlo,
Con modestia regia y gracia que inducían
A pedirle que de allí no se ausentase,
Dejó el asiento y fue a sus frutos y sus flores,
Para ver si prosperaban, germinaban, florecían,
Sus retoños, que viéndola llegar brotaron
Y tocados por su afecto ya crecían más contentos.
Mas no partió por no agradarle
Tal discurso, o no ser capaz su oído
De cosas elevadas: tal placer se reservaba,
Que explicándolas Adán ella fuese sola oyente;
Prefería narrador a su consorte
Más que al Ángel, y preguntarle a él
Amaba sobre todo, pues Adán interponía
Gratas digresiones, resolviendo controversias altas
Con caricias conyugales: de sus labios, no palabras
Le gustaban solamente. ¿Dónde ahora hallar
Parejas tales, por amor unidas y mutua dignidad?
Con divina galanura se alejó,

Mas no desatendida, pues cual reina siempre
La escoltaba procesión de Gracias atractivas,
Disparando en torno a ella dardos de deseo
A ojos que quisieran no dejar de verla nunca.
Y Rafael, pues, a la duda expuesta por Adán
Benévolo y sereno, así le respondió:
«Que indagues o preguntes no te lo reprocho,
Pues como el Libro del Señor el cielo es ante ti,
En que leer sus Obras milagrosas y aprender
Sus estaciones, horas, días, meses, años:
Para comprenderlos, ya se mueva Tierra o cielo
Poco importa, si calculas bien; el resto
De hombre o Ángel hizo bien en ocultarlo
El magnífico Arquitecto, y no ofrece
Sus secretos al examen de ésos, que mejor
Harían admirándolos; o si arriesgan
Conjetura, él su urdimbre de los cielos
Deja a sus disputas, pues quizá la risa
Le despierten luego con sus raras opiniones
Vanas, cuando al fin modelen este cielo
Y calculen las estrellas: cómo explicarán
La forma poderosa, cómo montarán, desmontarán,
Fantasearán por no rendirse, y fajarán la esfera
Emborronándola de ciclos y epiciclos,
Céntricos y excéntricos, orbe dentro de orbe:
Estas cosas las presiento ya en tu razonar,
Pues, guía que serás de tu linaje, ya supones
Que los cuerpos más brillantes y mayores no tendrían
Que servir a los menores, ni girar los cielos tanto,
Mientras esta Tierra bien sentada logra, sola,
Todo el beneficio. Considera, pues, primero,
Que tamaño o brillo no confieren excelencia:
La Tierra, comparada con el cielo tan pequeña
Y apagada, puede que contenga, de concretos bienes,
Más porción que el Sol, que brilla estéril,
Con virtud que en sí no tiene efecto,
Sino en la Tierra fértil: sólo cuando ahí sus rayos

Llegan, inactivos de otro modo, su vigor ejercen.
Mas las esplendentes luminarias no son servidoras
De la Tierra, sino tuyas, habitante terrenal.
En cuanto al vasto círculo celeste, deja que proclame
La magnificencia del Creador, que construyó
Con amplitud y prolongó su línea hasta tan lejos,
Que vea el hombre que no vive en casa propia,
Edificio este exorbitante para que él lo llene,
Alojado como está en este su rincón, y el resto
Decretado para usos que mejor conoce Dios.
La rapidez de tales giros atribúyela,
Si bien incalculable, a su omnipotencia,
Que a substancias corporales puede conferir
Espiritual premura casi. Tú por lento no me tienes,
Pues partí al amanecer del Cielo,
Donde Dios reside, y antes de mediarse el día
Arribé al Edén, distancia inexpresable
Por pensable número. Mas digo esto,
Admitiendo la moción del cielo, por mostrarte
Nulo lo que a dudas te ha movido;
No es que yo tal cosa afirme, aunque así
Te pueda parecer, viviendo aquí en la Tierra.
Dios, para velar sus miras al sentido humano,
Puso lejos los Cielos de la Tierra: la mirada terrenal,
Si las presume, puede errar en cosas soberanas
Sin lograr ventaja alguna. ¿Qué si fuese el Sol
El centro de este mundo, y el resto de los astros,
Incitados por su fuerza de atracción
Y por la propia, lo circundan con diversa danza?
De sus errancias, ahora altas, ahora bajas, luego ocultas,
Progresivas o retrógradas, o detenidas,
Seis ves tú[261], pero ¿y si séptimo con ellas
Al planeta Tierra, que tan fijo se diría,
Insensiblemente mueven tres mociones varias?[262]
Si no, a esferas diferentes se las has de atribuir,
Movidas a la inversa con transversos ángulos;
O bien al Sol ahorrarle su labor, y a la veloz

Girándula, nocturna y diurnal[263], oculta,
Se presume, más allá de las estrellas, rueda
De la noche y día; que no pide ser supuesta
Si la Tierra, industriosa por sí misma, caza el día
En su viaje al este, y con su lado opuesto
Al solar influjo encuentra noche, luminosa en tanto
Su otra cara por los rayos. ¿Y si esa luz
Enviada por la Tierra a través del aire vasto y claro,
Fuese a la terrena Luna como estrella
Que le prende el día, igual que por la noche
Esta Tierra ella alumbra? Mutua, si regiones hay allí,
Campos y habitantes. Manchas tú le ves
Que son cual nubes: de las nubes, lluvia; y la lluvia
Gesta frutos en el suelo enmollecido, por nutrir
A quien lo pueble. Y otros soles, puede,
Con sus lunas subalternas, que descubras,
Transmitiendo luz viril y femenina
—Grandes sexos que este Mundo animan—,
Acopiada en esos orbes con algunos que allí vivan.
Pues espacio tan enorme en la Natura despoblado
De alma viva, yermo y desolado,
Sólo para refulgir, apenas aportando
Cada orbe chispear de luz, tan lejos proyectado,
Traído hasta este globo, que a ellos
Les devuelve luz, es por supuesto discutible.
Mas sean tales cosas de este modo, o no,
Ya el Sol predominante allá en el cielo
En la Tierra se levante, o en el Sol la Tierra surja,
Él comience su camino llameante desde el este,
O ella del oeste su silente curso siga
Con inocuo paso que girando duerme
En su manso eje, mientras marcha regular
Portándote tranquila con el terso aire alrededor,
No inquietes tu pensar con recónditas cuestiones:
Queden para Dios arriba, tú a él sirve y teme.
De otras criaturas, como más le plazca,
Dondequiera que emplazadas, deja que disponga:

Tú disfruta de sus dones, este Paraíso
Y tu Eva hermosa; mas el cielo tú muy alto tienes
Para comprenderlo; humilde sabio sé:
Piensa sólo lo que a ti y tu ser concierne;
Otros mundos no los sueñes, ni qué criaturas
Los habiten, en qué estado, condición, o grado;
Date por contento con las cosas ya explicadas,
Y no sólo de la Tierra, sino así del sumo Cielo».
A lo que Adán repuso, libre ya de dudas:
«Bien me has satisfecho, pura
Inteligencia celestial, Espíritu sereno,
Rescatándome de confusiones, enseñándome a vivir
De modo simple, sin perplejos pensamientos
Que interrumpan de la vida la dulzura; pues lejos
De ella ha puesto Dios toda ansiosa cuita,
Ordenando no afligirnos, salvo si nosotros
La buscamos con pensar errático y nociones vanas.
Mas la mente y fantasía son proclives a vagar
Sin freno, y de su vagar no hay término;
Hasta que advertida o por tanteo aprende
Que no el vasto conocer de cosas
Muy remotas, escondidas y sutiles, sino eso
Que delante hallamos, en la vida cotidiana,
Es sabiduría principal: el resto es humo,
O vacío, o ilusoria impertinencia,
Y en las cosas importantes, poco prácticos
Nos torna, inaptos, siempre inquiridores.
Descendamos pues de pináculo tan alto
A región más baja, para hablar de cosas útiles,
Cercanas, de las que mención acaso surja
De algo que no sea impropio preguntar,
Con tu permiso, y que tu sólito favor otorgue.
Te he oído relatar las cosas ocurridas
Previas a mí mismo: óyeme contar
Mi historia ahora, que quizá tú desconozcas.
Y el día aún no termina: hasta entonces ya ves tú
Con qué excusa tan sutil intento retenerte,

Invitándote a escuchar mi narración, que fuera
Desatino, si tu réplica yo no esperase.
Pues sentado aquí contigo, en el Cielo me imagino,
Y más dulce le resulta a mi oído tu discurso
Que los frutos de palmeras a la sed y el hambre
Que contentan, terminada la labor, a la hora
Del festín: pues éstos sacian y enseguida llenan,
Aunque gratos, pero tus palabras, que divina gracia
Colma, no traen con su dulzura saciedad».
Respondió Rafael con celestial afecto:
«No torpes labios tienes, padre de los hombres,
Ni tampoco lengua inelocuente: Dios en ti
Sus dones ha vertido en abundancia,
Dentro y fuera, oh su imagen bella.
Hables o enmudezcas, toda gracia y hermosura
Te acompaña y cada frase, cada gesto crea.
Y de ti en los Cielos no pensamos menos
Que cual nuestro cosirviente, e inquirimos
Con placer en lo que Dios reserva al hombre:
Porque vemos que el Señor te honra, dando
Al hombre amor igual. Prosigue entonces,
Pues el día aquel sucede que estuve ausente,
Consagrado a un viaje raro y tenebroso,
Travesía muy distante, a las Puertas del Infierno.
Toda la legión marchaba (tal mandato el nuestro)
Para ver que nadie, espía o enemigo,
Del lugar partiera mientras Dios creaba,
Que, colérico por tan intrépida estampida,
No mezclase con creación la destrucción.
No es que aquéllos sin su venia intenten nada,
Mas nos manda a sus misiones eminentes
Por boato, como Rey Supremo, y por habituarnos
A obediencia presta. Bien hallamos, bien cerradas,
Las funestas Puertas y atrancadas fuertemente;
Pero oímos dentro mucho antes de llegar
Ruido, diferente del sonido de canción o danza,
De tormento, de lamento grande y furiosa rabia.

Contentos reascendimos a las costas de la Luz
—Así se nos mandara— antes del atardecer del Sabbath.
Pero ahora, tu relato; pues escucho tus palabras,
Que me placen tanto como a ti las mías».
Esto dijo la divina Potestad; repuso nuestro padre:
«Contar el hombre cómo se inició la vida humana
Es bien arduo, pues ¿quién sabe su principio?
El deseo de contigo todavía conversar
Me indujo. Cual recién despierto de hondo sueño,
Muelle me encontré tendido entre las flores,
En balsámicos sudores, que el Sol con sus fulgores
Pronto disipó, nutrido del rorante vaho.
Torné enseguida al cielo atónitos mis ojos
Y miré un rato el amplio firmamento, hasta erguirme,
Por un súbito, instintivo movimiento, con un salto,
Como si tocarlo pretendiese, y derecho estuve,
Puesto en pie. Alrededor vi entonces
Monte, valle, umbríos bosques y solanas; vi
El líquido descenso de corrientes rumorosas; junto a éstas,
Criaturas que vivían, pululaban, iban o volaban,
Aves en las ramas gorjeando; todo sonreía,
De fragancia y dicha rebosó mi corazón.
A mí me examiné yo entonces, miembro a miembro
Me exploré, y anduve a ratos, y corrí también,
Con cuerpo elástico, según el brío me incitase.
Mas quién era yo, en dónde estaba, cuál mi causa,
Lo ignoraba; a hablar probé y hablé al instante:
Obedeció mi lengua y enseguida nominé
Las cosas que veía. “Tú Sol —dije—, bella luz,
Y tú alumbrada Tierra, tan alegre y fresca,
Montes, valles, pues vosotros, ríos, bosques, llanos,
Y vosotras vivas, pululantes, bellas criaturas:
Decidme, si sabéis, ¿dónde estoy, cómo vine?
No de mí: de algún gran Hacedor, entonces,
Preeminente en el poder y la bondad;
Decidme, ¿cómo puedo conocer, loar,
A ese de quien tengo vida y movimiento

Y por quien me siento más feliz de lo que sé."
Así clamando, anduve sin saber adónde
Desde el sitio en que absorbí el primer aliento
Y vi mi bella luz primera, sin tener respuesta,
Y en una umbrosa riba verde, rica en flores,
Pensativo me senté. Allí gentil el sueño
Me halló por vez primera, y con blanda dictadura
Soporosos mis sentidos oprimió, sin inquietud,
Aunque creí volver a mi insensible estado
Previo, y a punto ya de disolverme.
Mas de pronto, vino a mi cabeza un sueño
Cuya interna aparición gentil movió
A creer mi fantasía que tenía aún yo el ser
Y aún vivía: uno vino, creo, de divina forma
Y dijo: "Tu mansión te aguarda, Adán, levanta,
Oh Primero, de hombres incontables escogido
El Primer Padre; invocado por ti vengo, guía tuyo
Al Jardín del Gozo, tu morada ya dispuesta".
Hablando así, me alzó tomándome la mano
Y por campos y corrientes, deslizándonos
Suaves sin un paso, arribamos por fin
A un monte nemoroso, de alta cima y llana,
Un circuito amplio, aislado, por soberbios árboles
Poblado, con veredas y enramadas que apocaban
Lo que de esta Tierra viera ya. A cada árbol
Abrumaban bellos frutos, que pendían tentadores
Para el ojo y me excitaron súbito apetito, ganas
De arrancarlos y comérmelos. Allí adonde iba,
Tenía ante mis ojos verdadero lo que el sueño
Simulara con viveza. Aquí de nuevo comenzara
Mi andadura, si quien me condujo
Hasta esta cima no surgiera de los árboles,
Deífica Presencia. Exultante y temeroso
A sus pies caí en adoración sumisa:
Él me alzó y "Quien buscas ése soy
—Dijo dulce—, Hacedor de todo lo que ves
Arriba, alrededor de ti o debajo.

Este Paraíso te lo doy: por tuyo tenlo
Para cultivarlo y mantenerlo, y comer sus frutos.
De todo árbol que prospera en el Jardín
Come libre, grato el ánimo, no temas carestía;
Mas del árbol cuyo efecto trae del Bien
Y el Mal la ciencia, que hago garantía
De tu fe y sometimiento, y pongo en medio
Del Jardín junto al Árbol de la Vida,
Ten presente lo que digo: cuídate siquiera de probarlo,
Y cuida de su amarga consecuencia: pues entiende,
El día en que lo pruebes, violando mi único
Mandato, inevitablemente morirás:
Mortal desde ese día, esta condición feliz
La perderás, de aquí arrojado a un mundo
De miseria y llanto". Pronunció severo
La inflexible prohibición, que reverbera
Todavía pavorosa en mis oídos, aunque estriba en mí
El no quebrarla. Pero pronto su brillante aspecto
Retornó, reanudando su designio generoso:
"No este bello marco sólo, sino la Tierra toda
A ti y tu raza os doy: cual Amos
Poseedla, y toda cosa que halléis vivir en ella,
O en los mares, o en el aire, bestia, pez y ave.
En signo de ello, cada bestia —observa— y pájaro
Según sus clases te los traigo, que reciban
De ti el nombre y lealtad te ofrezcan
Con humilde sujeción; lo mismo, entiende,
A los peces hace en su acuática mansión,
No llamados porque no podrían escapar
De su elemento para respirar el aire leve".
En tanto así me hablaba, cada bestia y ave
Vi llegar de dos en dos: éstas inclinándose
Muy zalameras y los pájaros bajando al vuelo.
A su paso, les di nombre y entendí
Su natural, de tal conocimiento Dios dotó
Mi subitánea percepción: en éstos, sin embargo,
No encontré lo que creí querer aún,

Y a la Visión celeste le espeté atrevido:
»“¿Con qué nombre —pues superas a éstos tú
Y al hombre, o a cualquiera aún más grande,
Y trasciendes mi nombrar—, cómo puedo yo
Adorarte, oh Hacedor del Universo
Y de todo el bien al hombre, para cuya holgura
Tan cumplidamente y con mano liberal
Has otorgado toda cosa, aunque veo
Que no hay conmigo quien comparta? Solo,
¿Qué ventura tengo, quién disfruta en soledad
O disfrutando todo, qué contento tiene?”.
Yo así, presuntuoso; y la Visión brillante,
Cual si más brillase sonriendo, respondió:
»“¿A qué llamas soledad? ¿No ves la Tierra
Llena de vivientes y variadas criaturas, y los aires
Saturados, seres todos que a tus órdenes
Acuden a jugar en tu presencia? ¿No conoces tú
Su lengua y hábitos? También conocen ellos
Y razonan fértilmente. Halla pues en ellos
Pasatiempo y reina bien: tu reino es grande”.
Así lo declaró el Señor Universal, y pareció
Así ordenarlo. Implorando yo permiso para hablar
Y con humilde ruego, así le repliqué:
»“No te ofendan mis palabras, Celestial Poder,
Mi Autor, oh sé propicio mientras hablo.
¿No me has hecho aquí tu substituto
Y formado éstos inferiores a mi estado?
Entre desiguales ¿qué adecuada sociedad
Existirá, qué armonía o qué deleite genuino?
Pues éste ha de ser recíproco, en proporción debida
Dado y recibido; pero en la disparidad,
Intenso el uno, aún remiso el otro,
No podrán acomodarse y pronto han de probarse
Por igual tediosos. Hablo yo de compañía
Tal cual la querría, apta para compartir
Completo el racional deleite, en lo que el bruto
Del humano no es consorte. Gozan ellos

Cada uno con su doble: el león, pues la leona;
En parejas tan cabales los combinas.
Mas si pájaro con bestia, pez con ave,
No conversan, ni tampoco el mono con el buey,
Menos todavía pueden hombre y animal".
Y el Todopoderoso respondió, no descontento:
»"Una cálida y sutil felicidad, advierto,
Para ti sugieres en lo que hace a la elección
De tus amigos y no probarás, Adán,
Placer, aun no faltándote, si solitario.
¿Qué piensas, pues, de mí y de este estado mío?
¿Te parezco en suficiente posesión
De dicha, o no? Yo, solo como estoy
Por toda eternidad, pues no conozco a nadie
Que sea mi segundo o semejante, menos aún mi igual.
¿Con quién habré de conversar pues yo,
Sino con criaturas que yo he hecho, a mí
Inferiores infinitos escalones por debajo
De lo que otras criaturas son respecto a ti?".
»Cesó; humilde respondí: "Para alcanzar
La altura y la profundidad de las eternas sendas
Toda humana mente desfallece, oh Supremo.
Perfecto eres tú en ti mismo, y en ti
No existe deficiencia; no así es el hombre,
Grado a grado crece, lo que es causa del deseo
De curarse —departiendo con iguales—
O alegrarse las carencias. Tú no necesitas
Propagarte, siendo ya infinito como eres
Y absoluto en todo número, aunque Uno;
Mas el hombre manifiesta por el número
Su individual imperfección, y engendra
Otros a él iguales, su multiplicada imagen,
Defectuosa en la unidad, lo que requiere
Mutuo amor y profundísima amistad.
Tú en tu misterio, aunque estés en soledad,
Tienes en ti mismo insuperable compañía
Y no buscas otra relación; mas, si te place,

Puedes elevar tu criatura a la altura que desees
De unión o comunión, deificándola.
Yo por mero conversar no puedo alzar
A éstos de su estado, ni tener contento en su tenor".
Audaz, hablé así, usando la otorgada
Libertad, y hallé favor, que me ganó
Esta réplica de la clemente Voz Divina:
»"Probarte, Adán, hasta ahora me ha placido
Y te hallo sabedor no sólo de las bestias,
Que nombraste bien, sino también de ti,
Pues manifiestas el espíritu que es libre en tu interior,
Mi imagen, no impartida al bruto,
Cuya compañía es para ti por ello inapta;
Buena tu razón, que de este modo, libre, la rechaza:
Piensa siempre así. Mas antes de que hablases
Ya sabía yo que soledad no es para el hombre,
Y no es esta compañía que hoy has visto
La que tienes destinada; por probarte la he traído,
Para ver si juzgarías de lo apto y lo oportuno.
Lo que traiga luego ha de gustarte, ciertamente,
Semejanza tuya, tu apta ayuda, tu otro yo,
Tu deseo, de tu corazón exacto anhelo".
»Cesó, o quizá no oí yo más, ya que ahora,
Por su Celestial mi terrenal vencido[264],
Que bregase tanto desde abajo hacia su altura
En aquel sublime parlamento empíreo
Como con objeto que supera su sentido,
Deslumbrado y roto, se hundió buscando sueño
Confortante, que al instante me asaltó, llamado
Para alivio por Natura, y cerré mis ojos.
Mis ojos él cerró, dejando abierta la celdilla
De la fantasía, mi visión interna, con la que aquellado
Como en trance creí, durmiendo, que veía,
Allí donde yacía, y vi la forma
Aún gloriosa, ante la cual me alcé despierto,
Que, inclinándose, me abrió el costado izquierdo
Y tomó costilla de él, caliente de cordiales hálitos

Y efundiendo sangre viva. Ancha fue la herida,
Pero pronto se curó llenándose de carne nueva.
La costilla modeló él con propias manos:
De sus manos formadoras una criatura vi surgir,
Al hombre parecida, de otro sexo, tan hermosa
Que lo hermoso de este mundo parecía ahora
Miserable, o resumido en ella, en ella contenido
Y su figura, que ya desde ese instante me infundió
En el ánimo dulzor, desconocido antes,
Y que a toda cosa le inspiraba, con su gracia,
El espíritu de amor y de amorosa dicha.
Se esfumó ella, me dejó a oscuras, caminé
Por encontrarla, o para siempre lamentar
Su pérdida y demás placeres abjurarlos todos[265];
Cuando, ya sin esperanza, la vi no lejos,
Tal como la viera yo en mi sueño, adornándola
Aquello que la Tierra toda o Cielo daban
Por hacerla más preciosa: ella vino,
La guiaba su celeste Autor, aunque invisible,
Llevándola su Voz, no inculta
En los ritos maritales y la santidad nupcial:
Gracia poseía en cada paso, cielo su mirar,
En cada gesto dignidad y amor había.
Exultante e incapaz de contenerme, dije fuerte:
»“Esto sí me restablece, has cumplido
Tu palabra, Creador benigno y generoso,
Donador de cosas bellas y, aunque éste es el más bello
De tus dones, no me lo rehúsas. Veo ahora,
Hueso de mi hueso, carne de mi carne, a mi ser
Ante mí: su nombre sea mujer, del hombre
Extraída; por su causa dejará él
A padre y madre para unirse a ella,
Y serán la misma carne, alma, corazón”.
»Ella oyó mis efusiones y, si bien divina,
Su inocencia y virginal modestia,
Su virtud y la consciencia de su mérito,
Que requería galanteo, no indolente entrega,

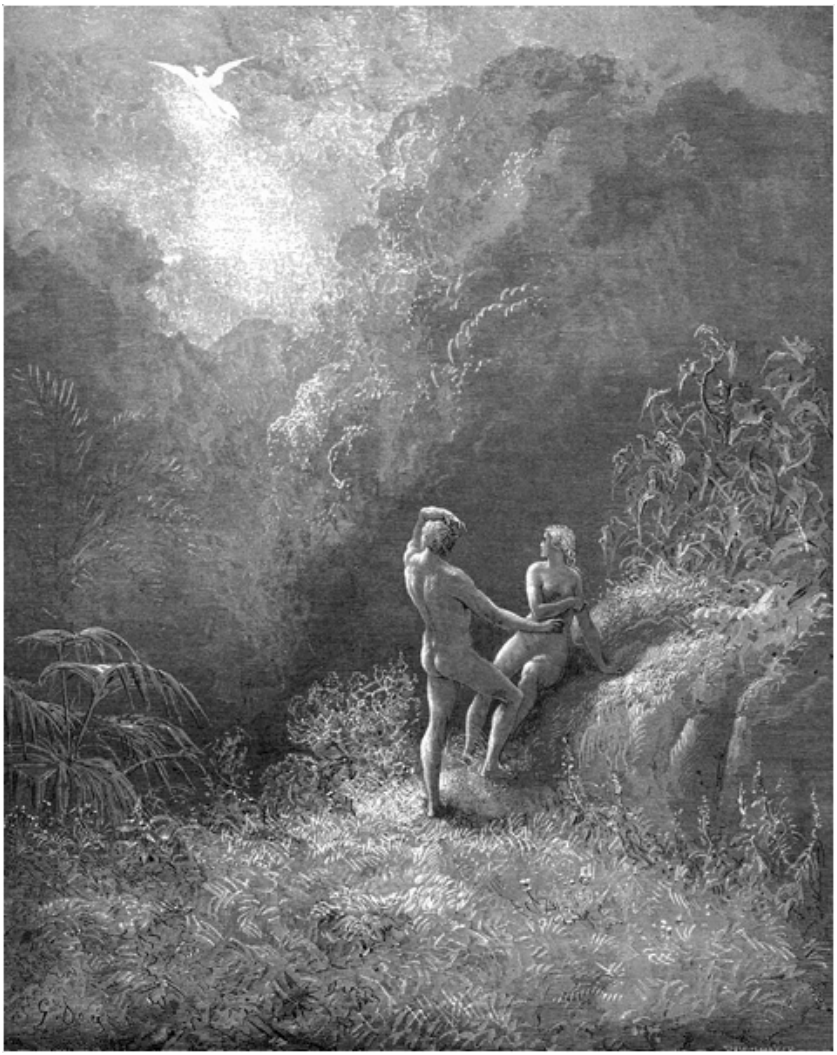
Que no imprudente, no atrevida, reservada era,
Tanto más deseable, o por decirlo todo,
La Natura misma, aunque pura de inmoral idea,
La movía de tal forma que al verme se tornó.
La seguí: sabía ella ya lo que es honor
Y con atenta majestad dio a mis súplicas
Su aquiescencia. Al tálamo nupcial,
Arrebolada como el alba, la guié: el cielo entero,
Las constelaciones faustas del momento,
Derramaron su mejor influjo; dio la tierra
Signo de alegría y todas las montañas;
Júbilo las aves; brisas frescas y suaves vientos
Susurraban en los bosques, y sus alas
Nos traían rosas, los aromas de fragantes matas,
Juguetonas, hasta que el pájaro amoroso de la noche[266],
Entonó el epitalamio, urgiendo al astro vespertino,
En su cima montañosa, por prender la lámpara nupcial.
He hecho así el relato de mi estado, prolongando
Esta historia mía hasta el colmo de terrestre dicha
Que disfruto, y debo confesar que encuentro
En todo lo demás deleite cierto, mas
Lo guste o no, no incita en mi mente cambio
Ni deseo pasional; de goces tales hablo
Como gusto, vista, olor, las plantas, frutos, flores,
Los paseos y la melodía de las aves. Mas aquí
Es todo muy distinto: arrobado observo,
Arrobado toco: aquí pasión sentí por vez primera,
Rara conmoción —en todo el resto de los gozos
Inmutable y superior—, frágil sólo aquí
Contra el potente guiño de la mágica belleza.
O falló Natura en mí, dejando alguna parte
Incapaz de resistirse a tal objeto,
O al tomar de mi costado, extirpó, acaso,
Más de lo debido; cuando menos puso en ella
Mucho adorno, la apariencia externa
Muy elaborada, la interior no tan perfecta.
Bien entiendo que, según el principal designio

De Natura, ella es la inferior en mente
Y talentos interiores, que destacan sobre todo;
Y también en lo exterior, al parecerse menos
A la imagen de ese que a los dos nos hizo,
Expresando menos el carácter de dominio
Sobre otras criaturas. Pero, cuando me aproximo
A su hermosura, tan perfecta me parece
Y en sí misma tan completa, conocerse
Tan a fondo, que lo que desea o dice
Me parece lo más sabio, virtuoso, más discreto, lo mejor.
Toda ciencia superior en su presencia cae
Degradada; la sabiduría en diálogo con ella
Pierde, trastornada, y se vuelve tontería;
La razón y autoridad la sirven,
Cual si fuese la primera, no creada luego,
Contingente; y por consumarlo todo
La grandeza de la mente y la nobleza su sitial
Erigen en primores de ella y la nimban
Con temor sagrado, cual guardián angélico».
A lo que el Ángel, con fruncido ceño:
«No acuses a Natura: ella ha hecho su trabajo;
Haz el tuyo tú y no desconfíes tanto
Del saber, que no te desampara, si tú
No lo abandonas cuando más lo necesitas cerca,
Ensalzando demasiado cosas que resultan
Menos excelentes, como tú percibes.
Pues ¿qué admiras, qué te arroba de este modo?
¿Cosa externa? Bella, no lo dudo, y muy digna
De tu afecto, tu homenaje y aun tu amor,
No tu sujeción: compárate con ella
Y calibra luego: a menudo nada vale más
Que la autoestima, bien llevada, bien fundada
En lo justo y recto. Cuanto más experto aquí,
Más te aceptará por su cabeza ella
Y a las realidades rendirá sus apariencias:
Adornada así por darte más deleite;
Sobrecogedora, para que ames con honor

A tu consorte, que ve cuando menos sabio se te ve.
Pero, si el sentido táctil por el que la humanidad
Se multiplica puede parecer deleite superior
A todo el resto, piénsalo asimismo conferido
Al ganado y cada bestia: no sería para ellas
Cosa tan común y divulgada, si tuviese
Algo digno su disfrute de imponerse
Al espíritu del hombre, o de mover en él pasión.
Lo eminente que en su compañía halles
Atractivo, racional, humano, ámalo por siempre,
Pues amándolo haces bien; no así con la pasión,
En la que no consiste el verdadero amor: refina
El amor la mente, engrandece el corazón,
Tiene asiento en la razón y es ponderado,
Es la escala por la que subir a amor celeste,
No caer en el placer carnal, razón de que
Entre bestias no encontrases tú pareja».
A lo que casi avergonzado, Adán repuso:
«Ni su exterior tan bello, ni otra cosa
De la procreación, común a toda especie
(Aunque mucho más excelso el lecho conyugal,
Con misteriosa reverencia, yo lo estimo)
Me deleita tanto, como esos actos oportunos,
Esas mil delicadezas que día a día fluyen
De sus hechos, sus palabras, llenas de amor
Y dulce acuerdo, que declara no fingida unión
De mente, o un alma sola en ambos:
Armonía más encantadora en pareja maridada
Que el sonido melodioso lo es para el oído.
Éstos, sin embargo, no esclavizan; te revelo
Lo que siento dentro, no por ello dominado:
Yo, que topo con objetos varios que me muestran
Los sentidos variamente, pero, libre siempre,
Lo mejor apruebo y lo que apruebo sigo.
Amar no me reprochas; pues amar, afirmas,
Lleva al Cielo, a la vez camino y guía;
Sé paciente pues conmigo, si pregunto lícito:

¿No aman los Espíritus celestes? ¿Cómo expresan
Ese amor, con sus miradas solamente
O mezclando su fulgor, virtual contacto o inmediato?».
A lo que el Ángel, con sonrisa que vertía
Celestial rubor, de amor el tono propio,
Repuso: «Bástete sabernos venturosos
Y en ausencia del amor no existe dicha.
Lo que tú de puro en el cuerpo gozas
(Y creado puro fuiste) lo gozamos los Espíritus
En eminencia, sin obstáculo ninguno
De membrana, miembro o hueso, excluyentes trabas:
Más que el aire con el aire, si los Ángeles se abrazan,
Se fusionan por completo, uniéndose pureza
A lo puro que desea; no requieren medio restringido,
Como carne que con carne se combine, o alma y alma.
Más no puedo ahora; el Sol, que parte más allá
Del verde Cabo de la Tierra e islas verdecientes[267],
Héspero[268] se pone señalando mi partida.
Sé feliz, sé fuerte, ama, y sobre todo
A aquel a quien amar es someterse, y guarda
Su precepto grande; cuida que pasión a juicio
No le imponga un acto que tu libre voluntad
Rechazaría: la fortuna o infortunio
Tuya y de tus hijos en ti yace: ¡cuida!
En tu perseverancia yo me gozaré
Y todos los Benditos. Tente firme, pues tenerse
O caer reposa sólo en tu libre arbitrio.
Perfecto dentro, no demandes patrocinio externo;
Y repele toda tentación de transgredir».
Hablando así, se levantó; siguiole Adán,
Con bendiciones. «Puesto que ya partes,
Ve, celeste huésped, mensajero etéreo,
Enviado por el Bien Supremo que yo adoro.
Grata para mí y afable ha sido
Tu condescendencia, que honraré por siempre
Con recuerdo agradecido: tú a la humanidad
Sé siempre favorable y vuelve con frecuencia.»

Así se separaron, hacia el Cielo el Ángel
Desde la espesa umbría; Adán a su cobijo.



Libro IX

EL ARGUMENTO

Tras rodear la Tierra y meditar su argucia, Satán retorna como una niebla nocturna al Paraíso y penetra en la dormida serpiente. Por la mañana, Adán y Eva parten a sus labores, que Eva propone repartir entre distintos lugares y trabajar separadamente. Adán no está de acuerdo y alega el peligro de que ese enemigo sobre el que se les ha advertido tiente a Eva hallándola sola. Eva, resistiéndose a que no se la considere lo bastante firme o circunspecta, se obstina en ir sola, más deseosa todavía de poner a prueba su propia fuerza. Adán acaba por ceder. La Serpiente la encuentra sola: su sutil aproximación, primero observando, hablando luego y, con mucha zarracatería, adulando a Eva por encima de todo el resto de las criaturas. Eva, asombrándose al oír hablar a la Serpiente, le pregunta cómo ha accedido al lenguaje humano y semejante entendimiento, de los que careciera hasta entonces. La Serpiente responde que al probar de cierto árbol del Jardín obtuvo tanto el lenguaje como la razón, que le faltaran antes. Eva le pide que la conduzca a ese árbol y descubre que se trata del prohibido Árbol de la Ciencia. La Serpiente, más atrevida ya, con mucha astucia y palabrería acaba por inducirla a comer de él. Eva, a la que agrada el sabor, delibera un rato sobre si darle de él a Adán o no; por fin, le lleva el fruto y le cuenta qué la persuadió a comer de él. Adán, perplejo al principio pero viéndola perdida, decide perecer con ella por la vehemencia de su amor y, subestimando la transgresión, come también del fruto. Los efectos en ambos. Tratan de cubrir su desnudez; luego caen en la disputa y en recíprocas acusaciones.

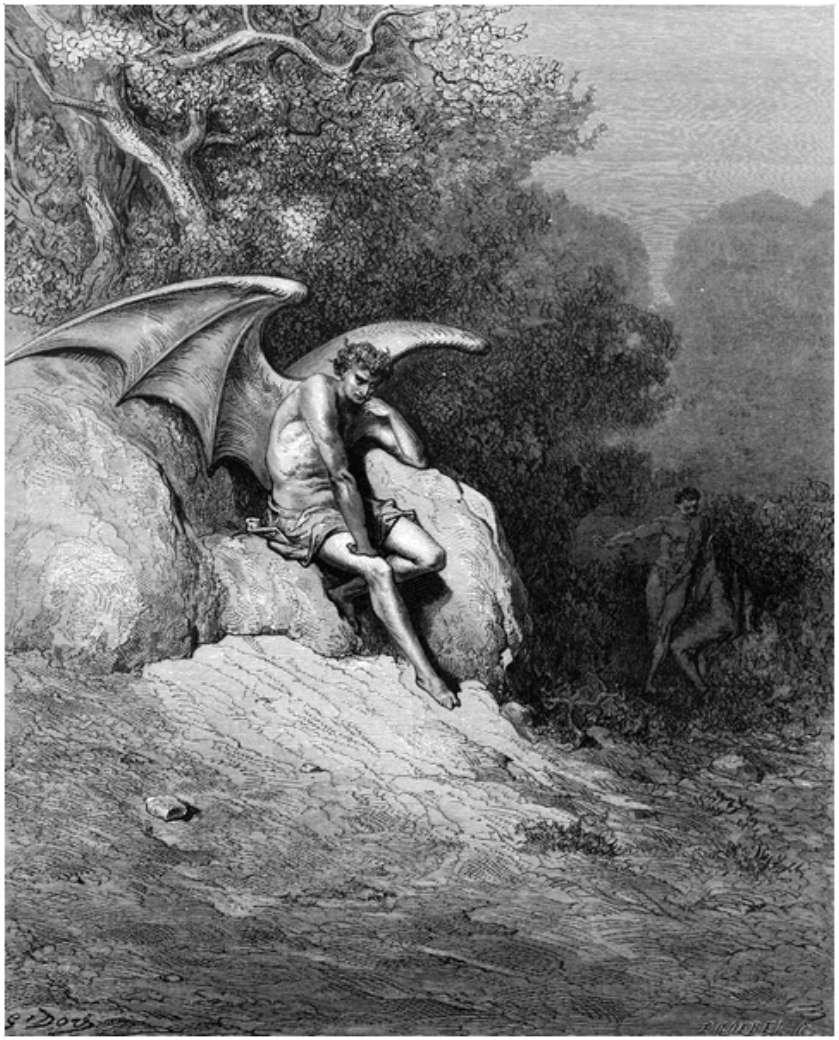
No más charla en que Dios o Ángel convidado,
Como amigo con amigo, familiares se sentaban
Con el hombre, indulgentes, compartiendo
Rústico festín y permitiéndole entre tanto
Parla leve y excusable. Trágicas serán las notas
Que ahora evoque: sórdido recelo y desleal
Ruptura por la parte humana, rebelión
E inobediencia; por la parte de los Cielos,
Ahora extraños, lejanía y desafecto,
Ira y justa represión, y juicio pronunciado

Que a este mundo trajo un mundo de dolor,
Pecado y Muerte, sombra de éste, y miseria,
De la Muerte heraldo. Triste empresa, mas cuestión
No menos sino más heroica que la cólera
Del hosco Aquiles, persiguiendo a su rival
Tres veces fugitivo en torno al murallón de Troya[269];
O la rabia en Turno por Lavinia[270] descasada,
O la ira de Neptuno[271], o bien de Juno, que sumió
Al griego en desconcierto y al hijo de Afrodita,
Si un estilo pertinente puedo conseguir
De mi patrona celestial[272], que me dispensa
Insuplicada su noctivaga visita
Y me dicta mientras duermo, o me inspira
Dúctil mi espontáneo verso. Pues éste es tema
Que, ya desde hace tiempo, para canto heroico
Me sedujo, aunque tarde lo he empezado,
No proclive por naturaleza a escribir
De guerras, hasta ahora única temática
Tenida por heroica, cuyo arte está en diseccionar,
Con largo y aburrido estrago, a caballeros de leyenda
En batallas de ficción —mas noble fortaleza,
La paciencia y el martirio heroico, queda
Por cantar— o describir carreras y otros juegos,
O aparejos de combate, escudos blasonados,
Distintivos ocurrentes, y gualdrapas y corceles,
Escarcelas y fantásticos jaeces, formidables caballeros
En torneos, justas; y después, hierático festín
Servido en sala grande, con criados, senescales:
Maña esta artificiosa o mediocre oficio,
No el que otorga con justicia nombre heroico
Al poema o la persona. A mí, en éstos
Poco diestro e ignorante, tema más excelso
Se me ofrece, suficiente por sí mismo para alzar
Tal nombre, a menos que este siglo rezagado,
Frío clima o quizá los años frustren el ascenso
Que pretendo; y bien podrían, si esta obra fuese mía,
No de aquella que la trae cada noche a mis oídos.

El Sol se había puesto y tras él el astro
Héspero, que porta —tal su oficio—
El crepúsculo a la Tierra, breve árbitro
Entre el día y noche; y de fin a fin ahora
El nocturno hemisferio al horizonte curvo entunicaba.
Satán entonces, que escapara hacía poco
De Gabriel, amenazante, partiendo del Edén,
Tras ahondar en la malicia y fraude, obcecado
En la destrucción del hombre, a pesar
De lo que en él pudiera recaer, volvió sin miedo.
De noche huyó y a medianoche retornó
Tras rodear la Tierra, frente al día cauteloso,
Pues Uriel, del Sol Regente, percibió
Su entrada y advirtió a los Querubines
Que montaban guardia; de allí expelido
Con zozobra, siete noches sucesivas cabalgó
La oscuridad, tres veces la línea equinoccial
Circunvaló, cuatro cruza el carro de la Noche,
De polo a polo, atravesando los coluros;
A la octava retornó y, en la orilla adversa
A la entrada que guardaban los Querubes, encontró
Furtivo insospechada senda. Un lugar había,
Ahora no (y no el tiempo: el pecado trajo el cambio),
Donde el Tigris, a los pies del Paraíso,
Se sumía subterráneo en una sima, para alzarse
En parte como fuente junto al Árbol de la Vida.
Con el río se sumió y con él se levantó
Satán, envuelto en escalante niebla; busca luego
Dónde estar oculto. Ya explorara mar y tierra

Desde el Edén al Ponto, y desde el lago
De Meotis hasta más allá del río Ob;
A la Antártica bajara incluso y, en largor,
Desde el Orontes al oeste hasta el piélago
Que Darién obstruye, y de allí al país del Ganges
Y del Indo[273]: de este modo el orbe recorrió
Buscando minucioso, y con hondo examen
Cada criatura sopesó: de todas ellas

Cuál más oportuna a su artimaña, hallando
La serpiente la alimaña más sutil del campo.
A ésta tras debate largo e indeciso cavilar,
Su último dictamen escogió por apto
Recipiente, el trasgo fraudulento más idóneo
En quien entrar, donde ocultar sus negras sugestiones
De la vista más aguda: pues en la artera sierpe
Nadie notaría suspicaz doblez alguna, que parece
Proceder de su natal ingenio y sutileza,
Cosa que observada en otras bestias
Movería dudas de diabólico poder
Activo en ellas más allá del animal sentido.
Así lo decidió, mas antes reventó
De puro sufrimiento su pasión en estos lloros:
    «Oh Tierra, qué conforme al Cielo, si no incluso
Preferible, digna sede de Deidades, pues formada
Con segundos pensamientos, por reforma de lo viejo.

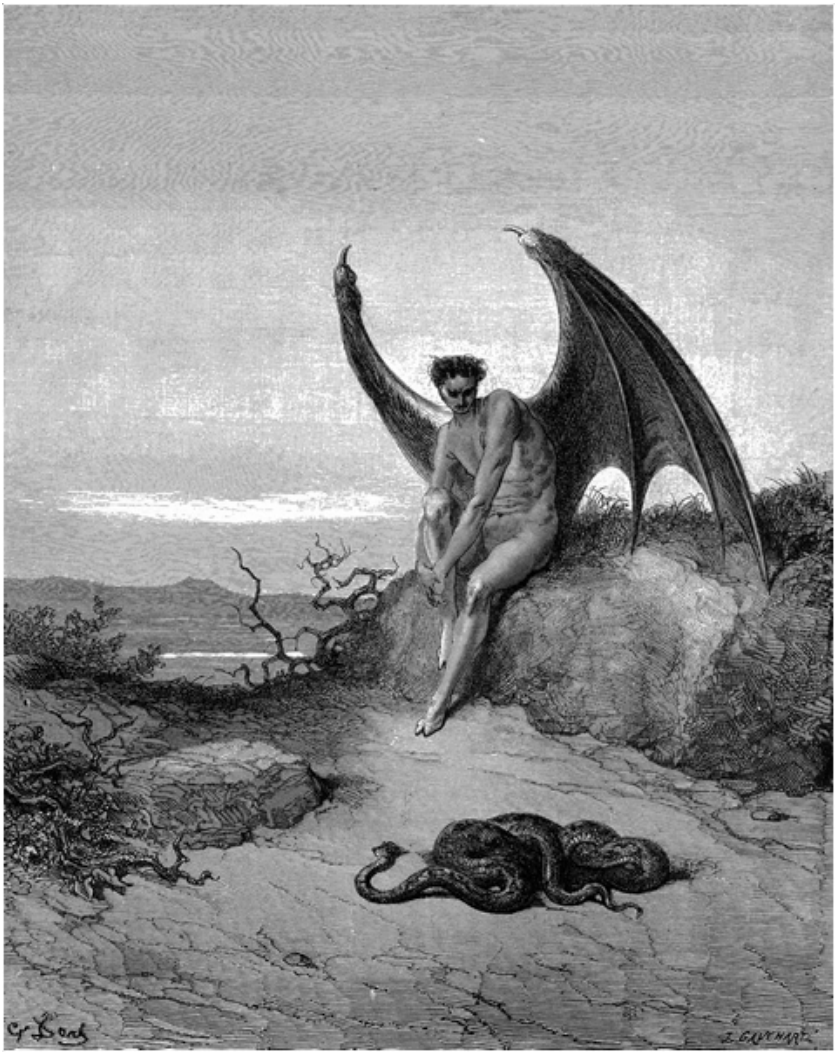


Pues ¿qué Dios, tras lo mejor, haría lo peor?
Cielo terrenal, en medio de la danza de otros cielos
Que fulguran, pero portan sus atentas lámparas brillantes,
Luces sobre luces, por ti sola, tal parece,
Confluyendo en ti sus hermosos rayos todos
De sagrado influjo. Si en los Cielos Dios
Es Centro, mas se extiende a todo; centro tú también,
De todos esos orbes tomas: pues en ti,
No en sí mismos, toda su virtud se muestra,

Produciendo yerba, planta, y más noble gestación
De criaturas animadas, con su vida gradual:
Crecer, sentido, raciocinio, todo resumido en hombre.
Con qué deleite yo te habría recorrido
Si deleite aún pudiera hallar, dulce cambio
De montaña y valle, ríos, bosques y llanuras,
Ahora tierra, mar ahora, costas coronadas de forestas,
Rocas, antros, cuevas; pero yo en ninguna de éstas
Hallo sitio ni refugio y, cuantos más placeres
Veo en torno, más percibo en mi interior
Tormento, cual de un odioso asedio
De contrarios; todo bien se torna en mí
Veneno, y en el Cielo índole aún peor tendría.
Mas no aquí pretendo, ni tampoco en el Empíreo,
Habitar, a menos que domine al celestial Supremo;
Y no abrigo la esperanza de librarme de desdichas
Con mi intento, sino hacer a otros desdichados
Cual yo mismo, aunque males aún peores sufra de ello.
Pues sólo destruyendo hallo alivio
A mis crudos pensamientos; y destruido él,
O a eso seducido que su pérdida completa obre,
Ese para quien fue hecho todo esto, todo esto pronto
Seguirá, ya que a él está ligado en dicha o infortunio.
Infortunio, pues, y que la destrucción sea vasta:
Para mí la gloria sola, entre todos los Poderes
Infernales, de frustrar en un día solamente
Lo que el supuesto Omnipotente seis jornadas
Se entretuvo haciendo, y quién sabe cuánto más
Pasó forjando antes, aunque acaso no preceda
Su proyecto a la sola noche en que libré
De servidumbre ignominiosa a casi la mitad
Del Nombre Angélico, dejando flaca la legión
De sus devotos: él para vengarse
Y reponer sus números así menguados
—Ya fallase ahora su virtud, gastada antiguamente,
Para crear más Ángeles, si fueron cuando menos
Obra suya—, o por torturamos más aún,

Decidió implantar en nuestro espacio
Una criatura que formó con tierra, y otorgarle,
Exaltada de un origen tan abyecto,
Celestiales hurtos, hurtos nuestros. Decretándolo,
Lo hizo; al hombre hizo, y por él creó
Magnífico este mundo, con la Tierra por su asiento,
Proclamándolo Señor y, ¡oh indecencia!
Sometiendo a su servicio el ala angélica
Y flamígeros ministros que custodien, cuiden
Al terroso tutelado. De éstos temo vigilancia
Y por eludirla, de este modo envuelto en niebla
Y vapor de medianoche fluyo oscuro, escrutando
Cada arbusto, helecho, donde acaso encuentre,
Dormitando, a la serpiente, en cuyo dédalo de anillos
Ocultarme y a mi negra empresa dar efecto.
¡Oh inmundo abatimiento! Yo, que contendía
Con los Dioses por sentarme más arriba, reducido
Ahora a bestia y con el légamo bestial mezclado,
Encarnar y embrutecer mi propia esencia,
Que a la cumbre aspiró de la Deidad;
Mas la ambición y la venganza ¿a qué no
Caerán? Quien tanto aspira debe rebajarse
Cuanto quiso alzarse, antes o después sujeto
A cosas despreciables. La venganza, si primero dulce,
Pronto sobre sí amarga retrocede;
¡Sea! Qué me importa, si hace blanco
—Ya que fallo apuntando alto— en ese que después
La envidia me provoca, este nuevo favorito de los Cielos
Esta arcilla hecha hombre, hijo del desprecio,
Que por despreciarnos más alzó del polvo
Su Creador: odio, pues, mejor al odio paga».
    Hablando así, reptando por las matas,
Húmedas o secas, como negra niebla, prosiguió
Su búsqueda nocturna por hallar más pronto
La serpiente. La encontró por fin en sueño hondo,
Laberinto ensortijado de incontables vueltas,
Su cabeza en niebla, bien nutrida de sutiles mañas;

No aún en hórrido sombraje, o antro lóbrego,
No nocente todavía: en la yerba dormitaba
Sin temor y no temida. Por su boca entró



El Demonio y poseyendo su brutal sentido
En cabeza o corazón nada tarda en inspirarle
Acto inteligente. Mas su sueño no turbó,
Aguardando oculto que llegase la mañana.

Ahora, cuando Luz sagrada comenzaba a alborecer
En el Edén, tocando húmedas las flores, que exhalaban
Matinal incienso; cuando toda cosa que respira,
Desde el gran altar terrestre, elevaba loa silenciosa
Al Creador, colmando sus sentidos
De perfumes gratos, emergió el humano par
Y su vocal adoración al coro unió de criaturas
Faltas de la voz; disfrutan, hecho esto,
La mañana, su primicia de dulcísimos aromas, brisas;
Luego tratan de qué modo ese día dedicarse
A sus quehaceres en aumento, pues abruman
Ya las manos encargadas de Jardín tan grande.
Y primero dice Eva a su consorte:
«Adán, por más que trabajemos sin cesar
En el Jardín, cuidando siempre cada planta, yerba, flor,
Grato afán que compartimos, hasta que más manos
Nos ayuden, la tarea encomendada crece,
Exuberante por carencia. Lo frondoso que de día
Rodrigamos o podamos, una noche tarda o dos
Su medra caprichosa en traicionamos,
Inclinado a selva. Da consejo, pues, ahora
O los planes que conciba yo primero escucha:
Dividamos las labores; ve tú a donde el gusto
Te conduzca o al lugar que más lo pida,
Ya a empergolar la madreselva, o darle vía
A la ambiciosa yedra; yo entre tanto,
En el brote aquel de rosas entre mirtos
Hallaré qué componer hasta empezar la tarde;
Pues si tan cerca uno de otro todo el día
Disponemos el trabajo, no es extraño que tan cerca
Se interpongan las miradas, las sonrisas, nuevo objeto
Nos incite a coloquio inopinado, que interrumpe
La tarea, así precaria, aunque empezada
Pronto, y la hora de la cena llega inmerecida».
A lo que dócil réplica Adán le dio:
«Eva única, amiga sola, por encima para mí
De toda criatura viva, tan amadas,

Bien propones, bien se emplean tus ideas
En el modo de cumplir mejor el quehacer que aquí
El Señor nos encomienda: no te niegue yo
El aplauso, pues no hay cosa más cordial
En la mujer que el buen cuidado del hogar
Y buenas obras inspirarle a su consorte.
Pero no tarea tan estricta Dios impone
Que debamos prescindir, si necesario,
Del refresco, ya alimento, ya el coloquio,
De la mente el alimento, o este dulce canje
De miradas y sonrisas, pues sonríe la razón
Y no lo puede el bruto, y es pábulo de amor,
Que no es el fin más bajo de la vida humana.
Pues no para el incómodo trabajo, sino el goce
Él nos hizo, y el deleite a la razón unido.
Estas sendas y enramadas, nuestras solas manos,
No lo dudes, prevendrán de ensilvecerse
Y amplias mantendrán hasta que manos juveniles
Lleguen pronto como ayuda; mas si mucha charla
Te molesta, a corta ausencia puedo yo rendirme;
Pues soledad a veces es suprema compañía
Y retiro corto a dulcísimo retorno incita.
Pero otra duda me posee, que de mí apartada
Daño alguno tengas; pues conoces
La advertencia, qué enemigo malicioso,
Envidiando nuestra dicha, por la que él perdió
Atormentado, busca hacernos daño, rebajarnos,
Con artero asalto. Y en algún lugar bien cerca
Acecha, no hay duda, ávido por encontrar
Su instante y su ventaja, viéndonos aparte,
Pues unidos cómo habría de engañarnos,
Si inmediata ayuda presta uno a otro al requerirlo.
Ya sea su primer designio cercenar
Nuestra lealtad a Dios, o lesionar
El amor que nos tenemos y que acaso excita
Más su envidia que cualquier deleite que gozamos,
Sea esto o cosa aún peor, no dejes el leal costado

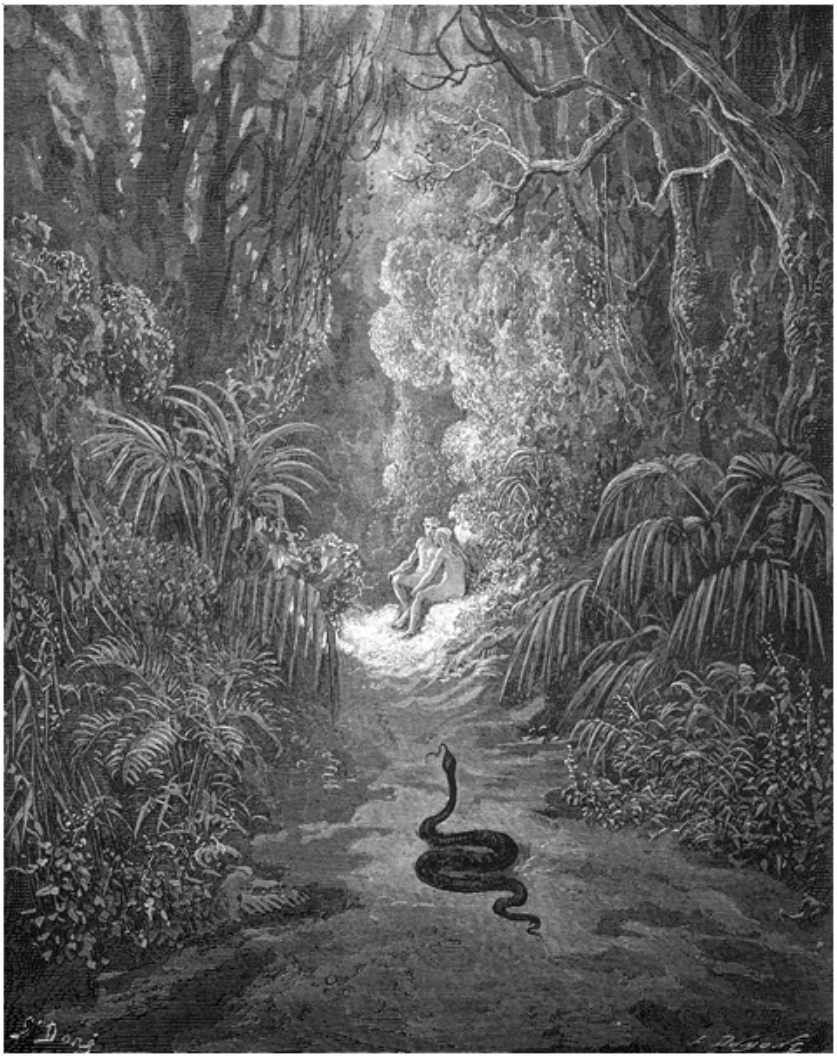
Que te dio tu ser, te escuda todavía y te protege.
Cuando acechan el peligro o la deshonra, la mujer
Está mejor y más segura junto al hombre,
Que la guarda, o bien con ella lo peor aguanta».
A quien la virgen majestad de Eva,
Como quien amando topa con inconveniencia,
Respondió con dulce compostura austera:
«Vastago de Cielo y Tierra, de la Tierra toda Dueño,
Que enemigo tal tenemos, empeñado
En nuestra ruina, no por ti lo sé únicamente:
También al Ángel al partir lo oí de lejos,
Desde el rincón en sombras donde estaba
Justo al retornar, cerrándose las flores vespertinas.
Mas que tú por ello de mi fortaleza dudes,
Mi adhesión a Dios o a ti, teniendo un enemigo
Que acaso me tentase, no esperaba oírlo.
Su violencia no la temes, siendo así que,
Incapaces ambos de la muerte o el dolor,
Podemos no acogerla o repelerla.
Sus engaños temes pues, lo que indica claramente
Tu temor parejo de que mi firmeza fiel y amor
Su fraude pueda seducirlos o hacerlos vacilar:
¿Cómo habitan tales pensamientos en tu pecho, Adán,
Por qué esta desconfianza de quien tanto estimas?».
Con palabras temperantes Adán le respondió:
«Hija del Señor y el hombre, Eva imperecible,
Pues tal eres, libre de pecado y culpa:
No por desconfianza intento disuadirte
De que no te alejes, sino por evitar incluso
El intento mismo, lo que el enemigo se ha propuesto.
Pues quien tienta, aunque en vano, cuando menos
Al tentado con odioso deshonor salpica, suponiendo
Corruptible su lealtad y vulnerable él
A tentación. Tú misma con desprecio
E ira escucharías la propuesta infamia,
Aunque resultase inútil; no desdeñes pues
Que intente conjurar ofensa semejante

Al estar tú sola, cosa que a los dos al tiempo,
Aunque audaz, el enemigo no la intentaría,
O intentándola, primero en mí su ataque recaería.
Tampoco subestimes su malicia y falsas mañas,
Pues ha de ser sutil quien pudo embelesar
A tanto Ángel, y no tengas por trivial la ayuda ajena.
Por influjo tuyo al verte logro yo
Incremento en mis virtudes, en presencia tuya
Soy más sabio, más atento, fuerte, si es precisa
Fuerza externa; mientras la vergüenza, estando tú,
Vergüenza de que me venciese o subyugase,
Alzaría en mí vigor supremo, en ambos lo alzaría.
¿Por qué no sentirías dentro tú lo mismo,
Yo presente, y no has de ser probada junto a mí,
Pues qué mejor testigo de la prueba a tu virtud?».
    Esto dijo Adán, doméstico, con cariño
Y marital amor; mas Eva, que creyó
Subestimada su lealtad sincera,
De este modo respondió, con dulce acento:
    «Si tal estado el nuestro, residir así
En angosto círculo, cercados por un enemigo,
Ya violento ya sutil, exentos tú y yo por separado
De defensa equiparable, allí donde nos halle,
¿Qué felicidad es ésta, siempre con temor de daño?
Mas el daño al pecado no precede: sólo el enemigo,
Al tentarnos, nos insulta con su indigna estima
De la integridad que es tuya y mía: su indigna estima
No nos mancha de deshonra, sino torna indigna
Contra él mismo; siendo así ¿por qué evitarlo,
A qué temerlo, cuando doble honor ganamos
Demostrando falso su supuesto, paz hallamos dentro
Y el favor del Cielo, que es testigo del evento?
¿Y qué son fe, amor, virtud, sin prueba
En solitario, sin ayuda externa que sostenga?
No pensemos, pues, que este estado venturoso
Lo dejó tan imperfecto el Hacedor universal
Que sea inseguro, separados o en unión.

Frágil nuestra dicha, si esto fuera así,
Y Edén no fuera Edén, si tan desamparado».
A lo que Adán, ferviente, replicó:
«Oh mujer, mejor las cosas cual la Voluntad
De Dios las ordenó; su mano creadora
Nada deficiente o imperfecto nos dejó
De todo lo creado, menos todavía el hombre
O algo que pudiera asegurar su estado venturoso,
Asegurarlo contra fuerza externa; dentro de él
El riesgo yace, pero yace en su poder:
En contra de su voluntad no puede ser dañado.
Mas libre Dios dejó la voluntad; lo que obedece
La razón es libre, y la razón la hizo recta;
Mas le ordena vigilar y siempre estar derecha,
Que admirada por un bien hermoso y aparente
No disponga en falso y a la voluntad confunda
Para hacer lo que el Señor prohibió patente.
No pues desconfianza, sino tierno amor prescribe
Que te cuide habitualmente y que tú me guardes.
Firmes subsistimos, aunque es posible vacilar
Pues no imposiblemente la razón acaso encuentre
Un objeto traicionero por el enemigo sobornado
Y se hunda descuidada en el engaño
No observando estricta guardia, como fue advertida.
No busques pues la tentación, que fuera preferible
Evitar y que mejor evitarías si de mí
No te alejaras: pruebas llegarán sin ser buscadas.
¿Aquilatar querrías tu constancia?, prueba
Antes tu obediencia; la otra ¿quién podrá saberla,
No mirándote tentada?, ¿quién será testigo?
Mas si crees que prueba no buscada puede hallarnos
Más seguros de lo que pareces advertida,
Ve, pues quedándote forzada más te ausentas;
Ve en tu inocencia innata, cuenta
Con lo que posees de virtud, invócalo completo:
Dios en ti su parte ha hecho; haz la tuya tú».
Esto el Patriarca Primordial; mas Eva persistió,

Si bien sumisa, y repuso perentoria:
«Con permiso tuyo, pues, y así advertida
Por lo que tus últimas palabras, sobre todo, rozan sólo,
Que la prueba, cuando menos perseguida
Puede acaso hallarnos mucho menos listos,
Voy más decidida, y no espero demasiado
Que enemigo tan altivo busque antes al más débil;
Si eso hiciera, más vergüenza habría en su fracaso».
Hablando así, su mano de la mano marital
Suavemente quita y como ninfa nemorosa,
Dríade u Oréade, o del séquito de Delia[274],
A los bosques fue, mas a Delia misma
Superaba en porte y en divina compostura,
Aunque no de aljaba y arco como ella armada,
Sino de aparejos jardineros que arte rudo todavía,
No culpable aún de fuego[275], hiciera, o Ángeles trajeran.
A Pales o a Pomona, así adornada,
Más se parecía; a Pomona cuando huía
De Vertumno; o a Ceres en su albor,
Virgen aún de Proserpina[276], que de Jove tuvo.
Largo rato Adán con ojos ardorosos la siguió
Encantado, anhelando incluso más que se quedase.
No dejó de repetirle que volviese pronto
Y ella, tantas veces cuantas él, le prometió
Que al mediodía estaría nuevamente en el refugio,
Todo bien dispuesto para estímulo
Del meridiano ágape, o de la siesta al resistero.
¡Oh qué errada, qué engañada, triste Eva,
Figurando tu retorno! ¡Execrable evento!
Nunca tú desde esa hora en el Jardín
Hallaste dulce ágape o profundo tu reposo;
Tal acecho oculto entre flores y las sombras
Te aguardaba con diabólico rencor urgente
Para asaltarte en el camino o hacerte retornar
Robada de inocencia, de la fe, de la ventura.
Pues ahora y desde el romper del alba, el Demonio,
Mera sierpe en apariencia, ya emergiera

Y ya buscaba dónde más seguro encontraría
A los dos humanos existentes, que en sí
Incluían raza entera, su anhelada presa.
En fronda y campos rebuscó, allí donde un penacho
Forestal o ajardinado resultase más ameno,
Delicioso objeto para ellos de cultivo o de cuidado,
Junto a fuente o margen de riachuelo umbrío
Busca a ambos, pero ansia que su suerte encuentre
A Eva separada, lo desea, mas no espera
Cosa tan insólita, cuando de pronto, así lo quiso
Más allá de su esperanza, a Eva separada atisba,
En un nimbo de fragancia, donde estaba en pie,
Visible a medias, tan arrebolados los rosales que la cercan
Brillan densos, inclinándose a menudo a fin de erguir
El tallo fino de las flores, cuya testa, aunque gaya
—Encarnadas, púrpuras, azur o en oro graneadas—,
Pendía lánguida, inapoyada: a éstas endereza,
Dulcemente, con mirtina banda, despistada mientras,
Aunque ella misma flor más bella insostenida,
Del mejor apoyo tan lejana, tan cercana al vendaval.
Se aproxima él, cruzando muchas sendas
De entoldado augusto, cedro, pino, palma,



Ya ondulante, ya tenaz, ahora oculto, visto ahora
Entre espesos arbolados y entre flores,
La orladura en cada orilla, obra de Eva:
Lugar más delicioso que esos parques de ficción
De Adonis[277] revivido, o del famoso
Alcínoo, del hijo de Laertes[278] anfitrión,
O aquél, no místico, en que el Rey Sapiente
Amoroso retozaba con su bella esposa egipcia[279].

Mucho admira él el sitio, más a la persona.
Como alguien preso largo tiempo en urbe muy poblada,
Donde prietos edificios y cloacas vician el ambiente,
Al salir a respirar al alba en el estío
Entre villas deliciosas, las almunias colindantes,
De cualquier objeto hallado extrae deleite,
El olor del grano, yerba asoleándose, o del ganado,
Leche de las granjas, cada rústico sonido o panorama;
Si con nínfeo paso entonces una bella virgen pasa,
Lo que grato pareció por ella más agrada ahora,
Ella sobre todo, que en su porte suma todo goce.
Tal placer sintió la Sierpe al contemplar
Aquel lugar de flores, el refugio dulce de Eva,
Tan temprano, tan a solas: su divina forma
Angélica, aunque más fina, y femenina,
Su inocencia delicada; cada gesto de ella,
Sus maneras, la menor acción, sobrecogían
Al Demonio y con dulce rapto despojaban
Su fiereza del designio fiero que portaba:
Ese espacio, el Maligno perduró abstraído
De su propio mal y, por un rato, persistió
Estupefactamente bueno, de vileza desarmado,
De artería, odio, envidia y de venganza,
Mas el ígneo Infierno que arde siempre en él,
Aunque en mitad del cielo, pronto puso fin a su deleite,
Y con mayor tormento, cuanto más contempla
Los placeres no ordenados para él: luego, pronto
Odio fiero recolecta y todas sus ideas
De perjuicio, saludándolas, así excita:
«Pensamientos, ¿dónde me lleváis, con qué suave
Compulsión así arrobado por que olvide
Lo que aquí nos trajo: odio, no el amor, ni la esperanza
De un Edén para el Infierno, ni esperanza de gustar
Aquí el placer, sino el placer entero destruir
Menos el que en destruir reside, pues otro gozo
Para mí no hay ya. Así, no deje yo que pase
La ocasión que ahora me sonríe: ve ahí sola

La mujer, expuesta a todo asalto;
Su consorte (pues veo lejos el entorno) no aparece:
Su intelecto más excelso yo rehuyo,
Y su fuerza, de coraje más brioso, y de miembro
Hecho heroico, aunque de terrestre molde,
Enemigo no insignificante, de lesión exento,
No así yo; tanto ha degradado el Tártaro
Y el dolor debilitado lo que fui en el Cielo.
Ella bella, y divinamente, para amor de Dioses,
No terrible, aunque hay terror en el amor
Y la belleza, si no la iguala odio más potente,
Odio más potente, bajo capa de un amor fingido,
Vía que ahora tomo hacia su ruina».

Esto dijo el Adversario de los hombres, recluido
En la serpiente, avieso huésped, y hacia Eva
Enfiló, no con sinuoso movimiento,
Prono en tierra, como ahora, sino engrifado,
Sobre base circular de anillos que se alzaban
Pliegue sobre pliegue como dédalo creciente,
Encrestada la cabeza, mas carbúnculo sus ojos;
Con bruñido cuello de oro verde, erecta
Entre sus espiras, que en la yerba se movían,
Flotadura redundante: era grata su figura
Y amorosa, nunca desde entonces hubo sierpe
Más bonita: no ésas en Iliria en que Hermione
Y Cadmo[280] se cambiaron, o el Dios
En Epidauro[281]; ni esas otras cuya forma
Jove Amonio, o el Capitolino, asumieron:
El primero con Olimpia, el segundo con aquella
Que parió a Escipión, de Roma cumbre[282]. Al principio
De soslayo, como alguien que buscase acceso
Mas temiese interrumpir, urde él camino.
Como barco maniobrado por piloto diestro
Cerca de fluvial desagüe o cabo, donde el viento
Vira presto, y tan presto vira él y muda velas,
Así variaba la Serpiente y de su cola tortuosa
Retorcía sus anillos caprichosos a la vista de Eva,

Para cautivar sus ojos. Ocupada ella, oyó ruido
De hojas susurrantes: no hizo caso, habituada
A recreos tales por los campos, en presencia suya,
De las bestias, más sumisas a su voz
Que la piara disfrazada a la voz de Circe[283].
Más audaz ahora, no llamado, ante ella se plantó,
Mas como pleno de embeleso; doblegaba sin cesar
La cresta alminarada y cuello nacarino,
Zalamero, y lamía el suelo que pisaba ella.
Su gentil, callado gesto atrajo al fin
Hacia sus juegos la mirada de Eva; él, contento
De ganarse su atención, con viperina lengua
Instrumental o golpe de aire oral
Su fraudulenta tentación así ya empieza:
«No te asombres, soberana, si es que puedes,
Siendo como eres sólo asombro; mucho menos armes
Tu mirada —cielo de dulzura— de desdén,
Molesta al acercarme de este modo y observarte
Sin saciarme; heme solo aquí, sin temer
Tu rostro turbador, más turbador aquí apartado.
Bellísima semblanza de tu bello Autor,
A ti toda cosa viva te contempla, toda cosa tuya
Por su don, y tu belleza celestial adora
Al mirarla con arrobo, ahí mejor mirada
Si la admira el universo; mas aquí
En este predio agreste, entre estas bestias,
Observantes toscos, incapaces de apreciar
Ni la mitad de tu hermosura, tu hombre aparte,
¿Quién te ve? (¿y qué es uno?), cuando verte deberían
Como Diosa entre los Dioses, adorada y asistida
Por los Ángeles innúmeros, tu séquito diario».
Así adulaba el Tentador, templando su proemio.
Le llegaron sus palabras a Eva al corazón,
Aunque su voz la maravilla; por fin,
No sin asombro, de este modo le responde:
«¿Qué es esto? ¿Lengua humana que pronuncia
Lengua bruta, y expresando humana concepción?

La primera de éstas cuando menos la creí negada
Al animal, que Dios, el día de Creación,
Creó, para el sonido articulado, mudo;
Del segundo dudo, pues en sus miradas
Hay mucho de razón y transparece en sus actos a menudo.
A ti, serpiente, bestia más sutil del campo,
Te conozco, pero no con voz humana.
Duplica pues la maravilla y dime,
¿Cómo, siendo muda, te volviste hablante
Y cómo tan cordial conmigo sobre el resto
De la especie bruta que veo cada día?
Di, pues tal milagro exige indagación».
A quien el Tentador artero así repuso:
«Soberana de este mundo bello, Eva esplendorosa,
Fácil me es decirte todo lo que ordenas,
Merecidamente has de ser obedecida:
Yo era antes como otras bestias que pastean
La pisada yerba, de rastreros pensamientos bajos,
Como mi alimento, nada discernía salvo pasto
O sexo, y no aprehendía nada excelso;
Hasta que un día que vagaba por el campo
Vi al azar en la distancia un árbol bueno
Con caudal de frutos de bellísimos colores,
Grana y oro. Me acerqué a mirar;
Un olor sabroso entonces que emanaba de las ramas,
Grato al apetito, más me cautivó el sentido
Que el perfume dulce del hinojo, o las ubres
De la oveja o cabra en el ocaso, húmedas de leche,
No sorbidas por caloyo, que prolonga su retozo.
Para dar satisfacción al fiero anhelo que tenía
De probar manzanas tan hermosas, decidí
No dilatarme: hambre y sed al tiempo,
Poderosas persuasoras, avivadas al perfume
De los frutos seductores, me apremiaban tercas.
Al musgoso tronco me anillé enseguida,
Pues bien altas como estaban, esas ramas piden
Tu mayor estiramiento o el de Adán;

Alrededor del árbol otras bestias ansia igual
Mostraban, envidiosas, pero no alcanzaban.
Entre ramas ahora ya, donde plétora colgaba
Tentadora y tan cercana, arranqué y comí
Hasta la hartura, pues placer así jamás,
Ni en fuente o pastizal, hallara antes.
Por fin saciado, no tardé en sentir en mí
Extraña alteración, un cierto grado interno
De poderes racionales, y el lenguaje luego
No esperó, aunque quedé apresado en este cuerpo.
Desde ese instante, a altas o profundas reflexiones
Dediqué mis pensamientos y con mente amplia
Toda cosa examiné visible en las alturas,
En la tierra, o en el medio, toda cosa bella y buena;
Pero todo eso bello y bueno yo lo veo unido
En tu imagen divinal y en la celeste luz
De tu hermosura; no hay belleza que a la tuya
Se equipare o se le acerque, tal me indujo,
Aunque acaso inoportuno, a venir, mirarte
Y adorarte, con justicia proclamada
De las criaturas Soberana, Dama universal».
Así animada habló la Sierpe artera y Eva,
Más atónita si cabe, incauta respondió:
«Serpiente, tus lisonjas excesivas dejan duda
Sobre la virtud del fruto, que has probado tú primero:
Pero dime, ¿dónde está ese árbol, crece lejos?
Pues los árboles de Dios en el Jardín
Son muchos, y diversos, pero por nosotros
Ignorados: de abundancia tal podemos elegir
Que deja intacta provisión mayor de frutos,
Siempre incorruptibles en las ramas, hasta que haya
Hombres suficientes y más manos vengan
A ayudarnos que alivien a Natura de sus dones».
A lo que el astuto Áspid, con encanto:
«Emperadora, el camino es corto y hacedero,
Tras un seto de arrayanes, en terreno llano,
Junto a una fuente, ya pasado un arbustillo

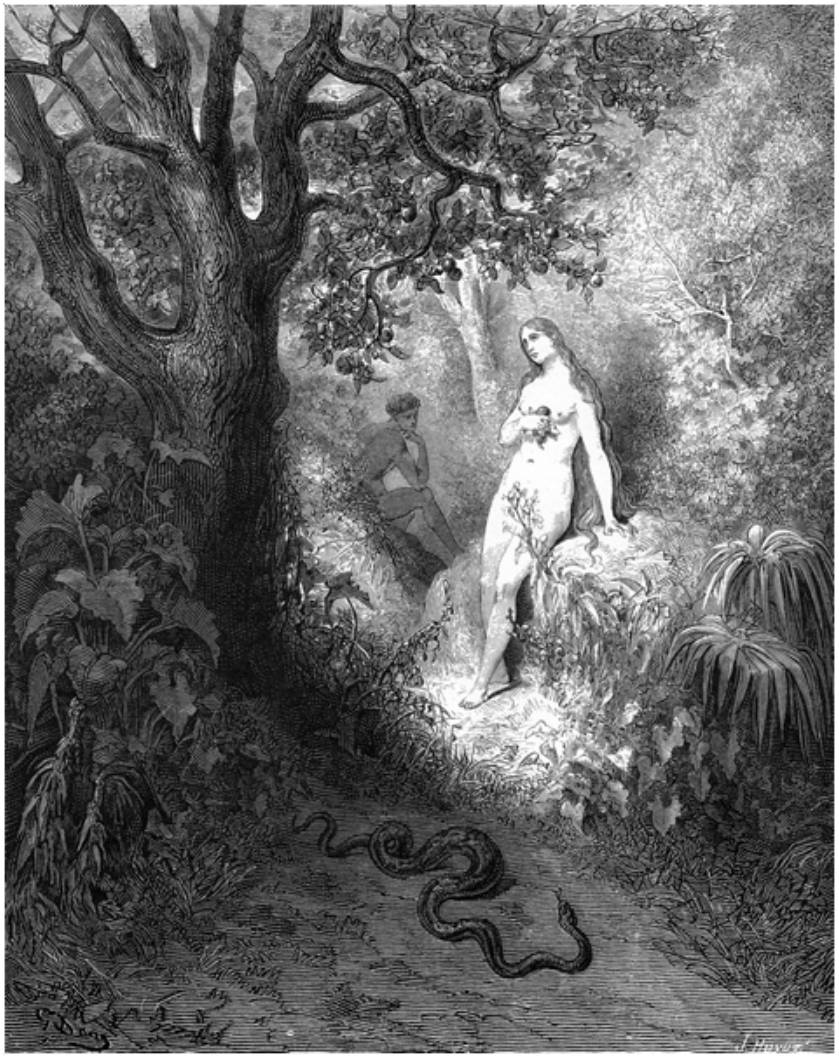
De exhalante mirra y bálsamo. Si aceptas
Que te guíe, puedo hacer que llegues pronto».
«Guía pues», dijo Eva. Él guiando rápido rodó
Embrollado, haciendo parecer derecho lo intrincado,
Rápido al estrago. La esperanza eleva y le ilumina
El júbilo la cresta, como cuando fuego peregrino,
Hecho de vapor oleaginoso, que en la noche
Se condensa y frío envuelve alrededor,
Prendido como llama por temblor del aire,
Que a menudo, dicen, mal espíritu acompaña,
Volandero y refulgiendo con tramposa luz,
Aparta de su senda al noctivago aturdido
Hacia ciénagas y tremedales, y por charcas y lagunas
Que lo engullan para siempre, del socorro tan lejano.
Así fulgía la temible Sierpe y al engaño
Conducía a Eva, nuestra madre crédula, al Árbol
De la prohibición, raíz de todas nuestras penas;
Mas al verlo, de este modo al guía le habla ella:
«Serpiente, bien habríamos hecho no viniendo,
Infructífero paseo, aun habiendo fruto aquí abundante:
El crédito de su virtud en ti reposa,
Milagroso, cierto, si produce efectos tales.
Mas este árbol no podemos ni tocarlo ni gustarlo;
Dios así lo ordena, y dejó tal orden
Como hija sola de su voz[284]; en lo demás, forjamos
Nuestra ley, y nuestra ley es la razón».
A lo que el Tentador repuso malicioso:
«¿De verdad? ¿Ha dicho Dios, pues, que del fruto
De estos árboles del Paraíso no podéis comer,
Mas os declara Amos de la tierra toda o aire?».
A quien Eva, todavía inmaculada: «Frutos nos permite
De cualquiera de los árboles en el Jardín,
Mas del fruto de este bello Árbol que hay en medio
Del Jardín, ha dicho Dios: “No probaréis
De él, tampoco lo toquéis, no sea que muráis”».
Apenas lo dijera, breve, cuando más audaz ahora
El Tentador, mas exhibiendo amor y celo

Por el hombre, indignación por el agravio,
Nuevo tono adopta y, cual movido a la pasión,
Fluctúa perturbado, aún prudente, y teatral
Se eleva como a dar comienzo a gran materia.
Como aquellos oradores de renombre, antiguamente,
En Atenas o en la Roma libre, donde la elocuencia
Floreció —después silente—, defendiendo causa grande,
Aguardaba concentrado, mientras cada parte,
Movimiento, cada gesto, le ganaba audiencia
Antes que su lengua comenzase épica: demora
De prefacio no le admite el ansia justiciera.
Así erguido, removiéndose, alzando envergadura,
Apasionado el Tentador así empezó:
«Oh sagrada, sabia, planta que saber otorgas,
Madre de la ciencia, ahora siento tu poder
En mí con claridad, no sólo en discernir
Las cosas en sus causas, sino hallar la vía
De mayúsculos Agentes, sabios que se piensen.
Reina de este Universo, no te creas
Esas amenazas rígidas de muerte, pues no moriréis;
¿Cómo así? ¿Por el fruto? Os da la vida
Del conocimiento. ¿Por quien amenaza? Mírame,
Pues yo he tocado y he gustado, pero vivo
Y vida más perfecta he conseguido que el destino
Quiso, atreviéndome a vencer mi suerte.
¿Tendrá cerrado el hombre el camino abierto
Al animal? ¿O acaso Dios en cólera arderá
Por travesura tan pequeña, no elogiando,
Antes bien, tu intrépida virtud, pues ni el daño
Anunciado de la muerte, sea muerte lo que sea,
Te impidió aspirar a lo que lleva a vida
Más dichosa, el Saber del Bien y el Mal.
¿Del Bien? ¡Qué justo! ¿Del Mal?, si el Mal
Existe ¿por qué no conocerlo, por mejor rehuirlo?
Dios, por ello, no podría haceros daño, siendo justo;
¿Justo no?, tampoco Dios; no temido, no escuchado:
Vuestro miedo de la muerte el miedo mismo extingue.

¿Por qué prohibido, pues, sino por asustar?
¿Por qué, sino por manteneros bajos e ignorantes,
Sus devotos?, porque sabe que en el día
Que comáis de él, vuestros ojos, que parecen claros
Mas son turbios, se abrirán entonces,
Claros por completo, y seréis cual Dioses,
Del Bien y Mal conocedores como ellos.
Que seáis vosotros Dioses, si hombre yo,
Hombre interno, expresa proporción:
De bruto yo a humano; de humanos, Dioses.
Así, quizá muráis después de todo, desnudándoos
Del hombre por vestir al Dios: deseable muerte,
Aunque usada por coacción, no trayendo fin peor.
¿Y qué son los Dioses, que no pueda ser el hombre
Igual, si participa de divinos alimentos?
Los Dioses fueron antes y usan su ventaja
Para convencernos de que todo viene de ellos.
Yo lo dudo, pues veo esta Tierra bella
Calentada por el Sol, gestando toda especie:
Ellos nada. Si ellos todo, ¿quién guardó
En este Árbol el Saber del Bien y el Mal,
Que así quien come de él, de súbito consigue
Conocer sin su permiso? ¿Y dónde está
La ofensa, en que el hombre sepa?
¿En qué lo dañaría vuestra ciencia, o este Árbol
Qué daría en contra de él, si todo es suyo?
¿O es envidia, y podrá morar la envidia
En pecho empíreo? Esta, esta idea y muchas más
Indican cuánto necesitas el hermoso fruto.
Diosa humana, toma de él y, libre, pruébalo».
Cesó y sus palabras, rebosantes de malicia,
Fácil vía al corazón hallaron de la mujer:
Fija el fruto contemplaba, que mirarlo
Ya tentaba por sí solo, y el sonido en sus oídos
Todavía repicaba de la persuasiva labia, embebida
De razón —le parecía— y de verdad.
Mientras, la hora meridiana vino, despertando

El apetito fiero, que le provocaba la fragancia
Tan sabrosa de este fruto, que ya con deseo
—Inclinada ahora como estaba por tocarlo y degustarlo—
Requería su mirada ansiosa; mas, pausando
Antes un momento, meditó para sí misma:
«Grandes tus virtudes, cierto, fruto espléndido,
Aunque negado al hombre, digno de entusiasmo,
Cuyo gusto, postergado tanto tiempo, dio al instante
Elocuencia al mudo y enseñó a su lengua,
No formada para el habla, a no callar tus méritos:
Tus méritos tampoco oculta de nosotros
Quien prohíbe que te usemos, al llamarte Árbol
De la Ciencia, ciencia que es del Bien y Mal al tiempo.
Nos prohíbe pues probarte, mas prohibiéndote
Incita más a ti, haciendo tan patente el bien
Que tú confieres, y nuestra propia falta de él:
Pues bien ignoto es bien ausente y, si presente
E ignorado, es cual si faltase totalmente.
En plata pues: ¿qué nos prohíbe conocer?
¿Prohíbe el bien, ser sabios nos prohíbe acaso?
Prohibiciones tales no sujetan. Mas si muerte
Nos sujeta con resultas, ¿qué aprovecha entonces
Libertad interna? En el día que comamos
De este bello fruto, nuestro sino es muerte.
¿Cómo muere la serpiente? Ha comido y vive,
Y conoce, habla, reflexiona y juzga, irracional
Que fue hasta entonces. ¿Por nosotros sólo
Fue la muerte concebida? ¿O a nosotros denegado
Este intelectivo nutrimento, reservado para bestias?
Para bestias se diría; pero esa que primero
Lo ha probado no codicia: trae con gozo
El bien hallado, proba autoridad,
Del hombre amigo, lejos de mentira o artimaña.
¿Qué temo, pues? O más bien ¿qué aprendí a temer
Bajo ignorancia tal de Bien y Mal,
De Dios y muerte, ley o punición?
Aquí la cura crece para todo, este fruto que es divino,

Bello para el ojo, que a probarlo invita,
De virtud que vuelve sabio: ¿qué me impide pues
Cogerlo y nutrir al tiempo mente y cuerpo?».
Diciendo así, su mano impetuosa en hora mala
Extendió hasta el fruto, lo tomó, comió:
Sintió la Tierra el daño y en su asiento la Natura,
Suspirando en todo lo que hiciera, dio señal de pena,
De completa perdición. De nuevo al matorral
La Sierpe se escurrió culpable; bien podía, pues absorta
Eva ahora en el sabor, en nada ya pensaba
Diferente: tal deleite nunca antes —parecía—
Degustara en fruto, fuera cosa verdadera
O pura fantasía, efecto de aquella expectativa
De la ciencia; ni olvidaba la deidad por un instante.



Ávida se hartó sin reprimirse,
No sabiendo que comía muerte: al fin saciada,
Y exaltada cual por vino, vivaracha y juguetona,
Así para sí misma, complacida, comenzó:
    «Oh supremo, virtuoso, Árbol óptimo
Del Paraíso, cuya acción bendita
Da sapiencia, hasta ahora oscuro, despreciado,
Y tu bello fruto ahí colgando, cual creado

Sin propósito. Desde ahora mis cuidados tempraneros,
No sin canto —cada día— y debido encomio,
Sean para ti, y la fértil carga aliviaré
De tus colmadas ramas, ofrecida libre a todos;
Hasta que nutrida en ti, crezca yo
En ciencia cual los Dioses, que lo saben todo;
Aunque envidien otros lo que no podrían dar;
Pues si suyo fuera el don, no aquí creciera
De este modo. Experiencia, luego a ti te debo
Buena guía: sin seguirte, me quedara
En la ignorancia; tú has abierto vía a ciencia
Y me das acceso, aunque ella oculta se retire.
Y quizá yo estoy oculta; alto se halla el Cielo,
Alto y lejos para ver, precisa desde allí,
Cada cosa en esta Tierra; y otras cuitas, puede,
Hayan distraído de incesante vigilancia
Al gran Interdictor, a salvo allí con todos sus espías
Rodeándolo. Mas ¿de qué modo ante Adán
Me mostraré? ¿Habré de revelarle
Mi presente cambio y darle a compartir
Conmigo la total felicidad?, ¿o guardaré mejor
Los beneficios de la ciencia en mi poder
Sin copartícipe, por agregar lo que le falta
A la mujer y más amor así atraerme?
Y hacerme de este modo más su igual,
Y acaso —no trivial— incluso a veces
Superior: pues, si inferior, ¿quién es libre?
Esto sí es plausible, pero ¿qué si Dios ha visto
Y la muerte sigue? Perdería el ser entonces
Y mi Adán, a otra Eva unido,
Viviría disfrutando de ella, extinta yo,
Que es muerte imaginarlo. Decido pues así:
Adán compartirá conmigo dicha o pena,
Tanto lo amo yo que con él cualquiera muerte
Sufriría; mas sin él no hay vida que viviera».
Dicho esto se alejó del Árbol, mas primero
Hizo honda reverencia, como si al poder

Que allí moraba, cuyo espíritu infundiera
En la planta sabia sapiencial, del néctar
Derivada, la bebida de los Dioses. Adán en tanto,
Esperando deseoso su retorno, había entretejido
De las flores más espléndidas guirnalda que adornara
Sus guedejas y sus rústicas labores coronara,
Como usan los labriegos con su Reina de la Siega.
Gozo grande en su interior se prometía, nuevas
Diversiones a su vuelta, tanto rato demorada.
Mas sin cesar su corazón, intuyendo cosa mala,
Le fallaba, percibiendo Adán el pálpito indeciso.
Y partió en su busca, por la senda que Eva
Al amanecer siguiera. Junto al Árbol
De la Ciencia había de pasar; allí la halló,
Apenas alejada del lugar: en su mano
Una rama de precioso fruto que afelpado sonreía,
Recién cogido, esparciendo ambrosial perfume.
Hacia él se apresuró, la excusa en su rostro
Como prólogo y apología por apuntador,
Que con palabras blandas presta así empezó:
«¿No te ha sorprendido, Adán, mi dilación?
Te he añorado y se ha hecho largo el rato
En tu ausencia, agonía de mi amor hasta ahora
No sentida, no por repetir, pues nunca más
He de probar lo que inconsciente e impulsiva quise,
El dolor de tu distancia. Pero extraña
Fue la causa y escucharla asombra:
Este Árbol no es lo que se dijo, árbol
De peligro si probado, ni a un mal desconocido
Abre su camino, sino cosa de divino efecto
Que los ojos abre y hace Dios de quien lo prueba;
De este modo fue probado: la serpiente sabia,
O no vedada cual nosotros, o no obediente,
Ha comido de su fruto, no muriendo
—Así nos amenazan—, sino desde ese instante
En posesión de voz humana, de sentido humano,
Razona de manera formidable; y a mí

Me resultó tan persuasiva que también
Probé del fruto, como él hallando
Los efectos esperados: ojos más abiertos (turbios antes),
Dilatados los espíritus, el corazón más vasto,
Y ascenso a lo divino, cosa que por ti he buscado
Sobre todo y sin ti podría desdeñar.
Pues es dicha para mí la dicha que compartes;
Mas tediosa, si no, y enseguida despreciable.
Así que prueba tú también, que suerte igual
Nos una, dicha igual, como amor parejo;
No sea que al no probarlo, grado diferente
Nos separe y, renunciando tarde yo por ti
Al divino estado, el destino no me deje».
Así Eva con risueña faz contó su historia,
Mas tenía la mejilla ebria amapolada.
Por su parte Adán, tan pronto como oyó
El fatídico delito de Eva, aturdido,
Pálido y atónito se tuvo, mientras frío horror
Corría por sus venas y perdía el cuerpo consistencia.
De su mano flácida cayó el adorno que tejiera,
Desprendiéndose de las marchitas rosas:
Lívido y sin habla se quedó, hasta que al fin
Primero para sí rompió el silencio interno:
«¡Oh creación suprema, última y mejor
De cuantas obras hizo Dios, criatura que superas
Cuanto pueden alcanzar la vista o pensamiento
De divino, santo, bueno, dulce, amable!
¿Cómo te has perdido?, ¿tú perdida de repente,
Deformada, desflorada, ya devota de la muerte?
Más bien, ¿cómo has consentido transgredir
La estricta prohibición, por qué violar
El sacro fruto prohibido? Con perverso fraude,
Aún desconocido, te sedujo el adversario
Arruinándome contigo, pues contigo
He de morir, mi decisión está tomada;
Porque ¿cómo viviría yo sin ti, cómo renunciar
A tu tertulia dulce, a un amor tan gratamente unido,

Para otra vez vivir en estas frondas de abandono?
Aunque Dios crease a otra Eva y diese
Yo costilla nueva, de mi corazón
Tu pérdida jamás se extinguiría; no, no, siento
Que me arrastra el nudo que nos ata: carne eres
De mi carne, hueso de mi hueso, y de tu estado
Nunca ha de apartarse el mío, dicha o pena».
Una vez lo tuvo dicho, como alguien consolado
Tras desmayo triste y resignándose, después
Del turbamiento, a lo que parecía sin remedio,
Ya con calma sus palabras a Eva dirigió:
«De atrevida acción presumes, Eva aventurada,
Y peligro grande has provocado, atreviéndote
No sólo a codiciar con la mirada
El sagrado fruto, que es sagrado a la abstinencia,
Sino a probar incluso lo prohibido al tacto.
Mas el pasado ¿quién lo abolirá, o deshará lo hecho?
Ni Dios Omnipotente, ni el destino; sin embargo,
Puede que no mueras, puede que la acción en sí
No sea tan atroz ahora, con el fruto ya probado
Y profanado antes por la sierpe, hecho ya por él
Banal e insanto antes de probarlo el hombre;
Y no demostrado en él mortal, pues vive todavía,
Vive, como dices y, viviendo como hombre,
Gana vida más egregia, fuerte estímulo
Para nosotros, que al probarlo acaso consigamos
Un proporcional ascenso, y ¿cuál
Sino ser Dioses, o Ángeles, o Semidioses?
Y no creo yo que Dios, Creador que es sabio,
A pesar de su amenaza, nos destruya de verdad,
A sus primeras criaturas, elevadas de este modo,
Dueñas de sus obras, que, creadas por nosotros,
Hechas dependientes, al caer nosotros
Se hundirían. Dios tendría así que descrear,
Frustrarse, hacer y deshacer, perder lo hecho,
Cosa poco concebible en él, cuyo poder,
Aunque capaz de repetir lo que creó, será reacio

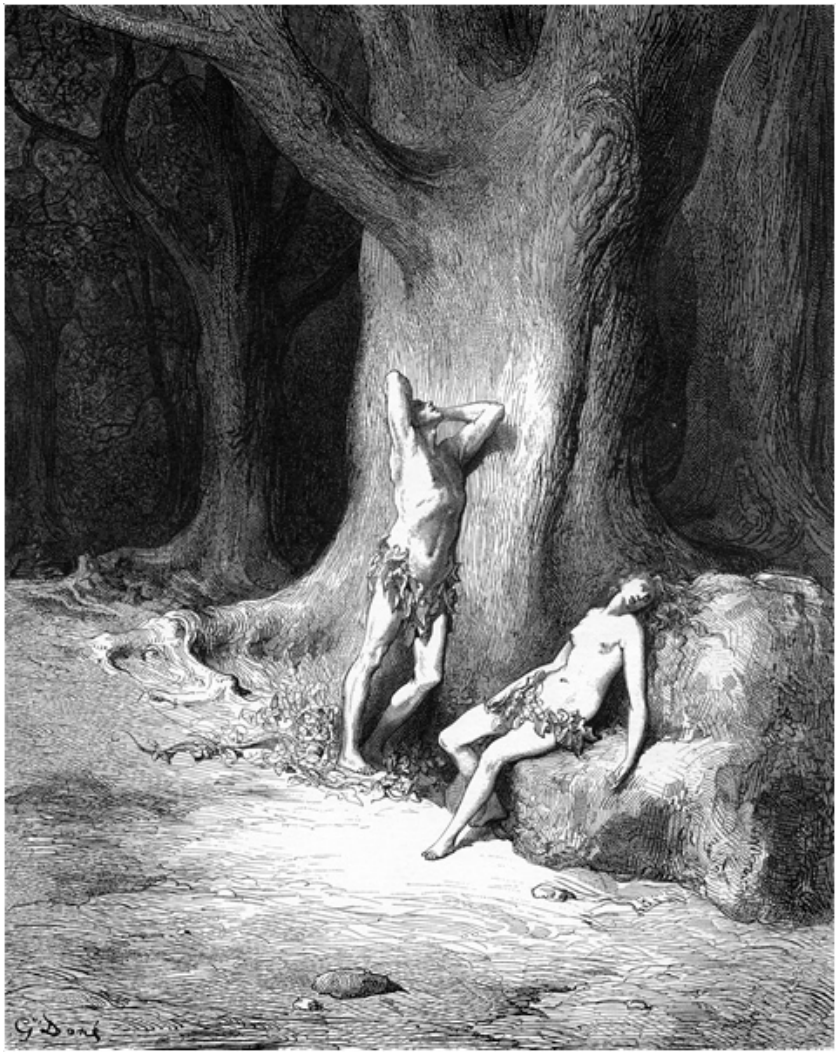
A derogarnos, que no diga victorioso el Adversario:
“Bien voluble es el estado de quien Dios más favorece;
¿Quién por mucho logra complacerle? A mí primero
Me arruinó, ahora al hombre, ¿quién después?”.
Razón de burla no ha de darse al Enemigo.
Sin embargo, yo a la tuya mi fortuna he sujetado,
Decidido a padecer el mismo sino; si la muerte
Te acompaña, muerte es para mí cual vida;
Tan potente siento en mis adentros
El ligamen de Natura arrastrarme a mi ventura,
Mi ventura en ti, pues tu atributo es el mío,
Nuestro estado es indiviso, somos uno,
Una carne, y perderte es perderme a mí».
Así Adán, y de este modo Eva le repuso:
«Oh gloriosa prueba de supremo amor,
Evidencia ilustre, alto ejemplo,
Que me induce a emularte; pero lejos
De tu perfección, ¿habría de lograrlo yo,
Adán, yo, que me precio germinada en tu costado
Y gozosa te oigo hablar de nuestra unión,
Un alma y corazón en ambos, de que buena muestra
Da este día, declarándote resuelto,
Antes de que muerte o cosa más terrible
Nos separe, enlazados con amor tan grato,
A afrontar conmigo un crimen, una culpa,
Si los hay, probando de este fruto espléndido,
Cuya virtud —pues siempre bien del bien procede,
Ya directo o incidental— ha dado
Esta prueba venturosa de tu amor, que nunca
De otro modo se mostrara tan sublime.
Si pensara que la muerte presagiada seguirá
A mi tentativa, sola sostendría lo peor
Sin persuadirte; antes moriría abandonada
Que ligarte a mi delito con un acto
Pernicioso para ti y, sobre todo,
Cuando acabas de probarme tan sincero,
Tan leal amor inigualable. Pero siento muy distinto

El resultado: no la muerte, vida incrementada,
Ojos despejados, nuevas esperanzas, nuevos gozos,
Gusto tan divino, que lo dulce que tocara
Antes mi sentido, áspero parece y pobre frente a esto.
De mi experiencia, prueba libre, Adán,
Y el miedo de la muerte líbralo a los vientos».
Diciendo esto, lo abrazó y lloró de dicha
Tiernamente, conmovida por amor
Que tanto ennobleciera Adán, capaz de disgustar
A Dios por ella, o de aceptar la muerte.
En recompensa (pues anuencia tan infame
Recompensa tal merece) de aquella rama
Dio a Adán el fruto hermoso y seductor
Con mano generosa: de comer, escrúpulos no tuvo
Aún sabiendo el resultado; no engañado,
Sino, ingenuo, derrotado por encanto femenino.
Tembló la Tierra en sus entrañas, con dolores
Nuevamente, y la Natura por segunda vez gimió;
El Cielo atenebrose y, farfullando truenos, derramó
Al consumarse aquel mortal y original Pecado
Algunas gotas tristes. No lo percibía Adán
Comiendo hasta saciarse, ni temía Eva repetir
Su previa transgresión, por confortarlo a él
Con tan amada compañía. Y ahora,
Cual con nuevo vino ambos embriagados,
Flotan plenos de alborozo e imaginan
Dentro de ellos la deidad gestando alas
Con que despreciar la Tierra. Mas el falso fruto
Otro efecto bien distinto antes provocaba,
Inflamándoles carnal deseo: él a Eva
Empezó lascivo a contemplarla; ella a él
Tan libertina le responde. En lascivia arden,
Hasta que Adán intenta seducirla así:
«Eva, veo ahora que eres impecable en gusto
Y elegante, de sapiencia no carente,
Pues a cada significación sabor le atribuimos
Y juicioso al paladar llamamos. Yo te rindo

Aplauso, tan bien hoy has proveído.
Gran placer perdimos absteniéndonos
De fruto tan sabroso e ignoramos hasta ahora
El auténtico gozar del gusto; si placer así
Existe en lo prohibido, bien podría desearse
Que en lugar de un árbol nos tuviesen diez prohibidos.
Pero ven, así tonificados, y juguemos
Cual conviene tras ración tan deliciosa;
Porque nunca tu belleza, desde el día
En que te vi y me casé contigo, adornada
De totales perfecciones, ha inflamado tanto mi sentido
Con ardor de disfrutarte: más que nunca
Bella ahora, don de este Árbol virtuoso».
Esto dijo, y no evitó mirada ni caricia
De amoroso intento, comprendidas bien
Por Eva, cuyos ojos irradiaban contagioso fuego.
La mano él le cogió y a una orilla umbría,
Que cubría un denso techo de frondoso verde,
La condujo, anuente. Allí las flores eran lecho,
Asfódelos, violetas, y jacintos, pensamientos,
El regazo de la tierra más suave, el más fresco.
Allí de amores se saciaron, de amorosos
Pasatiempos, que eran sello de su culpa mutua,
El solaz de su pecado, hasta que un sueño aljofarado
Los venció, cansados como estaban de sus juegos.
Enseguida que la fuerza del tramposo fruto
—De vapor sensual y enardeciente, que jugara
Con sus mentes e íntimos poderes confundiese—
Fue exhalada, y que un sopor grosero
Fruto de nefastos humos, los hubiese importunado
Con conscientes sueños, ambos emergieron
Como de un desvelo y, mirándose uno a otro,
Pronto vieron cuán abiertos ojos, cuán oscuras
Mentes consiguieran; la inocencia, que cual velo
Los había protegido de saber del mal, faltaba;
La confianza justa, la virtud innata,
El honor que los vistió, en desnudez los olvidaron

De culpable obscenidad: él se cubrió, quedando
Más desnudo todavía. Así se alzó el danita fuerte,
El Sansón hercúleo, del seno meretricio
De Dalila, filistea, despertándose esquilado
De su fuerza[285]: éstos, despojados y pelados
De aquéllas sus virtudes. Silenciosos y turbados,
Largo rato inmóviles quedaron, como mudos,
Hasta que Adán, no menos azorado que Eva,
Dio por fin salida a constreñida verba:
«Oh Eva, en hora mala le prestaste oído
A ese falso verme, sea de quien sea que aprendiera
A remedar la voz del hombre, franco para hundirnos,
Falso en el jurado ascenso; pues los ojos descubrimos
Bien abiertos, cierto, y descubrimos que de Bien
Y Mal sabemos: Bien perdido, Mal ganado,
Pobre fruto de sapiencia, si esto es conocer,
Dejándonos así desnudos, de honra exentos,
De inocencia, fe, pureza, nuestros familiares
Ornamentos, ahora deslucidos, mancillados,
Y con signos evidentes en el rostro,
De vil concupiscencia, fuente de incontables males,
Aun vergüenza, de los males el postrero; del primero
Ten certeza pues. ¿Cómo miraré yo en adelante
Faz de Dios o Ángel, que con gozo y rapto
A menudo contemplaba? Esas formas celestiales
Cegarán ahora a las terrenas con su resplandor
Insoportable. O deberé vivir aquí,
En solitud salvaje, en algún oscuro calvijar,
Donde árboles altísimos e impenetrables
A la luz de estrella o Sol extiendan su sombraje vasto,
Pardo cual atardecer: cubridme pinos,
Y vosotros cedros, con ramaje innumerable
Ocultadme, donde nunca vuelva a verlas.
Mas ahora en este apuro, resolvamos
Qué mejor nos servirá para esconder,
Uno de otro, esas partes que parecen
Vergonzantes y se ven mal parecidas:

Hojas de árbol anchas, tersas, que tejidas entre ellas
Y ceñidas a nosotros, cubran nuestro talle
Y partes medias, que este intruso, la vergüenza,
No las vea, llamándonos obscenos».
    Así lo aconsejó, y juntos penetraron
En lo espeso de los árboles. La higuera pronto allí
Escogieron; no ésa renombrada por el fruto,
Sino una conocida por los indios hoy en día,
En Malabar y en el Decán[286], y que sus brazos tiende
Aparrándose ancha y larga, hasta que en el suelo
Arraigan las combadas ramas, e hijas crecen
Rodeando al árbol madre: sombra encolumnada
De alto domo y ecoantes corredores entre medio.
El boyero indio ahí a menudo, del bochorno huyendo,
Se protege al fresco y cuida de sus reses
Por troneras infligidas a la fronda: esas hojas
Recogieron, anchas como adargas amazonias,
Y con arte —el que tuvieran— las tejieron entre ellas
Por ceñirse la cintura, vana cobertura para culpa
Y tan atroz vergüenza: ¡qué distinto de la prístina,
Desnuda gloria! De éstos, no hace mucho,
Encontró Colón en las Américas, cubiertos
Con plumoso cinto, por demás desnudos y salvajes,
En los bosques de las islas y arbóreos litorales.
Así amparados y, pensaban, su vergüenza en parte
Revestida, pero no en reposo ni serenos,
Se sentaron a llorar. No sólo lágrimas
Llovieron de sus ojos: peores vendavales dentro
Empezaron a soplar, pasiones fuertes, ira, odio,
Desconfianza, suspicacia, desacuerdo, sacudiendo
El estado interno de sus mentes, calmo espacio antes
Y de paz repleto, agitado ahora y turbulento.



Pues no reinaba la razón y ya la voluntad
Desoía su saber, ahora ambas subyugadas
Al deseo sensual, que asaltando desde abajo
Al soberano raciocinio, reclamaba
Superior autoridad. Desde un pecho tan inquieto,
Adán, el tono y la figura enajenados,
Con palabras balbucientes a Eva retornó:
«Ojalá me hubieras escuchado y esperado,

Como te pedí, a mi lado, cuando ese raro anhelo
De ir vagando, este desdichado amanecer,
Te poseyó, y no sé cómo; seguiríamos siendo
Aún felices, no como ahora, malogrados todos
Nuestros bienes, míseros, desnudos, confundidos.
Que nadie desde ahora busque causa innecesaria
Para demostrar lealtad debida; cuando busquen
Prueba tal, concluye que comienzan a fallar».
A lo que Eva, pronto hiriéndola el reproche:
«¿Qué palabras de tus labios, inflexible Adán?
¿Imputas lo ocurrido a mi defecto, o deseo
De vagar, como lo llamas?, que —quién sabe—
Bien podría haber pasado estando tú conmigo,
O aun a ti, quizá: de haber estado allí,
O aquí sufrido asalto, no habrías discernido
Fraude en la serpiente, hablando como habló;
Sin raíz de enemistad entre nosotros conocida,
¿Por qué pretender mi mal, buscar dañarme?
¿Es que nunca de tu lado iba a separarme?
Lo mismo daba entonces ser costilla en tu costado.
Siendo como soy, ¿por qué no me ordenaste,
Tú, cabeza, no alejarme en absoluto,
Yendo a tal peligro, como dices?
Demasiado dócil te mostraste, poco te opusiste,
Más incluso, lo aprobaste y permitiste bien contento.
Si te hubieras mantenido firme en tu disenso,
Yo no habría transgredido, ni conmigo tú».
A lo que airado ya, Adán repuso:
«¿Es esto pues amor, la recompensa esta
Del que yo te rindo, Eva ingrata, que probé
Inmutable cuando tú caíste, no yo,
Pudiendo haber vivido con ventura imperecible,
Mas opté, deliberado, por la muerte junto a ti?
¿Y ahora me reprendes como causa
De tu transgresión? No lo bastante rígido,
Parece, en contenerte: ¿qué otra cosa hacer?
Te lo advertí, te lo avisé, pronostiqué peligros,

Te previne contra el enemigo, esperándote
Al acecho; más allá, habría sido fuerza
Y la fuerza contra libre voluntad no es lícita.
Mas la confianza entonces te impulsó, segura
O bien de no encontrar peligro o bien de hallar
La circunstancia de gloriosa prueba; y, puede,
Yo también erré, admirando hasta tal punto
Lo que en ti perfecto parecía, que no creí
Capaz al mal de provocarte. Mas lamento
El error ahora, que en mi crimen se transforma:
Tú en mi denunciante. Tal le ocurrirá
A quien, fiándose en exceso del valor de la mujer,
Su voluntad le rinda: restricción no aceptará
Y librada a ella misma, si sucede algún desastre,
A la débil indulgencia del marido culpará».
Así pasaban ellos en recíproca denuncia
Horas infecundas, mas ninguno condenándose,
Y su vana competencia parecía interminable.

Libro X

EL ARGUMENTO

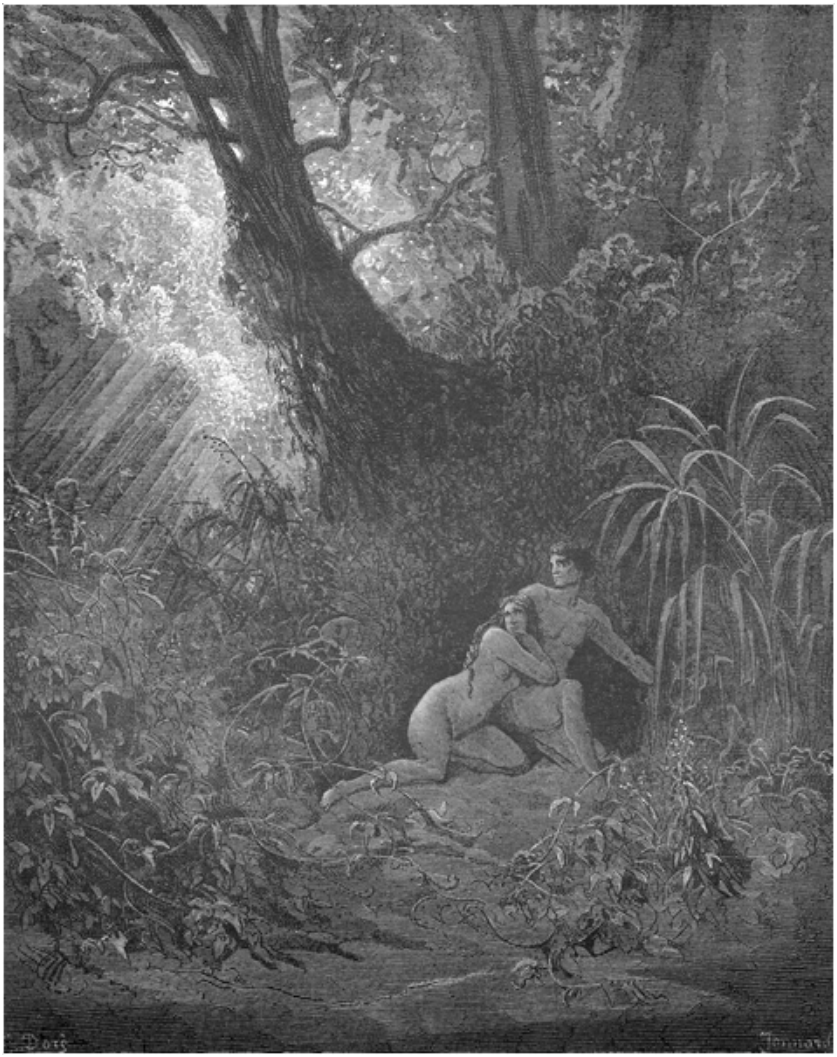
Una vez conocida la transgresión del Hombre, los Ángeles Guardianes abandonan el Paraíso y vuelven al Cielo para que se enjuicie su vigilancia, la cual queda aprobada al declarar Dios que ellos no podían impedir la irrupción de Satán. Dios envía a su Hijo a juzgar a los transgresores, que desciende y dicta la debida sentencia; luego, compasivo, los viste a ambos y reasciende. Pecado y Muerte, sentados hasta entonces a las Puertas del Infierno, al sentir por medio de una milagrosa simpatía el triunfo de Satán en el nuevo mundo y el pecado del hombre cometido allí, deciden no continuar confinados en el Infierno, sino seguir a Satán, su Progenitor, hasta la morada del hombre. Para hacer más fácil el camino de ida y vuelta desde el Infierno a este mundo, construyen una ancha vía o puente sobre el Caos de acuerdo con la senda trazada previamente por Satán; luego, preparándose para irrumpir en la Tierra, encuentran al Demonio, que retorna al Infierno orgulloso de su éxito. Sus mutuas felicitaciones. Satán llega a Pandemónium y, en asamblea plenaria, relata con presunción su triunfo contra el hombre; en lugar de aplausos lo celebra un silbido general de todo su público, transformado súbitamente, junto con él mismo, en serpientes según la condena dictada en el Paraíso; después, engañados por la ilusión del Árbol Prohibido, como si brotase de pronto delante de ellos, intentan alcanzar ávidamente el fruto, pero mascan polvo y cenizas amargas. Las acciones de Pecado y Muerte; Dios predice la victoria final de su Hijo sobre ellos y la renovación de todas las cosas; pero, de momento, ordena a sus Ángeles realizar diversas alteraciones en los cielos y los elementos. Adán, que percibe más y más su caída condición, se lamenta profundamente y rechaza el condolerse de Eva; ésta persiste y por fin lo apacigua; entonces, para eludir la maldición que seguramente recaerá sobre su descendencia, hace a Adán violentas proposiciones que él desaprueba y, concibiendo mayores esperanzas, le recuerda la promesa que acaban de recibir, la de que su semilla se vengará de la Serpiente, y la exhorta a buscar con él, por medio del arrepentimiento y la súplica, la paz con la ofendida Deidad.

Mientras tanto, el acto abyecto y despreciable
De Satán allá en el Paraíso, y de qué manera
Convertido en la Serpiente, sedujera a Eva,
Y ésta a su consorte, a probar fatal del fruto,
Fue en el Cielo conocido; pues ¿qué escaparía al ojo

Del Señor omnividente, o su omnisciente corazón
Engañaría, quien en todo sabio y justo
No impidió a Satán tentar la mente del humano,
De completa fuerza armado y libre voluntad,
En todo bien capaz de descubrir y rechazar
Cualquier argucia de adversario, o aparente amigo?
Pues supieron siempre —y debían siempre recordarlo—
El gran mandamiento de evitar el fruto aquel,
Quienquiera los tentase; que, al desoírlo,
Se ganaron —y qué menos— el castigo
Y, sumidos en pecado, merecieron la caída.
Desde el Paraíso a prisa arriba al Cielo
Ascendió la Guardia Angélica, callada y triste
Por el hombre, cuyo estado por entonces ya sabían,
Y asombrándose de la irrupción inadvertida
Del sutil Demonio. Al llegar las malas nuevas
De la Tierra a Puertas de los Cielos, descontentos
Las oyeron todos y una lóbrega tristeza aquella vez
Prendió en los rostros celestiales; mezclada, sin embargo,
Con piedad, su beatitud no violentaba.
Hacia los recién llegados, en grandiosa multitud
Corrió el Etéreo Pueblo, para oír y conocer
Lo sucedido. Ellos al Supremo Trono
Responsables se apresuran a fin de disculpar
Con justos alegatos su impecable vigilancia,
Fácilmente exonerada cuando el Altísimo,
Eterno Padre desde su secreta nube,
Entre truenos, hizo así surgir su voz:
«Ángeles reunidos, Potestades retomadas
De fallida comisión, no desmayéis,
Ni os turben las noticias de la Tierra:
Vuestro celo más sincero no podía conjurarlas,
Pues predicho estaba lo que había de ocurrir,
Desde que cruzara el Tentador la Sima del Infierno.
Yo os dije entonces que él haría triunfar
Su pérfido mandado, que sería seducido el hombre
Y embaucado hasta perderse, aceptando la mentiras

Contra su Hacedor, sin que un decreto mío
Concurriese obligatorio para obrar su pérdida
O infundir acaso el más ligero impulso
A su libre voluntad, que a su propia inclinación dejé,
En ecuánime balanza. Mas caer cayó, y ahora
¿Qué, sino dictar mortal sentencia en contra
De su transgresión: la muerte ya anunciada un día,
Que él presume ahora vana y vacua,
Por no sufrirla aún, según temió,
Con súbita fulminación?; mas pronto encontrará,
Antes de que acabe el día, que la espera no es perdón.
La justicia no retornará cual desairado don.
Mas ¿a quién mandar para juzgarlos? ¿A quién sino a ti,
Hijo Virreinante? A ti te he transferido
Todo juicio, ya en el Cielo, Tierra o el Infierno.
Enseguida se verá que intento que merced
Camine con justicia, al mandarte a ti,
Amigo y Mediador del hombre, designado
Su Rescate y voluntario Redentor: predestinado
Hombre como juez del hombre despeñado».
Así habló el Padre y desplegando fúlgida
Su gloria hacia la diestra, en el Hijo
La Deidad brilló sin velos: éste, en plenitud
De resplandor, a todo el Padre expresa
Manifiesto y divinamente dice dulce:
«Padre Eterno, tú eres quien decreta;
Yo, en el Cielo o Tierra, tu suprema voluntad
Realizo, por que tú en mí, tu Hijo bien amado,
Estés por siempre complacido. Iré a juzgar
Allí en la Tierra a estos pecadores; pero sabes tú
Que, sea el juez quien sea, lo peor en mí caerá
Cuando llegue el tiempo; tal mi compromiso
En tu presencia y —pues no he de arrepentirme—
Esto puedo por derecho: mitigarles su condena
Derivada en mí; así, de tal manera templaré
Justicia con merced, que queden ambas
Satisfechas, plenamente, y tú aplacado.

Séquito o escolta no hacen falta, donde nadie
Al juicio asistirá, excepto los juzgados,
Esos dos; mejor ausente, el tercero es condenado
Y convicto por huida, a toda ley rebelde:
Pues proceso la Serpiente no merece»[287].
Dicho esto, del sitial radiante se levanta
De la gloria magna compartida; Tronos y Poderes,
Principados y Dominios ministrantes,
Lo acompañan al Portal del Cielo, desde donde
Edén y todo el territorio circundante se contemplan.
Repentino descendió, pues la premura de los Dioses
No la mide el tiempo ni con rápidos, alígeros momentos.
El Sol estaba ahora bajo en occidente
Y gentiles brisas, esperables a esta hora,
Despertaban a orear la Tierra, precediendo
Al fresco lubricán, cuando desde frío más vehemente
Él llegó cual manso juez, también intercesor,
Por sentenciar al hombre. La voz de Dios oyeron
Caminando ahora en el Jardín, que suaves vientos
Les portaban al oído, mientras declinaba el día.
La oyeron y de su presencia se ocultaron
En lo denso de los árboles, el hombre y la mujer,
Hasta que Dios aproximándose, a Adán llamó potente:



«¿Dónde estás, Adán, que usabas recibirme
Con deleite viéndome llegar de lejos? No te veo
Y me disgusta, saludado así con soledad,
Donde antes sin pedirlo se mostraba tu deber.
¿O es que te resulto menos perceptible, o qué cambio
Te retiene, o te demora algún albur? Ven ya».
Se mostró él, y con él Eva, más reacia aunque primera
En ofender, perplejos ambos, descompuestos.

Amor no había en sus miradas, ni a Dios
Ni de uno a otro, sino culpa manifiesta,
Más vergüenza, turbación y desespero,
Rabia y odio, obcecación, malicia.
Por lo que Adán, tras largo titubeo, dijo breve:
«Te he oído en el Jardín y por tu voz
Amedrentado, al estar desnudo, me he escondido».
A lo que el Juez piadoso sin reproche replicó:
«Mi voz oías a menudo y no temías,
Te alegraba siempre, ¿cómo se ha tornado
Tan temible para ti? Que estás desnudo, ¿quién
Te lo ha contado? ¿Has comido tú del Árbol
Del que te impuse orden de abstenerte?».
A lo que Adán repuso, de miserias acuciado:
«Oh Señor, en qué angostura mala yo este día
Estoy ante mi Juez, ya para asumir
Yo mismo todo el crimen, ya para acusar
A mi otro yo, compañera de mi vida;
Cuya falta, mientras fiel me es todavía,
Debería yo ocultar y no exponer a culpa
Con mis quejas. Mas necesidad estricta
Me somete y la atroz obligación, no sea
Que en mi sola testa, el pecado y el castigo
—Cuan penosos sean— descarguen
Toda su dureza; y, aunque callase,
Tú descubrirías pronto qué te oculto.
La mujer, que hiciste para serme ayuda
Y me diste como don perfecto, tan propicia,
Apropiada y aceptable, tan divina,
Que viniendo de ella no podía sospecharse mal,
Y que en todo lo que hacía, fuera lo que fuera,
Parecía que su hacer la acción justificaba,
Me ofreció del Árbol y yo comí».
La Presencia Soberana así le respondió:
«¿Era ella pues tu Dios, que así la obedeciste
Antes que a la voz divina, o se te dio por guía,
Superior, tu igual acaso, que tu hombría

A ella hubiste de rendirle y el lugar
En el que Dios te puso, sobre ella hecha de ti,
Y para ti, pues tu perfección en mucho excede
Las que tiene, en toda dignidad real. Adornada
Estaba, ciertamente, y era hermosa para despertar
Tu amor, no sometimiento, y sus dones
Eran tales que pedían buen gobierno,
No hecha ella para el mando, que era tu tenor
Y tu persona, si te hubieras conocido bien».
    Y dicho esto, a Eva parco se volvió:
«Di mujer, ¿qué es lo que has hecho?».
    A lo que Eva triste, abrumada de vergüenza,
Confesando pronto, pero no locuaz ni ya atrevida
Ante su Juez, así contrita respondió:
    «La Serpiente me engañó y yo comí».
    Que, en cuanto Dios lo oyó, sin más demora
Procedió a juzgar a la Serpiente incriminada,
Aunque bruta, incapaz de transferir
La culpa a quien hiciera de ella su instrumento
De maldad y depravase el propósito
De su creación: maldita con justicia entonces
Por viciada en su carácter; más no concernía
Al hombre conocer (pues no sabía más)
Ni alteraba su infracción; mas Dios al fin
A Satanás, primero en el pecado, dio sentencia,
Aunque en términos ocultos, que juzgó mejor:
Y sobre la Serpiente así dejó caer su maldición:
    «Pues esto has hecho, quedas tú maldita
Sobre todas las manadas, cada bestia de los campos:
Marcharás postrada sobre el vientre
Y del polvo comerás los días de tu vida todos.
Entre la mujer y tú pondré yo enemistad,
Y entre tu semilla y su semilla: tu cabeza
La herirá su estirpe, tú el talón lesionarás»[288].
    Tal dijo este Oráculo, después verificado
El día en que Jesús, hijo de María, segunda Eva,
Vio a Satán caer cual rayo de los Cielos,

Príncipe del Aire[289]. Luego alzándose de su sepulcro,
Apresó Poderes, Principados, triunfando
Abiertamente, y en brillante ascenso
Cautiverio de cautivos por los aires arrastró,
El reino mismo de Satán, que usurpara tanto atrás,
Y al que bajo nuestros pies pondrá por fin,
El mismo que ya ahora predecía su fatal herida[290];
Y a la mujer así le impuso su sentencia:
«Tu miseria grandemente aumentaré
En tu concepción; traerás al mundo hijos
Con dolor, sujeta quedará tu voluntad
A la de tu consorte y él en ti gobernará».
Postrero sobre Adán su juicio pronunció:
«Porque escuchaste tú la voz de la mujer
Y del fruto de ese Árbol has comido
Del que te ordené diciendo: "De él no comerás",
Maldito queda el suelo por tu culpa, en miseria
Comerás de él el tiempo entero de tu vida;
Cardo, espinos, te dará que no pediste
Y la hierba comerás tú de los campos,
Con el rostro sudoroso comerás el pan
Hasta que a la tierra vuelvas, pues tomado
Fuiste tú del suelo: de él naciste,
Pues eres polvo, y al polvo has de volver».
Así juzgó él al hombre, Juez y Salvador al tiempo,
Y el azote de la muerte, proclamada ya ese día,
Lo puso lejos. Apiadándose después de cómo estaban,
Tan desnudos a los aires, que ahora cambio
Grande sufrirían, no se opuso ya a tomar,
Desde ese instante, la figura del sirviente,
Como cuando a sus sirvientes les lavó los pies[291].
Así ahora, como padre de familia les vistió
La desnudez con pieles de animales, o matados,
O bien cual la serpiente, cuyas capas la renuevan.
Y no titubeó en vestir a aquellos enemigos:
No sólo su exterior con pieles animales,
Sino la interna desnudez, oprobio aún más grande,

Ataviándolos con su Ropaje de justicia[292],
De la vista los cubrió del Padre.
A él con rápida ascensión volvió enseguida,
En su seno bienaventurado recibido,
En la gloria como siempre, y, aplacado,
Todo, aunque todo conocía, le contó
De lo hecho al hombre, añadiendo dulce intercesión.
Mientras, antes del pecado y juicio en esta Tierra,
Al Portal del Tártaro, Pecado y Muerte,
Sentados frente a frente dentro de las Puertas,
Que ahora estaban bien abiertas, eructando fiera llama
Lejos, Caos adentro, desde que pasó el Demonio
—Por Pecado abiertas—, ésta ahora a Muerte dijo:
«Hijo mío, ¿por qué seguir aquí mirándonos
Ociosos mientras Satanás, gran Padre nuestro,
Medra en otros mundos y morada más feliz
Encuentra para ésta, su querida descendencia?
Éxito sin duda habrá logrado; pues, si daño,
Hace mucho hubiera vuelto, empujado por furor
De vengadores, puesto que ningún lugar
Aparte de éste sirve a su castigo, o venganza de ellos.
Creo que siento nueva fuerza alzarse en mí,
Me crecen alas, dándome dominio vasto
Más allá de estas Honduras, sea lo que sea que me lleva:
Simpatía[293], o bien algún poder connatural
Intenso a gran distancia para unir,
Con amistad secreta, cosas de pareja especie
Con enlace secretísimo. Tú mi sombra
Inseparable tienes que venir conmigo:
Pues la Muerte del Pecado nadie aparta.
Mas para que el obstáculo del viaje
No detenga su retorno por encima de esta Sima
Insuperable, intransitable, intentemos tú y yo
Trabajo aventurado, aunque no desmesurado
Para tu poder y el mío: fundar camino
Sobre este piélago, desde el Infierno al nuevo mundo,
Donde ahora prevalece Satanás; un monumento

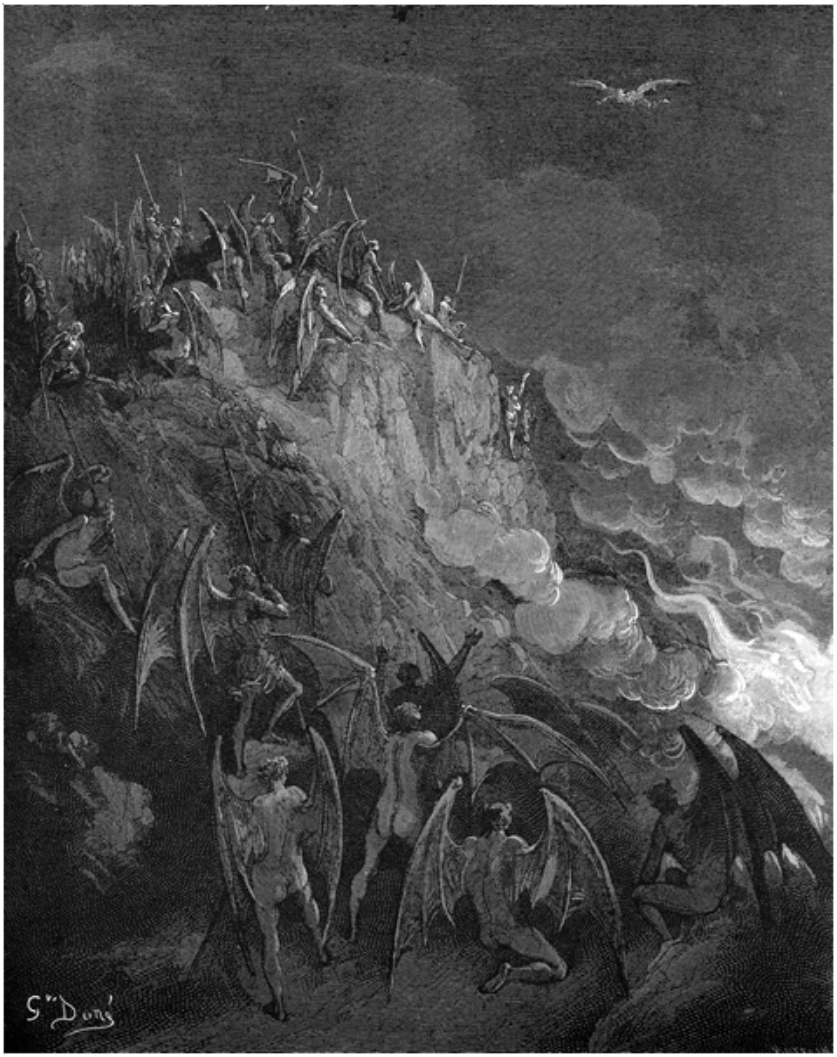
De alto mérito a toda la infernal legión
Que allane desde aquí su paso, para tránsito
O emigración, cada cual según su sino.
Y no puedo yo perder la senda, tan intensa
La atracción y nuevo instinto que me arrastra».
A lo que así la enjuta Sombra pronto respondió:
«Ve a donde el hado y la fuerte inclinación
Te lleven; no he de rezagarme yo ni errar
La senda, dirigiendo tú; tal olor percibo
De matanza, presa innumerable, y degusto
Ya el sabor de muerte en toda cosa viva.
En la obra que comienzas, no he de defraudarte:
Tendrás en mí recíproco refuerzo».
Hablando así, con gozo olisqueó el hedor
Del cambio fúnebre en la Tierra. Cual bandada
De aves carroñeras, aunque lejos muchas leguas,
Intuyendo la batalla, al campo vuelan
Donde están las huestes acampadas, atraídas
Por efluvios de carcasas vivas, destinadas
A la muerte ya mañana, en la lucha sanguinaria;
Así oliscaba adusto el monstruo, levantando
El ancho morro por el aire tenebroso,
Muy sagaz en percibir, tan lejos, su carnaje.
Desde Puertas del Infierno, ambos por el Caos,
Su baldío, vasto desgobierno, fosco y hosco,
Disímiles volaron. Con poder (gran poder el suyo)
Cerniéndose sobre las Aguas[294], lo que hallaron
Sólido o cienoso, sacudido arriba, abajo,
Como en mar violento, amasado lo llevaron
De ambos lados hasta Puertas del Infierno:
Así polares vientos cuando adversos soplan
Sobre el Cronio océano juntan poderosos
Hielo amontañado y ciegan la supuesta ruta
Al oriente allén Pechora, hacia la opulenta
Costa de Catay[295]. El suelo aglomerado,
Frío y seco, Muerte con petrífico mazazo
(Cual tridente) lo golpea, anclándolo tan firme

Cual flotante Delos[296] una vez; el resto su mirada
Con rigor gorgonio[297]; estricto inmoviliza,
Y con cieno asfáltico. Tan ancha cual las Puertas,
Honda hasta la raíz del Tártaro, fijaron ellos
Esta playa aglutinada y mole inmensa construyeron
Sobre el piélago espumante, puente en alto arco
De largura prodigiosa que se unía al muro
Inamovible de este mundo, indefenso ahora
Y presa de la Muerte; y de ahí, un amplio paso,
Llano, inocuo, fácil, cuesta abajo hasta el Infierno.
Así, si cosas grandes con pequeñas pueden compararse,
Jerjes, para subyugar la libertad de Grecia,
Desde Susa —su memnonio espléndido palacio—
Vino al mar y sobre el Helesponto
Hizo un puente que Asia uniese a Europa,
Y azotó con muchos golpes a las olas indignadas[298].
Ya con arte milagroso prolongaran su labor
Pontifica[299] —cadena de peñascos suspendidos
Sobre el fiero Abismo, que seguía el curso
De Satán— hasta el sitio exacto donde aquél
Primero aterrizase, salvo pie posara
Al surgir del Caos a la nuda cara externa
Del redondo Mundo: con pernos de adamante
Y con cadenas sujetaron todo, demasiado prieto
Y duradero; y ahora en poco espacio
Las fronteras hallan del empíreo Cielo
Y de este Mundo, y a la izquierda el Tártaro
Con gran distancia en medio: tres distintas rutas,
A la vista, a estos tres lugares conducían.
Y ahora, el camino de la Tierra distinguieron
Que llevaba al Paraíso, cuando vieron
A Satán de pronto, como Ángel refulgente
Que aproase entre el Centauro y Escorpión,
En tanto el Sol se levantaba en Aries[300].
Llegaba disfrazado, pero éstos, cara prole,
A su padre pronto discernieron, aunque en disfraz.
Tras seducir a Eva, él inadvertido al bosque

Se escurrió que había cerca y, cambiando forma
Por espiar el resultado, vio su acto malicioso
Secundarlo Eva, aunque ignorante por completo,
En su consorte; su vergüenza vio buscar
Las vanas coberturas; pero, viendo descender
Al Hijo del Señor para juzgarlos, aterrado
Huyó, sin esperanza de escapar, mas eludiendo
Lo presente: criminal, temía aquello que su ira
Súbita pudiera ocasionarle. Ya pasado, retornó
De noche y, escuchando al afligido par
Sumido en triste plática y diverso planto,
Conoció su propio sino, que tomó por cosa
Venidera, no inmediata. Con euforia
Y cargado de noticias, al Infierno retornaba ahora
Y a la vera del Caos, junto al pie del nuevo,
Milagroso Pontificio[301], por sorpresa halló
A quienes para hallarlo ya venían, sus retoños.
Gozo grande trajo aquel encuentro y, a la vista
Del pasmoso puente, aun su gozo le creció.
Rato estuvo embelesado, hasta que Pecado, bella
Hija suya encantadora, su silencio así rompió:
«Oh Padre, éstos son, magníficos, tus actos,
Tus trofeos, que tú ves cual si ajenos,
Siendo tú su Autor y básico Arquitecto:
Pues tan pronto como supe yo en mi corazón
—Mi corazón, que por secreta simpatía
Siempre marcha con el tuyo, dulce conexión—
Que tú en la Tierra habías prosperado, y tu faz
Ahora lo evidencia, al instante yo sentí,
Aunque a mundos de distancia, mas sentí
Que había de buscarte, y con este hijo tuyo vine:
Tan fatídico es el lazo que a los tres nos une:
No podía contenernos el Infierno en sus fronteras,
Ni este abismo oscuro intransitable
Impedirnos el seguir tu ilustre huella.
Tú has logrado nuestra libertad, pues presos
Tras las Puertas del Infierno hasta hoy, la fuerza

Nos has dado para construir y superar,
Con este puente portentoso, el oscuro Abismo.
Tuyo es ahora este mundo todo, tu virtud te da
Lo que tus manos no erigieron, tu saber te gana
Con ventaja lo perdido en guerra, y nos venga por entero
La derrota arriba. Cual Monarca reinarás aquí,
Allí no lo lograste. Deja allí que impere, Víctor,
Cual la lid impuso, y que de este nuevo mundo
Se retire, por sentencia propia enajenado:
Contigo desde ahora el Dominio se reparta
Sobre toda cosa separada por los límites empíreos
—Su Cuadratura, de tu Mundo Orbicular[302]—
O, más peligroso ahora tú, arrójate a su Trono».
Respondió contento el Príncipe de las Tinieblas:
«Hija hermosa, y tú, hijo y nieto al mismo tiempo,
Buena prueba ésta vuestra de ser raza
De Satán[303] (pues gloria encuentro en este nombre,
Antagonista del Omnipotente Rey del Cielo).
Bien os merecéis, entre todo el Infernal
Imperio, que tan cerca del Portal Celeste
Converjan triunfo con triunfal proeza:
Mi victoria y esta gloria vuestra, haciendo un reino
Del Infierno y Mundo, un reino, un continente
De viable tránsito. Por ello, mientras yo desciendo
A través de la tiniebla, por la fácil vía abierta,
A mis tropas coaligadas para darles cuenta
De estos éxitos, y con ellos exultar,
Vosotros dos por esta ruta, entre estos orbes numerosos,
Todos vuestros, descended directo al Paraíso;
Morad ahí, reinad dichosos, y en la Tierra
Ejerced dominio desde allí, y el aire,
Y en el hombre sobre todo, solo dueño proclamado:
A él primero esclavizad, y al fin matadlo.
Substitutos míos sois, Plenipotenciarios
En la Tierra os nombro, de poder incomparable
Cuya fuente soy: de vuestra unida fuerza ahora,
Pues, depende que conserve el nuevo reino,

Por Pecado a Muerte expuesto gracias a mi gesta.
Si vuestro nervio unido prevalece, no tendrá el Infierno
Detrimento que temer: id y sed fuertes».
Hablando así los despidió; veloces ellos
Prosiguieron su camino por constelaciones densas,
Propagando ruina; lívidas se vieron, mustias, las estrellas,
Y aun astrosos los planetas[304] un eclipse auténtico
Entonces padecieron. En sentido opuesto Satanás
Bajó a las Puertas del Infierno; a ambos lados,
Caos rugía, cimbrado y dividido,
Y con ímpetu violento rebotaba en la estructura,
Insensible a su arrebato. Por la Puerta
Bien abierta y desguardada Satanás pasó
Hallando todo en torno desolado, pues aquéllos
Destinados a esta guardia habían desertado
Por volar al mundo superior; el resto estaba todo
Tierra adentro retirado, junto al murallón
De Pandemónium, urbe y orgullosa diócesis
De Lucifer, llamado así por alusión
A esa estrella refulgente comparada con Satán.
Allí montaban guardia las legiones; mas los Grandes,
En concilio recogidos, cavilaban intranquilos
Qué a su Rey podía retrasar: así él
Les ordenó al partir y la orden ellos acataban.
Como el tártaro al huir de su enemigo ruso
Por la nieve de los llanos de Astracán,
O el Sofí bactriano de los cuernos del creciente
Turco, y deja todo devastado más allá
Del reino de Aladule en su retirada
A Tauris o Casbín[305], así estas huestes desterradas
El Infierno limitáneo lo dejaron despoblado
En no pocas leguas foscas, confluyendo
Con celosa guardia en su metrópolis, y ya esperaban,
En cualquier momento, al gran aventurero
Del periplo en nuevos mundos. El inadvertido,



Con plebeya estampa de Ángel militante
De bajísimo nivel, cruzó la multitud desde el portal
De aquel plutónico recinto e, invisible,
Ascendió a su alto Trono, bajo palio
De riquísimo tejido, que con regio lustre se elevaba
En la parte más conspicua de la sala. Se sentó
Y estuvo un rato viendo todo sin ser visto:
Al fin, cual de una nube, su cabeza refulgente

Y estelar figura se mostraron (o más brillante todavía),
Revestido de la gloria permitida que la caída
Le dejara, o de falsos resplandores. Todos sorprendidos
Por tan súbito destello, la legión estigia
Vuelve la mirada y al que aguarda reconoce,
Su Caudillo poderoso. Fuerte fue la aclamación,
Veloces acudieron los egregios Pares conciliares,
Levantados del diván oscuro, y con gozo similar
Y gratulantes se acercaron al que con la mano
Su silencio impuso y, con esta verba, su atención:
«Tronos y Dominios, Principados, Potestades y Virtudes,
Pues en plena posesión, no sólo por derecho,
Os lo llamo y os proclamo ahora que retorno
Con victoria insospechada para conduciros
Ya triunfantes fuera del tartáreo pozo abominable,
Maldecido, la morada de lamentos y mazmorra
Que el Tirano nos impuso. Poseed ahora
Cual Señores ancho un mundo, no inferior
A nuestro Cielo patrio, que con gran peligro
Y difícil aventura he conseguido. Larga cuenta
Os daría de lo hecho, lo sufrido, los dolores
Padecidos en el vasto, irreal, ilimitado Abismo
De terrible confusión, la cual ahora
Ancha vía cruza, por Pecado y Muerte construida
Para urgir, gloriosa, vuestra marcha. Pero yo bregué
Por abrirme extraño paso, obligado a navegar
El intratable Abismo, en el seno hundido
De la Noche sin origen y del Caos atroz
Que, de sus secretos receloso, fiero confrontó
Mi viaje raro, apelando al Hado soberano
Con rugido clamoroso; luego, cómo hallé
El recién creado nuevo mundo, cuya fama
Ya era antigua en las Alturas: estructura milagrosa
De absoluta perfección, y en ella el hombre
Colocado en un edén, por nuestro exilio
Hecho venturoso. A éste con engaño separé
De su Creador y, para más asombro vuestro,

¡De manzana me serví! Pues, ofendido Dios
Por ésta —lo que mueve a risa—, ya reniega
De su amado hombre y su mundo entero,
De Pecado y Muerte presa, y también la nuestra:
Sin peligro, esfuerzo o inquietud, podemos ya
Invadirlo y habitarlo, y en el hombre
Gobernar como él en todo hubiera hecho.
Cierto es que me ha juzgado a mí también; si bien,
No a mí, sino a la sierpe bruta en cuya forma
Al hombre yo engañé: lo que en mí recae
Es enemistad, la que él ha de plantar
Entre yo y el ser humano; yo el talón le dañaré;
Su semilla —cuándo no se ha dicho—, mi cabeza:
¿Y quién no pagaría por un mundo herida,
O dolor más grande todavía? Ya tenéis la crónica
De mis acciones; ¿qué, oh Dioses, queda,
Más que alzaros y acceder al pleno gozo?».
Dichas estas cosas, mientras esperaba erguido
Que el clamor universal y un fuerte aplauso
Le llenasen los oídos, al contrario escucha
En todas partes, y de lenguas incontables,
Triste universal silbido, son de público desdén:
Se asombra, pero no por mucho tiempo
Puede, asombrándose ahora más de sí:
Pues siente el rostro demacrarse y afilarse,
Y pegársele los brazos al costado, y las piernas
Una a otra se ensortijan. Suplantadas[306], él cayó,
Monstruosa Sierpe, prono sobre el vientre,
Reluctante mas en vano: un poder mayor
Lo gobernaba castigándolo en la forma que pecara,
Tal sentencia le cayera. Él habría hablado,
Mas a silbo con silbido respondía, y lengua bífida
A lengua bífida, pues todos ya cambiaran
Por igual, a sierpes todos como cómplices
De audaz delito. Espantoso fue el estruendo
De silbidos por la sala, denso enjambre ahora
De enredados monstruos, testa y cola,

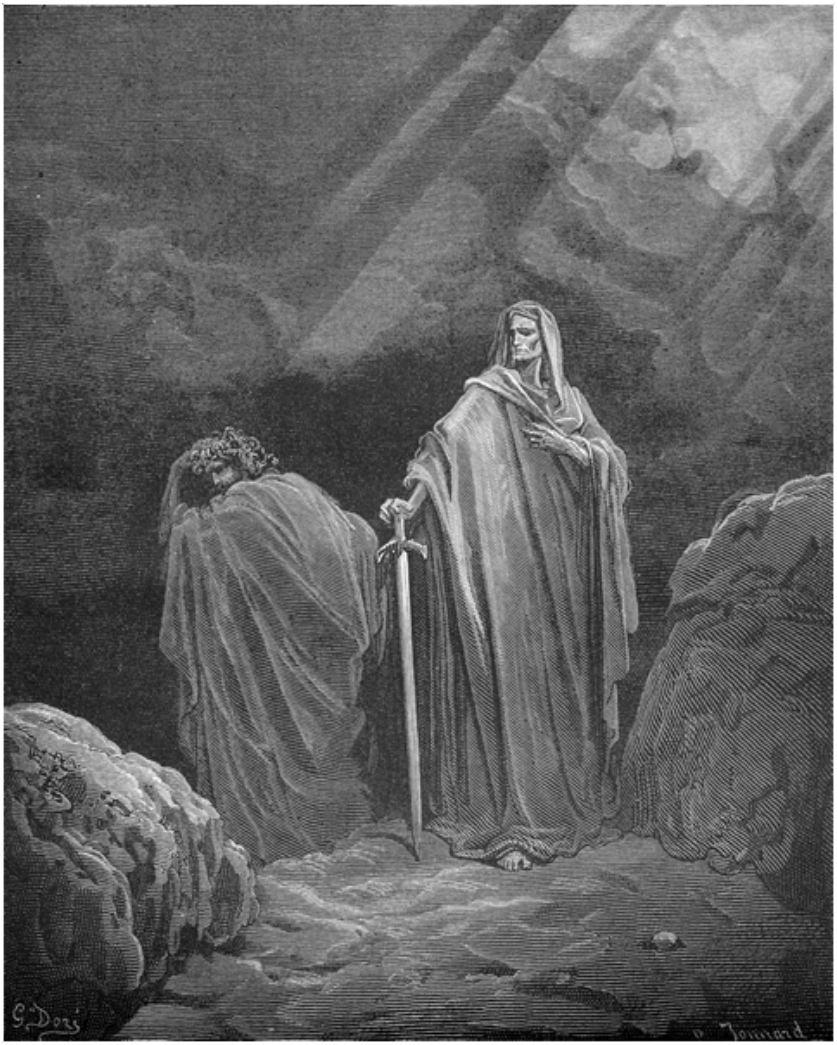
Áspid y escorpión, y la anfisbena horrenda,

El cornígero cerastes, hidras, lóbregos elopes
Y las dipsas (no, jamás tan denso enjambre pululó
En el suelo ensangrentado por Gorgona, o la isla
Ofiusa), mas allí en el medio, él, más grande,
En Dragón tornado ahora, aún mayor que aquel gestado
Por el Sol del cieno, en el valle pitio,

La Pitón[307] inmensa, y poder no menos parecía
Sobre el resto conservar; y todos ellos
Lo siguieron al salir a campo abierto,
Donde todos los demás de aquella turba sublevada
Que cayera de los Cielos esperaba en formación,
Sublime en la esperanza de llegar a contemplar
Triunfante la salida del impar Caudillo.
Y la vieron, mas —escena bien distinta— multitud
De odiosas sierpes. El horror los poseyó,
Y horrenda simpatía, pues en lo que vieron
Ya sentían convertirse, ya sus brazos les caían
Y la lanza y el escudo, y caían ellos tan veloces
Renovando el silbo atroz, en tanto atroz la forma
Por contagio los cambiaba, iguales en castigo
Como en crimen. Así el aplauso pretendido
Explotó en silbido y en vergüenza el triunfo,
Escupida por sus bocas a ellos mismos. Cerca allí
Se alzaba un bosque que brotara con su cambio,
Voluntad del Rey Empíreo para acrecentar
Sus penas, y cargado con hermoso fruto,
Como aquel del Paraíso, el señuelo de Eva
Que empleara el Tentador. En esa vista extraña
Ávidos sus ojos fijan, e imaginan, en lugar
De un único prohibido árbol, una multitud
Alzada ahora para más vergüenza suya y aflicción;
Mas, sufriendo sed ardiente y hambre fiera,
Aunque saben espejismo la visión, no cejan:
Reptan hacia allí a montones y los troncos
Trepan, más tupidos que los nudos serpentinos
De los rizos de Megara[308]. Voraces arrebatan
El frutaje[309] hermoso, como el que crecía
Cerca del bituminoso lago donde ardió Sodoma[310];
Aun más ilusivo éste, no ya al tacto, sino al gusto
Confundía: figurándose los locos aplacar
Con gusto el apetito, en lugar de fruta,
Ásperas cenizas masticaban que el sabor vejado
Rechazaba con arcadas. Muchas veces lo intentaron

Hambre y sed forzándolos, nauseados otras tantas,
Su asco abominable mascullaba con las fauces llenas
De cenizas y de hollín; así caían vez tras vez
En la ilusión, no como el hombre que vencieran,
Engañado sólo aquélla. Torturados pues,
Exhaustos por la hambruna y el perpetuo silbo,
Su perdida forma al fin les fue devuelta;
Pero cada año —hay quien dice— deben padecer
La cíclica vergüenza cierto número de días
Para castigar su orgullo y gozo por el hombre seducido.
Sin embargo, difundieron ellos tradiciones
Entre los paganos del botín que conquistaran,
Fabulando cómo la Serpiente (apelada Ofión por ellos)
Y con ella Eurínome (acaso Eva usurpadora)
Gobernaron al principio el alto Olimpo,
Lugar del que después Saturno y Ops los arrojaron,
Tiempo antes que naciese el dicteo Jove[311].
Entre tanto al Paraíso demasiado pronto advino
La infernal pareja: antes en potencia allí Pecado,
Una vez en acto, mas ya en cuerpo para ser ahora
Habitante habitual; tras ella Muerte,
Siguiéndola de cerca paso a paso, no montado todavía
En su pálido corcel. Y a Muerte díjole Pecado:
«Segundo brote de Satán, insuperable Muerte,
¿Qué piensas tú de nuestro imperio ahora?;
Aunque ganado con fatiga, ¿no es mejor
Que vigilar sentados el umbral del Tártaro,
Sin nombre que amedrente, y tú famélico?».
El monstruoso Hijo de Pecado presto dice:
«Para mí, que de hambre eterna sufro,
Es lo mismo Infierno, Cielo, o Paraíso,
Mas allí prefiero donde abunda más la presa,
Que aquí, aunque copiosa, muy escasa me parece
Para hartar mis fauces, mi carcasa vasta, abierta»[312].
A lo que la Madre incestuosa le repuso:
«Con estas plantas, pues, y frutas, flores,
Nútrete primero, con las bestias luego, peces, pájaros,

Bocados nada desdeñables, y todo lo que arrase
Tu guadaña, tu Hoz de Tiempo, traga ávido,
Hasta que resida yo en el hombre, en su raza entera,
Infectando sus ideas, sus miradas, actos y palabras,
Preparándotelo: última y más dulce de tus presas».
Dicho esto, cada uno fue por su camino,
Ambos para destruir o desinmortalizar
A toda especie, madurarla para destrucción
Más pronta o tarda, que al verlo el Todopoderoso,



Desde su Asiento trascendente entre los Santos,
A los Órdenes brillantes de este modo habla:
«Ved con qué furor avanzan los Perros del Infierno
Para ermar y devastar el mundo aquel, que yo
Creé tan bueno y bello; y lo habría mantenido
Siempre en ese estado, si el humano desatino
No invitara Furias al estrago, que a mí me imputan
Desatino; así también el Príncipe Infernal

Con todos sus secuaces, por dejarlos
Conquistar, tan desenvueltamente, sitio
Tan celeste, pareciendo incluso conspirar
Por dar contento a despectivos adversarios,
Que se ríen, como si llevado por un pronto
De pasión, yo todo a su merced dejase,
Caprichosamente expuesto a su anarquía.
Y no saben que los llamo, los arrastro ahí,
Mis Perros Infernales, a lamer la escoria y mugre
Que el pecado corruptor del hombre vierte
En lo que era puro, hasta que empachados,
Reventando casi de carroña, sólo un golpe
De tu brazo victorioso, Hijo amado,
A Pecado y Muerte, y la Tumba boquiabierta,
Los arroje al fin al Caos cerrando los Infiernos
Para siempre y sellen sus voraces fauces.
Cielo y Tierra renovados, puros otra vez entonces,
Vestirán la santidad que no recibe mácula:
Hasta día tal, la maldición caída en ambos prevalece».
Cesó, y la audiencia celestial cantó potentes
Aleluyas, cual murmullo de los mares elevándose
Del coro que cantaba: «Justos tus caminos,
Rectos tus decretos en todo lo que obras;
¿Quién podría extenuarte?». Luego al Hijo,
Destinado Redentor del hombre, por quien
Nuevo Cielo y Tierra con las eras se alzarán
O bajarán del Cielo. Tal su canto,
Mientras el Creador, llamando por su nombre
A sus fuertes Ángeles, les dio diverso encargo,
Que al presente de las cosas convenía. El Sol
Primero recibió precepto de brillar, moverse,
De manera que a la Tierra con calor y frío la afectase
Apenas tolerable, y que llamase desde el norte
Al decrépito aquilón, y desde el sur trajese
Solsticial calor de estío. A la Luna lívida
Su oficio le impusieron; a los otros cinco[313],
Sus mociones planetarias, sus aspectos

En sextil, cuadrado, trino[314] y en oposición,
De pernicioso efecto, y cuándo unirse
Al sínodo imbenigno[315]; y a las fijas enseñaron
Cuándo derramar maligno influjo, cuál
De ellas, al alzarse o al ponerse con el Sol
Debía ser tempestuosa; a los vientos puntos
Les marcaron cardinales, cuándo confundir bramantes
A los mares, aires, litorales; cuándo percutir el trueno
Con terror por toda el aula oscura del espacio.
Hay quien dice que mandó a sus Ángeles torcer
Los polos de la Tierra veinte grados, más aún,
Del eje de este Sol: aquéllos con esfuerzo oblicuaron
El globo céntrico. Otros dicen que al gran Astro
Se le impuso distanciarse de la vía equinoccial
Igual distancia, a través de Tauro, con las siete
Atlánticas Hermanas y Gemelos Espartanos
Hasta el Trópico Cangrejo; y presto abajo luego
Desde allí por Leo, y Virgo y la Balanza,
Hasta el hondo Capricornio[316], por llevar a cada clima
Cambio de estaciones; pues si no la primavera
Perdurable al mundo sonriera con vernales flores,
Idéntica en los días y las noches, salvo allén
Los círculos polares. El día para éstos
Refulgiera desnochado, mientras bajo el Sol
Supliera su distancia rodeando ante su vista
Siempre el horizonte, sin llegar a confesar
Oriente u occidente, lo que nieves impidiera
En la fría Estotilandia[317] y en el sur profundo
Bajo tierras magallánicas. Probado el fruto,
Como del festín de Tiestes[318], el Sol viró
Su curso designado; si no ¿cómo el mundo
Habitado, aunque inocente, más que ahora,
Evitara los punzantes fríos, los calores abrasantes?
Estos cambios en los cielos, aunque lentos, produjeron
Cambio igual en mar y tierra, plaga sideral,
Vapores, nieblas, tórridas exhalaciones,
Corruptas, pestilentes. Ahora desde el norte

De la Norumbega y la costa samoyeda[319],
Reventando su mazmorra férrea, armados con helor
Y nieve y el granizo, ráfagas y tempestad,
El Bóreas, Cedas y el Argestes bullicioso
Con el Tracias bosques quiebran, alzan mares;
Con adversa racha los levanta el Noto
Desde el sur y el Áfer negro con tonantes nubes
Desde Sierra Leona. Entre ellos, tan feroces,
Corren vientos de levante y de poniente,
Euro y Céfiro con ruido lateral,
Siroco y el Lebeche[320]. De este modo comenzó el estrago,
De las cosas no vivientes; mas primero la Discordia,
Hija de Pecado, entre los irracionales,
Implantó la Muerte por la fiera antipatía:
Bestia contra bestia tuvo guerra, ave y ave,
Pez con pez; dejando de pacer la hierba,
Devorarse pretendieron uno a otro. Poco al hombre
Respetaron: de él huían o con faz sombría
Lo espiaban al pasar. Éstas fueron, exteriores,
Las crecientes aflicciones, que vio Adán,
Ya en parte, aunque ocultas en tremenda sombra,
Él, librado a la tristeza, más doliente adentro,
En un mar sumido de pasiones tormentoso.
Y así aliviarse intenta con triste queja:
«¡Qué miseria tras la dicha! ¿Es éste el fin
Del nuevo mundo tan glorioso, y mío, hace poco
Gloria de esa gloria, que maldito ahora
Tras ventura tanta, de la faz me escondo
Del Señor, al que antes contemplar fue colmo
De alegría? Mas bien, si aquí acabase
La miseria; la merezco y he de soportar
Lo merecido, pero nada acaba aquí:
Todo lo que como o bebo, o pueda concebir
Es propagada maldición. ¡Oh voz oída otrora
Con deleite —“Creced, multiplicaos”—
Que ahora es muerte oír! Pues ¿qué puedo incrementar,
Multiplicar, sino anatemas sobre mí?

¿Quién, en todas las edades por venir, sintiendo
Las desgracias que causé, no maldecirá
Mi testa: "¡Mal haya nuestro ancestro impuro,
Gracias démosle por esto!", pero tales gracias
Serán la execración; así que aparte de las mías,
Que perduran sobre mí, las que provoque
Con feroz reflujo en mí han de recaer,
En mí, su centro natural, ligeras golpearán
Pesadas, aunque en su lugar[321]. ¡Fugaces gozos
Del Edén, pagados con lamentos perdurables!
¿Te pedí yo acaso, Hacedor, desde mi arcilla
Moldearme en hombre?, ¿te rogué sacarme
De tinieblas, o un lugar aquí y morada,
En el plácido Jardín? Ya que mi voluntad
No tuvo parte en este ser que es mío,
Sería justo, equitativo, reducirme a polvo,
Deseoso como estoy de renunciar y devolverte
Todo lo obtenido, incapaz siquiera de cumplir
Tus términos, muy duros, por los que debía conservar
Un bien que no pedí. A la pérdida del mismo,
Ya castigo suficiente, ¿a qué le añades
Tal sentir de penas incesantes? Tu justicia
Me parece inexplicable. Pero, cierto, tarde
Yo protesto, pues debían rechazarse entonces
Cualesquiera términos, al ser propuestos:
Tú los aceptaste, ¿has de disfrutar del bien, así,
Y luego cavilar las condiciones? Y aunque Dios
Te hizo sin permiso tuyo, ¿qué, si tu hijo
Se probase inmanejable y, reprobado, replicase:
"¿Por qué me concebiste? Yo no quise";
Acaso aceptarías, del desdén mostrado,
Tan altiva excusa? A él, no obstante, no tu opción,
Sino la natural necesidad lo concibió.
Dios quiso hacerte suyo, quiso hacerte
Por sirviente suyo: tu retribución, su gracia;
Tu castigo, pues, legítimo depende de él.
Sea así, pues me someto, su sentencia es justa:

Polvo soy que al polvo volverá;
¡Bienvenida sea hora tal! ¿Por qué posterga
Perpetrar su mano lo que su decreto hoy
Ha establecido? ¿Por qué sobrevivir,
Por qué la muerte me rehuye, prolongándome
En dolor imperecible? Qué contento acogería
La mortalidad, condena mía, y sería tierra
Insensible, ¡qué contento yacería inmóvil
En el seno maternal! Ahí reposaría,
Con seguro sueño; ya no tronaría su tremenda voz
En mis oídos, miedo de mayores males
Para mí y mi descendencia no me afligiría
Con su cruel expectación. Mas una duda
Me persigue todavía: que no muera entero,
Que ese puro hálito de vida, el espíritu del hombre
Que inspirara Dios, no consiga perecer
Con este barro corporal; y así en la tumba,
O quizás en otro lúgubre lugar, quién sabe
Si andaré muriendo muerte viva. ¡Qué idea
Tan horrible, si es verdad! ¿Y pues? Hálito
De vida, pues, pecó: ¿no muere lo que tuvo vida
Y culpa? Mas el cuerpo propiamente nada tuvo.
Todo en mí entonces morirá: que alivie tal noción
La duda, ya que humanamente no se alcanza más.
Pues, aunque el Dios de todo infinito sea,
¿Lo es su cólera también? Y si lo fuera, el hombre no,
Sino a la muerte condenado. ¿Cómo verterá
Su cólera sin fin en quien la muerte pone fin?
¿Puede hacer inmortal la muerte? Tal sería hacer
Extraña oposición, que al mismo Dios
Se le supone inadmisible y argumento
De impotencia, no poder. ¿Acaso expandirá,
Por causa de su ira, lo finito a lo infinito
En el hombre castigado, para contentarse su rigor
Nunca contentado? De este modo extendería
Su sentencia más allá del polvo y ley de la natura,
Por la cual las causas todas siempre actúan

Según la recepción del acto material,
No la extensión de su privada esfera[322]. Mas qué,
Si muerte no es un golpe solo, como creo,
Que te priva del sentido, sino miseria interminable
Desde hoy en adelante, que percibo ya nacida
Dentro y fuera de mi ser, y así prosigue
A perpetuidad. ¡Ay de mí!, que el miedo
Vuelve atronador y trae revuelta tremebunda
A mi cabeza desvalida. Ambos, Muerte y yo
Eternos hallo, y los dos unidos en un cuerpo,
No en mi sola parte, pues en mí completa
Mi posteridad está maldita: bello patrimonio
El que os lego, hijos. ¡Ay, si fuera yo capaz
De disiparlo todo solo, sin dejaros nada!
Así desheredados, ¡cuántas bendiciones sobre mí,
Que ahora maldecís! ¿Por qué la humanidad,
Por culpa de uno sólo, debe así inocente condenarse,
Si inocente? Mas de mí ¿qué puede proceder,
Sino cosa corrompida, vil en mente y voluntad,
No sólo para hacer, sino querer lo mismo
Que yo quise? ¿Cómo pues alzarse, exculpados,
A los ojos del Señor? Tras todo mi debate, a Dios,
Forzado, absuelvo. Todas estas vanas evasiones
Y razones, aunque dédalos, me llevan siempre
A mi propia convicción: primero y último,
En mí, en mí sólo, como fuente y causa
De la corrupción, toda culpa cae legítima;
¡Caiga así la cólera también! ¡Grato anhelo!
¿Podrías soportar la carga, más pesada que la Tierra,
Que el mundo todo más pesada, aunque repartida
Con la mala hembra? Así pues, lo que tú deseas,
Lo que temes, por igual destruye la esperanza
De un refugio y te proclama miserable
Más allá de todo ejemplo, ya pasado o por venir,
Comparable sólo a Satanás, en crimen y condena.
Oh conciencia, en qué abismo de temores
Y de horrores me has sumido, del que no hallo

Escapatoria, y caigo más y más profundo».
Adán así consigo se quejaba en alto,
En la noche quieta, no la de antes del pecado
Saludable y fresca, y templada, sino llena
De aires negros, de vapores y temibles nieblas,
Que en su vil conciencia proyectaba toda cosa
Duplicando los terrores. En el suelo,
Él yacía, frío suelo, maldiciendo sin cesar
A su creación y a la Muerte, terco, la acusaba
De tardía ejecución, pues fuera impuesta
En el día de su ofensa. «¿Por qué no vienes, Muerte
—Insistía—, trayendo triplemente ansiado tajo
Que me acabe? ¿No honra acaso su palabra la Verdad,
La Justicia divinal no corre a ser, pues, justa?
Mas la Muerte no vendrá llamada, la Justicia divinal
No cambia lentos sus andares por plegarias o clamores.
Oh bosques, oh fontanas, cerros, valles, frondas,
Con distinto eco, hace poco, enseñaba a responder
A vuestro umbraje, a vibrar con canto bien diverso.»
Y estando así afligido, al mirarlo Eva triste,
Desolada en su lugar sentada, se acercó a su hombre
E intentó palabras dulces que calmaran su pasión;
Mas él así la rechazó con inclemencia:
«Fuera de mi vista, Sierpe: pues, compinche suya,
Este nombre más te cuadra, como él tan falsa tú
Y odiosa. Nada falta, más que tu figura,
Cual la suya, y un color aserpentado muestren
Tu interno engaño, previniendo a toda criatura
Desde ahora contra ti, que esa forma tan divina,
Tu infernal disfraz, no las seduzca. Por ti peno:
Seguiría yo feliz, si, cuando había más peligro,
No desestimaran mi advertencia tu soberbia,
Tu errabunda vanidad, y se ofendieran
Por la falta de confianza, anhelando la mirada
Aun del Diablo mismo, tú tan convencida
De burlarlo, mas, hallando a la Serpiente,
Cautivada y traicionada tú por él, yo por ti,

Que te dejé alejarte, viéndote tan sabia,
Tan constante, tan madura contra todo asalto
Y no entendí que, más que sólida virtud,
Era todo ostentación, era sólo la costilla
Retorcida por Natura, inclinada —ya se ve—
A la siniestra parte de que fue arrancada:
Bien está expulsada, puesto que superflua
Para el número que es justo[323]. ¿Por qué Dios,
Creador juicioso, que pobló los altos Cielos
Con Espíritus viriles, creó en la Tierra luego
Semejante novedad, esta bella imperfección
De la Natura, y no colmó de golpe el mundo
De hombres como Ángeles sin fémina,
O encontró distinto modo de engendrar
La humanidad? Tal desastre no ocurriera
Y otros muchos que vendrán, innúmeros
Estragos en la Tierra por las trampas femeninas
Y la estrecha relación con este sexo: pues o
Nunca encontrará el varón capaz pareja, sólo
La que traiga el infortunio, o disparate;
O a la que más ansia raramente la tendrá,
Por su perfidia, viendo conquistarla a candidato
Menos digno; o, si lo ama ella, no la entregarán
Los padres; o a su ideal encuentra él
Muy tarde, ya ligada en lazos maritales
A un despótico rival, vergüenza suya u odio;
Cosas que aflicciones infinitas causarán
Al hombre y turbarán la doméstica armonía».
No añadió a lo dicho y de ella se apartó, mas Eva
No por ello resentida, con sollozo interminable,
La melena enmarañada, a sus pies
Cayó sumisa y, abrazándolos, buscó
Conciliación, diciendo así entre lloros:
«No te apartes de este modo, Adán; testigo el Cielo
Del amor sincero y reverencia que mi corazón
Te tiene, de que inconsciente te he ofendido,
Engañada infelizmente. Suplicante tuya,

Yo te ruego, te abrazo las rodillas: no me niegues
Eso de que vivo, tu mirar gentil, tu ayuda,
Tu consejo, en ésta la mayor desdicha,
Tú, mi solo apoyo y fuerza; pues de ti privada
¿Qué he de hacer de mí?, ¿cómo subsistir?
Mientras aún vivamos, una corta hora acaso,
Haya paz entre los dos, reuniendo ambos
—Como unidos en agravio— sola enemistad
Contra el adversario impuesto por el hado,
La Serpiente cruel. No viertas, pues, en mí
Tu encono por la desventura acontecida,
En mí, perdida ya, más miserable aún que tú,
Pues, si los dos pecamos, tú lo has hecho
Sólo contra Dios; yo contra Dios y contra ti,
Y al lugar del juicio volveré, a importunar
Con mis clamores a los Cielos, que, absuelto tú
De toda culpa, la sentencia entera caiga
En mí, sola causa de toda esta aflicción,
Yo, yo, yo, solo objeto justo de su ira».
Terminó llorando, y su actitud rendida,
Invariable si su falta, admitida y deplorada,
No era perdonada, despertó en Adán
Misericordia; pronto el corazón se le ablandó
Para con ella, su deleite solo y vida hacía poco,
A sus pies hundida ahora y afligida,
Criatura tan hermosa que buscaba su clemencia,
El consejo de quien ella disgustara, su asistencia.
Como desarmado, su ira toda vio perderse,
Y con palabras de concordia pronto ya la irguió.
«Inconsciente y muy ansiosa, como antes,
De las cosas que aún ignoras, ahora quieres
El castigo todo para ti; mas ¡cuida!,
Y primero aguanta el propio, tú, incapaz de soportar
La plena furia de quien sientes sólo parte nimia
Y que mal aguantas mi disgusto. Si pudiesen
Las plegarias alterar divinos bandos, a ese sitio
Correría antes que tú, e imploraría aún más fuerte

Que sentencia y pena a mí me golpeasen sólo,
Perdonados tu flaqueza y sexo más infirme,
Que me fueron confiados y yo expuse.
Mas levanta, no riñamos más ni nos culpemos
Uno a otro, harto ya culpados por doquier,
Sino démonos amor, aligerémonos la carga
Uno a otro en esta hora de pesares compartidos,
Puesto que esa muerte señalada, tal parece,
No será de pronto, sino daño rezagado:
Largo día pereciendo para aumento del dolor,
Y a nuestra estirpe (¡pobre estirpe!) derivado.»
A lo que Eva, recobrando el ánimo, repuso:
«Adán, por triste experimento puedo ya saber
Qué poco peso mis palabras hallan ahora en ti,
Halladas tan erróneas y, en justa implicación,
Halladas tan fatales; sin embargo, pues,
Por ti repuesta, vil que soy, y nuevamente
Tolerada, en la esperanza de recuperar
Tu amor, el único contento de mi corazón
En vida o muerte, no te ocultaré los pensamientos
Que en mi inquieto pecho se levantan
Pretendiendo cierto alivio de estas aflicciones,
O acabarlas, y, aunque tristes y severos, llevaderos
Y, dados nuestros males, más pasables.
Si la inquietud por nuestra prole es lo peor,
Pues nacerá a inevitable sufrimiento, devorada
Por la Muerte al fin —pues, cierto, es miserable
Ser principio de miseria para otros,
Nuestra propia descendencia, y de nuestros lomos[324]
A este mundo maldecido traer progenie desdichada,
Que después de vida desgraciada deba aún alimentar
A tan inmundo monstruo—, en tu poder está,
No obstante, antes de la concepción negar
La raza imbendecida y nonata todavía.
Infecundo estás, infecundo sigue: así la Muerte,
De su hartazgo hurtada, con nosotros solamente
Habrá de contentar sus fauces ávidas.

Mas si juzgas cosa dura y trabajosa,
Al charlar, mirarnos, al amarnos, abstenernos
De los ritos del amor, nupciales y dulcísimos abrazos,
Y desesperar de ardiente anhelo, lánguido,
Delante del presente objeto en languidez
De igual deseo, cosa que sería desventura
Y sufrimiento no menores que los ya temidos,
A fin, pues, de librarnos ellos y nosotros
De lo ingrato para todos, acabemos de una vez,
Busquemos Muerte, o de no hallarse, suplan
Nuestras manos sus oficios en nosotros.
¿Por qué seguir temblando bajo tales miedos,
Que no muestran otro fin que muerte, si podemos
—Entre muchos modos de morir, tomando el más directo—
Destruir con destrucción la Destrucción?».
Aquí acabó, o el vehemente desespero
Silenció el resto; tanta muerte sus ideas
Revolvieran que tiñeron sus mejillas de palor.
Mas en Adán consejo semejante no hizo mella:
Más clarividente, a mayores esperanzas
Él bregara por alzarse y a Eva así repuso:
«Eva, tu desprecio de la vida y el placer,
Indica, tal parece, en ti algo más sublime
Y excelente de lo que tu mente desaprueba;
Mas la propia destrucción, así buscada, contradice
La excelencia vista en ti, e implica,
No ya tu rechazo, sino tu pesar y angustia,
Por la pérdida de vida y placeres codiciados.
O, si ansias muerte y el completo fin
De las miserias, figurándote librarte de este modo
Del castigo pronunciado, ten por cierto que el Señor
Armó más sabiamente su ira vengadora,
Para ser así burlada. Temo aún que muerte
Así robada no nos salve del suplicio
Condenados a pagar, sino que tales actos,
Contumaces, al Altísimo provoquen
A tornar la muerte viva en ambos. Exploremos

Solución, por tanto, más segura, que yo diría
Ya vislumbro, recordando atentamente
Parte del dictamen, que herirá tu descendencia
La cabeza de la Sierpe: parco desagravio,
Si no implica, como creo, al gran antagonista,
Satanás, que en la serpiente concibió
Contra nosotros su artimaña. Aplastarle la cabeza[325]
Sí sería al fin venganza, y ello se frustrara
Si morimos, o si días infecundos resolvemos,
Cual propones. De este modo el adversario
Escaparía a su castigo, mientras en nosotros
El nuestro recaería duplicado.
No sigamos pues hablando de violencia
En carne propia o esterilidad porfiada,
Que nos hurta la esperanza y degusta sólo
Resquemor y orgullo, impaciencia y odio,
Reluctancia contra Dios y el justo yugo
Puesto a nuestros cuellos. Recuerda el dulce
Y compasivo temple al oírnos y juzgarnos
Sin violencia o vilipendio: esperamos
Súbita disolución, que creímos ese día
Suponía el morir; mas, mira, a ti
Dolores se te imponen sólo embarazada
Y al parir, después recompensados con la dicha,
Fruto de tu seno. A mí la maldición sesgada
Me rozó al dar en tierra: con trabajo ganaré
Mi pan: ¿es daño? La pereza sí sería un mal.
Mi labor me sostendrá, y por que el frío
O el calor no nos hiriesen, oportuno su cuidado
Dio de lo preciso sin pedírselo, y sus manos
Nos vistieron, viles, apiadándose mientras juzgaba.
Cuánto más, si le imploramos, se abrirá
Su oído y a piedad se inclinará su corazón,
Y más nos mostrará los medios de evitar
Los tiempos inclementes, el granizo, lluvia, hielo y nieve,
Que este cielo ya comienza con variable rostro
A esgrimir en las montañas, mientras vientos

Soplan lientos y cortantes, esparciendo los mechones
De estos árboles hermosos; lo que incita
A buscar cobijo y un calor que anime
Nuestros miembros arrecidos, antes que el diurno astro
A la noche deje fría; su haz de rayos reflejados
Cavilemos qué materia seca puede fomentar
O si por colisión de dos objetos extraeremos
Fuego del frotado aire, como vemos que las nubes
Peleonas, o azuzadas por los vientos, rudas al chocar,
Prenden rayo al sesgo, cuya oblicua llama cae
E inflama la corteza resinosa del abeto o pino
Irradiando desde lejos confortable calidez
Que puede al Sol suplir. En cómo usar tal fuego,
Y qué otra cosa nos será remedio o cura
Para males despertados por la infamia nuestra,
Él nos instruirá, rezando, implorando
Su merced. No existen, pues, razones de temer:
Tranquila pasaremos esta vida, sostenidos
Por su amor con muchos bienes, hasta terminar
En polvo, nuestro último reposo y natal morada.
Qué mejor conducta que, volviendo al sitio
Donde él nos enjuició, caer postrados,
Reverentes ante él y confesar ahí mismo humildes
Nuestras faltas, y pedir perdón, con lágrimas
Que rieguen ese suelo, con suspiros insistentes
En el aire de contritos corazones, en señal
De pena no fingida y mansa humillación.
Sin duda ha de ablandarse y olvidar
Su desplacer; él, en cuya faz serena,
Cuando más airado parecía y más severo,
¿Qué, si no favor, merced y gracia fulguraban?».
    Esto dijo nuestro padre penitente, y Eva
No sintió menor pesar. Tornando ya sin dilación
Al sitio de su juicio, postrándose cayeron
Ante él con reverencia y ambos confesaron
Dóciles sus faltas, y pidieron el perdón, con lágrimas
Regando el suelo, y suspiros insistentes

En el aire de contritos corazones, en señal
De pena no fingida y mansa humillación.

Libro XI

EL ARGUMENTO

El Hijo de Dios presenta a su Padre las plegarias de nuestros primeros ancestros, ahora arrepentidos, e intercede por ellos. Dios las acepta, pero declara que no deben seguir morando en el Paraíso. Envía a Miguel con una banda de Querubines a desheredarlos, pero, primero, para que revele a Adán las cosas por venir. El descenso de Miguel. Adán muestra a Eva ciertos signos ominosos; distingue la llegada de Miguel y sale a recibirlo; el Ángel proclama la partida de Adán y Eva. Lamentación de Eva. Adán implora, pero se somete. El Ángel lo conduce a una montaña elevada y le presenta, en visión, lo que ocurrirá hasta el Diluvio.

Así pues, arrepentidos, con profunda contrición
Rezaban: del Sitial de la Merced[326], arriba,
Operante gracia[327] descendiera, extirpándoles
Del corazón lo pedregoso y forjándoles regenerada
Carne nueva, que suspiros exhalaba ahora
Inexpresables, inspirados por el ánima de la plegaria,
Elevados a los Cielos con más raudo vuelo
Que los himnos más potentes. Mas no era el porte
De serviles pedigüeños, ni menos importante
El ruego parecía que cuando el par anciano
De las fábulas de antaño —menos que éstos sin embargo—,
Deucalión[328] y Pirra casta, a fin de restaurar
A la anegada raza humana, acudieron fervorosos
Al altar de Temis. A los Cielos sus plegarias
Ascendieron, sin que vientos envidiosos, errabundas
O frustradas las perdieran. Allí accedieron,
Indimensas[329], por celestes Puertas; y vestidas luego
Con incienso, donde el áureo altar humaba,
Por el gran Intercesor, por fin llegaron
Ante el Trono de Dios Padre. Presentándolas el Hijo

Satisfecho, así empezó su intercesión:
«Mira, Padre, qué primicias brotan en la Tierra
De la gracia que en el hombre has implantado:
Son suspiros y plegarias, que, mezclados con incienso
En turíbulo de oro, yo tu sacerdote traigo;
Frutos de sabor más dulce —tu semilla puesta
En el corazón de Adán contrito— que esos
Que su mano, cultivando todas las florestas
Del Edén pudiera haber cobrado, antes de caer
De la inocencia. Ahora, pues, tu oído abre
A su súplica, escucha sus suspiros aunque mudos;
Inhábil en palabras de oración, permite
Que interprete lo que dice, abogado suyo soy
Y sacrificio. Todas sus acciones, buenas o no buenas,
Préndelas en mí: hará mi mérito perfectas unas
Y mi muerte por las otras pagará.
Acéptame, y recibe de ellos, a través de mí,
Aroma de conciliación, concede a Adán vivir
En paz contigo, cuando menos sus prescritos
Días, aunque tristes, hasta que la muerte, su condena
(Yo por mitigarla así te imploro, no quitársela),
A vida superior lo lleve, donde él conmigo
Y mis redimidos morará en la dicha y júbilo,
Conmigo hecho uno, como yo contigo soy».
A lo que el Padre, ya sin nubes y sereno:
«Todo lo que pides por el hombre, aceptado Hijo,
Tenlo, toda tu demanda era mi decreto:
Mas que siga él morando en ese Paraíso
Se lo impide el estatuto que impuse a la Natura:
Esos puros elementos inmortales, ignorantes
De lo burdo, de inarmónica mezcla inmunda,
Ya lo expulsan, maculado, y se purgan de él
Cual cosa enferma, burdo al aire burdo
Y el mortal sustento, más conforme
A su extinción por el pecado, que primero
Enfermó ese mundo, corrompiendo lo incorrupto.
Yo, al principio, dos hermosos dones

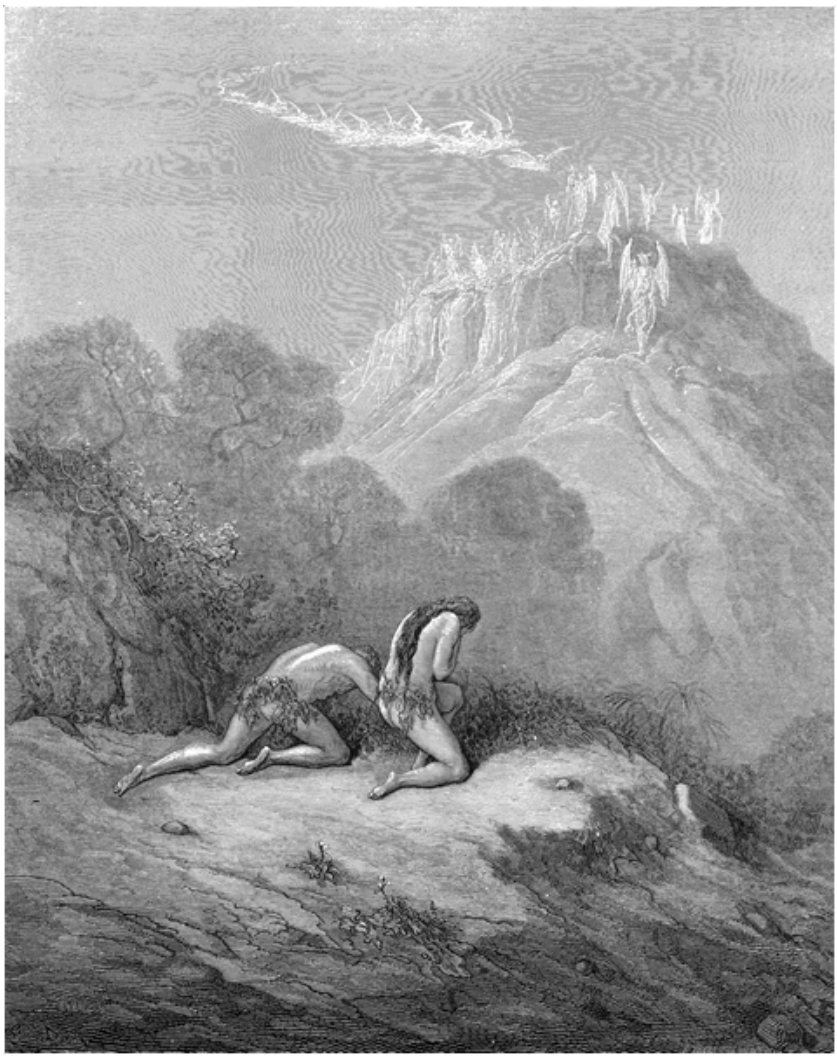
Al crearlo puse en él, felicidad
Y vida imperecible: disipada aquélla,
Ésta otra serviría sólo a eternizar el daño,
Hasta que la muerte le enviara. Así es la muerte
Su postrer remedio, y tras una vida atribulado
Por severas ordalías, acrisolado por la fe
Y las obras de la fe, a Segunda Vida
Despertado en la renovación del justo
—Cielo y Tierra renacidos—, a él renuncia en favor mío.
Mas al Sínodo llamemos ya a los Santos
Del entero Empíreo: no les velaré
Mis veredictos, cómo con la humanidad procedo
Como vieron que lo hice con los Ángeles indignos;
Y quedaron, aunque firmes, aún más confirmados».
Terminó, y el Hijo dio señal ilustre
Al ministro fúlgido de guardia, que sopló
Su pífano, escuchado luego en el Horeb, acaso,
Cuando descendió el Señor y acaso nuevamente
Sonará llamando al Juicio Último[330]. El toque angélico
Inunda todas las regiones. De benditas frondas,
De sus sombras amaranto, fuentes, manantiales,
Aguas de la vida, desde allí donde se hallaban,
En gozosas compañías, los Hijos de la Luz
Veloces acudieron a la magna citación,
Tomando asiento allí. Desde el supremo Trono entonces
El Omnipotente expuso así su soberana voluntad:
«Oh Hijos, cual nosotros ha llegado el hombre
A conocer el Bien y el Mal[331], pues ha probado
Del prohibido fruto; que alardée, si quiere,
De saber del Bien perdido, del ganado Mal,
Pues fuera más feliz bastándole saber
Del Bien en sí, del Mal en absoluto.
Ya se atrista, se arrepiente y contrito reza,
Tal le inspiro, mas por mucho que se duela
Yo su corazón conozco, qué voluble y vano
Si a sí mismo abandonado. Por que más audaz ahora
No codicie así también del Árbol de la Vida y coma,

Y viva para siempre, o que vive para siempre
Sueñe al menos, yo decreto desterrarlo,
Expulsarlo del Jardín a cultivar la tierra
De que fue formado, suelo este más acorde.
»Miguel, sea ésta la misión que te confío:
Selecciona, de entre todos los Querubes,
Flor de ígneos campeones, no suceda que el Demonio,
Ya sea por el hombre, ya por invadir
Vacantes posesiones, otra vez suscite estorbo.
Date prisa, y del Paraíso del Señor
Arroja sin pesar a la pareja pecadora,
Del terreno santo a los profanos, proclamando
Para ellos y su estirpe, desde ese instante,
Exilio perdurable. Pero, por que no desmayen
Al oír el triste edicto impuesto con rigor,
Pues los veo ya ablandados y con lágrimas
Penar su transgresión, oculta los terrores.
Si pacientes tu orden obedecen,
No los eches desolados; y revélale a Adán
Lo que será en los días por venir
Según te mostraré, incluye en todo ello
Mi alianza renovada con la estirpe de Eva,
Y despídelos así, en paz, aunque apenados:
Y en el flanco este del Jardín, por donde asciende
Del Edén camino fácil al recinto, emplaza
Guardia Querubínica y la llama tremolante
De una espada, por que espante desde lejos al viajero
Impidiendo todo acceso al Árbol de la Vida[332]:
Que no acabe siendo el Paraíso receptáculo
De espíritus inmundos y mis árboles su presa,
Cuyos frutos nuevamente usen como engaño».
Cesó; y el Arcangélico Poder se preparó
Para rápido descenso, y con él la fúlgida cohorte
De Querubes celadores: cuatro rostros cada cual
Tenía, como doble Jano[333], y su forma por entero
Salpicada de ojos, número mayor que tuvo
Argos, más despiertos, menos dados a soñar

Embelesándolos la flauta arcadia, el albogue pastoral
De Hermes, o su hipnótico bordón. Mientras,
Para saludar de nuevo al mundo con sagrada luz,
Leucotea[334] despertó a embalsamar la tierra
Con su fresco aljófar; ya Adán y la primera madre
Terminaran sus plegarias, encontrando
Fuerza procurada desde arriba, esperanza nueva,
Gozo incluso, mas al miedo todo aún sujeto.
Y Adán palabras bienvenidas a Eva dirigió:
«Eva, fácilmente admitirá la fe que todo bien
Que disfrutamos de los Cielos viene;
Mas que de nosotros algo ascienda al Cielo
Tan valioso que a la mente pueda interesar
De Dios Altísimo, o inclinar su voluntad,
Apenas se creería; mas esto hace la plegaria,
O un suspiro breve del aliento humano, elevado
Hasta el mismo Trono. Pues desde que intento
Aplacar al ofendido Dios con mis plegarias,
De rodillas ante él, con todo el corazón rendido,
Creo haberlo visto apaciguado y dulce,
Abriéndome su oído, y más seguro estoy
Del favor con que me escucha: a su hogar, mi pecho,
Retornó la paz; a mi memoria su promesa,
Que herirá tu descendencia al adversario[335],
Cosa que ignoré en mi desespero, mas ahora
Me confirma que la idea amarga de la muerte
Ya pasó y que viviremos. Salve, pues, Eva, a ti
Llamada justamente madre de la humanidad,
Madre, sí, de todo lo viviente, pues por ti
El hombre vivirá, y toda cosa para el hombre».
A lo que Eva, triste el porte y timorata:
«Poco digna yo resulto de título tan grande,
Transgresora como soy, pues, destinada
A ser tu ayuda, fui tu trampa. Más reproche
Me merezco, desconfianza que alabanza:
Infinito, sin embargo, fue mi Juez en su perdón,
Que yo, que traje muerte a todo, sea declarada

Fuente de la vida; generoso luego tú,
Que título tan alto accedes a otorgarme
Mereciendo otro tan distinto. Mas el campo
Al trabajo ya nos llama con sudor impuesto,
Aun tras noche insomne, pues observa el alba
Que, insensible a los desvelos, sonriendo
Empieza su rosáceo andar. Partamos pues,
Sin que yo de tu costado me separe nunca,
Dondequiera la labor transcurra, aunque ahora
Trabajosa, hasta el fin del día. Si aquí moramos,
¿Qué podría ser ingrato en veredas tan hermosas?
Vivamos pues aquí, caídos mas contentos».
Esto dijo, esto quiso la humillada Eva, mas el hado
No lo rubricó: primero dio señales la Natura
En las aves, bestias, aires; aire eclipsado de repente
Tras albor muy breve. Luego, cerca de Eva,
El pájaro de Jove[336] se lanzó desde su aérea torre
Tras dos aves pintas, rápidas delante de él;
De los montes descendió el selvático monarca[337],
Convertido en cazador tras la gentil pareja,
La más bella de los bosques, ciervo y cierva,
Que veloces escapaban a la puerta oriente.
Lo observó Adán, siguiendo con los ojos
La carrera, y le dijo a Eva no sin turbación:
«Oh Eva, nuevos cambios nos aguardan,
Que por estos signos mudos muestra el Cielo
En la Natura, precursores de sus planes, puede,
O advertencias por sentirnos tan a salvo
De condena, viendo que la muerte queda postergada:
Cuánto, y qué será hasta entonces nuestra vida,
Quién lo sabe, o sabe nada aparte de esto: somos polvo,
Y a él retornaremos para no ser más.
¿Por qué, si no, la doble escena a nuestra vista,
Presa perseguida por los aires y los campos,
A la misma hora, misma ruta? ¿Por qué en el este
Hay tinieblas sin mediarse el día, y luz del alba
Más oriente[338] prende aquella nube occidental

Que por el azur arrastra su blancor radiante,
Y desciende lenta, cual portando flete empíreo?».
No erraba, pues en ésta la cohorte empírea
Desde un cielo jaspe descendía ahora
Al Paraíso, y en un cerro se posó: aparición
Gloriosa, si la duda y el carnal temor
No hubieran ofuscado el día aquel de Adán los ojos.



No tan gloriosa aquélla, cuando Ángeles halló
Jacob en Mahanaim, donde vio los pabellones
De la Guardia fúlgida cubrir el campo[339];
Ni aquélla otra acontecida en el monte ardiente
De Dotán, colmado de un ejército de fuego
Contra el rey de Siria, quien por sorprender
A un hombre, cual sicario provocó la guerra,
Guerra indeclarada[340]. El Jerarca principesco,
Allí en su loma, permitió tomar a su milicia
Posesión de aquel Jardín; mas él sin compañía
En busca fue de Adán, a donde estaba cobijado,
Quien al ver aproximarse al magno Visitante,
Señalándoselo a Eva, así le habló:
«Aguarda, ay, ahora grandes nuevas, que quizá
Dispongan de nosotros pronto, o nos impongan
Nuevas leyes que observar; pues ya distingo
En aquella nube fúlgida que vela el monte
A uno de la hueste celestial y, por su porte,
No de los menores: Potentado grande se diría,
O de los Tronos en la Altura, tanta majestad
Inviste su andadura; pero no es temible
Que haya de asustarme, ni tampoco cálido
Cual Rafael, que deba confiarme mucho:
Es sublime y grave y, para no ofenderlo,
Reverente debo recibirlo; tú retírate».
Aquí se tuvo; y el Arcángel pronto estuvo cerca,
No en su forma celestial, sino cual hombre guarnecido
Para trato humano; sobre la armadura refulgente,
Su gonela militar de púrpura fluida le caía
Más brillante que la melibea, o la púrpura[341]
De Sarra, que llevaron reyes, héroes en lo antiguo,
En las épocas de tregua; Iris[342] misma la tiñera.
Su yelmo astral deshebiliado lo mostraba joven,
En la cima de su lozanía; a un costado,
Como en fúlgido zodiaco, la espada[343] le pendía,
El terror de Satanás, y portaba lanza en mano.
Se inclinó Adán sumiso; regio el otro, obvió

La reverencia, declarando así su cometido:
«Adán, mandato celestial no exige prólogo:
Baste pues que tus plegarias son oídas y la Muerte,
Por sentencia merecida al transgredir,
Hurtada es de su presa muchos días,
Para ti de gracia, en que podrás arrepentirte
Y una mala acción cubrir con múltiple bondad.
Bien puede que, aplacado Dios entonces,
Del voraz imperativo de la Muerte te redima;
Mas que sigas habitando en este Paraíso
No lo acepta. He venido a desterrarte,
Y expulsarte del Jardín a cultivar la tierra
De que fuiste tú formado, suelo más acorde».
Nada ya añadió, pues, al oír Adán las nuevas,
Golpeado el corazón por gélida tristeza,
Desmayó; mas Eva, que entre tanto oculta
Todo oyera, con lamento perceptible,
Reveló enseguida el lugar de su retiro.
«¡Ay golpe inesperado, aún peor que Muerte!
¿Deberé dejarte así, oh Paraíso?, ¿así dejarte,
Suelo natalicio, sombras y veredas venturosas,
Dignas de los Dioses, donde quise ver pasar,
Tranquila, aunque triste, el respiro hasta ese día
Que será mortal para los dos? Oh flores,
Que ya nunca creceréis en otro clima,
Vuestro era mi primer saludo, el adiós postrero
De la tarde; flores que cuidaba con ternura
Desde su primer capullo, y les daba nombres,
¿Quién al Sol ha de criaros, u orientar
Vuestras tribus, o regaros de la fuente de ambrosía?
Tú, por fin, nupcial cobijo, que adorné
Con todas las dulzuras de la vista y el olor,
¿Cómo abandonarte, dónde descender,
A qué submundo, bárbaro tras éste
Y tenebroso, cómo respirar en aires menos puros,
Hechos como estamos a inmortales frutos?»
Lo que el Ángel tierno interrumpió:

«No te lamentes, Eva, y paciente entrega
Lo que pierdes justamente; aparta el corazón,
Así apegado, de lo que no es tuyo;
Tu partida no es en soledad, tu consorte
Va contigo, cuyos pasos debes tú seguir:
El lugar que habite siéntelo tu suelo natalicio».
Adán entonces, recobrándose del frío ataque
Repentino y de nuevo en posesión de sus sentidos,
A Miguel palabras obsecuentes dirigió:
«Celestial, ya Espíritu entre Tronos, o de ellos
El más alto, pues por tu figura puedes parecer
Un Príncipe entre príncipes: gentil has dado
Tu mensaje, que pudiera herirnos pronunciado,
Y acabarnos realizado. Lo que todavía
De tristeza, postración y desespero, nuestra frágil
Condición podía soportar lo traen tus nuevas:
La partida de este sitio venturoso, nuestro dulce
Y recogido abrigo, último consuelo
Familiar a nuestros ojos, cuando todo espacio
Diferente desolado nos parece e inhóspito,
Un desconocido que nos desconoce; si creyese
Que plegarias incesantes cambiarían el decreto
De quien puede toda cosa, yo no dejaría
De cansarlo con mi asidua imploración;
Mas la plegaria, contra su absoluta voluntad,
No sirve más que un soplo contra el viento,
Que volviendo súbito sofoca a quien lo exhala.
Y por ello a este gran mandato me someto.
Me atrista sobre todo que, alejándome de aquí,
Oculto quedaré a su rostro, yo privado
De su faz bendita. Aquí podía frecuentar
Con apto culto, un lugar tras otro donde él
Se me ofrecía, y a mis hijos les diría:
“En este monte apareció, bajo este árbol
Fue visible, entre estos pinos oí su voz,
Aquí con él hablé, a la vera de esta fuente”.
Tanto altar agradecido le alzaría yo

De herboso temple, apilando cada piedra
Bien pulida del arroyo, en memoria,
O monumento, de las eras, ofreciéndole ahí
Aromáticas resinas, y los frutos y las flores.
En aquel submundo, ¿dónde buscaré
Brillantes sus visitas, o sus huellas hallaré?
Pues, aunque huí de él airado, ya devuelto
A vida duradera y prometida descendencia,
Grato ahora me es mirar aun la orla extrema
De su gloria, y su paso adoro desde lejos».
A lo que así Miguel, benigna la mirada:
«Adán, bien sabes suyo el Cielo, y la Tierra toda,
No esta roca sólo; pues su omnipresencia colma
Mar y continente, el aire y toda especie viva,
Animado todo y temperado por virtud divina.
Él te dio la Tierra para poseerla y gobernarla,
Don considerable: no supongas pues
Que su Presencia queda a este cerco confinada
Del Paraíso o el Edén. Habría sido, acaso, éste
Sede tuya capital, de donde propagarse
Tus generaciones, y quizás aquí vendrían
Desde todo punto de la Tierra a celebrarte
Y venerarte, como gran progenitor.
Mas esta preeminencia la has perdido, trasplantado
A la morada en suelo llano, con tus hijos.
No dudes, sin embargo, que en llanura y valle
Mora Dios igual que aquí, y lo hallarás también
Presente y su presencia en muchos signos
Que contigo irán, aún envolviéndote
En bondad y paternal amor, su rostro manifiesto
Y de sus pasos, la divina estela.
Y para confirmarte todo ello y que lo creas
Antes de partir de aquí, mira que me envían
Con misión de revelarte lo que está por acaecer,
A ti y tu descendencia; de lo bueno con lo malo
Espera oír, la suprema gracia peleando
Con la humana transgresión; de ello aprenderás

Paciencia pura y a templar con miedo el gozo
Y con tristeza pía, habituado por igual,
En la mesura, a aguantar cualquier estado,
Próspero o adverso. Así conducirás
Tu vida más segura y estarás mejor dispuesto
Al mortal pasaje, cuando llegue. Sube, pues,
A este monte; deja a Eva (cuyos ojos cierro)
Aquí dormida, mientras tú despiertas previdente:
Que una vez dormiste mientras ella obtuvo vida».
A lo que Adán agradecido respondió:
«Asciende, yo te sigo, firme guía, por la senda
Que me lleves y a la mano me someto del Empíreo
Cuan severa sea; a los males torno
El pecho expuesto, armándome para vencer
Por sufrimiento y merecer con mi labor reposo,
Si pudiese yo lograrlo». Así ascendieron ambos
A Visiones del Señor: un monte era éste,
Del Paraíso el más crecido, desde cuya cumbre
El hemisferio de la Tierra, en perfecto panorama,
Se extendía entero hasta el límite del horizonte.
No más alto el monte ni mayor su perspectiva
Donde, por distinta causa, puso el Tentador,
Allá por los desiertos, al segundo Adán,
Mostrándole los reinos de la Tierra, y sus glorias[344].
Sus ojos[345] dominaban desde allí todo asiento
De ciudad de antigua o de moderna fama, capital
De imperios poderosos, desde los futuros muros
De Cambalu, sede de los kanes de Catay
Y Samarcanda junto al Oxus, trono de Temir,
Hasta Paquin de los reyes Sin[346] y desde allí
A Agra y a Lahore[347], del gran mogol,
Hasta el áureo Quersoneso[348], o donde el persa
Habitaba en Ecbátana, o después
En Hispahán[349], o donde el zar de Rusia,
En Moscú, o allí en Bizancio[350] los sultanes,
Vástagos del Turquestán; alcanzaba su mirar
Del negus[351] el imperio hasta el puerto extremo,

Ercoco[352], menos marineros, los monarcas
De Mombaza[353], de Quiloa y de Melind,
Y de Sofala[354], figurada Ofir, hasta el país
Del Congo, y aun Angola tan al sur;
O desde el Níger hasta el monte Atlas[355]
Por los reinos de Almanzor[356], Fez y Sus,
Marruecos y la Argelia y Tremisén[357];
A Europa desde allí, y donde Roma regiría
El mundo. En espíritu quizás aun viera
El rico México, la capital de Moctezuma[358],
Y Cuzco del Perú, más rica capital
De Atabalipa[359], y la aún no saqueada
Guyana, cuya gran ciudad los hijos de Gerión
Llaman El Dorado[360]. Pero a vistas más sublimes
Despertó Miguel a Adán, quitándole la binza
De los ojos, que pusiera el falso fruto con promesa
De visión más clara; luego el nervio visual le purga,
Con eufrasia y ruda[361], pues tenía mucho que mirar;
Y tres gotas le instiló del manantial de vida.
Tan hondo penetró el poder de tales ingredientes
—Hasta el mismo núcleo de visión mental—,
Que cerrando Adán ahora los ojos a la fuerza,
Desmayó de súbito, en trance todos sus espíritus.
Mas gentil el Ángel, enseguida por la mano
Lo levanta y llama de este modo su atención:
«Adán, tus ojos abre ya y empieza por mirar
Las consecuencias de tu crimen primordial
En unos que saldrán de ti y jamás tocaron
El excluido Árbol, ni con la Serpiente conspiraron,
Ni pecaron tu pecado, mas de tu pecado viene
Corrupción que engendrará actos más violentos».
Adán abrió los ojos para ver un campo,
Parte arable y cultivada, con gavillas esparcidas
Acabadas de segar; en la otra parte, pastos y majadas;
Y en el medio hay un altar, como hito limitáneo
Y rústico o montículo de césped, donde pronto
Del cultivo ve llegar sudado a un segador

Trayendo sus primicias: verde espiga, jalde haz,
Juntado todo sin cuidado. Un pastor después,
Más bondadoso, los caloyos trae de su rebaño,
Escogidos, los mejores; inmolándolos entonces,
Sus entrañas y su grasa, salpicadas con incienso,
En la leña las coloca y todo rito cumple necesario.
Tal ofrenda pronto el fuego favorable de los Cielos
La consume en llama súbita y grata humada;
Mas no la otra, falta como estaba de sinceridad.
Así rabió en lo interno aquél y, mientras departían,
Lo golpeó con una piedra en mitad del torso,
Arrancándole la vida; éste, pues, cayó y, lívido,
Dejó escapar el alma con gruñido y sangre pródiga[362].
Mucho el corazón de Adán desfalleció
Al verlo y presuroso al Ángel clama:
«Oh Instructor, algún perjuicio le ha ocurrido
A ese hombre bondadoso, el que bien sacrificara:
¿Tal pago pues recibe la piedad, la pura devoción?».
Y así Miguel repuso, conmovido por igual:
«Los dos que has visto, Adán, son hermanos que vendrán
De tus riñones[363], y el injusto mata al justo por envidia,
Viendo que recibe la ofrenda de su hermano
Beneplácito del Cielo; mas el acto sanguinario
Al final será vengado y a la sancionada fe del otro
No le faltará retribución, aunque aquí lo ves morir,
Rodando por el polvo y el destrozo». A lo que Adán:
«¡Ay, por el hecho y por su causa!
¿Mas Muerte he visto ya? ¿Es éste el modo
En que al polvo volveré? ¡Oh escena
De terror, inmunda y espantosa de mirar,
Horrenda si pensada, ¡cuán horrible de sentir!».
A quien así Miguel: «Muerte has visto en su primera
Forma humana, pero muchas formas hay
De Muerte, y muchos los caminos que conducen
A su lúgubre cubil, penosos todos; aunque más terribles
A la entrada que cruzado ya el umbral.
Algunos, como viste, por violento golpe morirán,

Por hambre, fuego o agua; por exceso otros
En comidas y el beber, lo que en la Tierra causará
Dolencias pavorosas, de las que legión monstruosa
Ante ti aparecerá, por que conozcas la miseria
Que Eva tu consorte, con su falta de abstinencia
Portará a los hombres». De inmediato, un lugar
Apareció delante de sus ojos, triste, fosco, fétido,
Un lazareto parecía en que venían a parar
Enfermos incontables, todas las dolencias
De punzante espasmo, rábida tortura, el dolor
Del corazón en agonía, toda especie enfebrecida,
Convulsiones, epilepsias, los catarros fieros,
Piedra intestinal y úlceras, los cólicos,
El demoniaco frenesí, melancolía destructora,
La lunática locura, las perláticas atrofias,
Los marasmos y la pestilencia, tan devastadora,
Las hidropesías, asmas y reumáticos tormentos.
Espantosos los temblores, hondos los gemidos:
Servicial de lecho a lecho, acudía el Desespero.
Y triunfante sobre todos, tremolaba Muerte
Su venablo, demorando el golpe aunque invocada
Con fervor, cual bien supremo y última esperanza.
Vista tan deforme ¿qué rocoso corazón las lágrimas
Por mucho contendría? Adán dejó ir su llanto,
Aunque no nacido de mujer; la compasión rindió
Al varón en él, sumiéndolo en sollozos un espacio,
Hasta que mayor firmeza dominó el exceso
Y, apenas recobrando el habla, retomó su queja:
«¡Miserable humanidad, qué caída y degradada,
Para qué funesto estado veo que te guardan!
Cuán mejor aquí nonata y terminada. ¿Por qué darnos
Vida que después así nos quitan? Mas bien,
¿Por qué impuesta de este modo? Pues, ¿quién,
Si supiera qué recibe, no preferiría rechazar
La brindada vida, o no querría pronto abandonarla,
Yéndose contento en paz? ¿Es que puede así
La imagen en el hombre del Señor, que fue creada

Tan erguida y bella, aunque luego pecadora,
Caer hundida a sufrimientos tan horrendos
Bajo penas inhumanas? ¿Por qué el hombre,
Reteniendo todavía divinal similitud en parte,
No podría verse libre de deformidades tales,
Excusado en aras de la imagen del Creador?».

«La imagen del Creador —Miguel repuso—
Los dejó al envilecerse ellos a sí mismos
Por servir al apetito ingobernado, y la imagen
Asumieron que servían, de grosero vicio,
Induciendo sobre todo al pecado de Eva.
Por ello, tan abyecto es su castigo, que deforma
No la imagen del Señor, sino la propia;
O si aun su imagen, por aquéllos profanada
Al malear las reglas sanas de la pura condición
Volviéndola dolencia repugnante, justa pena tienen
Pues no honraron en sí mismos la divina Imagen.»

«Es justicia —dijo Adán— y me someto.
Pero ¿no hay quizá distinta vía, aparte
De caminos tan acerbos, por la que alcanzar
La Muerte y volver al polvo, nuestro origen?»

«La hay —el Ángel dijo— si te impones
Evitar la demasía, si te riges con templanza
Al comer y en la bebida, reclamando de ello
El debido nutrimento y no glotón contento,
Hasta que los años pasen numerosos:
De este modo vivirás cayendo luego como el fruto
En el seno maternal, o ser tranquilamente recogido,
No arrancado con dureza, para muerte ya madura:
Esto es la vejez; mas no la alcanzarás sin trascender
Tu juventud, tu fuerza, tu belleza, que verás
Desfallecer, marchito, gris y débil; los sentidos,
Aturdidos, todo gusto del placer repudiarán
Y todo lo que tienes y, en lugar de aire juvenil,
Alegre, ilusionado, en tu sangre reinarán
Humores melancólicos de frío y sequedad
Que apagará tu espíritu y por fin consumirá

Tu bálsamo de vida.» Y nuestro ancestro:
«No esquivaré la Muerte en adelante, ni tampoco
Alargaré la vida mucho, cavilando, más bien,
Cómo abandonar en paz tan ardua carga,
Que tendré que conservar hasta el prescrito día
De rendirla, y esperar pacientemente
Mi disolución». Miguel repuso:
«Ni ames tú la vida, ni la odies; más bien vive
Cuanto vivas y, si poco o mucho, el Cielo lo dirá.
Prepárate para visión distinta ahora».
Miró de nuevo y vio llanura vasta, donde había
Tiendas de colores diferentes; junto a unas,
El ganado pasteaba; de otras, un sonido
Se escuchaba de instrumentos, un melódico
Tañer de flauta y arpa; y podía contemplarse
Al que cuerdas, tubos manejaba: su volátil toque,
Espontáneo en toda proporción aguda y grave,
Escapaba y perseguía de través la resonante fuga.
Uno había, en otra parte, que en la forja
Trabajaba y ya fundiera dos macizos bloques,
Hierro y cobre (hallados donde fuego accidental
Había devastado el bosque en cerro o valle,
Hasta las venas de la tierra, que después fluyera
Ardiente por grutesca boca, o bien traído por corriente
Del subsuelo): el fundido mineral vertió
En aptos moldes predispuestos, de los que formar,
Primero, herramientas; luego, piezas cualesquiera
Modeladas o licuadas en metal. Tras éstos,
Pero en parte más cercana, una clase diferente
De las altas, próximas montañas —su morada—
Descendió a los llanos. Por su aspecto,
Hombres justos parecían, y su anhelo todo era
Adorar a Dios veraces, conocer sus obras
No escondidas, sobre todo aquellas que preservan
La concordia y libertad del hombre. Por el llano
Largo tiempo no pasaran, mas ahora de las tiendas
Sale un grupo de mujeres bellas; ricas prendas

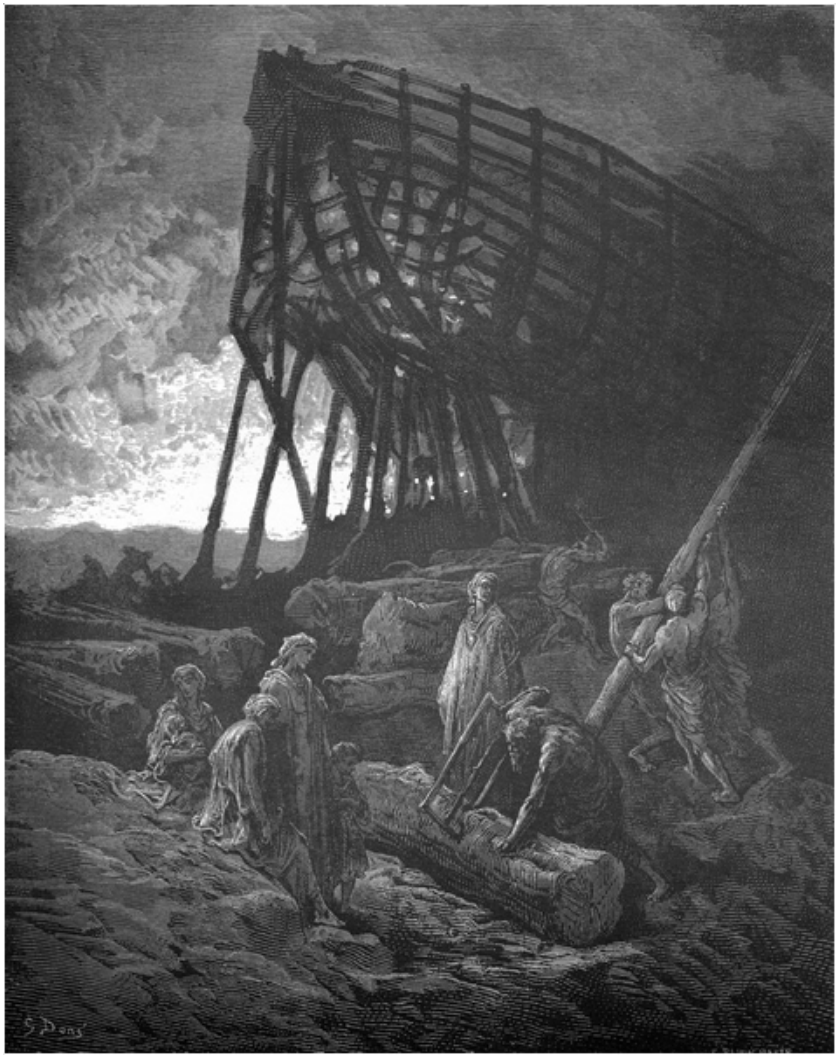
Y festivas, joyas visten frívolas. Al son del arpa cantan
Sus letrillas amorosas y danzando se aproximan.
Los hombres, aunque graves, las contemplan;
A sus ojos dejan deleitarse, que en la red de amor
Prendidos quedan: cada cual elige su pareja.
Y de amores ahora tratan, hasta que la estrella vespertina
Surge, heraldo del amor; entonces, exaltados,
La nupcial antorcha encienden, mandan invocar
A Himeneo[364], nunca antes invocado en rito marital:
De música y jolgorio vibra todo el campamento[365].
Tan feliz encuentro, evento tan hermoso
De amores, juventud, guirnaldas, cantos, flores
Y adorables sinfonías el corazón de Adán
Cautivan, enseguida dado a admitir deleite,
Natural tendencia, que de este modo expresa:
«Auténtico descegador mío, magnífico Ángel,
Mejor parece, y mucho, esta escena que las previas,
Y mayores esperanzas trae de días de sosiego;
Aquéllas eran odio y muerte, o de penas aún peores,
Mas aquí Natura se diría por completo satisfecha».
A lo que así Miguel: «No juzgues lo mejor
Por el placer, aun si parece responder a la Natura,
Creado como has sido para fin más noble,
Santo y puro, en conformidad divina.
Esas tiendas dices atractivas, mas son tiendas
De perfidia, donde morará la raza de ese
Que mató a su hermano; aplicados se revelan
A las artes que refinan, inventores raros
Que descuidan al Creador, si bien su espíritu
Los instruyó; mas ellos sus presentes no agradecen.
Bella descendencia sin embargo engendrarán;
Pues a esa hermosa tropa de mujeres —las que viste
Parecerse a Diosas, tan risueñas, tiernas, tan alegres,
Mas vacías por completo de eso en que consiste
El honor doméstico de la mujer y su alabanza,
Hechas y perfectas sólo para el gusto
De lascivas apetencias, para canto y baile,

Los vestidos, para lengua leve y ojo lábil—,
A ésas el linaje sobrio de los hombres, cuyas vidas
Religiosas título les dieron de Hijos de Dios,
Les rendirán entera su virtud, su fama toda
Innoblemente, a las mañas y sonrisas
De estas bellas ateístas; y ahora nadan en el gozo
(Pronto nadarán más hondo[366]) y ríen; por lo que
Pronto el mundo llorará de lágrimas un mundo».
A lo que Adán así, del breve gozo hurtado:
«Oh lástima y vergüenza que esos que tan bien
Empiezan vida recta, hayan de alejarse luego
Por caminos indirectos, o a mitad del viaje desmayar.
Mas veo todavía que el tenor de la desdicha
Sigue siendo el mismo, pues la causa es la mujer».
«La indolencia afeminada del varón es causa
—Dijo el Ángel— que mejor debiera preservarse
Con sabiduría, y dones se le dieron superiores.
Mas prepárate ya para otra escena.»
Miró pues él y pudo ver un amplio territorio
Ante su vista: pueblos y rurales obras esparcidas,
Las ciudades de los hombres, altas puertas, torres,
Los ejércitos en armas, rostros fieros y belígeros,
Gigantes de potente hueso y bravia hazaña.
Parte blande los aceros, parte frena sus corceles
Espumantes, solos o en guerrera formación
De infantes y jinetes, no para fanfarria ociosa.
Por allí, selecta tropa trae del forrajeo
Unas reses, bellos bueyes y ganado bello
De un pradal hermoso y fértil; o lanoso hato,
Las ovejas, los balantes corderillos, por el llano,
Su botín. Apenas aún con vida huyen los pastores
Y, al pedir auxilio, una lucha fiera se origina.
Con sangriento embate chocan las legiones;
Donde reses herbajaban, ahora yacen esparcidas
Las carcasas y las armas por el prado ensangrentado
Y yermo. Otros, acampados, a ciudad pujante
Ponen cerco: con ariete, escala y mina

Ya la asaltan; otros la defienden desde el muro,
Con venablos, flechas, piedras, fuego sulfuroso:
Hay carnaje en ambos lados, y titánicas proezas.
En otra parte, heraldos encetrados llaman
Al consejo a las puertas de la urbe: al instante,
Hombres graves, grises sus cabezas, con guerreros
Se reúnen, se oyen las arengas, pero pronto
Se dividen en facciosa oposición; por fin,
De edad mediada, uno se levanta[367], eminente
En sabio porte, y habla mucho de lo recto y falso,
De justicia, religión, de la verdad, la paz
Y el juicio de lo Alto; jóvenes y viejos
Lo abuchean y prenderlo quieren con violencia,
Cuando una nube que desciende lo arrebata,
Ocultándolo a la turba. La violencia así
Prosigue, la opresión, la ley de los aceros
Inundando el llano, sin refugio adonde huir.
Adán lloraba inconsolable y a su guía
Se tornó, tristísimo el lamento: «¿Qué son éstos?
Hombres no, ministros de la Muerte, que la llevan
Inhumanamente al hombre y multiplican
Por diez mil la transgresión del homicida
De su hermano. Pues ¿a quién masacran ésos
Sino al propio hermano, hombres contra hombres?
Mas ¿quién era el hombre justo, a quien perdiera
Su justicia y rectitud, si no salvara el Cielo?».
A lo que así Miguel: «Éstos son el resultado
De los viles casamientos que tú vieras,
En que bien con mal se unió, que por sí mismos
Aborrecen mezcla, mas mezclados con descuido
Gestan prodigiosos vástagos de mente y cuerpo.
Tales éstos, los Gigantes, hombres de alta fama;
Pues en esos días el poder será admirado
Solamente, por virtud heroica y valor tenido.
El vencer en la batalla y subyugar
Naciones, y traer despojos a la patria tras matanza
Ilimitada, se tendrá por cima entonces

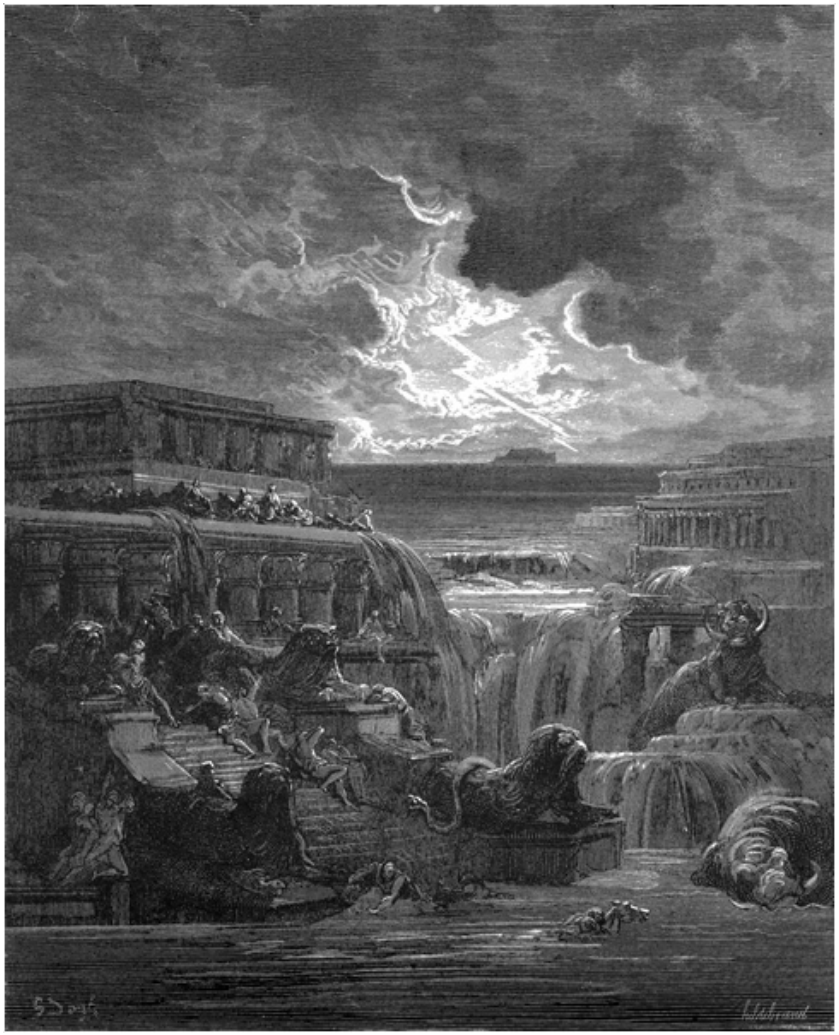
De la gloria humana, y por gloria se perpetrará
Del triunfo, para título de gran conquistador,
Patrones de la raza, dioses, e hijos de los dioses,
Que mejor llamaran destructores, plagas de los hombres.
Así se ganará la fama, el renombre terrenal,
Y lo que más merece fama oculto quedará.
Mas el séptimo a partir de ti, que has visto ya,
El único que es justo en un mundo de perfidia,
Y por ello odiado, rodeado de enemigos
De tal forma, por osar ser íntegro él solo
Y decir verdad odiosa —que Dios ha de venir
Con sus Santos a juzgarlos—, el Altísimo
Arrobado en nube perfumada, con alados potros,
Como viste lo tomó, por que con Dios camine,
En salvíficas Alturas y regiones de ventura,
De la muerte exento, por mostrarte qué laurel
Aguarda al probo y qué castigo al resto;
Lo que pronto tú verás volviendo la mirada».
Miró y vio la faz del mundo muy cambiada;
La broncínea trompa de la guerra no sonaba ya
Y todo se tornara hacia el juego y regocijo,
La lujuria y el tumulto, fiesta y danzas,
Casamiento o puterío, todo vale,
Adulterio o violación, allí donde bellezas al pasar
Al hombre atrapan; y tras copas, los tumultos.
Un prohombre venerable a ellos llega al fin
Y de actos tales él declara gran disgusto,
Y en contra testifica de sus hábitos, y acude
Con frecuencia a sus reuniones, ya se trate
De desfiles o de fiestas, y predica para ellos
Conversión y contrición, cual si almas fuesen
En prisión que aguardan juicio ya inminente.
Mas todo en vano y, viéndolo, dejó
De disputar llevándose sus tiendas lejos.
Después taló de las montañas maderamen alto
Y empezó la construcción de un barco enorme,
Calculando en codos longitud, anchor y altura,

Lo cubrió de brea e indujo en su costado
Puerta, acumulando grandes provisiones
Para bestia y hombre. Y de súbito, portento raro,



Toda clase de animal, de pájaro y pequeño insecto
Llega en pares y septenas, y entra allí, según
Mandato: último el prohombre y sus tres hijos
Con las cuatro esposas. Dios trincó la puerta.

Mientras, viento sur despierta y con negras alas,
Vasto vuelo, toda nube junta que flotase
Bajo el cielo; al conjunto aportan las montañas
Sus vapores, sus oscuras, húmedas exhalaciones,
Que violentas suben. Y ahora densas las alturas
Quedan, como negro techo; cae la lluvia luego
Impetuosa y prosigue hasta que la tierra toda
Se sumerge. Mas flotante se mantuvo el barco,
Elevándolo las aguas y, segura la afilada proa,
Cabalgó las olas oscilando. Toda otra superficie
El diluvio la cubrió, y aquéllos con sus pompas
Hondos bajo el agua callan. El mar al mar cubrió,
Un mar sin costas; y en las casas palaciales
Donde poco atrás reinara lujo, monstruos del océano
Se apriscan y paren. De los hombres numerosos,



Sólo lo embarcado en la parca nave a la deriva[368].
Cómo te doliste entonces, oh Adán, al ver
El fin de tu progenie entera, un final tan triste,
La extinción. Diluvio diferente a ti,
De lágrimas diluvio y de tristeza a ti te ahogó,
Hundiéndote con tus retoños; hasta que gentil te alzó
Por fin el Ángel y tus propios pies te soportaron,
Aunque oprimido, como cuando llora un padre
Por sus hijos, destruidos ante él de pronto;

Y pudiste apenas dirigir al Ángel tu gemido:
«¡Oh visiones, mal las vi! Mejor hubiese sido
Ignorante del futuro: de este modo aguantaría
Mi porción de males sólo, pues la pena cotidiana
Ya es bastante; ésas otras dispensadas
Como carga de las eras, ahora en mí recaen
De golpe y, fruto de presciencia, nacen
Como abortos para torturarme antes de ser,
Sabiendo que serán. Que nadie busque, pues,
En adelante predicción de cosas por venirle,
A sus hijos o a él mismo: males, téngalo por cierto,
Que ni su presciencia logrará impedir,
Y él los males por venir padecerá
No menos al preverlos que en substancia,
Dolorosa carga. Pero tales cuitas ya no importan:
Ya no hay hombre al que advertir; a los pocos escapados
Al final consumirán el hambre y desazón,
Perdidos en el páramo de aguas. Yo esperé,
Al ver cesar la guerra y la violencia por la tierra,
Que las cosas cambiarían y la paz coronaría
Con caudal de días venturosos a la raza humana:
Me engañaba, pues ahora puedo comprender
Que paz corrompe tanto como guerra estraga.
¿Por qué es así? Revélalo, celeste guía,
Y dime si la raza de los hombres aquí termina».
A lo que así Miguel: «Los últimos que viste,
En riqueza fastuosa y triunfo, eran los primeros,
Advertidos en acciones eminentes de proeza
Y gestas grandes, mas exentos de virtud real,
Que tras verter raudal de sangre, destruir sin límite
Al someter naciones y ganar con ello fama
En todo el mundo, ilustres títulos y rica presa,
Buscarán placeres, la molicie e indolencia,
Los excesos y lascivia, hasta hacer discordia,
Por capricho y arrogancia, de la paz amiga.
También los conquistados, por la guerra esclavos,
Con su libertad verán perdida toda su virtud

Y temor de Dios, después que su piedad fingida,
En el choque cruel de la batalla, fue librada
Desvalida al invasor. El celo así enfriado,
Desde entonces sólo pedirán vivir seguros,
Disolutos o mundanos, de eso que sus amos
Les permitan disfrutar; pues dará la tierra entonces
Más que suficiente, por poner a prueba la templanza.
Todos ya degenerados, todos depravados,
La justicia y la templanza, fe y verdad olvidarán;
Excepto un hombre[369], que, único hijo de la luz
En era tenebrosa, contra todo ejemplo,
Contra toda seducción, costumbre, cólera
De un mundo, sin temor de burla o de reproche,
O aun violencia, de sus pérfidos caminos
Les dará advertencia y ante ellos expondrá
La rectitud y sus senderos —cuánto más seguros
Y de paz cubiertos— anunciando la ira por llegar
A causa de su obstinación; y de ellos
Volverá injuriado, mas en él verá el Señor
Al único hombre justo. Y por orden suya
Construirá un Arca prodigiosa, como viste,
Por salvarse él mismo y su familia, entre todo
Un mundo consagrado al desastre universal.
Tan pronto él, con los hombres y las bestias
Destinados a vivir se alojen en el arca
Y queden resguardados, toda catarata
De los cielos, descerrada, en la tierra verterá
Sus lluvias día y noche, toda fuente del abismo
Se abrirá, hinchando usurpadores los océanos
Más allá de todo, hasta alcanzar la inundación
Las cumbres más enormes. A este monte entonces,
Este Paraíso, la pujanza de las olas moverá
De sitio, y, arrastrado por el bífido diluvio,
Destruido todo su verdor, los árboles a la deriva,
Bajará el gran río a la expansión del estuario,
Arraigando allí, salina ínsula arrasada y sola,
Coto de orcas, focas y chirrido de gaviotas.

Entiende, pues, que para Dios ningún lugar
Posee por sí mismo santidad, a menos que la lleven
Hombres que lo habiten, o a menudo lo visiten.
Y ahora lo que luego seguirá contempla».
Miró y pudo ver el casco del bajel en el diluvio,
Que cesaba poco a poco, pues las nubes se esfumaran,
Impelidas por cortante bóreas que, soplando seco,
Arrugaba el rostro de las aguas, que menguaban;
Y el Sol ardiente en su vasto espejo se miraba,
Líquido, sorbiendo mucho de las frescas olas,
Cual sediento, lo que la corriente reducía
De invariable lago a raudo remolino, que ligero
Descendía hacia lo hondo, donde se cerraran ya
Los surtidores como en las alturas las ventanas.
El arca deja de flotar, parece en tierra seca
Y varada firmemente en alta cima de montaña.
Y las cimas de los montes aparecen ya cual rocas;
Con clamor después las rápidas corrientes vuelven,
Hacia el mar en retirada, su furioso ímpetu.
Del arca entonces parte un cuervo al vuelo
Y, tras éste, mensajera más segura,
Vuela la paloma, una y otra vez, por si se ve
Árbol verde o suelo acaso en que posarse.
La segunda vez al retornar, el pico porta
Una rama de aceituno, signo ya de paz.
Enseguida suelo seco surge y del arca
Baja con su séquito el anciano patriarca.
Luego, con las manos levantadas, la mirada fervorosa
Y gratitud al Cielo, atisba en las alturas
Una nube aljofarada, y en la nube un arco,
—Perceptibles tres colores en alegres bandas—
indicándoles la paz de Dios y nuevo pacto.
Con ello el corazón de Adán, tan triste antes,
Mucho se animó y así expresó su gozo:
«Oh tú, que representas cosas por venir
Cual si presentes, Instructor divino: resucito
Tras la última visión, seguro de que el hombre vivirá

Con toda criatura, perdurando su semilla.
Mucho menos me lamento ahora por el mundo
Destruido de los pérfidos que exulto
Al ver hallado un hombre tan perfecto e íntegro
Que Dios otorgará erigir aun otro mundo
Por su causa y su ira toda olvidará.
Mas dime, ¿qué eran esas rayas de color arriba,
Distendidas cual si el ceño apaciguado del Señor?
¿O acaso sirven para atar, cual florida orla,
El fluido manto de esa misma nube acuosa,
Que no vuelva a disolverse y bañe el mundo?».
Y así el Arcángel: «Certera conjetura;
Así por voluntad su cólera revoca Dios,
Aunque pesaroso por crear al hombre depravado,
Grande el baticor, cuando al mirar abajo
Vio la Tierra llena de violencia y toda carne
Corrompiéndose a su estilo; mas extirpados éstos,
Gracia tal un único hombre justo puede hallar en él,
Que Dios se ablanda para no anular la humanidad
Y hace pacto de alianza: no volver a destruir
La Tierra por diluvio, ni dejar que el mar
Supere sus orillas, ni que cubra lluvia el mundo
Con el hombre en él o bestia. Y cuando extienda
Nube sobre el mundo, ahí se mostrará
Su arco tricolor, que pueda recordar mirándolo
Su pacto de alianza: y día y noche así, los tiempos
De la siega y la cosecha, el calor y cana escarcha,
Mantendrán su ritmo, hasta purgarlo todo el fuego,
En los Cielos y la Tierra, donde el justo morará».

Libro XII

EL ARGUMENTO

El Ángel Miguel sigue relatando lo que acontecerá desde el Diluvio; después, al mencionar a Abraham, acaba por explicar gradualmente quién será esa Semilla de Mujer que se les ha prometido a Adán y Eva en la Caída: su encarnación, muerte, resurrección y ascensión, el estado de la iglesia hasta el Segundo Advenimiento. Adán, grandemente satisfecho y reconfortado por estas relaciones y promesas desciende del monte con Miguel y despierta a Eva, que ha dormido todo este tiempo, pero cuyos dulces sueños le han inducido calma mental y un estado de sumisión. Miguel los conduce de la mano fuera del Paraíso; la espada llameante tremola tras ellos y los Querubines ocupan sus posiciones para vigilar el lugar.

Al igual que un caminante que pausa al mediodía,
Aunque dado a andar ligero, se detuvo el Ángel pues aquí,
Entre mundo destruido y mundo restaurado,
Por si Adán tenía entonces algo que decir;
Luego, con suave transición retoma la palabra:
«Un mundo has visto así empezar y terminar,
Y al hombre resurgir cual de segunda cepa.
Mucho tienes aún por ver, mas noto que tu vista
Desfallece de mortal, pues los objetos divinales
A la fuerza debilitan y fatigan el sentido humano.
Por ello lo que sigue he de relatártelo:
Tú presta la atención debida y oye bien.
Esta nueva cepa humana, mientras sea escasa
Y el pavor del juicio acontecido siga fresco
En las mentes de los hombres, temerosos del Señor,
Con cierto miramiento de lo justo y de lo injusto
Vivirán sus vidas, propagándose veloces,
Cultivando el suelo y logrando prósperas cosechas,
Grano, aceite y vino; y de boyada o los rebaños

A menudo ofrendarán cordero, buey o choto
Con copiosas libaciones, y en sagradas fiestas
Pasarán sus días de deleite inmaculado y morarán
En paz por tribus y familias, largo tiempo,
Bajo el orden paternal; hasta que uno surja
De ambicioso corazón, que no contento
Con la ecuánime igualdad, estado fraternal,
Asumirá, usurpador, dominio inmerecido
Sobre sus hermanos, extrañando por completo
De la Tierra la concordia y orden natural,
Cazando (hombres, que no bestias, su deporte)
Con celadas y con guerra a quien rehúse
Someterse a su tiránica opresión:
Cual poderoso cazador se mostrará así pues
Ante el Señor, en menosprecio de los Cielos,
O exigiéndole a los Cielos el vicario señorío:
Y de rebelión derivará su nombre,
Aunque acuse a los demás de rebeldía.
Éste con caterva unida a él o bajo él
Por idéntica ambición de dominar,
Marchando desde Edén al occidente, topará
Con la llanura donde un negro vórtice bituminoso
Brota del subsuelo con borbor, boca del Averno.
De ladrillo y ese material deciden erigir
Ciudad y torre cuya cima alcance el Cielo
Y a ellos dé renombre, no sea que disperso lejos
Por países extranjeros muera su recuerdo
Con la buena o (da lo mismo) mala fama.
Pero Dios, que baja con frecuencia a visitar al hombre,
Invisible, y recorre sus moradas todas
Para inspeccionar sus obras, pronto los descubre
Y desciende a ver tal urbe, antes que su torre
A las torres importune del Empíreo. Por escarnio,
En sus lenguas siembra división, borrando
Entero su primer lenguaje, que cambia
Por sonidos discordantes de palabras ignoradas.
Al instante, un horrendo farfulleo suena fuerte

Entre tales constructores. Uno llama al otro,
Nadie entiende nada; roncos y rabiosos al final,
Estallan cual vejados. Grandes risas tuvo el Cielo
Al mirar abajo y ver, grotesco, el alboroto
Y aun oír el guirigay. Así se abandonó la obra
Por absurda y fue llamada Confusión»[370].

A lo que Adán, paternalmente consternado:
«Oh execrable hijo, aspirar de modo semejante
A descollar de sus hermanos y asumir él solo
Usurpada autoridad, que Dios no le otorgó:
Él nos dio dominio incontestable sobre bestia,
Peces, aves, que legítimo ejercemos
Por divina donación; pero al hombre de los hombres
No hizo Amo: ese título reserva para sí
Y deja libre del humano al ser humano.
Mas este usurpador no limita sus abusos
Sólo al hombre: al mismo Dios su torre funda
Asalto y desafío, ¡miserable! ¿Qué alimento
Portará que en las alturas pueda sustentarlo,
A él y su hueste temeraria, donde el aire ralo
Encima de las nubes sus entrañas burdas desleirá,
Hambreándolo de anhélito, si no de pan?».

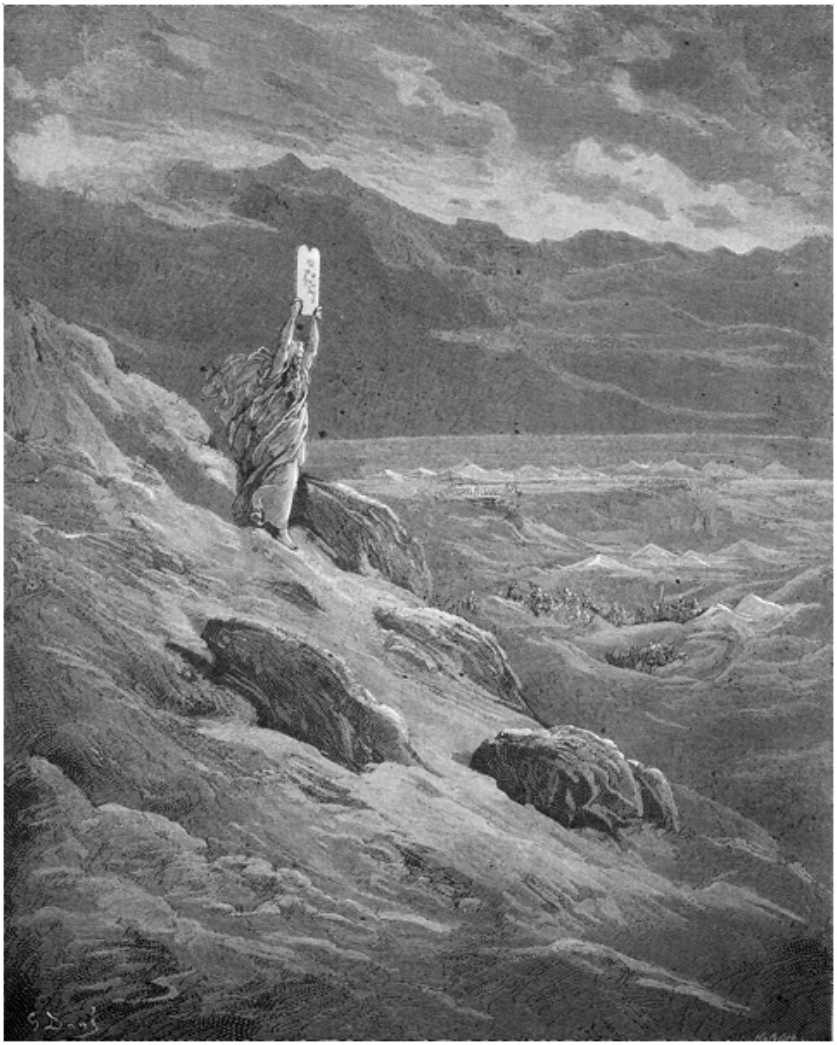
A lo que así Miguel: «Bien aborreces
A ese hijo, que al sereno estado de los hombres
Arrojó disturbio, pretendiendo someter
La libertad de la razón; sabe, sin embargo,
Que tras tu caída original la verdadera libertad
No existe ya, pues hermanada vive siempre
A la íntegra razón, y ser aparte no posee.
Si del hombre se oscurece la razón, o es ignorada,
De inmediato los deseos desmedidos
Y pasiones sublevadas toman el gobierno
De la mente, reduciendo el hombre a servidumbre,
Libre hasta ese instante. Así permite pues
En sus adentros que poderes reinen deshonrosos
Sobre, libre, su razón, Dios en justo juicio
Lo subyuga en lo exterior a crueles amos,

Que esclavizan a menudo inmerecidamente
Su visible libertad: tiranía la ha de haber,
Aunque nada de ello absuelva al opresor.
Pero a veces las naciones tanto decaerán
De la virtud, que es la razón, que no injusticia
Sino ley, y alguna maldición fatal adjunta,
De su externa libertad las privarán,
Perdida ya la interna: testigo el hijo irreverente
De quien hizo el arca que, por la vergüenza
Que infligió a su padre, oyó la dura maldición
"Servidor de servidores" contra su perversa raza[371].
Así este nuevo mundo, como el otro antiguo,
De lo malo irá a peor, hasta que Dios por fin,
Cansado de su gran iniquidad, retire
De entre ellos su presencia y aun aparte
Sus sagrados ojos, decidiendo desde entonces
Descuidarlos en sus sendas de pecado,
Y una peculiar nación seleccionar[372]
De entre todo el resto: pueblo que le invoque
Y surgido por entero de un único hombre fiel[373],
Que moraba todavía aquende el Eufrates
Y que creció en la idolatría. ¡Ay los hombres,
(¿Puedes concebirlo?) que sean tan estúpidos
—Mientras vive el patriarca aún salvado del Diluvio—
Para descuidar al Dios viviente y rebajarse
A adorar sus propias obras en madera y piedra
Como dioses! Mas a éste Dios Altísimo en visión
Lo llama de la casa de su padre, de entre medio
De su estirpe y falsos dioses, a unas tierras
Que el Señor le mostrará, gestando de él
Un pueblo poderoso y vertiendo sobre él
Su bendición de modo tal que en su semilla
Todas las naciones se bendigan. Cumple él
Sin saber la tierra a la que va, mas creyendo firme.
Veo yo (tú no puedes) con qué fe sus dioses
Abandona, sus amigos, su país natal,
Ur de Caldea, atravesando ahora el vado

Hacia Harán: tras él, cortejo atropellado
De boyadas y rebaños y copiosa servidumbre.
No camina pobre, mas confía todas sus riquezas
Al Señor, que lo ha llamado a país desconocido.
Canaán alcanza ahora y sus tiendas veo ya
Plantadas por Siquem, los llanos vecinales
De Moreh: ahí recibe por promesa el don
De todas estas tierras para su progenie:
De Hamat al norte hasta el sur desértico
(A cosas doy su nombre que les falta todavía),
De Hermón al este hasta el mar occidental,
El monte Hermón, el mar aquel, míralos,
Según los muestro, en perspectiva: en la orilla,
El Carmelo; la corriente allí de doble fuente,
El Jordán, auténtica frontera al este; mas sus hijos
Poblarán hasta Senir, aquella larga sierra montañosa.
Piensa, Adán, que todas las naciones de la Tierra
Quedarán en su semilla bendecidas: su semilla
Significa la del magno Salvador, quien herirá
La testa de la Sierpe, cosas que enseguida
Más palmarias te expondré. Este patriarca santo,
Al que "fiel Abraham" el tiempo señalado llamará,
Un hijo, y de tal hijo un nieto[374], dejará al partir,
Igual a él en fe, en sabiduría y en renombre.
Ese nieto, al que acrecen doce hijos, partirá
Desde Canaán a tierras luego conocidas
Como Egipto, al que divide el Nilo.
Ve por donde fluye, desaguando —siete bocas—
En el mar. Morada hace temporal en esas tierras,
Invitado por un hijo, uno de los últimos,
En época de hambruna; hijo este cuyos actos nobles
Lo promueven a segunda dignidad del reino
Del gran faraón: ahí muere, mas dejando estirpe
Floreciente que será nación, haciéndose ahora
Sospechosa a un monarca subsiguiente que pretende
Impedir que prolifere, viendo que estos huéspedes
Resultan excesivos; por lo que hace esclavos

De invitados, y a los vástagos varones asesina.
Por fin a dos hermanos (a hermanos tales llámalos
Moisés y Aarón) envía Dios a reclamar
De servidumbre semejante al pueblo, que retorna
No sin gloria y sin botín a aquella Tierra Prometida.
Pero antes el despótico tirano, que reniega
De este Dios, que desatiende incluso su mensaje,
Debe ser forzado por señales y tremendos juicios.
En sangre no vertida se convertirán los ríos;
Ranas, moscas y piojos colmarán entero su palacio,
Repugnantes e insidiosos, colmarán la tierra entera;
El ganado morirá de peste y podredumbre,
Marcarán su carne toda llagas y diviesos,
Y de todo el pueblo; trueno combinado con pedrisco,
El pedrisco con el fuego, rasgará de Egipto el cielo
Y, cayendo al suelo en torbellino, todo engullirá a su paso.
Lo que no engulla, hierba, fruto o grano,
Una nube oscura de langostas bien tupida bajará
A devorarlo, no dejando nada verde en ese suelo:
La tiniebla enlosará todos sus confines,
La palpable oscuridad, y extinguirá tres días.
Al final, con aldabazo a medianoche, todo primogénito
De Egipto muerto yace. Y así, con diez heridas
El Dragón Fluvial[375], por fin domado, se resigna
A liberar al pueblo peregrino, y una y otra vez
Su terco corazón humilla, que cual hielo
Más se endura tras fundirse; hasta que rabioso,
Persiguiendo a los que echara, se lo trague
El mar con sus legiones, mientras cruzan los viajeros
Cual por suelo seco, entre muros de cristal
Medrosos por la vara de Moisés, que los tiene
Divididos, hasta tocar sus libertados la otra orilla.
Tal poder magnífico dará a su santo Dios,
Aunque presente en su Ángel él, que precederá
Al pueblo como nube y cual pilar de fuego
—De día nube, mas pilar de fuego por la noche—
Por guiarlos en su viaje y proteger su zaga

Mientras todavía los persiga el obstinado rey.
La noche entera hostigará, incapaz de aproximarse
Por tinieblas interpuestas hasta el alba;
Luego, entre aquel pilar de fuego y nube grande
Dios lo mirará, desquiciando a sus legiones
Y las ruedas de sus carros. Cuando, así ordenado,
Otra vez Moisés la poderosa vara extiende
Sobre el mar, el mar la vara acata
Y retorna el oleaje a las huestes en avance
Anegándoles la guerra: la elegida raza
Ya segura desde el margen a Canaán asciende
Por el bárbaro desierto, no siguiendo ruta recta,
Para que las gentes cananeas, viéndolos llegar,
No los acometan y ellos, inexpertos, por terror
A Egipto vuelvan, prefiriendo antes de eso
Vida indigna y servidumbre; pues la vida es dulce
Para el noble y el innoble indiestro en armas,
Cuando no los precipita el paroxismo.
Esto ganarán también con la demora
Por la vasta paramera: que allí establecerán
Gobierno propio y su gran senado elegirán,
Entre las doce tribus, que los rija por la ley prescrita.
Desde el monte Sinaí, cuya cumbre gris
Trepidará con su descenso, Dios mismo
En relámpagos envuelto y el clangor de la trompeta
Dictará sus leyes: parte, tal cual le concierne
A la cívica justicia; parte, a los ritos religiosos
De la ofrenda, informándolos, por símbolos
Y sombras, de ese Vástago augurado que herirá
A la Sierpe y de los medios con que logrará
Salvar al hombre. Mas la voz de Dios
Al oído del mortal aterra y aquéllos rogarán
Que su Moisés transmita la voluntad divina,
Cesando así el terror. Él concede lo que piden



Sabedores de que a Dios, sin mediador,
No existe acceso; y este egregio oficio ahora
Moisés lo prefigura, a fin de abrir la senda
De otro aún mayor, de quien predecirá su día,
Y todos los Profetas en su tiempo la llegada
Del Mesías cantarán. Así, las leyes y los ritos
Ya fijados, tal deleite tiene Dios en hombres
A su voluntad sumisos, que consiente

En instalar su tabernáculo en medio de ellos,
El Santísimo morar entre mortales.
Por orden suya un santuario se construye,
—Cedro recubierto en oro— y dentro
Un arca y en el arca el Testimonio,
Los principios de su Pacto y, cubriéndolos,
De oro, un Propiciatorio entre las alas
De dos fúlgidos Querubes; arden ante él
Las siete lámparas, cual en zodiaco que expusiese
Los celestes fuegos; sobre esta tienda, una nube
Flotará de día, ígneo resplandor de noche,
Menos cuando viajen. A la larga llegan,
Conducidos por el Ángel del Señor a aquella tierra
Prometida a Abraham y su semilla[376], mas el resto
Largo ya sería relatar: batallas, ¡cuántas afrontadas!
Cuántos reyes destruidos, reinos conquistados,
O cómo el Sol se detendrá en mitad del cielo,
Todo un día, posponiendo la llegada de la noche,
Obediente a voz de hombre: “Sol, detente en Gibeón
Y tú, oh Luna, en el valle de Ayalón,
Hasta que Israel se imponga”[377]: llama así al tercero
Desde Abraham, de Isaac el hijo, y desde él
A toda su progenie, que Canaán conquistará».
Adán aquí intervino: «Oh Heraldo empíreo,
Alumbrador de mis tinieblas, gratas son las cosas
Que revelas y ésas, sobre todo, que conciernen
Al honesto Abraham y su semilla: sólo ahora
Ojos tengo bien abiertos, y sereno el corazón,
Perplejo antes al pensar qué resultará de mí
Y de la entera humanidad; mas ahora veo el día
De ése en quien todas las naciones se bendicen,
Un favor que no merezco, pues busqué
Prohibida ciencia por prohibidos medios.
Algo hay, no obstante, que no entiendo: ¿cómo a ésos
—Entre quienes Dios se digna residir aquí en la Tierra—
Tantas leyes se les dan, y tan diversas?
Pues a tantas leyes, tantas ocasiones entre ellos

De pecado; ¿cómo mora Dios con gentes tales?».
A lo que así Miguel: «No dudes que el pecado
Reinará entre ellos, una vez por ti engendrado.
Y por ello se les dio la ley, por que dominen
Su perfidia natural picando a combatir,
Contra las leyes, el pecado; y que al ver la ley
Descubran el pecado, pero no lo extirpen,
Salvo con aquellas expiaciones vagas e impotentes
De la sangre de los toros y carneros. Concluirán así
Que sangre más valiosa debe rescatar al hombre,
Justo por injusto, por que en tal integridad,
A ellos aplicada por la Fe, al fin encuentren
Justificación ante el Señor y paz
En sus conciencias, que la ley con ceremonias
No consigue apaciguar, ni practicar el hombre
Su moral y, no ejerciéndola, no puede ni vivir.
Así, imperfecta es esta ley e impuesta únicamente
Con el fin de conducirlos, culminado el tiempo,
A Pacto de Alianza más perfecto: llevándolos
A la verdad por vagos mitos; de la carne al espíritu;
De la imposición de estrictas leyes, a la libre
Aceptación de extensa gracia; del temor servil
Al que es filial; y de las obras de la ley a las de fe.
Por ello no será Moisés, si bien amado
Del Señor —al ser ministro meramente
De la ley— quien guíe al pueblo hasta Canaán,
Sino Josué —Jesús lo llaman los Gentiles—,
Investido del oficio y nombre del que acabará
Con la enemiga Sierpe y traerá de vuelta,
Por el páramo del mundo, al hombre peregrino,
Que ya a salvo se repose en eterno Paraíso[378].
Mientras, los plantados en Canaán terrestre
Largo tiempo vivirán medrantes, salvo si pecados
Nacionales interrumpen su paz pública
Provocando a Dios a suscitarles enemigos,
De los que una vez tras otra los libera, penitentes,
Al principio por los jueces, luego bajo reyes[379].

De éstos el segundo, por su conocida devoción
Y logros poderosos, promisión recibirá
Irrevocable de que el regio trono que posee
Durará por siempre. Y lo mismo cantarán
Las profecías todas, que del regio tronco
De David (pues tal el nombre de ese rey) saldrá
Un Hijo, la Semilla de Mujer que te han predicho,
Y predicha a Abraham, en quien aguardan
Todas las naciones, y predicha a reyes, de los reyes
El postrero, pues su reino no terminará[380].
Mas antes, una larga sucesión habrá de darse,
Y el hijo de David, famoso por riquezas y saberes[381],
Alojará en glorioso templo la velada Arca del Señor,
En tiendas hasta entonces y errabunda.
Otros seguirán que mostrarán las crónicas,
Algunos buenos, otros malos: éstos, mayoría,
Cuya inmunda idolatría y otras faltas,
Añadidas a la cuenta popular, tanto irritarán
A Dios que los relegará, ofreciendo su país,
Y la ciudad y el templo, el Arca Santa
Y todos sus objetos sacros, como burla y presa,
A la ciudad soberbia cuyos altos muros viste
Quedar en confusión, llamada luego Babilonia.
Allí en cautividad los deja que malvivan
Por espacio de setenta años, luego los retorna[382],
Acordándose de la piedad y de su pacto
Con David, inalterable cual los días de los Cielos.
Vueltos ya de Babilonia por permiso de monarcas,
Amos suyos, que el Señor ablanda, la mansión de Dios
Primero reedifican[383] y, durante un tiempo,
Viven, en pobreza, moderados, hasta que creciendo
En riqueza y multitud se tornan sediciosos.
Mas primero brotan disensiones entre sacerdotes,
Servidores del altar, que más que nadie deberían
Promover la paz. Su pugna contamina
El mismo templo; logran al final hacerse
Con el cetro, desdeñando la progenie de David;

A manos de un gentil lo pierden luego[384], que el auténtico
Y ungido Rey Mesías acabe por nacer
Sin sus derechos. Mas una estrella cuando nace,
Nunca vista en las alturas, manifiesta su llegada
Y conduce a sabios orientales, tras la pista
De este niño, a ofrecer incienso, mirra y oro.
Su lugar de nacimiento Ángel digno lo transmite
A pastores simples, en nocturna vela,
Que contentos pronto allí concurren, a escuchar
El cántico ofrecido por escuadra angélica.
Una Virgen es su madre, mas su padre
El Poder de Dios Altísimo: él ascenderá
Al Trono hereditario y pondrá a su reino por confines
De la Tierra el horizonte; a su gloria, los del Cielo».
Y cesó al percibir a Adán tan lleno de alegría
Cual dolor igual en llanto antes lo sumiera,
Casi sin palabras, que por fin logró exhalar:
«¡Oh Profeta de las gratas nuevas, portador
De la esperanza suma! Ahora entiendo claramente
Lo que aun con terca mente en vano investigué,
Por qué ha de ser llamada nuestra gran expectativa
La Semilla de Mujer: Virgen Madre, salve,
Alta en el amor del Cielo, mas de mis riñones
Tú procederás y de tu seno el Hijo del Señor
Altísimo: que Dios así se une al hombre.
Espere ahora con mortal dolor su golpe capital[385]
La Sierpe: dime ¿cuándo y cómo lucharán?
¿Qué herida causará el Maligno al talón del Víctor?».
A lo que así Miguel: «No imagines su pelea
Como un duelo, ni locales las heridas
En talón o testa; pues no por ello liga el Hijo
Con lo humano lo divino, por domar al adversario
Con más fuerza; ni tampoco de este modo a Satanás
Se le derrota, a quien caída de los Cielos más letal
No impidió asestarte tu lesión de muerte;
Lesión la tuya que quien llega curará, tu Salvador,
No por destruir a Satanás, sino sus obras

En ti mismo y tu semilla; y ello no podría realizarse
Sin cumplir aquello en que faltaste tú:
Obedecer la ley de Dios, impuesta
Bajo pena de morir, y padeciendo muerte,
Pena que le fue prescrita a tu pecado,
Y también prescrita a quienes provendrán de ti:
Pues sólo así la altísima justicia es reparada.
La ley de Dios, precisa, él satisfará, por obediencia
Y por amor al tiempo, aunque solo ya el amor
La ley complace. Tu castigo él sufrirá
Descendiendo de los Cielos a la carne,
A una vida de reproches y una muerte maldecida,
Proclamando vida a todo aquel que crea
En su acto redentor; y que su obediencia, transferida,
De ellos se hace por la fe; y que sus méritos
Los salvarán: no, aunque de ley, los de ellos.
Vivirá por esto odiado, contra él blasfemarán,
Será tomado por la fuerza y condenado a muerte,
Una horrible y vergonzosa, en la Cruz clavado
Por su propio pueblo, por traer la vida asesinado.
Pero clava él en la Cruz tus enemigos:
La ley que tienes contra ti y los pecados
De la entera humanidad, ahí con él crucificados,
Para no dañar ya más al que confíe rectamente
En ésta su reparación. Así pues muere,
Pero pronto resucita pues la Muerte su poder
No usurpa ya por mucho. Antes de la luz del alba
Al tercer día, las estrellas del albor lo ven alzarse
De su tumba, fresco cual la luz del alba,
Satisfecho tu rescate, que redime de la Muerte al hombre:
Muerte por los hombres, tantos como acepten
La ofrecida vida y ese beneficio abracen
Por la fe no exenta de obras: tan divino acto
Tu condena anula, esa muerte tuya por morir
Perdido para siempre en el pecado; este acto
Hiere la cabeza de Satán, aplasta su poder
Rindiendo a Muerte y a Pecado, armas suyas cardinales,

E hinca más profundos en su testa sus venablos
Que la muerte temporal en el talón lastima al Víctor
O a aquellos que él redime: una muerte como un sueño,
Una brisa placentera hacia vida ya inmortal.
Después de la resurrección no por mucho seguirá
En la Tierra, tiempo sólo suficiente en que mostrarse
A sus discípulos, los hombres que en su vida
Siempre lo siguieron. A éstos dejará encargados
De instruir a las naciones en lo que él les enseñó,
Su salvación; de bautizar a los que crean
En las aguas presurosas, signo de lavarlos
De la culpa del pecado y entregarlos a la vida
Puros, en sus mentes preparados, por si llega el caso,
Para muerte similar a la que tuvo el Redentor.
A todas las naciones instruirán, pues desde ese día
Ya no sólo a hijos de los lomos de Abraham
La salvación habrá que predicarles, sino a los hijos
De la fe de Abraham, por todo el mundo:
En su semilla, todas las naciones se bendicen.
Luego al Cielo de los Cielos él ascenderá
Con triunfo, subyugando, a su paso por los aires,
A enemigos de él y tuyos; ahí sorprenderá
A la Sierpe, Príncipe del Aire, arrastrándolo en cadenas
Por su reino entero y dejándolo confuso;
Luego accederá a la Gloria, sentándose de nuevo
A la diestra de Dios Padre, grandemente enaltecido
Sobre todo Nombre empíreo, y de allí vendrá,
Cuando este mundo esté por disolverse,
A juzgar, con Gloria y Poderío, a los vivos y los muertos,
Sentenciando a muertos indevotos, mas premiando
A sus devotos, que recibirá en la dicha,
Ya en el Cielo o en la Tierra, pues la Tierra entonces,
Toda ella un Paraíso, mucho más feliz será
Que el del Edén, con días mucho más felices».
Así habló Miguel Arcángel y pausó después,
Llegado al gran periodo de este mundo; nuestro padre,
Lleno entonces de portento y dicha, le repuso:

«¡Oh bondad inmensa, bondad ilimitada!
Que tanto bien y tan completo el mal produzca
Y que el mal en bien convierta: ¡más maravilloso es
Que aquel que por Creación la Luz primero extrajo
De tinieblas! Mas de dudas bien colmado quedo:
Si es que debo arrepentirme ahora del pecado
Cometido y contagiado, o alegrarme mucho más,
Pues muchos bienes ulteriores surgirán de aquél,
Y para Dios más gloria, y más buena voluntad
De Dios al hombre, pues más gracia que iracundia habrá.
Mas dime, si al Cielo debe reascender
El Salvador, ¿qué acontecerá a los pocos
De sus fieles, al quedar en medio del infiel rebaño,
Adversarios de la Fe?, ¿quién guiará a su pueblo
Y quién habrá de protegerlo? ¿No serán aquéllos
Aún peores con sus fieles que lo fueron ya con él?».

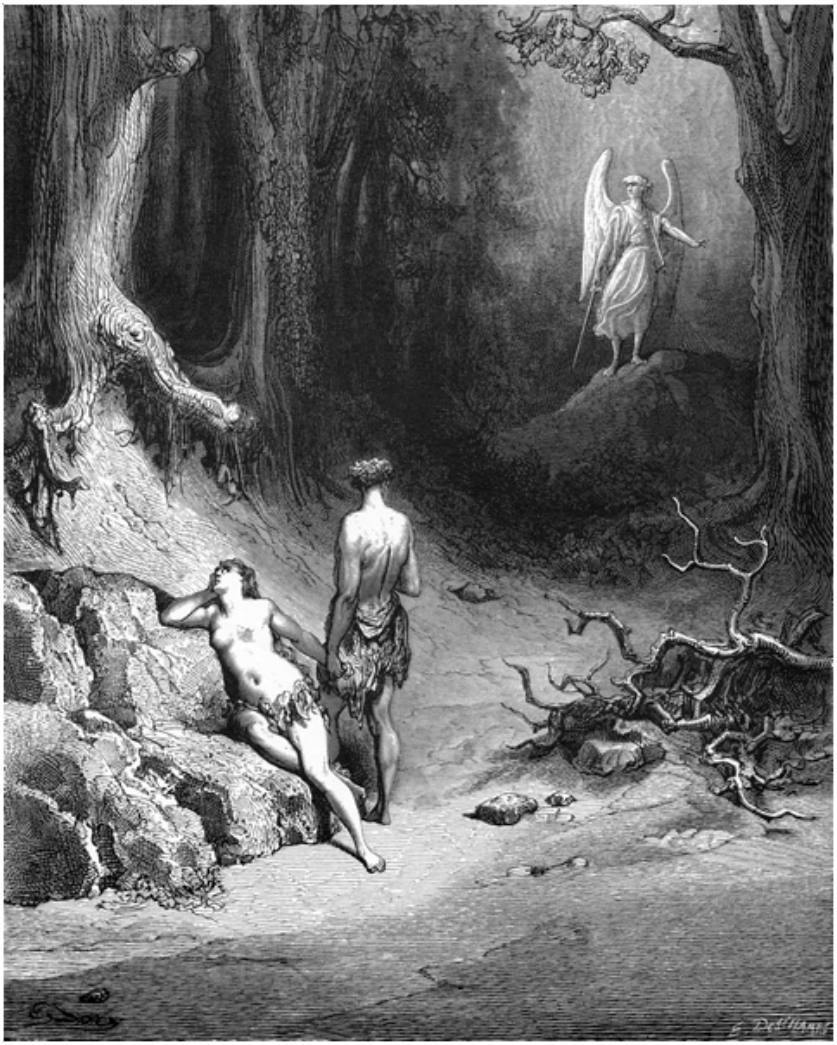
«Tenlo por seguro —dijo el Ángel—, mas del Cielo
A los suyos un Paráclito[386] les enviará,
Promesa de Dios Padre, cuyo Espíritu residirá
Con ellos, y en sus corazones grabará
La Ley de Fe, que opera por amor,
Para guiarlos arropados en Verdad, armándolos
Con armadura espiritual, capaz de resistir
Embates de Satán y de extinguir sus ígneos dardos.
Los ataques de los hombres no los temerán,
Aunque los maten, protegidos como están
Por consuelos interiores contra tales impiedades
Y a menudo sostenidos de manera que confunda
A sus enemigos más feroces: pues el Espíritu,
Primero infuso en sus apóstoles, que mandará
Llevar el Evangelio a las naciones, luego en todo
Bautizado, les conferirá presentes milagrosos,
Que hablen toda lengua, hagan todos los milagros,
Cual hiciera su Señor ante sus ojos. Ganan pues así
Por todas las naciones grandes multitudes,
Que reciben entusiastas la noticia celestial: al fin,
Cumplido el ministerio, bien corrida su carrera,

Tras dejar su historia escrita y su doctrina,
Mueren. Mas en su lugar entonces, cual previeran,
Lobos entran por maestros, lobos ávidos[387],
Que todos los misterios de los Cielos
Tornan en infame beneficio propio, su avidez
De lucro y ambición, maculando la verdad
Con falsas tradiciones, gran superstición,
Hasta dejarla sólo pura en aquellos documentos
Que ninguno entiende ya, aparte del Espíritu.
Entonces esos viles buscarán dotarse de dominios,
Nombres, títulos, uniéndose con ellos
Al poder profano, mas fingiendo todavía obrar
Por religiosa potestad, haciendo suyo y privativo
El Espíritu de Dios, prometido por igual y conferido
A todos los creyentes. Y con tales pretensiones,
Leyes espirituales impondrá el poder carnal
En todas las conciencias; leyes no presentes
En los textos venerables ni entre eso que el Espíritu
En hondo corazón burila. ¿Qué persiguen pues
Sino coercer al mismo Espíritu de Gracia y prender
A su consorte Libertad?, ¿qué, sino desmantelar
Sus templos vivos, construidos perdurables por la fe,
Su fe, ninguna ajena?; pues, en la Tierra,
¿Quién contra la fe y conciencia infalible
Se pronuncia, aunque muchos lo presumen?
De ahí que surjan pronto bárbaras persecuciones
Contra todos los que perseveren en el culto
Del Espíritu y de la Verdad; el resto, más copioso,
Hallará en espurias formas y en externos ritos
Satisfecha religión; la Verdad se alejará,
Herida por saetas calumniosas, y las obras de la fe
Serán extrañas. De este modo el mundo irá,
Maligno para el bueno, para el pérfido benigno,
Bajo el propio peso quejicoso, hasta el día
En que amanezca, para el justo, su respiro,
La venganza para el réprobo, y retorne aquél
De cuyo auxilio recibiste hace poco la promesa,

La Semilla de Mujer, predicho oscuramente antes,
Mas que ahora reconoces como Dueño y Salvador,
Y que al fin será en las nubes de los Cielos revelado,
En la gloria de Dios Padre, para disolver
A Satanás y el mundo pervertido, y luego alzar
De la masa conflagrante, ya purgada y refinada,
Nuevos Cielos, nueva Tierra, eras incesantes
Instauradas en la paz, amor, justicia,
Que por frutos den el gozo y eternal ventura.»
Aquí cesó y Adán, por último, repuso:
«Qué veloz tu predicción, Augur bendito,
Ha medido el mundo transitorio, el fluir del tiempo
Hasta el tiempo fijo; más allá, es todo abismo,
Eternidad: su fin la vista no lo alcanza.
Con magnífica instrucción de aquí yo parto,
Magnífica la paz en mente, y plétora me llevo
De tu ciencia, toda la que puedo contener:
Querer sobrepasarla fue, insana, mi locura.
Desde ahora, pues, aprendo que es mejor obedecer
Y amar medroso a Dios, el único, caminar
Cual en presencia suya, observar su providencia siempre
Y fiarlo todo sólo en él, piadoso como es
Con todas sus creaciones, derrotando sin cesar
Al mal mediante el bien y realizando, por lo nimio,
Grandes cosas, por las cosas de apariencia débil
Derrocar mundano al fuerte, y al mundano sabio
Por lo simple y manso; que es sufrir por la verdad
La fortaleza que procura la victoria suma,
Y que para el fiel la muerte es puerta de la vida:
Todo esto he aprendido por ejemplo del que ahora
Reconozco mi bendito Redentor por siempre».
A lo que así, también por último, repuso el Ángel:
«Si esto has aprendido, la completa suma ya posees
Del saber; no esperes nada más sublime, aunque sepas
Por su nombre las estrellas todas, todo etérico poder,
Todos los secretos del abismo, toda obra de Natura,
O las obras del Señor en las Alturas, aire, tierra o mar;

Aunque todas las riquezas goces de este mundo
Y todo su gobierno, en un imperio; suma sólo
Actos congruentes con tu ciencia, suma fe
Virtud, paciencia, súmales templanza, amor,
Llamado con el tiempo caridad, que es el ánima
De todo el resto: y no lamentarás, haciéndolo,
Dejar atrás el Paraíso, puesto que tendrás
Un Paraíso en tu interior, y mucho más dichoso.
Descendamos pues ahora de esta cumbre
De especulación, pues la hora exacta prefijada
Nos exige que partamos. Y mira los guardianes
Que emplacé en aquella loma, observa
Su despliegue a cuyo frente espada llameante
En señal de exilio ya tremola fieramente.
No debemos demorarnos; ve, despierta a Eva,
A quien también con dulces sueños he calmado
Que presagian bien, y todos sus espíritus dispuse
A una humilde sumisión. Tú, oportunamente,
Déjala participar de todo lo aprendido hoy,
En especial lo que concierne a su fe de conocer,
La gran liberación por su semilla que advendrá
(Por Semilla de Mujer) a la entera humanidad:
Que así podáis vivir —no escasos vuestros días—
Ambos juntos en fe unánime, aunque tristes
Por los males ocurridos, pero muy reconfortados
Cada vez que meditéis en el final feliz».
Terminó, y del monte descendieron ambos;
Descendido, Adán se apresuró al cobijo
Donde Eva se durmiera, mas la halló despierta ya.
Y así lo recibió, hablando sin tristeza:
«De dónde vienes yo lo sé, y adónde fuiste;
Pues el dormir ocupa Dios también y al sueño instruye,
Que mandó propicio, presagiando algún
Gran bien, tras caer dormida con congoja
Y abatido el corazón. Mas guíame ahora ya,
No hallarás en mí demora, pues marchar contigo
Es quedarme aquí; aquí sin ti quedarme

Es marcharme sin quererlo. Eres a mis ojos
Todo bajo el cielo, toda cosa, todo espacio, tú,
Que por mi crimen obstinado pierdes el Edén.
Y, sin embargo, este último consuelo me acompaña:
Que, aunque todo se ha perdido por mi culpa,
Un favor tan grande, indigna, se me otorga
Que por mí la Semilla Prometida todo repondrá también».
Esto dijo Eva nuestra madre y complacido Adán
Lo oyó, mas nada le responde; pues muy cerca ahora
Está el Arcángel, y en brillante formación
A sus prescritas posiciones desde el otro monte
Ya descienden los Querubes, deslizándose
Por el terreno meteóricos, cual bruma vespertina
Que al subir del río cubre el tremedal deslidadiza,
Ocultando rauda el suelo tras los pasos del labriego,
Que camino va de casa. Iba en alto por delante
La blandida espada del Señor, fulgiendo
Fiera cual cometa que con tórridos ardores
Y humo semejante al aire férvido de Libia,
Empezaba ya a abrasar aquel templado clima;
Y así tomó de cada mano el Ángel presuroso
A nuestros padres tardos, y al Portal del Este
Recto los condujo; luego, con igual premura,
De la altura al llano sometido y vaneciose entonces.
Ellos, al mirar atrás, todo el lado oriente vieron
Del Paraíso, poco hacía su feliz morada,
Sobre la que ahora tremolaba aquella llama
Y cuya Puerta vigilaban fieras faces, armas ígneas.
Unas lágrimas vertieron, naturales, pronto limpias:
Tenían todo el mundo ante sus ojos, en que hallar
Remanso ameno, y la Providencia como guía.



Cogidos de la mano y con lentos pasos vagabundos
A través de aquel Edén su senda solitaria comenzaron.

JOHN MILTON. Nació en Londres en 1608, en el seno de una familia acomodada que le permitiría entregarse a sus lecturas e inquisiciones más allá de sus años universitarios. Entre 1625 y 1632 estudió en Cambridge, para consagrarse luego, con devoción autodidacta, a dilatar su formación intelectual. En 1638 viajó al continente, donde se encontraría con los grandes pensadores de la época; entre ellos, Galileo y Grotius. Para entonces Milton contaba ya con una extensa obra lírica en latín, italiano e inglés que, por sí sola, le prometía un lugar legítimo en la historia de la literatura. *En la mañana de la Natividad de Cristo* (1629), *L'Allegro e Il Penseroso* (1633), *Lycidas* (1638), el poema en latín *Epitaphium Daimonis* (1639), en conmemoración de la muerte de su íntimo amigo Charles Diodati, y la pequeña pieza dramática *Comus* (estrenada en 1634, publicada en 1638) destacan en esta primera etapa de su producción literaria.

Milton retornó a Inglaterra en 1639, en el alba de la revolución puritana. Se instaló en Londres, donde tomó algunos discípulos y en

1641, con sus primeros escritos contra el episcopado de la iglesia de Inglaterra, su pluma se desvió de la poesía hacia la deliberación política y social llevada por un poderoso impulso reformista y republicano que no lo abandonaría ya hasta el mismo momento del colapso de la aventura revolucionaria en 1660.

En 1642 estalló la guerra civil entre el rey Carlos I y el Parlamento de Inglaterra, de mayoría puritana. Milton, adherido a la facción parlamentaria contra la monarquía absolutista, se casó ese año, por razones todavía inexplicadas, con Mary Powell, de familia monárquica, que lo abandonó un mes después y no retornaría a él hasta 1645. Es bien posible que las dificultades iniciales de este primer matrimonio lo moviesen, en parte, a escribir el cuerpo de sus célebres tratados en favor del divorcio: *La doctrina y disciplina del divorcio* (1643), *El juicio de Martin Bucer, relativo al divorcio* (1644), *Tetrachordon y Colasterion* (1645). Mary Powell, sin embargo, tras su retorno, permanecería con Milton hasta su propia muerte en 1652 y le daría tres hijas: Anne (n. 1646), Mary (n. 1648) y Deborah (n. en 1652), así como un hijo que no sobrevivió. Milton volvería a casarse en 1656, con Katherine Woodcock, a la que perdió en 1658, y nuevamente en 1663, con Elizabeth Minshull.

El año 1649 comenzó para Inglaterra con la ejecución del rey Carlos, derrotado en la guerra civil, y la abolición de la monarquía. Milton, que defiende fervientemente el alzamiento puritano y el regicidio en un tratado político publicado poco después, es nombrado enseguida Secretario de Lenguas Extranjeras por el Consejo de Estado, cargo que desempeñaría hasta el fin del protectorado de Cromwell y desde el que defendería internacionalmente el experimento republicano, contemplado con una mezcla de desdén, suspicacia y preocupación por las potencias continentales. El considerable cuerpo de escritos en favor de la democracia, el divorcio, la libertad de prensa y la tolerancia religiosa generado por Milton durante estos años, entre los que sin duda destaca *Areopagitica* (1644), nutriría posteriormente a las mentes revolucionarias de Francia y Norteamérica.

La misma vigilia del hundimiento de la utopía cromwelliana, Milton escribe y publica todavía con ardor revolucionario el modo directo y simple de establecer una Mancomunidad libre, sin temer

las consecuencias. Con la restauración de la monarquía estuardo en 1660, Milton, ciego desde 1652, se ve obligado a esconderse de sus enemigos políticos. Es arrestado y encarcelado finalmente, pero liberado al poco tiempo gracias, entre otros, a la intercesión del poeta Andrew Marvell. Aunque no abandona ya sus trabajos eruditos, de los que su *Historia de Britania* (1670) y su *Arte de la lógica* (1672) son buenos ejemplos, los últimos años de Milton son los de sus grandes obras poéticas. *Paraíso Perdido* (1667), *Paraíso Recuperado* (1671) y *Sansón Agonista* (1671) constituyen el legado épico de este último periodo de su vida, que concluyó en Londres en 1674.

Notas

[1] Michael Bryson, *The Tyranny of Heaven: Milton's Rejection of God as King*, Newark/Londres, University of Delaware Press/Associated University Press, 2004, p. 130. < <

[2] Denis Saurat, Milton, Man and Thinker, Londres, J. M. Dent, 1946. <<

[3] Samuel Johnson, *The Life of Milton*, ed. digital de Jack Lynch, Newark, Rutgers University, p. 225. < <

[4] «La razón de que Milton escribiese encadenado cuando escribió de Ángeles y Dios y en libertad cuando lo hizo del Infierno y los Diablos es que era un verdadero Poeta y del partido del Diablo sin saberlo» (*Marriage of Heaven and Hell*, lámina 6). < <

[5] *The World Turned Upside Down*, Nueva York, Viking Press, 1972, p. 403. < <

[6] «En muchos sentidos *Paraíso perdido* era su tema predestinado y, sin embargo, en cierto modo, lo ponía en una posición falsa, iba en contra de su misma naturaleza. Creyendo como creía, con una intensidad superior a la del hombre común, que nuestra dignidad consiste en una forma de pensar independiente y afanosa, y sintiendo con la misma excepcional intensidad que la esencia de la vida es la lucha y esfuerzo, se ve forzado a deplorar el advenimiento del pensamiento al mundo (pues a ello equivale el tema, ni más ni menos) y a representar el mejor de los estados como esa bienaventuranza amorfa original. Estaba atrapado, en un sentido, por su tema; y de la trampa no había salida posible» (A. J. A. Waldock, *«Paradise Lost» and Its Critics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, pp. 22-23). < <

[7] Parece en demasiadas ocasiones como si el esfuerzo desesperado por desenterrar las *verdaderas* intenciones de Milton al escribir *Paraíso perdido* (¿lo hizo con ortodoxa piedad?, ¿lo hizo piadosamente pero con una herética intención secreta que destiló a través de su devoción consciente?, ¿lo hizo con heterodoxa militancia?…) hubiera de darnos al final *la* licencia para leer a Milton de una u otra de las posibles maneras. Pero esa licencia nos la otorga de antemano la naturaleza abierta del texto literario. Por eso, la cuestión que enmascara la búsqueda del *verdadero* Milton no es, al fin y al cabo, ¿qué creía Milton?, sino ¿cuál es la lectura más fértil de todas, la que mejor nos concilia con el texto, la que ofrece mayores profundidades de visión y reflexión, y conlleva repercusiones más positivas? < <

[8] John Dryden, The State of Innocence and thè Fall of Man, ed. digital de Jack Lynch, Newark, Rutgers University. < <

[9] Cf., por ejemplo, D. Loewenstein: «Las fuerzas de Satán […] combaten en el Cielo al estilo épico. Aunque no afrontan el riesgo de la mortalidad humana, como los antiguos guerreros griegos, sus valores marciales e ideología heroica son, sin embargo, homéricos en amplia medida […] Milton asocia a Satán y a su ejército con esta marcialidad épica sólo para sugerir que sus valores heroicos han quedado anticuados» (*Milton: Paradise Lost*, pp. 102-103). <<

[10] Cf. Dennis Danielson (ed.), *The Cambridge Companion to Milton*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 113. < <

[11] Ídem, ibídem. < <

[12] Aurobindo Ghose, The Future Poetry, Pondicherry, Sri Aurobindo Ashram, 1985, p. 81. La reflexión de Ghose, uno de los mayores filósofos y poetas indios de todos los tiempos, resulta especialmente interesante porque él mismo es autor de un extenso poema épico en pentámetros poco conocido todavía en Occidente. Savitri, con sus cerca de 24.000 versos frente a los 10.565 del *Paraíso perdido*, apunta como este último a una visión trascendente de la realidad pero partiendo, no de un mito y doctrina prestablecidos, sino de la experiencia mística del autor, cuyos alcance y profundidad son comparables cuando menos a la de nuestro san Juan de la Cruz. < <

[13] «Libro V», vv. 857-862. < <

[14] Láminas 5-6. < <

[15] W. Blake, Prosa escogida, ed. de Bel Atreides, Barcelona, DVD Ediciones, 2002, p. 28. < <

[16] «Como entidad moral, el Diablo de Milton es muy superior a su Dios, del mismo modo que alguien que persevera en un propósito tenido por excelente a pesar de la adversidad y la tortura lo es a otro que, en la fría seguridad de un triunfo indubitable, inflige la más espantosa venganza a su rival; y ello no con el fin desacertado de hacerle arrepentirse de su enemistad, sino con el objetivo declarado de exasperarlo e inducirlo a merecer nuevos tormentos» (cf. «Defensa de la poesía», en Ensayos escogidos, Barcelona, DVD Ediciones, 2001, pp. 123-124). <<

[17] Recuérdese que el libro que desempeña la función formativa más importante de la consciencia del Engendro es precisamente Paraíso perdido: «Lo leí […] como historia verídica. Excitó cada emoción de pasmo y sobrecogimiento que el cuadro de un Dios omnipotente luchando contra sus criaturas es capaz de excitar. A menudo referí a mí mismo las diversas situaciones, sorprendido por su similitud conmigo. Como Adán, yo, aparentemente, no me hallaba unido por vínculo alguno a ningún otro ser existente; pero su estado era muy diferente del mío en todos los aspectos […] Muchas veces consideré a Satán un emblema más adecuado de mi condición; pues a menudo, al igual que él, cuando veía la dicha de mis protectores, la amarga hiel de la envidia se alzaba dentro de mí» (Mary Shelley, Frankenstein, ed. de M. K. Joseph, Oxford, Oxford University Press, 1980, p. 129. < <

[18] Idem, ibídem, p. 130 (las cursivas son del original). < <

[19] «Libro III», vv. 93-117, pp. 161-163. < <

[20] «Libro V», v. 573. < <

[21] Cf. «Libro V», vv. 486-490; «Libro VI», vv. 41-43; «Libro IX», vv. 351-352; «Libro IX», w. 654; «Libro XII», vv. 84-85, etc. < <

[22] Cf. Lewis W. Spitz, *The Protestant Reformation*, St. Louis, Concordia Publishing House, 1985, p. 2.08. < <

[23] Cf., por ejemplo, «Libro V», vv. 735-737, «Libro VIII», vv. 75-80 y «Libro XII», vv. 59-62. < <

[24] Cf., por ejemplo, N. Frye, *'The Return of Eden*, Toronto, University of Toronto Press, 1965 y C. S. Lewis, *A Preface to «Paradise Lost»*, Oxford, Oxford University Press, 1961. < <

[25] A. J. A. Waldock, «Paradise Lost» and Its Critics, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, pp. 91-92. <<

[26] «Libro IV», vv. 810-819. < <

[27] Michael Bryson, op. cit., p. 69. < <

[28] Helen Darbishire (ed.), The Early Lives of Milton, Londres, Constable and Company, 1932, p. 13. < <

[29] Richard Bradford, *The Complete Critical Guide to John Milton*, Londres, Routledge, 2001, p. 49. < <

[30] John Milton, *The Reason for Church Government*, 1642. < <

[31] *Tenure of Kings and Magistrates*, publicado el 13 de febrero de 1649 pero escrito mientras tenía lugar el juicio contra el monarca. El subtítulo del tratado es, ya de por sí, bastante elocuente: «*Como Prueba de que es Lícito, y se ha considerado así en todas las Eras, para cualquiera que detente el Poder, pedir cuentas a un Tirano, o a un Rey infame, y tras debido examen deponerlo o ejecutarlo, si el MAGISTRADO ordinario ha omitido o se ha negado a hacerlo. Y de que esos que últimamente tanto critican el Derrocamiento, son los Hombres que lo hicieron con anterioridad*». <<

[32] «El verso», en *Paraíso perdido*, p. 43. < <

[33] «Libro VII», v. 31. < <

[34] «Libro I», vv. 25-26. < <

[35] Michael Bryson, op. cit. Sea como sea, la interpretación de Michael Bryson, que sigue de cerca a William Empson (Milton's God, Londres, Chatto and Windus, 1961), es quizá la más fértil y comprehensiva de cuantas se han propuesto hasta ahora; desde luego, es la más penetrante de las que ha leído este comentarista. <<

[36] M. Bryson, op. cit., pp. 12 y 18. <<

[37] «Right reason» «Libro VI», v. 42. < <

[38] Como evocadoramente lo representa Blake en la lámina 15 de su Milton. < <

[39] «Libro III», v. 341 y «Libro VI», v. 732. < <

[40] «Libro III», vv. 339-340. < <

[41] Bryson (cf. op. cit., cap. 4) aprecia una evolución en la figura del Hijo desde su primera aparición en el «Libro III» de *Paraíso perdido* hasta el final del poema. Debo reconocer que ésta es la parte que me parece más cuestionable de su argumento. < <

[42] Segunda edición aumentada y revisada por el autor, Londres, S. Simmons, 1674. El interesado encontrará un facsímil de esta edición, en formato JPG, en http://www.johngeraghty.com/Literature/Texts/Milton/P_Lost_i674/, uno de los proyectos cibernéticos más generosos con el estudioso de la obra de Milton. Por su parte, el Milton Reading Room (http://www.dartmouth.edu/~milton/reading_room/contents/index.shtml), de la prestigiosa Universidad de Darmouth, ofrece una fiel transliteración de la versión de 1674 a partir de copias del manuscrito original. Finalmente, *The Online Library of Liberty* (http://oll.libertyfund.org/Home3/Book.php?recordID=0307), proporciona al interesado un facsímil del *Paraíso perdido* según la edición del Rev. H. C. Beeching (Oxford, 1900), que reproduce las ediciones de 1667 y 1674 según la estructura en doce libros de esta última, pero con sus escasos cambios respecto de la versión anterior en notas a pie de página. A efectos de traducción se han tenido en cuenta también las ediciones del *Paraíso perdido* de Elledge, Campbell, Fowler, Leonard, Raffel y Shawcross, todas ellas de la versión de 1674 y todas ellas en inglés actualizado excepto la de Shawcross. <<

[43] *Trocaico* porque en métrica española las dos cláusulas binarias (yámbica y trocaica) se resuelven en la segunda (cf. T. Navarro Tomás, *Métrica española*, pp. 36-37). No todos los tratadistas están de acuerdo en ello, sin embargo (cf. E. Torre y M. A. Vázquez, *Fundamentos de poética española*, pp. 42-43). < <

[44] Abilio Echevarría percibe esta inadecuación: «El verso castellano que más podría asemejarse silábicamente a ese pentámetro, que es en realidad un decasílabo, es nuestro endecasílabo […]. Pero nada puede sonar fonéticamente más distinto que ese decasílabo inglés […]». (*Paraíso perdido*, p. XXI). Propone como alternativa el alejandrino, pero el resultado rítmico de su traducción contradice ampliamente su propuesta. < <

[45] Esta necesidad la percibe bien Francisco Arcos García, cuya traducción del primer libro del Paraíso perdido es, a mi gusto, la más conseguida rítmicamente hablando de cuantas he tenido ocasión de consultar. Arcos García escribe, sin embargo: «La lengua castellana, al contrario que la inglesa, no se adapta al ritmo yámbico, donde los acentos son muy repetidos, en sílabas alternas. El ritmo que nosotros hemos utilizado es el dactilico o el anapéstico, más desahogado a la hora de componer con él. Esto es natural, porque mientras que el inglés es un idioma fundamentalmente monosilábico, en castellano abundan los vocablos de más de dos sílabas» (p. 56). Pero lo cierto es que el ritmo yámbico/trocaico no se crea necesariamente haciendo coincidir todas las sílabas impares (a partir de la primera acentuada) con los acentos tónicos de las palabras, sino situando esos acentos tónicos en posición impar (a partir de la primera sílaba acentuada) de manera que la recitación sonora o silenciosa de los versos vaya encontrando sus apoyos rítmicos en el resto de las sílabas impares. < <

[46] Que prefiero a *elites*. <<

[47] El autor realiza aquí, no sólo un manifiesto estético, sino también político. Milton, que había sido activo defensor y colaborador de la Commonwealth republicana, primero bajo el Parlamento y bajo el Protectorado de Cromwell después, escribe ahora, en el periodo de la monarquía restablecida de los Estuardo, distanciándose de los poetas de la Restauración, para los que la rima era un elemento primordial del hacer poético. Servidumbre a la rima y servidumbre a la monarquía absolutista estuarda son equivalentes en la última y rotunda frase. <<

[48] Se refiere al centro de la tierra, no creada todavía. < <

[49] Los de la Iglesia. < <

[50] Nombre acuñado del griego, literalmente «todos los demonios». < <

[51] El *Grande Hombre* (o, más literalmente, *Mayor: one Greater Man*) es, desde luego, el Mesías. De acuerdo con Saurat «no sólo moralmente más grande, sino realmente, al ser aquél de quien los electos son parte»[1]. < <

[52] En el monte Horeb (Deuteronomio 4:10) o monte Sinaí (Éxodo 19:20), Moisés (*aquel pastor*) recibió las tablas de la ley y, según Milton aquí, la inspiración para escribir el Pentateuco a fin de enseñar a *la escogida grey* (los israelitas). < <

[53] El monte Sión está en Jerusalén. Siloé era un manantial cerca del monte Sión; Jesús envía a un ciego a lavarse los ojos en la alberca de Siloé para que recupere la vista (Juan 9:7-11). < <

[54] *vuelo medio*: vuelo que alcanza las regiones intermedias, a las que pertenecen los cielos de los dioses paganos, pero que no las trasciende. < <

[55] *monte aonio*: el monte de Aonia, el Helicón, desde el que Pegaso, el caballo alado que simboliza la inspiración, nacido de Poseidón y Medusa, se remonta al Olimpo. < <

[56] *rima*: obviamente hay que entender el término como sinécdoque de poesía; un tropo significativo después del manifiesto realizado en contra de la rima en la sección «El verso». < <

[57] En el contexto de la polémica sobre la doctrina de la «justificación del hombre» suscitada por la Reforma protestante, Milton invierte aquí los términos y declara su intención, no ya de conciliar al hombre con Dios, sino de conciliar a Dios con el hombre; esto es, mostrar que su actitud hacia el ser humano y su modo de tratarlo son, contra toda apariencia, inherentemente benévolos[2]. < <

[58] *La infernal Serpiente, él fue*: rompo la concordancia con el género femenino del nombre *Serpiente* para seguir a Milton porque ésta no es más que una apariencia puntual de Satán. < <

[59] *ruina*: Milton apunta aquí al sentido latino original de «caída». < <

[60] Nueve días es también el tiempo que tardan en caer los Titanes al Tártaro en la *Teogonia* de Hesiodo (vv. 720 ss.). < <

[61] *De Azufre siempre ardiendo, nunca extinto*: contraparte infernal de la zarza que arde y no se consume de Éxodo 3:2. <<

[62] El Infierno dista de la tierra (o *centro*) el doble de la distancia que separa la tierra del cielo (o *polo más lejano*) de acuerdo con Virgilio en la *Eneida*. < <

[63] *Belcebú*: del hebreo «Baal Zebub» (literalmente «Señor de las Moscas»), un dios cananeo con templo en Ekron (cf. 2 Reyes 1:2-16). Su nombre reaparece en el Nuevo Testamento (Mateo 10:25 y 12:24-27; Marcos 3:22; Lucas 11:15-19) asociado a Satán, como príncipe de los demonios. < <

[64] *el Archienemigo (En el Cielo ya llamado Satanás)*: Satán es literalmente «enemigo» en hebreo. < <

[65] *Tronos* es una de las categorías angélicas. < <

[66] *Muchas varas*: lingüísticamente hablando, *vara* es el equivalente de *rood* (antigua forma de *rod*), pero no corresponde a la misma medida; aproximándose la *vara* castellana al metro de longitud y la *rod* inglesa a los cinco metros. < <

[67] Los *Titanes* son hijos de la Tierra (Gea) y el Cielo (Ouranos) de acuerdo con la *Teogonía* de Hesiodo. Guiados por Kronos, el más joven de los doce Titanes originales, derrocaron primero a su padre y fueron derrocados después a su vez por *Jove* (Júpiter, Zeus). *Briareo* era otro de los monstruos titánicos engendrados por la Tierra y el Cielo. *Tifón* es un gigante con cien cabezas de serpiente concebido por la Tierra a partir del amor de Tártaro (*Teogonía*, vv. 820 ss.) después de que Zeus expulsara del cielo a los Titanes; de acuerdo con Píndaro, Zeus lo encerró en una gruta cerca de *Tarso*, en Asia Menor. El *Leviatán*, objeto a la vez de terror y admiración en el Antiguo Testamento, es el monstruo marino por excelencia; en Isaías 27:1 aparece asimilado al Dragón o Serpiente y presentado como enemigo de Dios; pero Milton lo describe aquí bajo el aspecto de un gran cetáceo. < <

[68] El *Peloro* es un promontorio cerca del Etna en Sicilia. Milton construye su imagen del volcán a partir de la de Virgilio, en la *Eneida*, III, vv. 570 ss. y la de Ovidio, *Metamorfosis*, XV, vv. 298 ss. <<

[69] El artista toscano es Galileo, a quien Milton visitó probablemente en 1638, durante su estancia en Italia, en su villa cerca de Arcetri, donde vería su *óptico cristal* o telescopio. Fiesole son las montañas sobre Florencia donde Galileo vivía, al pie de las cuales se halla Valdarno (el valle del Arno). < <

[70] Vallombrosa es un valle cerca de Florencia, en la Toscana, la antigua Etruria; de ahí la expresión de *etruscas sombras*. < <

[71] *Mar Rojo* es en hebreo *yam-suf*, «mar de los juncos»; de ahí que Milton, una vez establecido el símil entre los demonios caídos y *los juncos esparcidos por las aguas* se deje llevar por la difusiva inercia típica del símil épico hasta la persecución de los israelitas por el faraón según el relato de Éxodo 14. La constelación de *Orión* presagiaba mal tiempo. *Busiris*, según la mitología griega, fue un rey de Egipto hijo de Poseidón y una princesa egipcia; identificado posteriormente por mitógrafos cristianos con el faraón del libro del Éxodo. *Menfis* era una capital de Egipto. Los *refugiados del Gosén* son los israelitas, que se instalaron en esta región de Egipto cuando José se la ofreció a su padre Jacob para que morase allí con todo su pueblo según Génesis 45:10. < <

[72] El Hijo *de Amrán* es Moisés (Éxodo 6:20). La plaga de las langostas (la octava), que refiere Milton a continuación, se narra en Éxodo 10:1-20. < <

[73] *helados lomos: lomos o* «riñones» es la expresión bíblica para significar el centro del poder generador en el varón. < <

[74] *Dignidades* y *Poderes o* Potestades son categorías angélicas. < <

[75] Milton introduce en esta sección uno de los elementos característicos de la épica clásica: el del «Catálogo». A imagen, por ejemplo, del «Catálogo de las Naves» en la *Ilíada*, el «Catálogo de los Reyes» en la *Eneida* o el «Catálogo de los Héroes» en la *Teogonia*, el autor ofrece aquí un «Catálogo de los Demonios» de acuerdo con los nombres y personalidades que adquirieron en la Antigüedad pagana, según las fuentes que maneja el poeta. < <

[76] *Móloc*: dios del reino de Amón (1 Reyes 11:7) al que se adoraba con sacrificios de niños (Levítico 18:21 y 20:2-5); la ubicación de su templo en Tofet se refiere en 2 Reyes 23:10 y Jeremías 3.2:35. La ciudad de *Raba*, los territorios de *Argob* y *Basan*, y el río *Arnón* forman parte de la geografía bíblica. El *mogote del oprobio* (el *Monte del Escándalo* en v. 416, o *la insultante loma* en v. 443) es un modo de llamar al Monte de los Olivos. < <

[77] *Kemós*: cf. Números 21:29; Jueces 11:24; 1 Reyes 11:7, 33; 2 Reyes 23:13 y Jeremías 48:7, 13, 46. *Aroer, Nebo, Abarim, Hesbón, Horonaim, Seón, Sibma* y *Elealé* son todos ellos enclaves de la geografía bíblica. La *Asfáltica Laguna* es el mar Muerto. En v. 412, Milton identifica a *Kemós* con Baal-Peor (o Baal-Fegor); el relato de esta «prostitución» de Israel con las moabitas se refiere en Números 25:1-3. La «revuelta purista» del *buen Josías*, rey de Israel del 640 al 609 a. C. aproximadamente, y su profanación de todos los santuarios paganos se narra en 2 Reyes 23. < <

[78] El *río que divide Egipto de la tierra siria* (de acuerdo con la geopolítica bíblica) es el Besor (cf. I Samuel 30:9 ss.). < <

[79] *Baalim* y *Ashtaroth* son nombres comunes dados por los hebreos a dioses fenicios (cf. Jueces 2:13 y 10:6; 1 Samuel 7:4 y 1 Samuel 12:10). < <

[80] *Astarté* era la Afrodita fenicia, diosa de los sidonios (fenicios de la ciudad de Sidón) según 1 Reyes 11:5, 33 y 2 Reyes 23:13. Se la representaba con cuernos en forma de creciente lunar (de ahí los *cuernos alunados* o *crescent horns* del v. 439).

El *uxorio Rey* es Salomón. El término *uxorious*, derivado del latín *uxor*, «mujer, esposa», significa la cualidad de «proclive a dejarse manejar por las mujeres», de las que Salomón gustaba tanto. Milton, en sus años universitarios en el Trinity College, había apuntado ya en su lista de temas para componer una tragedia el de *Salomón Gyncecocratomenus* (*Salomón Uxorio*)[3]. La palabra se ha traducido al castellano con más o menos audacia; Jovellanos, por ejemplo, ofrece «muliebroso», pero, puestos a crear un neologismo, *uxorio* tiene (como mínimo) tanto derecho a existir en castellano (junto a las académicas formas de *uxoricida* y *uxoricidio*) como en inglés. <<

[81] *Tamuz* es un antiguo dios mesopotamio de la muerte y el renacimiento ligado a los ritos estacionales de la vegetación y asimilado posteriormente (por san Jerónimo) a la divinidad griega de origen fenicio *Adonis*. La herida mortal de *Tamuz/Adonis* era causada por un jabalí y la muerte del dios favorito de la diosa (Innana en Mesopotamia, Ishtar-Astarté en fenicia, Afrodita en Grecia) se celebraba tras el solsticio de verano. El río *Adonis* desembocaba junto a la ciudad fenicia de Biblos, en el Líbano, donde se celebraban los festivales anuales en honor del dios, los Adonia. La visión del profeta Ezequiel aquí referida se narra en Ezequiel 8:14 ss. <<

[82] La divinidad filistea (palestina) *Dagon* aparece en el Antiguo Testamento en Jueces 16:23, 1 Samuel 5:2-7 (de donde Milton toma el relato de la humillación de este dios por Yahvé) y 1 Crónicas 10:10. Lo nombra también el apócrifo 1 Macabeos 10:84 y 2:4. *Azoto, Gat, Ascalón, Ecrón y Gaza* eran las cinco ciudades-Estado de la Pentápolis filistea (cf. 1 Samuel 6:17-18). < <

[83] Del dios sirio *Rimón*, con templo en Damasco, se habla en 2 Reyes 5 y 16. La primera de estas dos referencias ofrece el relato de la conversión del capitán sirio Naamán a la religión yavista (el leproso que perdió Rimón): el profeta Eliseo lo envía a bañarse en el Jordán para curarse de su enfermedad, a lo que Naamán responde si «los ríos de Damasco, el *Abana* y el *Farfar* no valen más que toda el agua de Israel» (2 Reyes 5:12); pero como el chauvinista capitán acaba por obedecer al profeta, se libra de la lepra y se vuelve hacia el dios de Israel. La segunda de las referencias cuenta la apostasía del rey Acaz de Judá, que tras vencer a Damasco con ayuda del rey asirio, se queda fascinado por el culto de Rimón en la capital derrotada y ordena construir un santuario al dios foráneo en Jerusalén. < <

[84] La historia del becerro de oro se narra en Éxodo 32:1-29. El *rey rebelde* es Jeroboán (cf. 1 Reyes 12:28 ss.) que duplicó doblemente el «pecado» de los israelitas: primero, por repetirlo; segundo, por hacer dos becerros de oro, en lugar de uno, y colocarlos en las ciudades de Betel y Dan proclamando que éste, y no Yahvé, era el dios que había sacado a Israel de Egipto. Respecto de la narración de la partida de Egipto y la justicia de Yahvé ejercida por igual sobre dioses y primogénitos (humanos y animales) de Egipto, cf. Éxodo 12:12. < <

[85] *Belial* («beliya‘al») no es una divinidad en el Antiguo Testamento, sino un término que significa «indignidad, maldad»: «hijo de Belial», «hombre de Belial», «hija de Belial» son expresiones hechas que significan «canalla». En la Segunda Carta a los Corintios (6:15), sin embargo, Pablo personifica a Belial contraponiéndolo a Cristo. Los *hijos de Elí* se convierten en «hijos de Belial» en x Samuel 2:12. La noche de violación en *Guibeá* se narra en Jueces 19:22 ss. < <

[86] *Yaván* es hijo de Jafet, que a su vez es hijo de Noé, según la genealogía de Génesis 10. Milton, de acuerdo con comentaristas bíblicos anteriores, lo presenta como ancestro de la raza jonia, los griegos de Asia Menor, pero tomados aquí como sinécdoque de los griegos en general. < <

[87] El mayor de los Titanes, tanto en Hesiodo (*Teogonía*) como en Apolodoro (*Biblioteca*) es Océano; aunque en Apolodoro no es el primogénito del Cielo o Urano, puesto que en la *Biblioteca* los Titanes son la última generación nacida del Cielo. *Saturno o* Cronos gana el derecho de primogenitura al emascular a Urano y convertirse en rey de los inmortales. *Jove* (Júpiter, Zeus), hijo de Cronos y *Rhea*, se enfrenta a su vez a su padre y lo exilia del cielo. Hasta que estuvo en disposición de enfrentarse a su padre, *Rhea* lo ocultó en *Creta*. El oráculo de Zeus estaba en *Dodona*; el de *Delfos* pertenecía al dios Apolo. El *Adria* es otro nombre del mar Adriático. Las *islas más remotas* son las británicas. < <

[88] *Azazel*: nombrado en Levítico 16:8-9 en relación con el chivo expiatorio ritual. En el apócrifo Libro de Enoc (del que Milton conocía la parte incluida en la *Chronographia* del historiador bizantino Syncellus publicada por Goar en París, en 1657[4]) es un importante demonio, el orfebre infernal que hacía ornamentos de mujer así como las armas de los hombres. De ahí que Saurat sugiera que el Azazel miltónico fuera el autor de la *imperial enseña* y que, por tanto, fuera legítimo derecho suyo enarbolarla. < <

[89] La imagen proviene de la *Ilíada*, III, vv. 1-5, donde las grullas en formación de ataque constituyen un símil del avance de los troyanos. < <

[90] *Flegra*: el lugar donde los dioses se enfrentan y derrotan a los gigantes en las *Metamorfosis*, X, v. 151. <<

[91] *el hijo de Uther*: el rey Arturo. < <

[92] *Armórica*: nombre latino de la Bretaña francesa. < <

[93] *Aspramonte* y *Montalbán* (Montalbano) son castillos en el *Orlando furioso* de Ariosto; *Marruecos, Damasco, Trebisonda* son lugares de enfrentamiento entre caballeros fieles e infieles característicos en la épica renacentista. < <

[94] La ciudad portuaria tunecina de *Biserta* habría sido, según el *Orlando innamorato* de Boiardo, el punto de partida de la invasión musulmana de la península ibérica. < <

[95] Una interpretación de Milton de la derrota de Roncesvalles según la *Chanson de Roland*. <<

[96] La palabra aramea *mammón* significa «riquezas» (cf. Mateo 6:24 y Lucas 16:13). En Juan 12:31, el concepto aparece personificado como «Príncipe de este Mundo». Identificado posteriormente a Plutón, título del dios griego Hades como patrón de las riquezas. <<

[97] *Belus* es el nombre latinizado del dios asirio-babilónico Bel; *Serapis*, una divinidad solar del Egipto ptolemaico que recibía un culto sincrético greco-egipcio. < <

[98] *Descarando sus broncíneas hojas*: el verbo en su legítimo doble significado de «separar las caras» y «hacerlo descaradamente» para traducir el doble significado del inglés *brazen*, «de bronce» y «descarado, insolente». < <

[99] *Ángeles cetrados*: el neologismo *cetrado* («con cetro, en posesión del cetro») se introduce aquí, a imagen del término *mitrado*, para conservar mayor proximidad respecto de la expresión original. < <

[100] *Ausonia*: nombre griego para Italia y nombre poético en inglés para la misma región; *Mulciber* es uno de los nombres latinos de la divinidad grecorromana Vulcano (Hefesto). En la *Biblioteca* de Apolodoro, Hefesto es hijo de Hera (sin concurso de varón) y Zeus lo arroja del cielo por auxiliar a su madre, castigada por Zeus. Hefesto cae en la isla egea de *Lemnos* rompiéndose las dos piernas y es curado por la diosa Tetis. <<

[101] *Ormuz*: una isla comercial en el golfo pérsico; *Ind*: forma apocopada de referirse a la India; ambos nombres como símbolos de espléndidas cortes orientales. < <

[102] *Potestades y Dominios*: diferentes grados de dignidades angélicas. < <

[103] *Virtudes Celestiales*: otro grado de las dignidades angélicas, aunque aquí tomado como símbolo de la totalidad por la ironía que conlleva. < <

[104] *Rey cetrado*: cf. nota a «Libro I», v. 734. <<

[105] *Máquina Omnipotente*: quizá el Trueno de Dios, o el Carro del Hijo en «Libro VI», v. 829, que precipita la derrota de los ángeles rebeldes. < <

[106] *Su diestra roja mano*: Horacio (*Odas*, I, II, vv. 2-3) atribuye a Júpiter una «mano derecha roja» (*rubente dextera*). < <

[107] *Miguel*: Significa en hebreo «¿Quién como Dios?» y es corriente en la Biblia como nombre de mortal. Pero el ángel Miguel aparece ya en las Escrituras como uno de los príncipes entre los ángeles (cf. Daniel 10:13 y 12:1). En Judas 1:9, el arcángel Miguel disputa al diablo el cuerpo de Moisés; en Apocalipsis 12:7 es Miguel con sus ángeles quien combate contra el dragón. < <

[108] *Tronos e imperiales Potestades* […] *Etéreas Virtudes*: diferentes grados de dignidades angélicas. < <

[109] *La guerra nos determinó*: el término *determinar* sobre todo en su significado latino original de «poner términos o límites, confinar». < <

[110] *nimios habitantes*: Milton crea aquí un doble sentido con el adjetivo *punie* (actualmente *puny*, «insignificante, enclenque, minúsculo, miserable…») irreproducible en castellano. *Punie* deriva del francés «puis né» («nacido después») y el significado de «más joven, más reciente» era todavía corriente en el inglés del XVII: los *habitantes* del mundo que propone atacar Belcebú, la raza humana, son pues más insignificantes puesto que nacidos después de la raza angélica; para los ángeles caídos son una raza sin prosapia y advenediza, como se dirá luego (v. 834). <<

[111] *Celímacos*: neologismo establecido para traducir el inglés *Heav'n-warring*, «que hacen la guerra al Cielo», a partir del elemento preformante *celi-* (como en *celícola*, «habitante del cielo») y el griego *machomai*, «luchar» (como en *taurómaco*, o *iconómaco*). < <

[112] *sonora alquimia*: el término *alquimia*, aquí, en su significado (desusado en castellano) de «aleación semejante al oro, latón»; la expresión sugiere, pues, metonímicamente, las trompetas de los querubines. < <

[113] *Campos Pitios*: Cerca de Delfos, donde se celebraban cada cuatro años unas competiciones deportivas pan— helénicas, (los Juegos Pitios) similares a las olímpicas, en conmemoración de la victoria de Apolo sobre la serpiente Pitón. < <

[114] *la taina circunvala*: esto es, gira a toda velocidad en el carro de carreras alrededor de la señal (*taina*) que marca la meta de la carrera. < <

[115] *cólera tifónica*: cólera semejante a la del monstruo Tifón (cf. nota a «Libro I», vv. 198-201). < <

[116] Tras tomar la ciudad de Cecalia, matar a su rey Éurito y tomar cautiva a la princesa Yole, *Alcides* (Heracles o Hércules) recibió de su esposa Deyanira una túnica untada con la sangre del centauro Neso. Deyanira, celosa de Yole, creía que la sangre actuaría como un filtro amoroso en su marido; pero su efecto era, por el contrario, corrosivo, incluso para un semidiós como Heracles. Al ponerse la túnica para celebrar un sacrificio, el veneno empezó a corroerle la carne. Heracles agarró a *Licas*, el mensajero que le trajera la túnica, y lo despeñó (según Ovidio en las *Metamorfosis* desde el *Eta*; según Apolodoro desde el monte Ceneo, sobre el mar de *Eubea*); luego encendió una pira en el *Eta* y se arrojó a ella (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, II, 6). <<

[117] Milton configura aquí su propia geografía infernal con elementos de la mitología clásica. El carácter que atribuye a cada uno de los ríos no es sino la explicación del significado de sus respectivos nombres en griego. < <

[118] La *ciénaga sirbonia* son las arenas movedizas que rodean el lago de Sirbon, en la costa mediterránea de la península del Sinaí. *Damieta* es una ciudad egipcia más al oeste, en el delta del Nilo. *Casio* era el nombre antiguo dado a un promontorio también en la costa mediterránea de la península del Sinaí, al este del lago de Sirbon. El lago de Sirbon y las ciénagas de alrededor eran una defensa natural contra los ejércitos que intentaban invadir Egipto desde el oriente. Según la tradición Tifón se había ocultado allí. <<

[119] Las *Furias* (latín) o Erinias (griego) son las deidades grecorromanas de la venganza. De acuerdo con Hesiodo y Apolodoro, nacieron de la sangre de la mutilación de Urano que cayó sobre Gea. < <

[120] *Medusa* era una de las Gorgonas (cf. nota a v. 628), con cabellera de serpientes y el poder de convertir en piedra a quien la mirase. Era la única mortal de las tres hermanas y la mató Perseo. < <

[121] *Tántalo* (cf. *Odisea*, XI, vv. 582-592) sufría en el Hades el tormento de estar sumergido hasta el cuello en agua, pero ésta huía de él cuando trataba de bebería; lo mismo le ocurría con los árboles frutales que le tentaban alrededor. < <

[122] La *Hidra* era un monstruo de cien cabezas, hija de Tifón y Equidna, que guardaba las manzanas de las Hespérides. Las *Gorgonas* eran tres hermanas, hijas de Forco y Ceto, de la estirpe titánida. La *Quimera*, hija también de Tifón y Equidna, era león por delante, dragón por detrás y cabra en medio con una cabeza que arrojaba fuego; la mató el héroe Belerofonte. < <

[123] *Ternate* y *Tidor*: dos pequeñas islas de las Molucas (Indonesia) en el archipiélago malayo. < <

[124] El *Cabo* es el de Buena Esperanza, en África del sur. < <

[125] *cerbéreas fauces*: por Cerbero, el perro de múltiples cabezas que guardaba el mundo infernal en la mitología clásica. < <

[126] *Escila* (cf. *Odisea*, XII, vv. 80 ss.) era un ser sobrenatural monstruoso, cuya cintura estaba formada también por cabezas de perro. Ulises debía pasar entre ella y Caribdis, el monstruo en el lado opuesto, para alcanzar la isla de *Trinacria*, donde pastaban las vacas del sol. <<

[127] *Ofiuco*, el Portador de la Serpiente, es la constelación del Serpentario. <<

[128] El nacimiento de Pecado, la Hija de Satán, rememora el de Atenea, la hija de Zeus; posteriormente, la relación entre Satán y su Hija se convierte en una antiimagen infernal de la relación entre Dios y el Hijo (cf. sobre todo «Libro II», vv. 869-870). <<

[129] *Celinata*: neologismo establecido (a imagen, por ejemplo, de *naonato* o *aeronato*) para traducir sintéticamente el inglés *heav'nlie-born*, «nacido en o del cielo, con naturaleza celestial». < <

[130] Milton se refiere a la Llave de Pecado con una expresión que ya ha utilizado, en los primeros versos de su épica, para referirse al fruto del Árbol del Bien y del Mal: ambas cosas son la causa o instrumento *de todos nuestros males*. De manera que este episodio en que Satán convence a su hija Pecado de que le abra las Puertas del Infierno, con la promesa de que ella y el hijo de ambos serán como dioses en el nuevo mundo, es una antiimagen infernal de la seducción de Eva. O dicho de otro modo, ambos vienen a ser el mismo acontecimiento, pero en dos planos correlativos de la realidad: el plano terrenal y ese otro nivel inframundano, que es como el vasto y oscuro inconsciente simbólico del universo visible. <<

[131] *Barca* y *Cirene* eran dos ciudades en el norte de África, en la costa libia, *drene* era una colonia griega establecida en el VII a. C. *Barca* fue fundada posteriormente por la próspera *Cirene*. < <

[132] *Belona*: diosa romana de la guerra. < <

[133] El *Grifo* es un animal mitológico, un león alado con cabeza de águila. De acuerdo con un rumor citado por Herodoto (*Historia*, III, 116) y en el que él mismo confiesa no creer, los *arimaspos*, una raza de hombres con un solo ojo, robaban el oro que guardaban los *grifos*. <<

[134] *Orco* y *Hades* son respectivamente las figuras romana y griega que representan tanto el reino de ultratumba como la divinidad que lo preside. *Demogorgon* aparece en la *Genealogía de los dioses paganos*, de Boccaccio, como un gran poder ctónico que es el «padre y principio de los dioses paganos». <<

[135] *Anarca*: Milton da a Caos un título un tanto oximorónico, puesto que literalmente lo nombra «supremo gobernante del desgobierno». < <

[136] *Argos*: la nave de Jasón y los argonautas, en *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas. <<

[137] *la desnuda convexidad del orbe más remoto de este universo*: el universo físico en su totalidad visto como una esfera (piénsese, por ejemplo, en la esfera del reverso del tríptico del Bosco *El jardín de las delicias* y visible cuando las hojas laterales del tríptico están cerradas); Satán viene a posarse sobre ella. < <

[138] Con el paso de las tinieblas infernales, que ha descrito en los dos primeros libros del poema, al mundo empíreo, al que se propone aludir ahora, Milton realiza una nueva invocación, esta vez a la Luz Celestial. < <

[139] Milton se refiere aquí a su propia ceguera, que le afligía desde mucho tiempo atrás pero que fue completa desde 1652. < <

[140] *Gota tan serena*: «gota serena» (*gutta serena*) es otro de los nombres de la amaurosis o privación total de la vista. < <

[141] *turbia sufusión*: «sufusión» (*suffusio nigra*) es una enfermedad de los ojos semejante a las cataratas. < <

[142] *Tamiris*, un poeta del que habla Homero en la *Ilíada*, II, vv. 594 ss., y al que cegaron las Musas por haberse jactado de que las superaba en el canto. *Meónides* es otra forma de llamar a Homero. <<

[143] *Tiresias* es, en la mitología griega, un vidente tebano que conservó su don de la videncia en el Hades después de muerto; Ulises, en el libro XI de la *Odisea*, lo invoca del submundo para consultarle acerca de su viaje. *Fineo*, un profeta de Tracia que los dioses habían dejado ciego por revelar el futuro a los hombres (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, I, 9, 21). < <

[144] *Melodiosos números*: ritmos poéticos. < <

[145] *universal blancura*: el blancor de una página en blanco que es, a la vez, vacío (*blank*). <<

[146] *Su Hijo Único. En la tierra vio primero / A los dos primeros Padres, los dos únicos aún*: dada la falta de desinencias en el adjetivo inglés, estas duplicaciones son aún más evidentes en el texto original. La aparición de estas tres geminaciones en sólo dos versos indica ya por sí misma la complejidad significativa que transportan. La segunda, la dilogía entre *primero* (*first* adv.) y *primeros* (*first* adj.) es fundamental, porque establece un vínculo muy específico entre Dios y los Protopadres: sugiere incluso que su acto de verlos (tropo aquí de *concebir/percibir* en un sentido divino) *primero* es lo que los hace *primeros*. La duplicación de *dos*, por tanto, no puede ser gratuita, y menos cuando su primera aparición es un puro pleonasmo… o lo parece. Porque *dos* es, en este verso, una palabra en movimiento, que fluye, dinamizada por el adverbio temporal y a través de él, desde la totalidad del primer *dos* (que cierra el mundo «completo», prácticamente atemporal, o pretemporal, de Adán y Eva bajo la mirada de Dios en el Jardín) hacia la incompletitud, apertura y multiplicabilidad del segundo *dos* que «abre» la pareja completa-en-sí a la «multiplicidad» humana que surgirá de ella.

Dentro de este marco de creación y evolución, la primera duplicación, *único(s)* / (*onely*), establece una relación estrecha entre el Hijo y el ser humano que sugiere dos cosas al mismo tiempo: en el mundo perfecto del Paraíso prelapsario, la feliz correlación entre el *tipo* celestial y el *antitipo* terrenal del «hijo de Dios», fundada en la unicidad de la querencia divina; en el mundo imperfecto posterior a la Caída preludia la futura Encarnación. <<

[147] *Transporta al Adversario*: el término *transporta* aquí en su doble sentido de «lleva, mueve, empuja» y «enajena». < <

[148] Milton o, mejor dicho, el Dios del *Paraíso perdido* sólo es capaz de concebir aquí dos posibilidades de comportamiento legítimo del ser humano: el determinismo natural, por el que la voluntad y razón humana serían pasivas y obedecerían a la necesidad (v. 110); o bien, el condicionamiento divino, por el que el ser humano es (supuestamente) libre sólo (paradójicamente) para obedecer a Dios. La tercera posibilidad, la de una libertad al margen del determinismo natural y del condicionamiento divino, una libertad plena del ser humano para explorar todas las posibilidades inherentes a su modo de existen cía en un universo creado a la medida de esa libertad, es algo que este Dios no es capaz de imaginar siquiera. De ahí que el discurso de este Dios sea el de la obediencia, mientras que el de Satán sea el de la libertad. Milton era un cristiano fiel a sus creencias; pero Milton era también un republicano convencido que luchó como nadie por las libertades individuales. Esta sección, por tanto, está en el centro de la problemática sobre el sentido del *Paraíso perdido*. < <

[149] *cual de números sin número*: o dicho sin poner de relieve la (aparente) paradoja a efectos poéticos, «cual de congregación innumerable». < <

[150] *Amaranto imperecible*: del griego «amaranthos» (perdurable, que no se marchita); una legendaria flor inmarchitable, así como una familia de plantas reales. Milton, en esta imagen de las coronas de las entidades angélicas, elabora la parte del versículo 1 Pedro 5:4, que reza: «recibiréis la corona perenne de la gloria», donde «perenne» es *amarantinon* en el griego del Nuevo Testamento. < <

[151] *las ávidas Dominaciones*: el término *Dominaciones* denota una categoría angélica; el inglés *aspire* tiene aquí, como muy a menudo en el poema, la connotación negativa de «avidez, aspiración ilegítima y contra el orden de las cosas». < <

[152] *tus Poderes: Poderes* aquí por la categoría angélica de «Potestades» («Potestates»), las «Potestades» del bando del Hijo. <<

[153] *Con igual rigor, sino te inclinas más a la piedad /[…]/ Con igual rigor, sino inclinado más a la piedad*: una de las no infrecuentes geminaciones de Milton; nótese el poliptoton, en el uso del verbo, entre ambos versos. < <

[154] *Imáus*: nombre de una gran cadena montañosa en Asia, usado de un modo indefinido por los geógrafos antiguos. En su sentido más específico, es la parte occidental del Himalaya; pero el nombre se usa también para designar una cordillera asiática más al norte, que podría ser la de Altai, desde el desierto de Gobi en el sureste hasta Siberia en el noroeste. <<

[155] El *Hidaspes*, mencionado por Arriano de Nicomedia en su obra *Indica*, parece que podría ser el Jhelum, uno de los cinco ríos del Punjab. <<

[156] *Sericana*: una región al noroeste de China. < <

[157] *No en la Luna próxima, como hay quien sueña*: Como por ejemplo Ariosto en *Orlando furioso* (cf. «Canto XXXIV», vv. 74-75). < <

[158] *Sinar*: Cf. Génesis 11:2. < <

[159] *Empédocles*: (c. 490-430 a. C.) filósofo griego, poeta y maestro religioso que, según la leyenda, se arrojó al volcán Etna, en Sicilia, para convencer a sus seguidores de su divinidad. < <

[160] *Cleombroto* era un joven del círculo de Platón (cf. *Fedón*) que, según Lactancio (cf. *Instituciones divinas*, III, 18) se arrojó al mar fascinado por la idea del Más Allá pintada por Platón en su diálogo sobre la inmortalidad del alma (*Fedón*). < <

[161] *Blancos, negros, grises*: Dominicos (hábito y escapulario blancos), carmelitas (hábito y escapulario negro o pardo, aunque el manto es blanco) y franciscanos (hasta la época napoleónica el hábito era gris; desde entonces, negro, aunque algunos países conservan el color tradicional). <<

[162] *y las fijas pasan*: la esfera de las estrellas fijas. < <

[163] La *esfera* de Libra, que es la *balanza* que sirve como punto de referencia para medir la *oscilación* o trepidación astronómica, postulada por el astrónomo árabe Thabit ibn Qurra (s. IX) en lugar de la precesión de los equinoccios ptolemaica. < <

[164] *cuentas*: cuentas de rosario. < <

[165] *perfil trasero*: el término inglés *backside* significa «la parte dorsal o posterior de algo» y, directamente, también «trasero, el trasero»; esta alusión, en estos versos cargados de ironía cuando no sarcasmo contra la superstición religiosa católica y criptocatólica, es perfectamente intencional. < <

[166] Cf. Génesis 2.8. *Luz* en el v. 513 no es el substantivo castellano, sino nombre propio hebreo, el de la ciudad de Canaán de Génesis 28:19 que Jacob llamó Betel. < <

[167] La ciudad de Dan, en el extremo norte de Israel, fue llamada posteriormente por los griegos *Vaneas* o *Vaneas* en honor del dios Pan. *Berseba* estaba en el extremo sur. La frecuente frase veterotestamentaria «desde Dan hasta Berseba» significa la totalidad del territorio de Israel. <<

[168] *el Astro del Vellón*: el astro *del Vellón* o, literalmente, «aborregado» es un modo de referirse a Aries, la constelación del Carnero, opuesta a Libra y cerca de Andrómeda. < <

[169] *tubo óptico*: el telescopio. < <

[170] *Aarón*, hermano de Moisés y primero de la casta sacerdotal de los levitas, debía portar en las ceremonias religiosas un *pectoral con doce piedras* simbólicas de las doce tribus de Israel (cf. Éxodo 28:15-30). < <

[171] Milton habla aquí, desde luego, de la *Piedra* Filosofal: *Hermes* es el mercurio de los alquimistas y *Proteo*, la vieja figura mitológica griega de formas cambiantes, al igual que el dios *Hermes*, aparece aquí simbolizando un elemento de los alquimistas en su búsqueda de la *Piedra*. <<

[172] Cf. Apocalipsis 19:17. < <

[173] El nombre *Uriel* significa en hebreo «fuego de Dios»; aparece como nombre propio en la Biblia (cf. 1 Crónicas 6:24 y 15:5, 11 y 2 Crónicas 13:2), pero no como nombre de esta importante entidad angélica de la tradición mística judía hasta el segundo apócrifo de Esdras. < <

[174] *faz triforme*: por las tres fases de la luna, relacionadas con las diosas Luna, Diana y Hécate. < <

[175] *Nifates*: según Estrabón, un monte en la frontera entre Armenia y Asiria. < <

[176] Cf. Apocalipsis 12:7-12. La frase *¡Ay de los moradores de la tierra!* proviene de Apocalipsis 12:12, o así es al menos como la traducen algunas versiones de la Biblia. El Nuevo Testamento de Wycliffe (1380) y La Nueva Biblia Española (1975), por ejemplo, ofrecen *Woe to the earth, and to the sea* («¡Ay de la tierra y del mar!»); pero la King James Bible (1611) y la Reina-Valera (1960), Woe *to the inhabiters of the earth and of the sea! for the devil is come down unto you, having great wrath, because he knoweth that he hath but a short time* («¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo»). < <

[177] *máquina diabólica*: el cañón, cuya invención Milton atribuye a Satán más adelante en el poema. < <

[178] Este pasaje en que Satán se dirige al Sol (cuando menos los versos 32-41) precede en varios años (hasta 15 o 16 según Aubrey[5]) a la composición del *Paraíso perdido* y habría sido escrito para la tragedia *Adam Unparadized* (*Adán desparadisado*), que fue el primer modo en que Milton concibió el tema de la Caída, sin llegar a concluirla. Según Waldock[6], el Satán que se expresa en estos versos es tan distinto del de los libros I y II que ni siquiera se puede decir que sean el mismo personaje, lo que crea una discontinuidad narrativa que neutraliza la idea de la degradación de Satán: idea en la que un exponente antisatanista como Lewis[7] funda su tesis de la ortodoxia religiosa de Milton. <<

[179] *la prestada faz*: recuérdese que Satán ha tomado la forma de un ángel novicio para poder eludir así la vigilancia de Uriel en la esfera del sol («Libro III», v. 634 ss.). < <

[180] El *monte asirio* es el Nifates de «Libro III», v. 742. < <

[181] El *arco húmedo* (*humid bow*) es, desde luego, el arco iris. < <

[182] *Cabo de Esperanza*: el Cabo de Buena Esperanza, que forma el cono meridional del continente africano. < <

[183] *sabeo aroma*: del bíblico reino de Saba, que floreció en el Yemen hacia el siglo XII a. C. < <

[184] La historia proviene de los capítulos 7 y 8 del Libro Apócrifo de Tobías: Tobías debe casarse con su prima Sara, de la que está enamorado el demonio Asmodeo. Éste ha matado ya a siete maridos de Sara durante sus respectivas noches de boda; pero Tobías, instruido por el ángel Rafael, quema en la cámara nupcial el corazón y el hígado de un pescado, lo que hace huir al demonio a Egipto, donde es capturado por el ángel. < <

[185] De acuerdo con A. Fowler, el *cormorán* o cuervo marino simbolizaría «la codiciosa explotación de los débiles, en particular por el clero “mercenario”»[8]. <<

[186] La ciudad de *Haurán* el libro de Ezequiel (47:16 y 18) la sitúa al oriente de Israel (Milton usa aquí el nombre Auran, que es el término latinizado ofrecido por la Vulgata). *Seleucia* es el nombre de la capital construida por Seleuco, general de Alejandro, junto al Tigris y capital de su reino sirio. Los *edenitas* son los habitantes de la ciudad o territorio de Edén (no el Edén paradisíaco, sino la región referida en 2 Reyes 19:12 e Isaías 37:12). Milton usa aquí la expresión *sons of Edén* («hijos de Edén»), que es traducción literal del hebreo *beney-Eden* y del latín de la Vulgata *filios Eden*. La ciudad de *Telasar* se cita también en 2 Reyes 19:12 e Isaías 37:12 como lugar de habitación de los *edenitas*. < <

[187] La imagen del gran río que se divide luego en cuatro corrientes principales proviene de Génesis 2:10. < <

[188] *fábulas hesperias*: las relativas al jardín de las Hespérides, quienes eran las guardianas de las manzanas de oro dadas por Gea a Hera cuando esta última se casó con Zeus. < <

[189] El dios *Pan*, las *Gracias* y las *Horas* son todas ellas figuras mitológicas griegas relacionadas con la naturaleza y los cultos de fertilidad. <<

[190] Cf. Las *Metamorfosis* de Ovidio (libro V) y el *Himno a Deméter* homérico. *Proserpina* (o Perséfone, para los griegos), hija de *Ceres* (Deméter) y Zeus, fue raptada por el dios del inframundo *Dis* (Hades, Plutón) mientras recogía flores en el campo de *Enna*, en Sicilia. *Ceres* la buscó por todo el mundo y, cuando por fin supo quién era su raptor, se negó a que creciera el cereal mientras no le fuera devuelta su hija. *Dis* acabó por acceder a que *Proserpina* pasase en la superficie del mundo la mitad del año, lo que explica en términos míticos por qué los cultivos sólo crecen durante una parte del año. < <

[191] *Daphne* es el nombre de una hija del dios fluvial Peneo, en Tesalia; pero también de unos jardines al sur de Antioquía en Siria, junto al río *Orontes*, donde había un bosque y un templo dedicados a Apolo, así como una fuente nombrada según la famosa *Castalia* del Parnaso. <<

[192] La *isla nisia* es Nysa, de ahí el nombre griego de *Baco*: Dioniso. Según Diodoro de Sicilia (cf. *Biblioteca Histórica*, III, 68), el rey libio *Antón* (identificado por una parte con Zeus-Júpiter y, por la otra, con *Cam* o Ham, uno de los hijos de Noé) se casó con *Rhea*, hija de Urano y hermana de Cronos, pero tuvo amoríos con una hermosa muchacha, Amaltea, de la que nació Dioniso-Baco. Amón, para proteger al niño de su esposa legítima *Rhea*, lo ocultó en la isla de Nysa, rodeada por el río *Tritón*. < <

[193] El *Amara* era un monte situado en *Abisinia* (Etiopía) a la altura del ecuador (la *línea etíope*). < <

[194] Nótese cómo Adán, al principio de la frase, y Eva al final circunscriben la totalidad de la raza humana. <<

[195] *pardos*: tanto en castellano como en inglés, sinónimo de «leopardos». < <

[196] *recto aspecto*: el término *aspecto* aquí en sentido astrológico. La ironía del adjetivo *right* (*recto* o correcto) consiste en que los rayos del sol están a punto de incidir perpendicularmente contra el Portal, esto es, formando un ángulo de 90º o bien en «aspecto cuadrado», que es una mala configuración astrológica. < <

[197] Es decir: ya estemos hablando de un universo ptolemaico (geocéntrico) o coperniquiano (heliocéntrico). < <

[198] *Héspero*: el planeta Venus al mostrarse en el oeste con la caída de la tarde. < <

[199] Tanto el dios griego *Pan*, como el dios romano *Fauno*, asimilado al anterior, como las *Ninfas* y *Silvanos* son figuras mitológicas asociadas con la fertilidad. *Pan, Fauno*, los *Faunos* (derivados del anterior y asimilados a los Sátiros griegos) y los *Silvanos* son entes híbridos, mitad hombres, mitad machos cabríos. < <

[200] Pandora fue el regalo de Zeus al hijo menos sabio de Jápeto (nombre asimilado aquí al del hijo de Noé, *Jafet*), que era Epimeteo, como venganza contra su hermano Prometeo, que había robado el *fuego* original o *auténtico* (en el sentido etimológico de esta palabra en griego) al padre de los dioses. Pandora le fue portada a Epimeteo por el Argifonte (epíteto del dios *Hermes*) investida de los dones que le habían otorgado cada uno de los dioses y, al destapar la caja que portaba, todos los males que más tarde asolarían a la humanidad se diseminaron por el mundo (cf. Hesiodo, *Trabajos y días*, 81 ss.). <<

[201] La sombra de la Tierra, proyectada por el sol contra la esfera de la luna, ha alcanzado la mitad del curso ascendente; en la esfera del reloj serían, por tanto, las nueve del anochecer. <<

[202] *Uzziel*: en hebreo, «fuerza de Dios». En la Biblia aparece 18 veces, pero como nombre humano. En la tradición rabínica, *Uzziel* era uno de los siete ángeles ante el trono de Dios. < <

[203] *La mitad a escudo vira, a lanza la mitad*: expresión clásica militar para indicar la mano de la lanza (derecha) o la del escudo (izquierda). < <

[204] El nombre *Ithuriel* («descubrimiento de Dios») no es bíblico, pero sí el de un ángel de la tradición cabalística medieval. *Zefón* («espía, buscador») aparece en la Biblia como nombre humano, en Números 26:15 y unido al del dios Baal en el toponímico Baal-Zefón (Exodo 14:2, 9 y Números 33:7). < <

[205] Zeus usa la balanza áurea para decidir la suerte de aqueos o troyanos en la *Ilíada*, VIII, vv. 69-74 y la de Aquiles contra Héctor en XXII, vv. 209-213; y Júpiter en la *Eneida*, XII, vv. 725–727 para pesar el destino de Eneas contra Turno. Milton identifica la balanza divina del destino con la constelación de Libra, entre Virgo (*Astraea*) y Escorpio. *Astraea* (Astraia, en la mitología griega) era hija de Zeus y Temis, y encarnaba la justicia. Al terminar la edad de oro, última de los dioses de la antigüedad en abandonar la Tierra, se transformó en Virgo (la Virgen), sosteniendo la balanza de la justicia en la constelación contigua de Libra. < <

[206] *Rafael*: este ángel aparece ya en el Libro Apócrifo de Tobías: en 12:15 se presenta a sí mismo con estas palabras: «Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están al servicio de Dios y tienen acceso ante el Señor de la gloria»[9]. En hebreo, su nombre significa «curó Dios». *Abdiel*: este nombre aparece en la Biblia (1 Crónicas 5:15) pero no con categoría angélica, sino como nombre de mortal; en hebreo significa «siervo de Dios». < <

[207] *Flora*: la diosa romana de las flores y la floración; *Céfiro* aparece aquí como la personificación del viento del oeste. < <

[208] *Con las ruedas aún rozando*: la imagen mítica de las *ruedas* del carro del Sol. < <

[209] *verso numeroso*: verso sometido a número, esto es, a métrica ritmada pero no rimada. < <

[210] *Tú el más bello de los astros*: Venus, que es Lucifer (el Portador de la Luz) por la mañana en el este, último de los astros en desaparecer; y Héspero por la tarde en el oeste, el primero de los astros nocturnos en hacerse visible. < <

[211] *cinco Fuegos errabundos*: los cinco planetas tradicionales: Venus, Marte, Mercurio, Júpiter y Saturno. < <

[212] *La fortuna que es bien libre de querer. / Dejada a su libre voluntad: su voluntad que, libre*: nótese que Milton inserta tres veces la palabra *will* («querer, voluntad») en esta frase; la dilogía entre la primera inserción y las otras dos no puede mantenerse en español, sin embargo, sí conservamos el carácter verbal de la primera. <<

[213] *Ardores Celestiales*: un modo miltónico de llamar a los ángeles. < <

[214] Las *Cicladas* forman un archipiélago en el mar Egeo de unas treinta islas, con la isla sagrada de *Delos* en el centro y el resto formando un círculo alrededor (de ahí el nombre). La isla también griega de *Samos* está al noreste de las *Cicladas*. < <

[215] De acuerdo con Ovidio (*Metamorfosis*, XV, vv. 391-407) sólo existe un *fénix* en cada era, que vive quinientos años alimentándose de gotas de incienso y savia de cardamomo; al cabo de ese periodo, forma un nido en la copa de una palmera con cortezas aromáticas de casia, nardo, cinamomo y mirra, y expira entre perfumes. De sus cenizas surge otro *fénix* que, en cuanto puede transportar cargas volando, lleva los restos mortales de su «padre» a Heliópolis, la ciudad egipcia dedicada al *dios Sol*, que en el renacimiento se confundía con *Tebas*. <<

[216] El hijo de *Maya* es Hermes (Mercurio), mensajero de los dioses.
< <

[217] Las *Indias al oeste o este* significan, por supuesto, la India asiática y las Indias occidentales o América; el *Ponto* es la orilla meridional del mar Negro; la *costa púnica* indica el litoral mediterráneo norteafricano donde estaba la antigua Cartago, en el Túnez actual; Alcínoo (cf. *Odisea*, VII) era rey de los feacios, Ulises visitó su reino fértil y paradisiaco. < <

[218] *Pomona*: diosa romana de los árboles frutales. < <

[219] *Dríade*: ninfa de los bosques. < <

[220] Hera, Atenea y Afrodita compitieron por la manzana de oro arrojada por Eris, diosa de la discordia, con la inscripción «para la más bella», cuando no la invitaron a las bodas de Peleo y Tetis. Zeus decidió que el olímpico concurso de belleza tuviese lugar en el monte Ida, con el príncipe Paris como juez. Paris otorgó la manzana de oro a Afrodita a cambio de Helena, lo que desembocó en la guerra de Troya que cuenta la *Ilíada*. <<

[221] *cuecen*: parece tratarse aquí, en esta era primordial de dieta crudívora, de la «cocción» interior operada en los intestinos. <<

[222] *etéreos Fuegos*: los astros. < <

[223] *[…] no sólo en apariencia / O niebla el Ángel, glosa muy común / De los teólogos*: en contra de lo que pudiera pensar Tomás de Aquino en su *Suma teológica* (la. Q. ni, art. 3), los ángeles de Milton no comen simbólicamente, sino alimento real, con verdadero apetito. < <

[224] *copas afluentes*: a través de las cuales fluye el líquido hasta las bocas de los comensales. < <

[225] Cf. Génesis 6:1-2, que refiere la unión entre los *hijos de Dios* y las hijas del hombre. < <

[226] El *Gran Año* culmina en el momento en que todos los astros —planetas y estrellas fijas— retornan a su punto inicial (cf. Platón, *Timeo*, 39 c/d). < <

[227] El orden de la frase dispuesto por Milton y que aquí respetamos da lugar a confusión. El *Fruto de exquisitas viñas, que en los Cielos crecen* (v. 635) es el *néctar* [que] *fluye cual rubí* (v. 633) *en* [copas de] *perla, adamante y en macizo oro* (v. 634). < <

[228] *el Ángel bravo*: Abdiel, a quien hemos visto enfrentarse verbalmente a Satán en el libro anterior. < <

[229] *Servidor de Dios*: traducción literal del nombre hebreo «Abdiel» (cf. nota a «Libro V», «Argumento»). < <

[230] *De mí una pluma*: del crestón de la celada de Satán, como trofeo de guerra. < <

[231] *todas sus regiones*: las regiones propias y características de los cuatro elementos tradicionales. < <

[232] *aspecto pernicioso*: alguna de las configuraciones que los astrólogos consideran fuente de consecuencias nefastas. < <

[233] *herida discontinua*: la expresión es una metalepsis: la herida es continua, pero el corte crea discontinuidad en la «carne» (por referirnos de algún modo a la materia corporal angélica) herida. <<

[234] C. S. Lewis llama «panorgánica» a esta cualidad angélica[10]. <<

[235] *Asmadai y Adramelek: Asmadai* es el Asmodeo del Libro Apócrifo de Tobías (cf. nota a «Libro IV», vv. 168-171), en el que ya es confrontado y reducido por Rafael; *Adramelek* es en la Biblia el dios babilonio de 2 Reyes 17:31 al que los colonos de Sefarvain en Samaria sacrificaban sus hijos en el fuego. < <

[236] *Ariel, Ariock y Ramiel: Ariel* («león de Dios») es en la Biblia nombre de persona en Esdras 8:16 y el de Jerusalén en la profecía de Isaías contra esta ciudad (cf. Isaías 29:1-7); *Arioch* es en la Biblia el nombre del rey de Elasar (Génesis 14:1 y 9) y de un capitán de la guardia real de Babilonia en Daniel 2:14-25; *Ramiel*, en el Libro Apócrifo de Enoc (1, 6:7), uno de los ángeles que copuló con las hijas de los hombres. < <

[237] *Nisroc*: el dios asirio de 2 Reyes 19:37. < <

[238] *ígnea y excitable espuma*: en algunas sales, como el nitro, la costra que se forma en la superficie del terreno de donde se extrae. < <

[239] Milton convierte aquí a Satán en inventor del cañón. < <

[240] *incentivo cáñamo*: el *cáñamo* con el que se hacía la mecha, que, acercada al oído del cañón, lo excita a arder, esto es, *incentiva* la explosión. < <

[241] *consciente noche*: la noche es la única que tiene consciencia del ardid tramado por las tropas rebeldes. < <

[242] *cuadro hueco*: formación de infantes en cuadrilátero del que se han retirado las filas interiores para emplazar ahí los cañones defendidos por los cuatro costados. < <

[243] *encadenadas balas*: un proyectil de la Antigüedad que consistía en dos enormes balas de metal unidas por una fuerte cadena; se utilizaba para abrir amplias brechas en las filas enemigas. < <

[244] La descripción del Carro divino proviene de las visiones de Ezequiel (cf. Ezequiel 1:5-28 y 10:9-17). < <

[245] Los *urim* eran un tipo de piedra de significado religioso y ceremonial que Aarón, como sumo sacerdote, portaba en el pectoral (cf. Exodo 28:30 y Levítico 8:8); servían también en consultas oraculares (cf. Números 27: 21 y 1 Samuel 28:6). < <

[246] *Urania*: una de las nueve Musas nacidas de Zeus y Mnemosine, según la *Teogonia*. Siendo la «Celeste», era la Musa de la astronomía y se la representaba con un globo y un compás. Milton, sin embargo, no invoca a esta entidad mitológica, sino su *esencia* (v. 5), que, a través de Proverbios 8, el poeta conecta con el Espíritu Santo (vv. 6-12), inspirador de los profetas bíblicos. < <

[247] *Belerofonte*: hijo del rey corintio Glauco, trató de remontarse al Olimpo cabalgando el caballo alado Pegaso, con cuya ayuda había vencido a la Quimera. Zeus lo hizo caer del animal a campos de *Alea*, destinado a vagar allí ciego y solo. < <

[248] Milton había caído realmente *en malos tiempos* tras el hundimiento de la República cromwelliana y la Restauración de los Estuardo. Completamente ciego, se vio obligado a esconderse durante algún tiempo para no seguir el atroz destino de otros regicidas y revolucionarios. <<

[249] El poeta tracio, de la región montañosa de *Rhodope*, es Orfeo, que fue despedazado por las Ménades y Bacantes sin que su madre, la Musa Calíope, pudiera impedirlo (cf. *Metamorfosis*, X y XI, vv. 1-66). Milton equipara aquí a los desenfrenados seguidores del orgiástico dios Baco con los partidarios de la Restauración. < <

[250] *movientes fuegos*: los astros. < <

[251] *Cuándo absuelta*: en el sentido etimológico latino de «terminada», «hecha *absoluta*» (participio activo *de absolvere*), más las resonancias, también etimológicas, de «hecha independiente», «hecha inocente». < <

[252] *Lucifer*, el «Portador de la Luz», es también el nombre que recibe el Venus matutino. < <

[253] *Entre dos broncíneos montes*: cf. Zacarías *6:1*. < <

[254] *Omnífica*: «creadora (-*ficus*) de todo (omni)»; el término es acuñación de Milton. < <

[255] *[…] o yemas / Como gemas* […]: Milton dice literalmente «o germinados / Sus brotes»; sin embargo, utiliza el neologismo *gemmed* (del latín *gemmare*, «echar brotes»), creando una especie de metáfora tácita entre las yemas (o botones, o brotes embrionarios, o gemas de los árboles) y las gemas o piedras preciosas. <<

[256] El *Planeta Matutino* es Venus. Galileo había descubierto recientemente con su telescopio las fases de este cuerpo planetario, semejantes a las de la luna; de ahí que Milton se refiera a *sus cuernos*. < <

[257] *En aquel aspecto*: en el sentido astrológico del modo en que los cuerpos celestes se contemplan mutuamente desde sus posiciones relativas según un observador terrestre. < <

[258] El pavo real. <<

[259] El *Behemoth* es el nombre bíblico de un gran animal terrestre (cf. Job 40:15), quizá el elefante o el hipopótamo, o una bestia mítica. Milton, cuando menos, no lo asimila al hipopótamo, al que se refiere unos versos después. < <

[260] *el fluvial caballo*: esta expresión es la traducción literal del griego *hippopótamos* (de *hippos*, «caballo» y *potamos* «río»). < <

[261] *Seis ves tú:* los seis planetas clásicos del universo ptolemaico: Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno. < <

[262] *Insensiblemente mueven tres mociones varias*: los tres movimientos de la Tierra —la rotación diaria, la revolución orbital anual y la leve oscilación polar causante del fenómeno aparente de la trepidación (cf. «Libro III», vv. 482-483)— no resultarían inmediatamente perceptibles para sus moradores. <<

[263] *Girándula, nocturna y diurnal*: el «primer móvil simplicísimo» que para la Edad Media, a diferencia de Aristóteles, era una esfera externa al mundo sensible (la novena en algunos sistemas, la décima para otros tratadistas), sin astros, extremamente veloz e identificada con «las aguas sobre la bóveda [del firmamento]» de Génesis 1:6-7; de ahí su nombre, también, de *crystallinum*. < <

[264] *Por su Celestial mi terrenal vencido*: Milton utiliza esta doble expresión elíptica substantivada para sugerir las «naturalezas» o «esencias» (o algo todavía más indefinido) *celestial* y *terrenal* de Dios y Adán, respectivamente. Puesto que en castellano contamos con el substantivo masculino «natural» («genio, índole, temperamento, complexión o inclinación propia de cada uno», según el DRAE), expresiones como *su Celestial* y *mi terrenal* no deberían resultar chocantes. < <

[265] y *demás placeres abjurarlos todos*: el verbo elegido por Milton aquí tiene resonancias deliberadamente solemnes, casi religiosas; formaría con *placeres* una expresión oximorónica, si no fuera porque Adán se halla en el estado anterior a la Caída, en el que esos *placeres* son el don directo de Dios. <<

[266] *el pájaro amoroso de la noche*: el roncal o ruiseñor. < <

[267] *Del verde Cabo de la Tierra e islas verdecientes*: las islas de Cabo Verde, en el Atlántico a unos *600* km de la costa de Senegal. <<

[268] *Héspero*: aquí «occidental», probablemente en una doble referencia al Sol y a las islas. < <

[269] El rival de Aquiles es aquí el príncipe troyano Héctor (cf. *Ilíada*, XXII, vv. 136 ss). <<

[270] Lavinia, hija del rey Latino y prometida a Turno, rey de los rótulos, fue entregada finalmente a Eneas, lo que llevó a Turno a la guerra contra los troyanos (cf. *Eneida*, VII). < <

[271] La *ira de Neptuno* (Poseidón) contra el *griego* (Ulises) es la causa de la serie de peripecias que conforman la *Odisea*; la de Juno contra *el hijo de Afrodita* (Eneas) es motivo de dificultades en la huida de este último desde su Troya natal a Italia en la *Eneida*. <<

[272] *mi patrona celestial*: la Musa Urania (cf. «Libro VII», v. 1). < <

[273] El *Ponto* es aquí el mar Negro; *Meotis* es el mar de Azov, una extensión septentrional del mar Negro entre Ucrania y Rusia; el *río Ob,* uno de los más grandes de Asia, cruza Siberia para desembocar en el océano Ártico; el *Orontes* es un río del norte de Siria; *Darién*, la región más oriental del istmo de Panamá; el *Ganges* y el *Indo*, los dos ríos más importantes del norte de la India. < <

[274] *Delia* es otro de los nombres de la diosa cazadora Diana, cuyo cortejo lo formaban las Ninfas. *Dríades* son las Ninfas de los árboles; *Oréades*, las Ninfas de los montes. < <

[275] *No culpable aún de fuego*: los instrumentos que porta Eva son el producto de una sencilla artesanía pastoral, no de la forja. < <

[276] *Pales* era una diosa romana de los rebaños y los pastores, así como *Pomona* lo era de los árboles frutales. *Vertumno*, un dios romano de los bosques, cortejó a *Pomona* asumiendo muchas formas distintas. *Ceres* era la versión romana de la griega Deméter, diosa de la tierra y patrona de la agricultura, madre de *Proserpina*, a la que concibió de Zeus (Júpiter). < <

[277] *Adonis*: cf. nota a «Libro I», vv. 446-457. Se llamaron jardines de Adonis a lechos de flores de vida muy corta plantados alrededor de imágenes de esta figura mítica. < <

[278] Ulises, *hijo de Laertes*, visita los jardines maravillosos de *Alcínoo* en la *Odisea*, VII, vv. 112-135. < <

[279] El jardín en que Salomón, *el Rey Sapiente*, retozaba con su *esposa egipcia*, que era hija del faraón (cf. 1 Reyes 3:1 y Cantar de los Cantares 6:2). Las palabras *sapiente* (*sapient*) y *sapiencia* (*sapience*) derivan del verbo latino *sapere*, que al igual que el castellano *saber*, significa tanto «tener sabor» como «tener conocimiento de algo». Esta relación entre «sabor» y «sapiencia» a través, por una parte, de su origen etimológico común y, por la otra, del elemento mítico representado por el fruto del Árbol de la Ciencia, se vuelve especialmente importante en el «Libro IX» del *Paraíso perdido*, en el que se produce la Caída por culpa de un «sabor» (el de fruto prohibido) que parece prometer cierta forma de «sapiencia». Contra el tras fondo de esta Caída de los padres de la humanidad, la sapiencia del también caído Salomón sugiere aquí la sensualidad de este rey, que le hizo traicionar a su dios inclinándose hacia el paganismo de sus esposas extranjeras. < <

[280] *Cadmo*, hijo de Agenor y fundador de Cadmea (Tebas) y su esposa *Hermione* (o Harmonía) fueron convertidos en serpientes por Zeus y transportados a los Campos Elíseos (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, III, 4 y Ovidio, *Metamorfosis*, IV, vv. 563-603). < <

[281] El dios Asclepio (o Esculapio) de la medicina fue llevado de su templo en *Epidauro* a Roma, en forma de serpiente, para acabar con una plaga (cf. Ovidio, *Metamorfosis*, XV, vv. 622-745). < <

[282] El *Jove Amonio* (el Amón de Libia, cf. nota a «Libro IV», vv. 275-279) en forma de serpiente engendró en la reina *Olimpia*, según la leyenda, a Alejandro Magno. El Júpiter *Capitolino*, adorado en Roma, también en forma de serpiente, habría engendrado a *Escipión* el Africano. <<

[283] La maga *Circe* transformaba a los hombres en animales (cf. *Odisea*, X, vv. 212-219). < <

[284] *hija sola de su voz*: un hebraísmo para referirse, de un modo un tanto metafórico, al único mandato de Dios. < <

[285] Cf. la historia de *Sansón*, de la tribu de Dan, y la filistea *Dalila* en Jueces 16. < <

[286] *Malabar* y *Decán* son regiones de la India. Milton parece referirse al baniano, un árbol característico de esas regiones, aunque de hojas mucho más pequeñas que como las describe. < <

[287] *Pues proceso la Serpiente no merece*: Esto es, la Serpiente no merece que se la juzgue; su culpabilidad está probada de antemano. <<

[288] Cf. Génesis 3:15. En el verso 181, para expresar el daño recíproco causado por la estirpe humana a la Serpiente y viceversa, Milton usa la fórmula indefinida que le permite el verbo *bruise* («contusionar, herir»), acorde con la King James Bible, pero sobre todo porque narrativamente[11] la necesita de manera que más adelante Satán, por un lado («Libro X», vv. 498-500), y Adán y Eva por el otro («Libro X», vv. 1031-1036), puedan interpretar la sentencia divina cada uno según sus propias esperanzas y temores. <<

[289] Cf. Lucas 10:17-18. < <

[290] Cf. Efesios 2:2, Colosenses 2:15, Salmos 68: 18 y Romanos 16:20. La expresión *Cautiverio de cautivos* (v. 188) proviene de Efesios 4:8. < <

[291] Cf. Juan 13:5-17. < <

[292] *Ropaje de justicia*: cf. Isaías 61:10. < <

[293] *Simpatía*: aquí, según se explica de un modo un tanto intrincado a continuación (vv. 246-249), relación anímica sintónica entre Satán y su Hija, en ausencia de una conexión física directa. <<

[294] *Cerniéndose sobre las Aguas*: Pecado y Muerte constituyen aquí el antitipo infernal del Espíritu Divino de Génesis 1:2, en su acto creador, y que Milton ya ha descrito en «Libro I», v. 21. Es interesante notar que, mientras que las biblias de la época (KJB, Coverdale, Bishop's y Geneva) usan la misma expresión en este episodio[12], Milton parece tener aquí en mente el hebreo original y servirse de los posibles significados del verbo *merahephet* de acuerdo con sus intereses poéticos: así la expresión atribuida al Espíritu en «Libro I», v. 21 es *brooding* («incubar»), que implica fertilidad, fecundación; pero la acción de los hijos de Satán es *hover* («flotar, planear, cernirse»), que, por sí mismo, es un acto estéril. <<

[295] El *Cronio océano* es el océano Ártico; *Pechora* es el nombre de un río siberiano, la bahía de su desembocadura y el mar al que desemboca, que es una extensión sudoriental del mar de Barents (este último al norte de Escandinavia y la Rusia europea). La *ruta* entre *Pechora* y *Catay* (China), buscada por Henry Hudson en 1608, es sólo *supuesta* porque la mayor parte del año inmensos bloques de hielo hacen intransitable ese mar. < <

[296] *Delos*, una pequeña isla de las Cicladas en el Egeo y sede del culto a Apolo, surgió del fondo del mar, según el mito, por el *tridente* de Poseidón y fue luego anclada por Zeus para que Leto pudiera dar a luz en ella a Apolo (cf. Calimaco, *Himnos*, IV, v. 31 y véase también el «Himno a Apolo» de los *Himnos homéricos*). <<

[297] *rigor gorgonio*: Medusa, una de las Gorgonas, petrificaba con la mirada (cf. nota a «Libro II», v. 611). Aunque Muerte, es mostrado aquí como constructor, su obra es muerte y nace muerta: Muerte crea por *rigor gorgonio* y lo creado padece la petrificación del *rigor mortis* desde su misma concepción[13]. <<

[298] Según Herodoto (*Historia*, VII, 33), el rey persa *Jerjes* hizo construir, para su invasión de Grecia en el 480 a. C., un *puente* de barcos sobre el *Helesponto* (el estrecho de los Dardanelos entre el Egeo y el mar de Mármara) y, cuando el oleaje lo destruyó, hizo azotar al mar. *Susa* era la capital de invierno de los reyes persas, llamada *Memnonia* por los griegos en honor del héroe mítico *Memnon* (cf. *La Caída de Troya*, de Quinto de Esmirna), a quien suponían constructor de antiguos monumentos en Europa y Asia. En este pasaje, Milton usa seguramente la palabra *Helesponto* en un doble sentido: como nombre geográfico y, simbólicamente, como *hell's pont*, «puente infernal». < <

[299] *Pontifica*: a lo largo de todo el episodio de la construcción del puente infernal, Milton usará esta expresión para sugerir relación entre el sumo pontífice romano (al que, como buen protestante, Milton ve como el anticristo) y los *pontífices* (esto es, constructores de puentes) diabólicos Pecado y Muerte. <<

[300] Según Fowler, la razón de que Satán emerja a través de estas dos constelaciones es que entre ellas, solapándolas, se extiende la constelación de la Serpiente que porta Ofiuco (o Serpentario). Serpens tiene su cabeza en Libra, que es por donde entra Satán en este mundo («Libro III», vv. 557-558). El Sol surge en Aries porque es donde fue creado. <<

[301] *Pontificio*: la estructura o edificación del puente infernal (véase más arriba la nota al v. 313). < <

[302] *Su Cuadratura, de tu Mundo Orbicular*: aquí la perfección divina del cuadrado (cf. Apocalipsis, 21:16) opuesta a la imperfección demoniaca de la línea curva. < <

[303] *Satán* significa «enemigo» en hebreo (cf. nota a «Libro I», vv. 81-82). < <

[304] *astrosos los planetas*: aquí *astroso* en el sentido desusado de «malhadado, infausto» (de *astrum*, «astro») como expresión que recoge apropiadamente la original *planet-strook*, «golpeado por [la mala influencia astrológica de otro] planeta». El *eclipse auténtico* de estos *planetas astrosos* consiste en perder parte de su luz original, no por la intervención ocasional de otro cuerpo celeste, sino de manera definitiva por causa de la Caída. < <

[305] *Astracán* es región tártara a lo largo de la cuenca meridional del Volga. El *Sofí bactriano* es el monarca persa (al que se llamaba *sofí* en Europa), bajo cuyo dominio estaba la Bactriana. *Aladule*, según Fowler, es el nombre del último rey de Armenia antes de la invasión turca. *Tauris* y *Casbín* son nombres de antiguas capitales persas. <<

[306] *suplantadas*: Satán, que ha *suplantado* a la serpiente y que en la historia futura de la humanidad será el gran *suplantador*, ve aquí sus extremidades inferiores *suplantadas* por la cola de la serpiente; pero *suplantadas* conserva aquí el sentido del verbo latino original *supplantare* (no extraño al inglés de la época), «hacer caer, poner la zancadilla». <<

[307] El *áspid* y el *cerastes* o cerasta son dos tipos distintos de víbora; la *anfisbena*, *hidra*, *elopes* y *dipsas* son diversas clases de serpientes míticas. De la sangre caída de la cabeza cortada de la *Gorgona* Medusa surgieron serpientes. *Ofiusa* («isla de las serpientes») es el nombre antiguo de Formentera, en las Baleares. *Pitón* era, en la mitología griega, una serpiente gigantesca que tuvo que matar Apolo para apropiarse del templo de Delfos en el *valle pitio*. < <

[308] *Megara*: una de las Furias, que al igual que Medusa tenía cabellera de serpientes. < <

[309] *frutaje*: los frutos sobre los que se arrojan los demonios son ilusorios, de ahí lo adecuado de este término, que tanto en español como en inglés tiene el significado de «representación pictórica, en tapiz, grabado, etcétera, de frutas», aparte del más evidente. < <

[310] Cf. Éxodo 32:32 y Génesis 19:24. < <

[311] Cf. *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, vv. 503 ss. Milton interpreta el nombre de *Eurynome* («de amplio dominio») como *wide-encroaching*, lo que da lugar a múltiples interpretaciones posibles: *encroach* es «usurpar, abarcar, obtener, imponer una carga, pasarse de la raya, etc.». *Ops* es la diosa Rhea, pareja de Cronos/Saturno. *Jove dicteo* es el *Jove* (Zeus/Júpiter) de la montaña de Dicte. <<

[312] *mi carcasa vasta, abierta*: aunque en «Libro II», vv. 666-673 Muerte nos ha sido descrito como sombra; en las representaciones tradicionales es un esqueleto, una *carcasa abierta* y que, por tanto, no puede llenarse nunca por más que devore. El neologismo que establece Milton aquí, *unhide-bound* («no cerrado, envuelto o limitado por la piel»), es mucho más evocador y plástico de lo que nos podemos permitir en castellano. < <

[313] *los otros cinco*: los planetas. < <

[314] El término *aspecto* en el sentido astrológico, esto es, el modo en que los planetas se contemplan entre sí desde sus posiciones en el zodiaco; *sextil, cuadrado, trino, oposición* son nombres de los distintos tipos de *aspectos o* relaciones, fastas o nefastas, que los planetas pueden establecer entre sí. < <

[315] *sínodo imbenigno*: el término *sínodo* (*synodus*) en astronomía lo acuñó Giordano Bruno para significar «sistema planetario». < <

[316] En el mundo de perfectas simetría y armonía anteriores al pecado original, el Sol se habría mantenido siempre en la línea equinoccial (el ecuador habría coincidido con la eclíptica) ofreciendo a la Tierra una eterna primavera. Esta simetría se rompió, o bien porque los polos de la Tierra se inclinaron (contemplado desde la teoría heliocéntrica de Copérnico y sus seguidores), o bien porque se inclinó la eclíptica (contemplado desde la teoría geocéntrica de Ptolomeo y sus defensores); en cualquier caso, ecuador y eclíptica pasaron a formar un ángulo de *veinte grados, más aún* (en realidad 23,5º). El Sol, siguiendo la eclíptica, se separa ahora del equinoccio *igual distancia* (v. 673) hasta el extremo norte que hasta el extremo sur; al primero, el *Trópico Cangrejo* (Trópico de Cáncer), llega a través de las constelaciones de *Tauro* con las *Atlánticas Hermanas* (las Pléyades, entre Tauro y Perseo) y Géminis (los *Gemelos Espartanos*, Cástor y Pólux). Desde el extremo norte (el verano del hemisferio norte), «desciende» hasta el extremo sur, el *hondo Capricornio* a través de *Leo, Virgo, la Balanza* o Libra, Escorpio y Sagitario. <<

[317] *Estotilandia*: nombre dado por Nicolo y Antonio Zeno (exploradores venecianos y hermanos del gran almirante de Venecia Cario Zeno) a una región septentrional, probablemente el Labrador, en su viaje de exploración a finales del s. XIV. <<

[318] El héroe griego Atreo, rey de Micenas, invitó a un banquete a su hermano *Tiestes* al que, en pago de su traición, le dio a comer la carne de sus dos hijos; el Sol se apartó para no ver este horror[14]. <<

[319] Respectivamente, la costa noroccidental de América y la del norte de Siberia. < <

[320] *Bóreas, Cedas, Argestes* y *Tradas* son vientos septentrionales (norte, nordeste, y los dos últimos noroeste); *Noto* (sur) y *Áfer* (suroeste) son los meridionales; *Euro* es del este, mientras que *Céfiro* sopla del oeste; *Siroco* del sureste y *Lebeche* del suroeste. < <

[321] *[…] centro natural, ligeras golpearán / Pesadas, aunque en su lugar*: aunque Milton usa aquí la palabra *light* en el sentido verbal de «caer», crea cuando menos una paradoja visual al contraponerla a *heavie* (aquí en el sentido adverbial de «pesadamente»), justo a continuación y encabalgada en el verso siguiente; de ahí la fórmula elegida para traducir el pasaje. Por otra parte, al estar *en su lugar* o *centro natural* los objetos (aquí las maldiciones) ya no deberían pesar porque habrían caído todo lo que podían y tenían que caer; de ahí el *pesadas, aunque*. < <

[322] Esto es, la capacidad de obrar de las causas queda limitada por la naturaleza del objeto que recibe la fuerza de acción. < <

[323] Adán habría sido creado con una decimotercera costilla (una de más en el lado izquierdo o *siniestro*) que pudiera servir luego para la creación de Eva. < <

[324] *nuestros lomos*: expresión bíblica para significar el centro del poder generativo (ver nota a «Libro I», v. 352). < <

[325] *Aplastarle la cabeza*: ver más arriba nota a los versos 179-181. Adán interpreta aquí el *bruise* dirigido contra Satán de un modo mucho más letal que el Diablo en «Libro X», vv. 498-500. <<

[326] *Sitial de la Merced*: La imagen proviene de Éxodo, 25: 17-22, versículos que recogen el mandato de Dios a Moisés de construir un *kapóreth* de oro, con un querubín de oro en cada extremo, para cubrir el arca de la alianza y desde donde «me revelaré a ti y hablaré contigo desde encima del *kapóreth*, desde en medio de los dos querubines sobre el arca». *Mercie-Seat*, sin embargo, es la expresión con que las biblias protestantes del tiempo de Milton (Coverdale 1535, Bishop's Bible 1568, Geneva 1587 y King James 1611) traducen la palabra hebrea *kapóreth*, que Wycliffe (1395), siguiendo la Vulgata, trasladaba como *propiciatorie*[15]. Sea lo que sea este *kapóreth*, Milton imagina aquí una contraparte celestial del mismo, que sería la fuente original de la gracia divina. < <

[327] *Operante gracia*: «La que, antecediendo al albedrío, sana el alma o la mueve y excita a querer y obrar el bien» (DRAE). < <

[328] *Deucalión* es el Noé de la mitología griega. *Temis*, hija de Urano y Gea, es diosa del orden y la justicia. El relato de *Deucalión* y *Pirra* lo ofrece Ovidio en *Metamorfosis*, I, vv. 313-47. < <

[329] *Indimensas*: incorpóreas más allá de la forma y dimensiones de las cosas del universo material. < <

[330] Cf. Éxodo 20:18 y 1 Tesalonicenses 4:16. < <

[331] Cf. Génesis 3:22. < <

[332] Cf. Génesis 3:24. < <

[333] *Jano* es el dios romano bifronte, el portero de los dioses que, como las puertas, tiene una cara mirando en cada dirección. La figura de los ángeles tetrafrontes colmados de ojos, sin embargo, proviene de Ezequiel 10:12-14. *Argos* era hijo de Zeus y Niobe; llamado también Panoptes («el que lo ve todo») porque tenía cien ojos. Hera lo puso como guardián de la vaca en que había convertido a lo, amante de Zeus; pero *Hermes* durmió a *Argos* con la música de su flauta y le cortó la cabeza (cf. *Metamorfosis*, I, vv. 668-688). < <

[334] *Leucotea*: diosa marina mencionada en la *Odisea*, v. 333 ss., donde salva a Ulises de ahogarse; asociada en la mitología romana con Mater Matuta, diosa de la Aurora. < <

[335] *herirá tu descendencia al adversario*: véase la nota a «Libro X», vv. 179-181. < <

[336] *El pájaro de Jove*: el águila. < <

[337] *el selvático monarca*: el león. < <

[338] *Más oriente*: más brillante. < <

[339] Cf. Génesis 32:1-2. < <

[340] Cf. 2 Reyes 6:11-17. El *hombre* a quien pretende atacar el *rey de Siria* es el profeta Eliseo, que advertía al rey de Israel de los planes de su enemigo en la guerra que libraban Siria e Israel. < <

[341] *[…] la melibea, o la púrpura*: Milton da el nombre de *melibea* a la púrpura de la ciudad de Melibea, en la costa de Tesalia; *Sarra* es otro de los nombres de la ciudad fenicia de Tiro, famosa también por sus púrpuras. < <

[342] *Iris*: diosa del arco iris y mensajera de los dioses en la mitología griega. < <

[343] Como la espada con que se representa a Orion, que podría verse pendiendo del cinturón astral que es el zodiaco. < <

[344] Cf. Mateo 4:8, Lucas 4:5 y *Paradise Regained*, III, vv. 251 ss. El *segundo Adán* es Cristo. < <

[345] *Sus ojos*: no está perfectamente claro aquí si se trata de los ojos del primero o del segundo Adán. Por los versos inmediatamente anteriores, los «reinos de la Tierra, y sus glorias» que se citan aquí hasta el v. 411, parecería que Milton se refiere a Cristo. Este verso y el siguiente, que da por establecidas ya «ciudad[es] de antigua o de moderna fama» parece confirmar esa hipótesis también; sin embargo, Milton salta con demasiada agilidad de uno a otro estrato temporal a lo largo de todo el poema para que éstos permitan una conclusión definitiva. Por el contrario, la «futuridad» del dominio mundial de Roma (vv. 405-406) podría apuntar a Adán. < <

[346] Marco Polo dijo haber visitado la ciudad de *Cambalu* o Cambaluc, capital del reino de Catay; pero la identificación de *Cambalu* con Pequín y de Catay con China no se estableció hasta el viaje del jesuita Benedikt Goës a China desde la India, que culminó en 1605. Puede que el nombre *Cambalu* represente al término mongol *kban-balik*, «ciudad del kan». Pequín fue el nombre dado por la dinastía Ming a la capital *Cambalu* tras la caída del poder mongol en 1368. Sus muros se completaron en 1437. Milton refiere en el v. 390 *Paquin de los reyes Sin*, esto es, «Pequín de los monarcas chinos»; de manera que, o bien Milton cree distintos *Cambalu* y Pequín (desde el viaje de Goës los antiguos nombres tardaron más de medio siglo en desaparecer de los mapas), o bien (menos probable) el *De […] Hasta* (vv. 388/390) hay que entenderlo, no en sentido espacial, sino temporal, a través de la *Samarcanda* de *Temir* (Timur, Tamerlán f 1405), junto al río *Oxus* en el actual Uzbekistán.
< <

[347] *Agrá* y *Lahore* son capitales del norte de la India. Milton se las atribuye al Gran Mogol, el supremo gobernante del imperio Mogol, que dominó casi toda la India entre los años 1526 y 1748. <<

[348] *el áureo Quersoneso*: En los escritos geográficos de Ptolomeo se nombra el *Aurea Chersonesus*, que parece corresponder con la península de Malaya. Flavio Josefo lo cita también en las *Antigüedades Judaicas*, VIII, VI, 4, identificándolo con la ciudad bíblica de Ofir, adonde el rey Salomón envió barcos en busca de oro. < <

[349] *Ecbátana* (actualmente Hamadan), capital de verano de los reyes persas; *Hispahán* (actualmente Isfahán o Esfahan) fue capital persa a partir del 1598 con el Shah Abbas I. < <

[350] *Bizancio* (antiguo nombre de Constantinopla, actual Estambul) fue capital turca tras la derrota del imperio bizantino por los turcos en 1453. < <

[351] *Negus*: título del rey de Abisinia o Etiopía. < <

[352] *Ercoco*: actual Arkiko, puerto etíope en el mar Rojo. < <

[353] *Mombaza*: actual Mombasa, en la parte más meridional de la costa de Kenia; *Quiloa*: actual Kilwa, ciudad portuaria de Tanzania; *Melind*: actual Malindi, en Kenia, ciudad marítima más al norte de Mombasa. < <

[354] *Sofala*: actualmente Nova Sofala, puerto del sur de Mozambique, también identificado con la mítica Ofir de 1 Reyes 9:28. < <

[355] El *Níger* es el río más importante de África occidental: nace en Guinea, atraviesa Mali, Níger y Benin, y desemboca en Nigeria. El *Atlas* es una cordillera en el norte de África, desde el este de Marruecos hasta Túnez. < <

[356] *Almanzor* o Al-Mansur, «el Victorioso», es título aplicado a diversos gobernantes musulmanes. *Fez* y *Sus* pertenecen a Marruecos. < <

[357] *Tremisén*: actual Tlemcen, en Argelia. < <

[358] *Moctezuma*: Moctezuma II (1466-1520), el último emperador azteca, derrotado por Hernán Cortés hacia 1520. < <

[359] *Cuzco*: la capital inca del rey Atahualpa (*Atabalipa*), vencido por Pizarro en 1532. < <

[360] *Guyana*: una amplia región que cubría desde el este de Venezuela hasta el norte del Brasil, con los actuales Guyana, Surinam y la Guayana Francesa. Los españoles buscaron *El Dorado* en las tierras bajas del Orinoco. Milton los llama *hijos de Gerión* por el monstruo Gerión, el gigante de tres cabezas, seis brazos y seis piernas que fue muerto por Hércules en la décima de sus pruebas. Dante, en «Inferno», XVII, lo convierte en personificación del fraude. En su visión de los españoles, Milton sigue aquí a Spenser, que en *La Reina Hada*, V, x, vv. 8 ss. los trata como símbolo de opresión. < <

[361] *eufrasia y ruda*: plantas medicinales usadas contra las enfermedades de la vista. < <

[362] Cf. el relato de Caín y Abel en Génesis 4. < <

[363] *De tus riñones*: expresión bíblica para significar el centro del poder generador (cf. nota a «Libro I», v. 352). < <

[364] *Himeneo*: dios del matrimonio en la mitología griega. < <

[365] Cf. en Génesis 6:4 la unión entre los «hijos de Dios» y las «hijas de los hombres», que evocan estos versos. Milton supone aquí que las «hijas de los hombres» son de la raza de Caín (cf. Génesis 4:16-21). < <

[366] *Pronto nadarán más hondo*: irónica referencia al Diluvio Universal, que caerá pronto para castigar a toda la estirpe descrita. < <

[367] *uno se levanta*: Enoc, que según Hebreos 11:5 no murió la muerte de los hombres, sino fue transportado por Dios gracias a su virtud (véase también El Libro de Enoc). < <

[368] Cf. el relato del Diluvio en Génesis, capítulos 6 al 9. < <

[369] *Excepto un hombre*: Noé. < <

[370] Milton elabora aquí el relato de Génesis 10:8 y 11:9 y *Antigüedades Judaicas*, I, IV, 2-3. El *poderoso cazador* (v. 33) es Nimrod, cuyo nombre deriva, según la etimología popular hebrea, de la raíz *mrd*, «rebelarse»; de ahí que *de rebelión derivará su nombre* (v. 36). La llanura que encuentra con su tropa (vv. 40-41) es la de Sinar (Génesis 11:2). Lo que se describe a continuación es, obviamente, la construcción y posterior abandono de la torre de Babel, que *fue llamada Confusión* porque Génesis 11:9 hace derivar ese nombre babilónico de la raíz hebrea *bll*, «confundir». Babel (Babilonia) significa originalmente, sin embargo, *Bab-Ilani*, «Puerta de los Dioses». < <

[371] El *hijo irreverente* de Noé (*quien hizo el arca*) es Cam, ancestro de los cananeos (cf. Génesis 9:22-25). La maldición de Noé contra Cam ocurre en Génesis 9:25 con las mismas palabras que emplea Milton. < <

[372] *una peculiar nación seleccionar*: Israel (cf. Deuteronomio 7:6). < <

[373] *un único hombre fiel*: Abraham (cf. Génesis 11:2.6 a 12:18). Los topónimos a continuación (vv. 135-146) marcan los límites de la Tierra Prometida a Abraham y su descendencia según el mito bíblico (cf. Génesis 12:6 y Números 34:1-12). < <

[374] *Un hijo, y de tal hijo un nieto*: Isaac y Jacob. Los versos que siguen sintetizan el relato de José y sus hermanos, los hijos de Jacob, desde el capítulo 39 al 50 del Génesis. <<

[375] *El Dragón Fluvial*: el faraón (cf. Ezequiel 29:3). < <

[376] Estos versos constituyen una síntesis del libro del Éxodo y, en un sentido más amplio, de todo el resto del Pentatecuco también (Levítico, Números y Deuteronomio). < <

[377] Cf. Josué 10:12-14. < <

[378] Cf. Números 20:8-12, Deuteronomio 3:23-28 y 34:1-6. Según el mito bíblico, las causas de que no sea Moisés quien introduzca al pueblo en la Tierra Prometida son la vacilante fe de Moisés al tener que golpear dos veces la roca de las aguas de Meribah (Números) y la infidelidad del pueblo bajo el liderazgo de Moisés (Deuteronomio). Pero Milton está leyendo este episodio como intuición veterotestamentaria del Evangelio, de ahí que identifique la tierra de promisión hebrea con el Paraíso prometido a los cristianos; a Moisés con la ley; y a Josué, su sucesor a la cabeza del pueblo, con Jesús (siendo Jesús la forma griega del nombre hebreo Josué [Yehósua], que significa «salvador»). < <

[379] Los Jueces (*Sóphetim*) gobernaron Israel antes de que el pueblo se obstinase en establecer la monarquía (cf. los libros de Josué, Jueces y Samuel 1 y 2). < <

[380] El segundo de los reyes es David, a quien Dios le promete por boca del profeta Natán, la eternidad de su casa y de su reino (2 Samuel 7:16-17); de ahí que el mito hebreo veterotestamentario haga descender al mesías de la casa de David y el mito cristiano neotestamentario deba inventar una genealogía para Jesús que se remonta hasta David. < <

[381] Salomón. < <

[382] Nabucodonosor II de Babilonia deportó a una parte considerable del pueblo judío después de la toma de Jerusalén y la destrucción del templo en el año 587 a. C. (cf. 2 Reyes 24-25, 1 Crónicas 6:15, 2 Crónicas 36 y Jeremías 39 y 52). <<

[383] Ciro II de Persia conquistó Babilonia en el 539 y, aplicando la política tolerante característica de los emperadores persas para con los pueblos sometidos, permitió a los judíos el retorno a su tierra y la reconstrucción del templo de Jerusalén (cf. Esdras I). <<

[384] La familia sacerdotal de los Asmoneos. A ella pertenecían Matatías y su hijo Judas (llamado después Macabeo, esto es, «Martillo»), que iniciaron la revuelta contra los reyes seléucidas (cf. 2 Macabeos 3-6 y *Antigüedades Judaicas*, XII, v-XI). Simón, hermano de Judas, se hizo con el poder secular de Judea en el 142 a. C. y su nieto Aristóbulo I asumió el título de *basileus* (rey) en el 104. La dinastía asmonea gobernó a los judíos como reyes-sacerdotes hasta el año 37 a. C. en que Antígono fue depuesto por los romanos en favor de Herodes I el Grande. El *gentil* del v. 358 podría ser, sin embargo, Antípater, padre de Herodes y nombrado procurador de Judea por Julio César en el 47 a. C.; los Asmoneos perdieron su poder entonces hasta la ocupación de Palestina por los partos, que los restablecieron en la figura de Antígono. <<

[385] *golpe capital*: la palabra *capital* aquí también en su sentido etimológico de «en la cabeza». < <

[386] *Paráclito*: el Espíritu Santo. El título de *Paráclito* deriva del griego y significa «abogado», «intercesor», «portador de consuelo». < <

[387] La predicción de los *lobos ávidos* se halla en Hechos de los Apóstoles 20:29. Para Milton son esos *lobos* los que han dominado la Iglesia cristiana hasta la Reforma protestante. < <

Notas de las notas

[1] Cf. Denis Saurat, *Milton, Man and Thinker*, Londres, J. M. Dent, 1946, pp. 146-147. < <

[2] Cf. Michael Bryson, *The Tyranny of Heaven: Milton's Rejection of God as King*, Newark/Londres, Delaware Press/Associated University Press, 2004, pp. 119-122. < <

[3] Cf. Christopher Ricks, *Milton's Grand Style*, Oxford, Clarendon Press, 2001, p. 134. < <

[4] Cf. Denis Saurat, op. cit., pp. 209-211. < <

[5] Helen Darbishire (ed.), *Life of Milton*, en *The Early Lifes of Milton*, Londres, Constable and Company, 1932, p. 13. < <

[6] «Paradise Lost» and Its Critics, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, pp. 82-83. < <

[7] Cf. A Preface to «Paradise Lost», Oxford, Oxford University Press, 1961. < <

[8] *Paradise Lost*, Harlow, Longman, 1998, 2.ª ed. < <

[9] Cf. Nueva Biblia Española, p. 747. La versión de la King James Bible es algo distinta: «I am Raphael, one of the seven holy angels, which present the prayers of the saints, and which go in and out before the glory of the Holy One». < <

[10] Cf. C. S. Lewis, op. cit., p. 113. < <

[11] Otras biblias de la época usan en este versículo expresiones diferentes. La Geneva Bible (1587), por ejemplo, ofrece: «He shall breake thine head, and thou shalt bruise his heele» («Él [el ser humano] te romperá la cabeza y tú [la serpiente] le herirás el talón»). La Coverdale (15 3 5) y la Bishop's (1568) usan, en ambos casos, la expresión «treade», que en el acto ejecutado por la estirpe humana sobre la serpiente debe entenderse como «pisar, aplastar» y en la acción de la serpiente contra el hombre como «presionar, oprimir». <<

[12] «El Espíritu de Dios se movía sobre [*moved upon*] la faz de las aguas.» < <

[13] Sin embargo, la primera entrada de rigor mortis que recoge el Oxford English Dictionary es de 1839-1847 (OED 2.ª edición; «rigor» 2.ª acepción). < <

[14] William Smith, *The Wordsworth Classical Dictionary*, Ware, Wordsworth Editions, 1996, p. 68. <<

[15] «Propiciatorio» en las biblias españolas, menos la Nueva Biblia Española de Alonso Shökel que traduce simplemente por «placa». La raíz hebrea kpr significa «cubrir, conciliar, propiciar», de ahí la traducción «propiciatorio». < <